

|Los dioses ~~NO~~ las prefieren castas y puras.

LUIS VIADEL

“Casta est, quam nemo rogavit” (Ovidio)
Es casta aquella que no fue requerida de favores por ninguno.

Mientras ejercía de cenobita en el convento fui descubriendo mi sexualidad. Nunca hasta entonces había aceptado que ciertas turbaciones podían achacarse a otras causas que no fuesen los ayunos, los cilicios y sacrificios, que cotidianamente practicábamos en la comunidad. Desde siempre, tocarme la vulva e incluso mirármela lo consideraba como algo sucio, impropio de una señorita educada en el seno de una familia conservadora franquista. No sabía nada del clítoris ni donde estaba ubicado y la menstruación no pasaba de ser una mancha maloliente cuya periódica aparición debía permanecer en secreto por su carácter impuro; aunque, ¡eso sí!, cada mes su presencia resultaba ser un marchamo de garantía. Ahí, mi madre, sí que hizo hincapié con todos los horrores del mundo si cualquier hombre osaba tocarme. Una chica que ella conocía se desangró. Entonces, pensé, que su novio, marido o amante la había acuchillado. Por cierto yo también creí que me moría cuando tuve la primera regla y la sangre me corría por las piernas abajo. Para mí, los genitales eran un arcano. Más todavía, si cabe, los masculinos que nunca había visto en su estado adulto. Con unos ocho años, mis padres habían ido un día al cine y nos quedamos solos, la chacha, mis

primos y yo. Magnífica esta oportunidad de la sirvienta que debía aprovechar para festejar por teléfono con su novio, militar sin graduación, mientras nosotros jugábamos a médicos y enfermeras. Mi prima Alicia era la doctora, Julio el paciente y yo la auxiliar. Lo dejamos desnudo encima de una mesa y entre las dos le hicimos un reconocimiento a fondo. Le puse en la boca un palito simulando el termómetro, tenía mucha fiebre y llamé a la facultativa de guardia que colocó un cubilete de plástico en su pecho y simuló una estetoscopia. Con los roces, la colita llegó a ponerse tiesa y nos llamó la atención el repentino cambio de imagen. Mis nociones no pasaban de ahí e incluso mi propia zona inexplorada, cada vez que se manchaba cuando me llegó el ciclo fisiológico me reafirmaba en la creencia de que el cuerpo era sucio y repugnante. Me habían educado en el amor a Cristo en un país donde los vencedores de una guerra civil achacaban su victoria a la intervención divina y no a los nazis alemanes y fascistas italianos, lo que conllevaba una represión brutal de la sexualidad con determinantes muy rígidos dentro de una familia nacionalcatólica. Algunos padres se bañaban desnudos con sus hijos; eso era algo impensable en mi familia. Yo nunca vi a mi madre ni tan siquiera en ropa interior. Y de mi padre ni te cuento aunque, haciendo memoria, en cierta ocasión salió del cuarto de la criada enrojecido, despeinado y abrochándose la bragueta pero en aquel momento no supe asociarlo. Mis progenitores tampoco se hacían caricias. El tiempo me aclaró estos recuerdos. Me vienen tantos a la mente... Hoy, ahora, me siento indignada por haber sido casta y haber permanecido virgen durante tanto tiempo. Cuando ingresé en la Orden me quitaron el sostén. Las

protuberancias debían desaparecer apretando los pechos con una especie de venda, aplastándolos, para evitar esa altanería propia de la juventud. A pesar de todo mi sexualidad estalló como un volcán y no pude evitar sentirme horrorizada. La cabeza me daba vueltas por la cantidad de pensamientos impuros que me hacían sentir culpable pero por otro lado notaba esa especie de liberación que te producen las cosas agradables. Pensamientos que hoy me parecen de un infantilismo total. Una noche de insomnio no dejaba de moverme de un lado a otro en el camastro de mi celda, inquieta, por una especie de comezón que me recorría el cuerpo desde el bajo vientre hasta la garganta. Cogí el gran crucifijo que llevaba siempre colgado del cuello y lo fui deslizando por la epidermis intentando apagar ese fuego. Estaba convencida que se trataba del diablo. Apretujé la almohada entre las piernas y coloqué una mano temblorosa en el sitio adecuado intentando con un frotamiento continuo aliviar la picazón. Ese fue mi primer orgasmo y aunque en un instante me pareció la antesala de la muerte, pronto cambié de opinión creyendo estar en el mismísimo Paraíso. Se iluminó la habitación y apareció el cielo y los ángeles rodeados de santos. Unos arcángeles volaban y tocaban larguísimas trompetas. Sin lugar a dudas aquello era la Gloria y así se lo dije a mi Director Espiritual con el que platicaba una vez a la semana. A partir de ese día las confesiones sacramentales fueron más asiduas. Estoy convencida que mis inocentes, o al menos ingenuas, confidencias le producían erecciones habitualmente y seguro que en más de una ocasión acabó masturbándose. Lo notaba en su tono de voz, el sudor que recorría su frente y un peculiar olor que emanaba de todo su cuerpo y que llegué a

identificar dentro de aquel recinto de madera. Podía percatarme de todos estos pormenores pero no entendía su significado y las sesiones en el confesionario se fueron haciendo más largas, las preguntas más incisivas, insistiendo en que pormenorizara describiéndole el más mínimo detalle aunque en realidad lo que más me molestaba era su machaconería en preguntar: ¿Cuántas veces?. Era como darle más importancia a la cantidad que a la calidad. Aprendí mucho y fui descubriendo un mundo nuevo que se abría ante mis ojos desorbitados. Cierta día, después de darme la absolución sin ninguna penitencia, me dijo que me acompañaba a la puerta. La iglesia estaba vacía y medio en penumbra, se acercó y me pasó un brazo por los hombros. Yo temblaba, pero no de miedo. Lo que realmente ocurría es que me encontraba demasiado excitada. Me notaba muy mojada ahí abajo. Sentía su aliento en mi oreja y mi corazón caminaba más deprisa. No dijo nada. Cogió mi mano y la llevó a su sexo por encima de la sotana. Ahora que caigo, no llevaba pantalones. La primera sensación fue de dureza y calor aunque esto último podía producirlo yo misma. Y grande. Me puso la mano sobre la cabeza y con suavidad hizo que me arrodillase delante de él. Se alzó el hábito hasta la cintura y apareció ante mis ojos su miembro erecto. Yo no sabía que debía hacer y como titubeaba acudió en mi ayuda. Metételo en la boca y chúpalo como si fuese un caramelo que relamieses con la lengua. Así lo hice, aunque un poco torpemente, pero con los embates de su pelvis alcanzó el orgasmo muy pronto derramándose dentro de mi garganta como un géiser. Recordé el olor y aprecié por primera vez el sabor del semen cálido recién expulsado. Durante todo aquel mes estuve esperando con impaciencia que me llegase la

regla. Temía haberme quedado embarazada. Ignoraba que los espermatozoides alcanzan su objetivo si entran por la puerta adecuada. A pesar de esta experiencia mis fantasías sexuales casi nunca se relacionaban con mi confesor sino con esos ángeles de largas túnicas blancas, hermosas cabelleras rubias, ojos azules y rostros barbilampiños. Eran delicados, etéreos, dulces y cariñosos. Seres capaces de transportarte al Séptimo Cielo en esas visiones que no necesariamente se producían durante el sueño. A veces las tenía en la Iglesia, en el refectorio o paseando por el claustro. También en la celda. Siempre había dos partes; la primera muy traumática cuando, tras muchos esfuerzos, descubría que ese ente translúcido no poseía órganos reproductores. No es que fuese hermafrodita, carecía de todo, ni tan siquiera tenía senos. La segunda era mucho más gratificante cuando desplegando sus enormes alas hincaba el rostro entre mis muslos mientras, flotando en el aire sin dejar de aletear, insuflaba en mi tesoro una cálida brisa de agua de rosas que emanaba de su aliento y se mezclaba con la ambrosía de su saliva y mi sexo nectarino. Apasionante sería la palabra adecuada. Por una serie de razones que iré desvelando, intimé con la Chupacirios que aún siendo un mote peyorativo no tenía connotaciones sexuales. Mi confesor se mostró muy inquieto cuando me lo escuchó la primera vez hasta que pude aclararle que el sobrenombre, a esa monja, le venía impuesto por su misticismo lírico un tanto trasnochado. En nuestros encuentros íntimos la rebauticé como mi Chupaflor que me procuró orgasmos más intensos que los espíritus celestes. Por el contrario, a ella, estas experiencias la elevaron un poco más en un ejercicio ascético donde el placer orgásmico no deja de ser una

pequeña muerte dulce. Comparaba sus momentos de turbación al éxtasis de Teresa de Ávila que mientras su alma está buscando a Dios se siente desfallecer con gran deleite, le faltan las fuerzas, se le agita la respiración, no puede abrir los ojos y le fallan los oídos. Pierde los sentidos cuando le parece estar levitando. El arrebatamiento ha sido inconmensurable en esa celestial locura y el gozo un glorioso desatino de embriaguez del alma al ser poseída por Dios. Recuerdo que decía: Legiones de serafines y querubines oscurecen el sol; sus cantos son ensordecedores; las trompetas y los timbales también; y esa consubstancialidad con la luz que me eleva flotando por el infinito, desfallecida y ebria por el celestial vino que me adormece y me convierte en un solo ser con Él y con todas mis potencias sin que mis sentidos ni la memoria sean capaces de entenderlo. Su sexo manaba miel y resplandecía entre la negrura de su bosque y el marfil de sus muslos, tumbada boca arriba en el jergón y la cabeza apoyada en una márfega. Por el ventano de la celda entraba un rayo de sol que le daba a la estancia un aire empíreo. Parecía una auténtica estampa del Renacimiento con la religiosa decúbito supino arremangado el hábito hasta la cintura y un monje libidinoso con el miembro oblongo. En este caso sin el fraile pero yo a su lado, hurgando en el interior de su gruta secreta con mi hocico, removiendo los humores para extraerlos como la quintaesencia de los extractos succulentos. Empezamos a fraternizar íntimamente en una ocasión, al tener que curarle ciertas heridas que le produjo un cilicio de esparto, hecho a base de gruesos y ásperos nudos en la cintura y en el interior de los muslos. Desde entonces fuimos inseparables hasta el extremo de crear, en algunos sectores

de la comunidad, ligeras envidias. Le gustaba el dolor físico. También a otras. Ese artilugio así como las disciplinas, las fabricábamos nosotras mismas en la hora dedicada a las manualidades, con grueso cáñamo y varios ramales en cuyas puntas incrustábamos bolitas de hierro. A pesar de que los azotes eran en la espalda y por encima del hábito, pronto aparecían las manchas de sangre. Yo lo utilizaba con ella pero le zurraba en las nalgas sin hacerle nunca heridas. Llegaba a ponerle los glúteos carmíneos y eso la excitaba enormemente convirtiendo su sexo en un cráter de lava ardiente. Resultaba muy fácil contagiarse de aquellos orgasmos antológicos y pronto me hacía sucumbir a mí. Recuerdo una vez que no tuvimos los habituales preámbulos mortificantes y no llegaba nunca el éxtasis a pesar de mi insistencia con la lengua en su clítoris, alcanzando yo antes el punto álgido cuando le propiné un mordisco, al tiempo que la penetraba con tres de mis dedos. Gimió de dolor y placer al producirle un fuerte derrame por la rotura del himen. El camino ya estaba hecho. El suyo. La visión de la sangre aún la excitó más y llegó a “sufrir” hasta cinco orgasmos seguidos con mi inestimable ayuda. Quedé alucinada por el descubrimiento. Le pasé el testigo al Confesor cuando me marché. A pesar de todo guardo un grato recuerdo de aquellos años. No los repetiría pero algunas personas las llevo metidas en el corazón. Incluso una con la que no tuve demasiada relación pero que me caló muy hondo: el médico. Existe la antigua costumbre, no creo que se trate de una imposición o norma, de que la salud en los conventos esté en manos de doctores de edad avanzada. No éramos una excepción pero los designios del Señor son insondables. Don Zacarías, conservador hasta con el nombre,

resultaba ser un blanco perfecto de virus y bacterias, que le impedían el ejercicio de sus funciones con cierta frecuencia. Su hijo, el doctor De Castro, hacía de suplente. Ni que decir tiene que muchas de las hermanas empezaron a tener achaques con la justa asiduidad para que no se les viese el plumero. Las consultas siempre se realizaban con la Madre Superiora delante, sentada en un sillón de madera con apoyabrazos y todas parecíamos menos enfermas cuando descubríamos que en ese preciso día no era el hijo sino el padre quien nos visitaba. Las tocas revoloteaban al viento y oscilaban las caderas, aunque no se apreciase, si don Fermín rellenaba las recetas. Había como un pequeño alboroto en el enjambre. Una mañana me quité la venda de los senos, tenía algo de tos, y sabía perfectamente que me auscultaría en la espalda y en el pecho con un aparato que si fallaba, o la audición no era lo suficientemente clara, aplicaría su oreja en mi piel. La camilla estaba oculta, parcialmente, detrás de un biombo. Llegó mi turno y no pude evitar mirarle fijamente a los ojos lo que le produjo un cierto rubor. Era alto, moreno, con las niñas marrones y a pesar de sus treinta y pico de años seguía teniendo cierto aspecto aniñado. Tal vez porque no era de barba cerrada y sus labios podían parecer demasiado perfectos para ser masculinos. Noté que se había ruborizado cuando me preguntó como me encontraba. Me hizo sentar en la camilla y que me bajase un poco el hábito por la espalda. Noté su respiración cerca de mi cuello y el aroma de su colonia. Me temblaban un poco las piernas y cambié el ritmo de la respiración sin proponérmelo. Colocó el disco frío en mi espalda y me pidió que aspirase y expulsase el aire despacio. Otra vez. Me gustaban sus labios y su aliento de tabaco. Un médico no debería fumar. No puede evitarlo y mi

mente se llenó de pensamientos impuros. Obscenos. Se me escapaban los ojos hacia su bragueta que en unos pantalones impecables no exteriorizaban el más mínimo detalle de su hombría. Ahora por delante. Me desabroché algún botón de más dejando ver una parte de mis senos todavía rampantes, blancos y duros. Aprecié cierto temblor en su mano. En un alarde de atrevimiento se la cogí suavemente con las mías. Es como si lo hubiese estado esperando. Nos miramos fijamente y sin apartarlos la llevé despacio, pero con firmeza, a mi seno derecho donde el pezón se había despertado brioso. Me palpitaba el sexo y estaba mojada, como si hubiese tenido una micción. Temí que el traje talar estuviese manchado cuando me levantara. Fue el protagonista de las fantasías que me llevaron más allá de donde terminaba la realidad que acabo de contar. Siempre en el mismo sitio, idéntico escenario, con sus personajes que en este caso eran la Madre dormitando en su sillón y las hermanas esperando en la habitación contigua. Me hubiese gustado ubicar la acción en un bello jardín con césped y figuras mitológicas, grandes árboles y muchas flores con un estanque lleno de nenúfares, jacintos y plantas acuáticas. Pero el principio siempre era el mismo: el doctor auscultándome. En una de ellas, me encontraba abierta completamente de piernas, tumbada boca arriba en la camilla, y me separaba con los dedos los labios mayores para que me colocase su estetoscopio. Sería como retrotraerme a la infancia. Yo le hablaba con el sexo y él me contestaba a lo que había oído perfectamente, sin sorprenderse lo más mínimo. No dejaba de preguntarme como podía leerme los pensamientos convertidos en palabras sonantes a través de la vulva. Pero era así de sorprendente.

En realidad estaba pidiéndole que me poseyera y él trataba de explicarme que todo conlleva un proceso y un tiempo, en el que el pene pueda llenar sus múltiples cavidades con el riego sanguíneo, cuando el cerebro, motivado por ciertas percepciones, dicte las órdenes precisas para que vaya adquiriendo el tamaño y grosor necesarios y efectuar con éxito una penetración vaginal. Yo insistía en que no podía esperar más pues corría el peligro de arder en mi propio fuego si antes no acudía presto para aplacarlo. Las dos estructuras cavernosas están fuertemente irrigadas por la sangre a través de una arteria central cada una; otras dos por la cara superior e infinidad de venas por todo el conjunto esponjoso. Se lo suplicaba. Es de considerable importancia el traumatismo producido en estos cuerpos durante el coito cuando la vagina de la mujer es estrecha o en su lugar virgen. Como podría ser este el caso. Ni que decir tiene que en la penetración anal el riesgo es igual. Era entonces cuando, saltando de la camilla, me lanzaba a su bragueta y le bajaba de golpe la cremallera. Con una sabiduría impropia de todos mis hábitos dejaba al descubierto su aparato reproductor al completo que ofrecía un aspecto apesadumbrado. No era de esta guisa como yo lo recordaba por lo que durante breves instantes permanecí dubitativa y expectante esperando que aquel miembro cabizbajo levantase el rostro mirando al cielo. Necesitaba que la fantasía acabase bien, es decir, que después de tantos avatares consiguiese correrme. Solo pensaba conmigo y estaba cada vez más ansiosa, consciente de que el espectacular cambio debía producirlo yo misma, en aquel momento, pero no sabía como. Incluso llegué a pensar si rezando alguna jaculatoria saldría airosa del aprieto. No

recuerdo a que santo o santa invoqué cuando, de golpe, me encontré poseída engullendo aquel órgano que me resultaba familiar. Quid pro quo el sacerdote había ocupado el sitio del médico en mi fantasía, lo que no era habitual, y al instante estallaba como un volcán que me enguachinaba el estómago con su ardiente lava. Simultáneamente me llegó el sofocón acompañado de fuertes sacudidas y espasmos lo que me hizo excretar una mezcla de flujo blanco y orín que me resbalaba por las piernas. Volví a la realidad cuando la humedad de mi ropa y del jergón, relleno de hojas secas de panizo, empezaba a darme escalofríos. Mearme en la cama me dejó turbada y probablemente sonrojada. No teníamos espejos, por lo que no podía ver como ardían mis mejillas, pero las notaba, un poco por la vergüenza del colchón mojado y también por el bochorno al alcanzar la deliciosa convulsión del orgasmo. Fui perdiendo paulatinamente ese sentimiento de repugnancia y asco hacia mi propio cuerpo tal como me lo inculcaron de pequeña. Nunca me había visto desnuda completamente ni tan siquiera en el baño. Lo tomábamos cubiertas por una sayuela que nos llegaba hasta las rodillas, pero alguna vez tuve la loca idea de quitarme toda la ropa y salir corriendo, por el claustro y el jardín, con la melena suelta ondeando al viento como una bandera. Llevábamos el pelo muy corto por lo que no dejaba de ser una quimera. También empecé a no sentirme culpable por ser mujer y tener una sexualidad que Dios me había dado y la Iglesia, dirigida por hombres, quería eliminar. Lógicamente tuve que abandonar la Orden. Curioso proceso el de la mente cuando se te aglomeran los recuerdos en una extraña amalgama difícil de ordenar y clasificar. Se mezclan sentimientos, sensaciones y hechos que una misma llega a

confundir. Ingresé como la viva encarnación de la pureza y la castidad, inocente, pero sobre todo, ingenua. Salí de otra manera. Crucé el umbral del gran portalón con un somero bagaje: un devocionario, un rosario de plata regalo de mi madre, un guardapelo con tres pendejos del pubis de la hermana Chupaflor y una estampa de Santa María Goretti pintada en 1.929 por Giuseppe Bovelli Soffredini que me regaló mi Director Espiritual. En realidad me la entregó la Madre Priora, con un gesto despectivo, en su nombre. Ella había sido el ojo derecho del confesor y no tardó en percatarse de la predilección que sentía por mí lo que propició el que tuviésemos más de un enfrentamiento. A pesar de mi interusurio dotal no permitió que me llevara ni el crucifijo permaneciendo todo mi patrimonio en las arcas de la Orden. Entre todas las hermanas confeccionamos un vestido, con el que poder salir a la calle sin tener que hacerlo desnuda, posibilidad que a ella no le hubiese importado. Lo más sorprendente fue la estampita-reliquia paradigma de la virginidad de una Santa cuya adolescencia procaz, según la Madre Iglesia, no pasó de ser el de una niña de once años inmersa en la miseria y la pobreza de principios del siglo pasado donde el hambre era “el pan nuestro de cada día”. Su asesino, un joven de su entorno que no había cumplido los veinte años, la mató probablemente sin llegar a violarla debido a su propia impotencia más que al rechazo de la frágil, mental y físicamente, víctima. No entendí el mensaje si es que lo tenía. Tampoco le di demasiada importancia pensando que tal vez todo era una elucubración de la Superiora. Me intrigaba saber lo que era realmente aquel puntito negro encapsulado del modesto relicario. Tratándose de una virgen lo lógico sería una pequeña

partícula de su momificado sexo. El soliloquio escrito tiene ciertas particularidades, entre otras que la improvisación es menos espontánea. Te permite recapacitar, recapitular, rectificar o volver hacia atrás en el tiempo sin romper la estructura, deteniéndote y volviendo a reanudar el relato cuando te obligan los quehaceres cotidianos. Continúo.

Leímos del fervor de muchos fieles por el Santo Prepucio que se venera en determinadas iglesias, y creo que en alguna catedral, sabiendo que se trataba del cuerpo de Cristo, eso sí, pero ignorando su exacta ubicación y sobre todo la función que ejercía. Las respuestas a nuestras preguntas siempre eran etéreas o se perdían por los cerros de Úbeda. Recurrí al Diccionario de la Lengua en la Biblioteca y encontré lo siguiente: **prepucio**. (Del latín *praeputium*). Masculino. *Anatomía*. Piel móvil que cubre el bálano.// **del clítoris**. Pliegue mucoso formado por los labios menores que cubren el clítoris. ¡Atiza! Acababa de cazar dos pájaros con un solo tiro. Vayamos por partes. ¿Qué es el bálano? Según el diccionario: **bálano**. (Del latín *balânus*, bellota.) Masculino. Parte extrema o cabeza del miembro viril. Observo la palabra anterior, **balanitis**, que es una inflamación del bálano o **glande**. También significa **bellota** y su significado: Cabeza del miembro viril. Resumiendo: el prepucio es una piel móvil que cubre el bálano o glande que es la cabeza del miembro viril. Hubo revuelo de tocas de nuevo pero sobre todo una gran confusión. Yo fui de las privilegiadas monjas en la comunidad que tuvo la oportunidad de ver, tocar, oler y succionar un glande sonrosado descubierto de su prepucio. Aunque no la única. Lo sé. Pero nunca entendí ni nadie me lo supo explicar como pudo Nuestro Señor Jesucristo subir a los cielos de cuerpo entero dejándose un trocito de su piel en

la tierra. Tampoco el tamaño que alcanzaría dicha piel si pudiésemos juntar los trozos que se le atribuyen. Desde aquel día todas las Chupacirios de la comunidad se convirtieron en fervientes devotas de esta reliquia. Los descubrimientos no terminaban ahí. Ese punto que frotaba con los dedos y producía tanto placer se llamaba clítoris y por coincidencias de la vida, también prepucio como el de los hombres. He constatado que llamarle “botón del amor” no es siempre demasiado acertado cuando algunas mujeres, y no por ello menos excitante, lo tienen tan desarrollado como la colita del niño Jesús. Mi Chupaflor era una de estas. A hurtadillas me colé en su celda muy avanzada la noche. Estaba triste por mi marcha y tuve que consolarla asegurándole que nos volveríamos a ver. Más que una premonición era un deseo y lo que necesitaba oír en aquel momento. Fue la única vez que nos quedamos desnudas completamente las dos. Con la luna iluminando la estancia pude saborearle sus pechos generosos. Demasiado grandes, redondos y llenos para una monja. Le cubrí cada centímetro de su piel con saliva. Cuando llegué al pubis le mordí con fuerza en el montículo y gimió de placer. Después succioné su enorme clítoris hasta hacerle gritar de dolor-placer. Se dio la vuelta sin yo soltar mi presa y penetró con su lengua en mi jardín en una posición que con el tiempo descubrí se llamaba el sesenta y nueve. Mi curiosidad era insaciable y consideré lo acertada de la numeración cuando se tratase de un hombre y una mujer pero haciendo volar la imaginación, la misma complicada postura cuando fuesen dos mujeres o dos hombres debería cambiar de dígitos: el ochenta y ocho para las hembras y el setenta y siete o el treinta y siete para los machos. Intenté con los muslos y las rodillas evitar que los

fuertes jadeos despertasen al colectivo pero sus orgasmos eran tan fuertes y seguidos que cundió la alarma. Apenas me dio tiempo de colocarme el hábito y a ella taparla con una sábana. Había sido yo, dije, la primera en llegar alarmada por los gritos que le había producido una pesadilla. Nos arrodillamos todas en el pasillo, junto a la puerta, y rezamos varias jaculatorias para ahuyentar al maligno. La Superiora nos fulminó con la mirada a las dos. Estábamos en su lista negra porque éramos las únicas que no habíamos pasado por su aposento y el Padre Espiritual, que era de todos, sentía cierta predilección por mí y a veces se le notaba. Antes de empezar nuestras caricias nos hicimos mutuamente un regalo. Nos cortamos tres pelos del pubis cada una y los colocamos en sendas cajitas de madera que nos apresuramos a esconder. La sigo conservando con devoción junto a otros recuerdos. Me encontré en la calle un día de lluvia, impura pero sosegada, sin el menor sentimiento de culpabilidad, bastante ingenua y sobre todo virgen. Dejar de serlo era doloroso y sangrante. No podía evitar acordarme de mi madre y de aquella chica que murió desangrada cuando la “tocó” un hombre. Ahora entendía lo que, tan burdamente, pretendía inculcarme. Un tosco, brutal y sucio macho me lo haría pasar muy mal, pero esa “deficiencia” femenina la podía subsanar yo misma con el instrumento adecuado. No me atrevía. ¿Existían hombres delicados? El doctor lo era pero en mi fantasía no quedaba demasiado bien. El confesor, sin embargo, podía haber sido ese “colaborador” que necesitaba si no me hubiese parecido “monstruoso” aquel miembro que “evidentemente” mis condicionantes físicas no aceptarían. Al menos eso era lo que creía entonces. Regresé al hogar con el consiguiente enojo por parte de mis padres

que no sabían como decir a sus amistades que su hija ya no era monja. Mi madre no se había recatado en pregonar a los cuatro vientos, aprovechando la menor oportunidad, que su hija estaba en un convento y había llegado el momento de retractarse o lo que todavía era peor: “justificar” mi abandono de una orden clerical. Lo primero que hizo fue pedir consejo a su Director Espiritual rogándole que viniese a verme para intentar sonsacarme algún “secreto” que no les había querido contar y que les aclarase mi retorno a casa. No les valió el que yo no estuviese preparada para afrontar una vida mística, monacal, contemplativa, encerrada entre unas paredes lejos del mundanal ruido. Y no me cayó muy bien el sacerdote, sin que yo misma lo pudiese explicar por tratarse solamente de presentimientos. Con la perspectiva del tiempo diría que era un cura jesuítico, no por ser un miembro de la Compañía de San Ignacio sino por su actitud y comportamiento. Se quedó sorprendido y algo desconcertado cuando no escuchó de mis labios ni un solo reproche, ni una sola queja contra instituciones o personas, para las que solo tuve palabras de elogio. Intuí que su relación con mi madre era algo más que un servicio pastoral. Si mi familia estaba entre la clase media no acomodada, dependiendo del sueldo de funcionario de mi padre (la criada que tuvimos durante dos años era la hija de la vecina de mi abuela en el pueblo, que nos dejó cuando se dio cuenta que otras chicas como ella además de comer y dormir en casa de los “señores” cobraban un sueldo) su interés no era crematístico sino carnal. Aunque me veía muy joven no le importó echarme los tejos a pesar de que en mis respuestas siempre recalcaba la palabra “padre”. Él insistía en que se trataba de un padre espiritual, no biológico, y solamente retrocedió cuando di por sentada

su afinidad con mi madre. A partir de ese día todo cambió en mi casa. Las relaciones se tornaron cordiales y solamente de vez en cuando me preguntaban sobre mis proyectos de futuro. Supongo que esperaban como respuesta que les hablase de boda y solo les respondía que andaba buscando trabajo. Eso les decepcionaba o tal vez les preocupaba pues una chica de mi edad debía tomarse muy en serio lo del matrimonio. En el armario de mi habitación había un espejo de cuerpo entero. Otro más pequeño encima de la cómoda y uno manual para peinarse con algunos arañazos por la parte del azogue. Me había dejado crecer el pelo y ya me llegaba a los hombros. Teníamos una pequeña habitación que solía utilizar mi padre a la que eufemísticamente llamábamos “el despacho” o “la biblioteca”. Escudriñé cajones y estanterías con una curiosidad malsana. Creo que exagero. Simplemente quería saber, ir descubriendo aquello que mi inconsciente me demandaba. Un cuidadoso paquete con revistas de las llamadas “para hombres” permanecía camuflado en una de las estanterías. Una gran revelación. Aumentó enormemente mi autoestima cuando analicé una por una todas aquellas modelos llegando a la conclusión, sin la menor modestia, que me encontraba en el mismo nivel erótico. Y me sorprendió comprobar lo grande que tengo las aréolas sin llegar a ser demasiado oscuras. Aunque parezca increíble mi Chupaflor las tenía similares por lo que yo daba por hecho que eran todas iguales. Pasé muchas horas delante del espejo: de pie, sentada en la cama, tumbada hacia atrás, con las piernas separadas como si estuviese delante de una ventana abierta a un patio repleto de hombres mirando. Copiaba las posturas de las modelos pero miraba la expresión de sus rostros y me daba la impresión de que todas

ñingían. Pero necesitaba algo más científico, docente y decente, que me hablase del sexo concretamente. Lo encontré en uno de los tomos que formaban la biblioteca y se llamaba: **El libro de la vida sexual**, dirigido (ponía) por: Juan José López Ibor, Catedrático de Psiquiatría y Psicología de la Universidad de Madrid. De la Real Academia de Medicina. Presidente de la Asociación Mundial de Psiquiatría. Luego en el apartado de “Colaboradores” aparecían ocho nombres de hombre repartidos entre: Médico-Psicotéclogo, Psiquiatra-Profesor adjunto de Psiquiatría de la Facultad de Medicina de Barcelona, Profesor de Psicopatología de la infancia y de la adolescencia de la Universidad de Barcelona, Médico-Neuropsiquiatra-Profesor ayudante de la cátedra de Psiquiatría y profesor de la escuela de A.T.S. de la Facultad de Medicina de Barcelona, Doctor en Filosofía y Letras, Médico Psiquiatra, Profesor de la Facultad de Medicina de Barcelona-Jefe de los servicios de Obstetricia del Instituto de Maternología de Barcelona y Psicólogo clínico-Profesor de Psicología Genética y Diferencial de la Escuela de Psicología de la Facultad de Medicina de Barcelona. En realidad los verdaderos autores del libro (dos negros, rojos) fueron Lidia Falcón y Eliseo Bayo, escritores proscritos y en alguna ocasión huéspedes de las cárceles franquistas. Venía ilustrado con fotografías y láminas. Me fui a la página 371 donde aparecía debajo de un dibujo la siguiente descripción: *Conjunto de los órganos genitales externos de la mujer que constituyen la vulva. En el grabado se hallan separados los labios mayores y menores que normalmente están en contacto.* Me senté en la cama apoyando la espalda y los riñones en el cabezal y la almohada, abierta completamente

de piernas con el espejo de la cómoda delante, manteniéndolo ligeramente inclinado con la ayuda de un cojín. Ante mis ojos apareció con todo su esplendor mi vulva sonrosada, suavemente adornada con hebras negras azabache. Los pendejos perfectamente alineados y tan finos como los de las chinchillas subían hacia el pubis con uniformidad y pegados a la piel igual que si estuviesen recién peinados. La descripción de la lámina empezaba por el Monte de Venus seguido del Prepucio y el Glande del Clítoris. Observo y palpo. Separo con los dedos los labios mayores y los menores o ninfas. Identifico el Meato urinario arriba del orificio vaginal dentro del cual se encuentra el himen, el símbolo de la virginidad. La Fosa navicular, la Comisura posterior de los labios y el Rafe perineal. Levanto un poco más las piernas para ver con claridad el esfínter anal y su Hendidura. Así soy yo y ese era mi tesoro, mi jardín. Empiezo a notar cierta acuosidad y con el dedo cordial de la mano izquierda reparto la humedad por toda la superficie de mi flor abierta. Formando círculos me acaricio el glande mientras con la mano derecha recojo el prepucio. Me llevo el dedo a la boca y lo chupo con satisfacción Es la sabia dulce y ácida del sexo. Luego me acaricio el pezón derecho que se ha puesto duro sobresaliendo notablemente. Al mismo tiempo continúo con el tocamiento del botón, que se reafirma sin llegar a sobresalir de un modo ostensible, pero ahora de arriba para abajo. Ya estoy muy mojada y mis caderas empiezan a moverse. Resuello mientras se me nubla la vista. Digo palabras incoherentes, creo que me quejo pero sobre todo grito. Me arqueo de los pies a la cabeza levantando el pubis y vuelvo a caer con fuerza sobre la cama que hace ruido de tanto moverme. No puedo parar. Mi

mano izquierda es una máquina con los dedos frotando a un ritmo vertiginoso. Como el centrifugado de una lavadora. La habitación da vueltas y parece que vaya a caer en un abismo. Se me inunda la gruta por momentos, el sirope me resbala por los muslos, me falta aire para respirar y todos los músculos del cuerpo están en tensión en un espasmo que se va repitiendo durante cortos espacios de tiempo hasta cinco veces. Las exclamaciones se mezclan con los quejidos. Al final del viaje me invadió un gran relajamiento. Poco a poco fui recuperando los sentidos y luego hice balance de los desperfectos que había causado el huracán. Meses más tarde descubrí a la escritora Anaïs Nin. En uno de sus libros dibujé una línea vertical en el margen que abarcaba determinado número de líneas, que releo de vez en cuando, y que entonces me produjo un fuerte impacto. Dice: *Pensando en Martínez, Matilde se sintió invadida por la pasión. Y no podía aguardar su regreso. Se miró las piernas. Por haber permanecido demasiado tiempo sin salir, se habían blanqueado de manera muy sugestiva, adquiriendo el tono blanco yeso del cutis de las mujeres chinas, (y de las monjas que no tomábamos nunca el sol), esa mórbida palidez de invernadero que gustaba a los hombres, y en particular a los peruanos, de piel oscura. Se miró el vientre, impecable, sin una sola línea fuera de lugar. El vello púbico relucía ahora al sol con reflejos rojos y dorados. / “¿Cómo me ve él?”, se preguntó. Se levantó y colocó un largo espejo junto a la ventana. Lo puso de pie, apoyándolo en una silla. A continuación, se sentó enfrente, sobre la alfombra, mirándolo, y abrió despacio las piernas. La vista resultaba encantadora. El cutis carecía de imperfecciones, y la vulva era rosada y plena. Matilde pensó que era como la hoja del*

árbol de la goma, con la secreta leche que la presión del dedo podía hacer brotar, y la fragante humedad que recordaba la de las conchas marinas. Así nació Venus del mar, con aquella pizca de miel salada en ella, que sólo las caricias pueden hacer manar de los escondidos recovecos de su cuerpo./ Matilde se preguntaba si podría hacer salir aquello de su misterioso centro. Se abrió con los dedos los dos pequeños labios de la vulva y empezaba a acariciarla con suavidad felina. Atrás y adelante, como hacía Martínez con sus morenos y más nerviosos dedos. Rememoró esos dedos sobre su piel, en contraste con ella, y cuya reciedumbre parecía que iba a lastimar el cutis antes que arrancar placer con su contacto. ¡Qué delicadamente la tocaba- pensó-, cómo sujetaba la vulva entre sus dedos, como si estuviera tocando terciopelo! Ella se la sujetó como Martínez lo hacía, con el índice y el pulgar. Con la mano que le quedaba libre continuó las caricias. Experimentó la misma sensación, como de derretirse, que le procuraban los dedos de Martínez. De alguna parte, empezaba a fluir un líquido salado que cubría las aletas del sexo, que ahora relucía entre ellas./ Matilde quiso entonces conocer su aspecto cuando Martínez le pedía que se diera la vuelta. Se tendió sobre el costado izquierdo y expuso el trasero al espejo. Podía ver ahora su sexo desde otro lado. Se movió como se movía para Martínez. Vio cómo su propia mano aparecía por encima de la pequeña colina formada por las nalgas, y empezaba a acariciarlas. Su otra mano se colocó entre las piernas y se mostró en el espejo por detrás. Esta mano acariciaba el sexo de atrás hacia delante. Se introdujo el índice y empezó a restregarse contra él. La invadió entonces el deseo de tomar por los dos lados, por lo que

insertó el otro índice en el orificio trasero. Ahora, cuando se movía hacia delante, se encontraba con un dedo, y cuando el vaivén la empujaba atrás, hallaba el otro dedo, como le ocurría cuando Martínez y un amigo suyo, la acariciaban a la vez. La proximidad del orgasmo la excitó, y la recorrieron las convulsiones, como si sacudiera el último fruto de una rama, sacudiendo, sacudiendo la rama para que cayera todo en un orgasmo salvaje, que se consumó mientras se miraba en el espejo, contemplando sus manos que se movían, la miel que brillaba y el sexo y el ano que resplandecían, húmedos, entre sus piernas. También busqué, en el libro del Dr. López Ibor, los órganos sexuales masculinos, que estudié detenidamente, aunque en esta ocasión me tuve que limitar a lo estrictamente teórico. Mi interés por el erotismo, por el sexo, se acrecentaba cada día y empecé a devorar libros, revistas y todo lo que caía en mis manos. Hace más de 2.000 años un sabio indio llamado Vatsyayana antes de escribir el Kama Sutra explicaba a sus alumnos jóvenes: *Las mujeres tienen una naturaleza delicada y tímida y quieren ser abordadas con ternura y consideración. Si el hombre las somete a una agresión brutal, como apenas lo conocen, pueden concebir hasta odio por el acto sexual, e incluso por el sexo masculino.* En el fondo pensaba que tampoco debía ser tan terrible cuando la rotura del himen no dejaba de ser un acto intrínseco del ser humano y su sexualidad. Intentaba disipar mis temores argumentándome la aversión de mucha gente, incluida yo misma, por las inyecciones que no dejaban de ser un inofensivo pinchazo apenas perceptible. Claro que no es lo mismo. Con el tiempo leí que algunos ginecólogos cortaban previamente el himen o que incluso tú misma podías ensanchártelo lentamente introduciéndote en

el coño objetos de mayor diámetro cada vez. Mi Chupaflor perdió su virginidad con tres dedos de mi mano, convirtiendo el dolor en placer entre los efluvios amorosos. ¿El amor sagrado? Pero otra cosa es hacérselo una misma o con ese señor que solo desea satisfacer sus instintos sin el menor escrúpulo. Santa Teresa escribió que un ángel que llevaba una larga lanza con un extremo ardiente *“la hundió en lo más profundo de mi ser. Cuando la sacó, pensé que habría arrancado también mis entrañas, y al marcharse ardió en el intenso fuego del amor a Dios. El dolor era tan fuerte y la dulzura del mismo era tan maravillosa que nadie hubiera deseado perderlo.”* Daño y placer se entremezclan. No necesariamente. Puede que sea la diferencia entre el amor sagrado y el amor pagano. Cuando saboreaba el miembro rígido de mi confesor, con ese tacto tan agradable, el calor que irradiaba y el olor a humanidad que desprendía, se me inundaban los sentidos produciéndome tal agitación que me parecía increíble tanto deleite y placer de un órgano inflamado que nos hace perder la razón a las mujeres... y a otros hombres. En este viaje a la locura solo deseaba ser ensartada frenéticamente, por esa alabarda de aterciopelada punta, enardecida por ese instrumento del placer, penetrada hasta el fondo de mis entrañas con esa dureza que mis caricias le proporcionaban. Deseaba engullírmelo, tragármelo en una ceremonia de antropofagia y pudiese recuperarlo, regurgitando, cuando me apeteciese. Convertirlo en algo de mi exclusiva propiedad. Mi vulva hinchada se abría y se cerraba con unas contracciones tan fuertes que también yo experimenté varios orgasmos. Ahora he tenido que detener la escritura, y hacer una pausa, para recoger los fluidos que afloran por mi entrepierna caliente. Tengo los

pezones duros y las mejillas arreboladas. El recordar el pasado tiene estos inconvenientes o ventajas según se mire. Los textos hindúes me atraían especialmente. *Si alzas la chica pasando los codos por debajo de sus rodillas y disfrutas de ella mientras cuelga temblorosa con sus brazos alrededor de tu cuello, esta postura se llama **Janukurpura**, la Rodilla-Codo.* Volví a las revistas que tenía escondidas mi padre para hacerme una idea más exacta de cómo quedaba realmente esa posición. A priori me pareció algo incómoda aunque no era la persona más apropiada para opinar al respecto. *Si tu lujuriosa amante (inmediatamente me identificaba) hunde el rostro en la almohada, se pone a gatas y tú la tomas por detrás como si fueras una bestia salvaje (me avivaba la libido) esta cópula es **Harina**, el Ciervo.* Cuando, estirando las piernas, ella agarra y exprime tu pene con su vagina como una yegua agarra a un semental, es **Vadavaka**, la Yegua, que no se aprende sin práctica. Tantas veces me había retorcido mientras apretujaba la almohada entre los muslos y la vulva palpitando, que soñaba con el momento de poder atrapar en mi gruta a un miembro viril erecto. *Si, yaciendo con el rostro girado, la chica de ojos color gamuza te ofrece su trasero y tu pene entra en la casa del amor, ésta es **Nagabandha**, la cópula de la Cobra.* Una de mis posturas favoritas era poner mi culo desnudo en pompa mirando al espejo del armario, separando ligeramente las piernas para que el ano y mi raja luciesen en todo su esplendor, incluso, con los dedos, separando los labios y exponiendo las carnosas paredes como una anémona abismal de iridiscencias rojizas. Ventura de la Vega, escribió: *La mujer de culo en pompa / dos agujeros presenta, / para que elija el*

cipote / el que mejor le parezca. Era la posición de las cuatro patas con los dos orificios amorios disponibles pero que en la cópula de la Cobra se refería a una penetración por el esfínter. Recordé unos minutos de mi primera experiencia por ese conducto. Muy placentera y gratificante la fricción cuando en el primer embate del oleaje amoroso noté que había tocado fondo y durante unos segundos permaneció dentro de mí, palpitando, envuelto con mis fluidos, hasta que empezó la retirada lenta, succionando esa segunda vagina y una gran sensación de desamparo, de vacío, temiendo que no volviese a penetrar de nuevo. No podía alejarse tan pronto sin haber expelido su simiente, saliendo de mi interior sibilinamente con el peligro de perder su tumefacción y no volver a recuperarla. Entonces todo habría terminado. Permanecía abierta, dilatada, completamente receptiva y empapada esperando que de un momento a otro se iniciase de nuevo el oleaje. Un falso movimiento hizo que el miembro dilatado se escapase y quedase vibrando unos instantes. Lo así fuertemente con la mano, sorprendida de mi propia destreza, y conduje de nuevo al ermitaño ciego dentro de su gruta. Fue tan grande su alegría al encontrarse en ese entorno cálido que aumentó considerablemente su tamaño alcanzando a los pocos segundos un ritmo y una agitación que provocó un movimiento giratorio de mis nalgas en la dirección de las agujas del reloj. También bamboleaban mis pechos con tal frenesí que parecía se iban a descuajaringar. La realidad es que mis primeras experiencias sexuales no fueron demasiado frustrantes, en general, ni tampoco el resto. Evidentemente hubo de todo pero en mi retina solo se grabaron las más voluptuosas. Lo que acabo de relatar forma parte de mis primeros pasos en

ese empirismo que fui adquiriendo a lo largo de los años con la única obsesión de seguir siendo virgen, contra viento y cualquier marea, no tanto por la problemática de un embarazo, que entonces ni me lo planteaba, como por el hecho de perder ese tesoro que debía, así me lo habían inculcado, preservar a toda costa y a cualquier precio. ¿Para qué? Que cada cual se responda. Lo cierto es que una vez superado ese trauma continué aceptando como entrada libre mi orificio trasero que me daba la completa seguridad de no ser fecundada. Los expertos siguen discutiendo si es tan reconfortante o más que el sexo oral. El origen de este debate, convertido en disputa muchas veces, viene de lejos. Mi primer trabajo de secretaria-recepcionista-mecanógrafa y en un estrato superior, amante, me llevó al bufete de un joven abogado. El modesto despacho no era el lugar más idóneo para los escarceos amorosos pero el sitio no importa si los protagonistas prescinden de lo que les rodea. Nos hubiese dado lo mismo hacerlo en un ascensor, en un taxi, en una librería, en la terraza de un ático, en plena Gran Vía, acodada en la barandilla, en la ducha, en los asientos de un coche, en el probador de señoras de unos grandes almacenes o en el lavabo de caballeros de un cine. Tan sencillo como arremangarme las faldas, (me había quitado las bragas previamente), inclinarme lo suficiente cogiéndome con las manos a cualquier soporte y bajar una cremallera de bragueta. Seguía traumatizada con el mito de la virginidad y fui penetrada por la puerta trasera, lo que algunos denominan la *Venus posterior*. Nuestra civilización sigue considerando el sexo como algo sucio, vergonzoso. Yo no creo que los dioses prefieran las mujeres castas y puras. Para los orientales es un sacramento que no solamente está bien

visto por dios sino que hay que practicarlo para tenerlo contento. Me gusta ser protagonista o partícipe de actos eminentemente sexuales pero no descarto la posibilidad de simple espectadora que también resulta muy gratificante y hasta edificante. Siempre sin violencia, con el propio consentimiento y como única finalidad la de proporcionar placer. ¿Sexo sin amor? Difícil pregunta o tal vez sea más correcto decir, peliaguda respuesta. Evidentemente descartado el sexo con la única finalidad de procrear. Es una parte tan intrínseca del ser humano que lo necesita para poder realizarse y mantener el equilibrio emocional que le permite saborear las delicias de la vida. Se me quedó grabado el pasaje de un relato que leí, no recuerdo donde, y que ahora me viene a la mente, de un adolescente que observaba desde la ventana de su habitación la colada que su vecina ponía a secar todos los días en el tendedero. El patio de luces no era muy amplio por lo que la distancia entre las dos ventanas no superaba los cinco metros. Permanecía escondido detrás de la persiana y miraba encandilado entre las lamas como la chica de enfrente, mayor que él, sujetaba con pinzas de madera su ropa interior en los alambres. No siempre tenía la suerte de que dichas prendas ocupasen la primera línea, la más próxima a su parte, lo que le producía cierto malhumor. Otras de mayor tamaño, sábanas, faldas, manteles, le impedían la visibilidad. Ella intuyó que era espiada y con una pequeña treta descubrió de quién se trataba. A partir de ese día el muchacho dejó de tomar tantas precauciones y la chica procuró que sus ropas delicadas estuviesen siempre a la vista convirtiendo la acción de afianzar sus braguitas casi en una ceremonia. Empezaron a cruzar miradas de complicidad y a esbozar ligeras sonrisas.

Su economía se debió resentir cuando fueron apareciendo colgadas una auténtica colección de minúsculas bragas con puntillas y colores muy vivos, sujetadores de encaje y esa antigua prenda llamada combinación o el viso que nos colocábamos las mujeres encima de la ropa interior y debajo del vestido. Era muy erótica si no llevabas nada más. Ocurrían algunas cosas pero lo inmediato fue la necesidad de la muchacha de ofrecer a su admirador algo diferente. Junto a esta ventana había otra de menor tamaño, pertenecía al cuarto de baño y una mañana la dejó abierta. Esperó a que apareciese él y con una ligera mueca de agrado empezó a quitarse la ropa y se colocó debajo de la ducha, que abrió, con las cortinas de plástico recogidas. Se mojó abundantemente todo el cuerpo sin dejar de mirar de reojo hacia su vecino, que empalmado, comenzaba a masturbarse mientras la contemplaba. Dirigió los chorritos del agua hacia su vulva, separó un poco las piernas y pronto alcanzó el orgasmo. Fantástico. Un auténtico ejercicio de libertad y sensibilidad. Siempre elijo con especial atención todo lo relativo a mi intimidad para poder disfrutarlo delante de mis espejos o para deleite de otros ojos. Llegado a un punto, el tanga, podría significar incluso un obstáculo si no fuese porque su diseño, tamaño y textura lo han convertido en una pieza erótica. En una palabra: favorece. Y el sujetador, del que algunas mujeres prescinden para aumentar la libido sabiendo que sus pechos duros o siliconados no desfallecerán, nos da una mayor seguridad, mejora la autoestima, pareciendo que el contenido pretende escapar por los generosos escotes. Si lo miramos bien, la sexualidad no deja de ser más que un continuo, permanente ejercicio de imaginación. Leo en El Jardín de Venus: *Las tetas lisas y*

tiesas, / firmes, redondas, menudas, / que como manzanas duras / puedan ser a manos presas. Ahora es Alfred de Musset: *¡Son, en especial, dos senos, / frutos de amor torneados por mano divina, / los que sobre tu pecho al unísono vibran, / cogidos a manos llenas!* Ponerme en cuclillas delante de un espejo, con la vulva abierta, desparramando el meo, peinándome mis suaves y negros rizos, rasurándolos o frotándome el clítoris es de un gozo indescriptible. Si soy consciente de que alguien me está mirando aumentará mi excitación pensando en el placer que estoy propiciando a otros. En mis fantasías alguna vez aparece el mirón debajo de mi cama que se estremece y convulsiona con el tiqui taca del somier. A mí, personalmente me gusta mirar. Mojo las bragas cuando veo masturbarse a un hombre y también si es una mujer haciéndoselo con su mano o con cualquier objeto. Vuelvo al Jardín de Venus: *El velo negro y sutil / que del vientre está pendiente /que parezca propiamente /ébano sobre marfil./ La parte a quien la Natura / puso su nombre, cerrada, / ni baja ni levantada, / ni muy llena de verdura.* A mi joven abogado lo puse en trance más de una vez al sorprenderme en mi mesa de trabajo, espatarrada y con un vibrador mentulado, acariciándome desde el ano hasta el ombligo. Ahora suelo llevar siempre, en mi bolso, algún olisbo. Son muy útiles y no ocupan apenas espacio. Te permite disponer de gran autonomía. Le gustaba tanto mirarme que hasta lo utilicé, sentada a su lado, mientras conducía su coche por la ciudad. Sin penetración pero con fuertes orgasmos. Se puso caliente. En un semáforo le hice una felación y se corrió. Tuvo que cambiarse de pantalones al no poder tragarme todo el semen de golpe. Por todas partes te iban llegando aquellos

mensajes indirectos que todavía te confundían más. El caso es que me daba cierta vergüenza acudir a las compañeras para preguntarles algo que se suponía ya debía haber experimentado como era la pérdida de la virginidad. Un grupo de chicos no paraba de contar chistes subidos de color y hablando en voz alta para que las chicas, algo más alejadas en otro corro, pudiésemos escucharles. Una recién casada, comentaban, se encuentra con el compromiso de engañar a su marido en la noche de bodas, demostrándole que era el primer invitado a entrar en su gruta cuando ya lo habían hecho otros. En plural. Acude la madre solícita que le da el remedio: colocarse en la vulva un petardo que al tocarla explotaría, al tiempo que debía exclamar, ¡Ay mi virgo! El chiste era de lo más burdo. Llegado el momento sucede tal como se había previsto pero la exclamación brota de los labios del marido: ¿Tú virgo, y qué hacen mis testículos (ellos dijeron cojones) colgados de la lámpara? Les hizo mucha gracia y varias de mis compañeras también se rieron pero yo me quedé con la duda de si realmente la rotura del himen producía algún sonido. No era tan ingenua como para pensar que se parecería a un tiro de escopeta pero sí que resultase lo suficientemente audible además de sangrante. Una feminista italiana llamada Pia Paoli hizo una propuesta sobre la himenectomía. Pretendía, para contribuir a la igualdad entre hombres y mujeres, que cuando una niña cumpliera los 6 o los 7 años se le practicase esta incisión quirúrgica. ¿Tendrá esto alguna similitud con la fimosis? Cuando la rotura es por otros medios se le llama himenorrexis. ¿Medios mecánicos? ¿Con alguna pilula artificial? Y lo más chocante es el zurcido japonés, la himenorrafia, método clásico por el que un especialista

devuelve la virginidad haciéndote un remiendo. Dejé de interpretar el “¡anda y que te zurzan!” como un insulto inocente, dependiendo a quién vaya dirigido, considerándolo como fuerte agravio. La virginidad produce cáncer, leí en una pared, ¡vacúnate! Se iba devaluando la joya de mi “Jardín íntimo” pero yo seguía, contra viento y marea, resguardando mi pequeño tesoro para entregárselo a ese quimérico hombre, dejé de creer en los príncipes y menos los azules, que tarde o temprano aparecería en mi vida con esa señal inequívoca que se llama amor. Sería un buen regalo para la luna de miel, para la boda, que curiosamente también se llama himeneo. Nunca quise fantasear con esa enigmática noche para que, cuando llegase, no sufriese la más mínima decepción si no resultaba como yo me la había imaginado. Hace bastante calor y estoy un poco cansada por este relato, pero aunque no quiero dejarlo, por no perder el hilo, debería reposar para luego tener las ideas más frescas. Paro. Ya he regresado, tranquila y descansada a pesar de que hace unos instantes estaba muy excitada. Acabo de darme una ducha y me encuentro nueva. Es muy curioso cuando, como en este caso, entre dos palabras ha transcurrido un tiempo que puede ser minutos, días o años y continuas como si todo lo hubieses escrito de una sentada, dando saltos en la narración mientras van aflorando los recuerdos y las ideas. Elipsis inevitables en cualquier historia. Por eso no me resisto a contar mi pasado más inmediato: hace una hora. Me tumbé en la cama completamente desnuda y entorné los ojos cansados de fijarlos sobre el papel. Quedé traspuesta al empezar a elucubrar una fantasía. Me encontraba dando clase en una escuela a chicos entre quince y diecisiete años. Por alguna razón solamente tenía un alumno en la primera

fila de bancos y yo permanecía sentada en mi mesa ubicada encima de una gruesa tarima. Disponía de una hilera de cajones a la derecha y el resto del mueble, libre, permitía que se me viese de cintura para abajo y los codos apoyados en el tablero. Detrás, en la pared, una gran pizarra donde había escritas algunas frases con tiza. El chico cabizbajo escribía en una libreta mientras yo simulaba leer un libro sin dejar de observarlo. Evidentemente estaba castigado pero con cierta frecuencia y de reojo me dirigía la vista. Era muy guapo, tal vez demasiado porque podía haber pasado por una niña con su larga melena, si no hubiese sido por su mirada lasciva, unos pelillos que apuntaban por encima de su labio superior, el pecho liso y un bultito que se le marcaba entre las ingles en el estrecho tejano. Nunca me ha gustado llevar pantalones y la longitud de las faldas, muy por debajo de las rodillas, estaban algo alejadas de la moda. Reglas del colegio. Cuando coloqué mis posaderas en el asiento me subí la tela casi hasta la mitad de mis muslos, juntando y separando las rodillas con un ligero movimiento mecánico que me proporcionaba un suave frescor a mi entrepierna. Sabía que la blancura de mi piel resaltaba extraordinariamente. En algún momento, llegando al punto máximo de separación, me detenía algo más de lo normal. Perlitas de sudor surcaban su frente y se removía inquieto en el asiento. Empezaba a notarme mojada y a tener una inmensa atracción física hacia el muchacho pero a la vez un sentimiento maternal de emotividad y gozo. Saber que yo le producía aquel desasosiego me enardecía. Se quedó petrificado y ya no apartaba sus ojos intentando atravesarme con ellos. Dejé de mover las piernas que se quedaron separadas descubriendo mis pequeñas bragas negras donde

se confundían con los pendejos que asomaban abundantemente por los lados. Apenas pudo responder que no, cuando le pregunté si había probado la “fruta prohibida” de una mujer alguna vez. Me llevé la mano derecha al sexo y con un dedo deslicé la prenda hacia los muslos, levantando el culo, y me las quité por los pies sin descalzarme los zapatos negros de tacón alto. Retiré totalmente la falda, apoyé directamente las nalgas en el asiento de madera y le ofrecí una panorámica de ensueño. El chico de vez en cuando tragaba saliva y ya no pudo cerrar completamente su boca que dejó entreabierta. Tenía las mejillas arreboladas y los labios de fuego. Se me estaba desbordando mi vulva, la abrí con mis manos, unté un dedo con su miel y lentamente comencé a chupármelo. Con el otro índice, por debajo del tablero, le hice un gesto de llamada, encogiéndolo y estirándolo, para que se acercase. El paquete ya era notorio en su pantalón cuando se dirigía inseguro hacia mí. Solamente tuvo que doblar ligeramente las piernas para quedar arrodillado en la tarima con la cabeza entre las dos colinas marfileñas del Valle del Amor. Las acariciaba recorriéndolas con mucha delicadeza, las dos a la vez, hasta que llegó a las ingles. Con sus finos dedos comenzó a encrespar las crines de mi pelambreira. Me engolosinaba su torpeza y empecé a menear con lentitud las caderas para dar movimiento a la pelvis, separando los pétalos de mi flor rosada, convirtiendo el resquicio en una puerta abierta de par en par. Introdujo su nariz, la besó con dulzura y con la punta de la lengua saboreó el manjar de mis jugos. Junté las rodillas acariciándole y arqueé mi cuerpo incrustándome en su rostro. En ese momento sufrió una convulsión seguida de una polución que le produjo una gran mancha en la

bragueta. Se quedó espantado no tanto por sentir un cierto ridículo, sino al entender que su misión como macho no había sido cumplida por lo que me embargó una gran ternura. En lugar de soltarlo le apreté ligeramente y me masturbé. Mi mano frotando el clítoris y las caderas en movimiento le reanimaron. Empezó a lamirme con zozobra, ansiedad y fruición lo que me hizo alcanzar con facilidad el orgasmo. Fue cuando volví a la realidad sudorosa y feliz. Estoy sola en casa y quiero reanudar mi relato pero ando un poco perdida después de esta disgregación. A veces la mente nos produce ciertas jugarretas mezclando realidad y ficción. Durante una temporada ejercí de maestra en un centro privado y de ahí probablemente provenga esta mixtura. Creo que ha valido la pena aunque pueda resultar confuso ligar el pasado con el presente. Tampoco he pretendido llevar un orden cronológico, ni por afinidades o similitudes. Los recuerdos van y vienen y me resulta muy agradable esta espontaneidad. Ya se que corro el riesgo de confundir fechas o lugares pero creo que eso no tiene demasiada importancia para la esencia de la historia donde lo fundamental son los hechos y sobre todo mi actitud o asimilación de todos ellos a lo largo de mi vida. No es un diario, tampoco una biografía, ni tan siquiera una novela. Son un compendio de anécdotas, experiencias, hechos, sentimientos y recuerdos de una existencia latamente vivida. Ni soy importante, ni tengo la edad adecuada para escribir mis memorias. Tampoco pretendo que sea una catarsis, no me arrepiento de nada de lo que hice, solamente quiero sinceridad y honestidad conmigo misma y lamentar y pedir perdón en estas hojas de papel, si alguna vez ofendí o hice involuntariamente daño a alguien. No aspiro a que lo que estoy escribiendo pueda ser leído,

pero tampoco me importaría que gente de mi generación o de las siguientes lo hiciese. Bueno, volvamos a entretener pensamientos, emociones, sentimientos, ideas... No estaría mal hacerlo con la lectura de algo. Veamos. Desde aquello de la manzana con Adán y Eva la fruta siempre ha sido un deleite al compararla en forma, color y sabor a los órganos sexuales. El plátano masculino, las nalgas de melocotón, los pezones de fresa y los zumos y jugos que engendramos, los comemos y los bebemos con similar placer oral, por lo que su uso metafórico es habitual. Como la misma manzana del propio Adán toda esta fruta alegórica siempre estuvo prohibida con las alternancias propias en cada período de la historia. Antes de Cristo, por ejemplo, se aceptaba mejor la penetración anal que el sexo oral. El escritor romano Marcial escribió entonces: *Durante toda la noche poseí a una mujer joven y lujuriosa; nunca conocí a nadie más libertino.*

Cansado de las mil posturas que habíamos adoptado, pedí el servicio pueril (puerta trasera); antes de terminar mi petición, se giró inmediatamente de forma obediente. Riendo y sonrojándome, le pedí algo peor que eso; la muy lasciva consintió instantáneamente. No soy partidaria de cierta clase de chistes, generalmente suelen ser muy machistas, pero no me resisto a contar uno que muestra el grado de desinhibición al que hemos llegado. Dos amigas se encuentran en la puerta de la Iglesia cuando una de ellas le pregunta a la otra cual es el motivo por el que está lavándose las manos en la pila del agua bendita. Cuando le responde que es la penitencia por haber masturbado a su novio se apresura a rogarle que no la ensucie mucho porque enseguida vendrá ella para hacer gárgaras. No puedes evitar recordar el famoso escándalo del presidente de los EE.UU y

una becaria con su vestido manchado en un armario, y por la misma razón un episodio de mi vida en la época de empleada en un banco. Treinta y tantos hombres y tan solo cuatro chicas trabajábamos en aquella entidad lo que implicaba ser el blanco permanente de las miradas masculinas. Casi todos casados, aparecían por las mañanas hambrientos de sexo, libidinosos, porque las fieles esposas no habían estado a su disposición aquella noche. Siempre fui muy cuidadosa en mi aspecto personal pero allí todas nos esmerábamos al máximo, sobre todo mi amiga Beatriz que acabó juntándose con un médico como desposanda. Es todo un tipazo de mujer rubia y espléndida, de exuberantes proporciones y una belleza de calendario. Yo, sin pretender estar a su altura, elegía concienzudamente la ropa: el sujetador para que realzase mi busto con un buen escote dando la sensación de tanta cantidad que se salían, a veces sin apretarlo demasiado para que al caminar con los zapatos de tacón alto temblasen ligeramente y las bragas de colores muy chillones o negras si el vestido era fino y ajustado. No me gustan mucho los panty pero con algunas faldas son ideales para resaltar el trasero bamboleante y tornearte las piernas. Uno de los compañeros que trabajaba en el departamento de moneda extranjera aprovechaba la menor circunstancia para cruzarse conmigo o venir a mi mesa donde podía, sin el menor recato, disfrutar de una visión perfecta de mi escote. Disimulaba llevando en la mano una carpeta con papeles y me tiraba los tejos. Era muy pulcro, siempre trajeado, oliendo a Paco Rabanne, con barba corta muy cuidada y unos diez años mayor que yo. Cuando nos topábamos, casi nunca casualmente, me susurraba palabras cariñosas al oído y algunas obscenidades de fuerte carga

erótica, que me producían escalofríos además de un hormigueo en el bajo vientre. Un día, cuando hacía escasos minutos que habíamos entrado, me apalancó contra la pared en la sala de las fotocopiadoras. Apenas pude reaccionar cuando ya me estaba besando apasionadamente introduciendo su larga lengua en mi boca. Fallaron mis fuerzas y mi cuerpo se negaba a ofrecer la menor resistencia convirtiéndose en un flan. Me gustaba tanto... Noté que su mano me magreaba los glúteos sin separar sus labios de los míos, algo que por otro lado tampoco deseaba. No es que estuviese mojada, me sentía completamente inundada. Recorrió mi pierna y al percatarse de que las medias llegaban hasta la cintura introdujo su mano para alcanzar mi sexo caliente. Me palpó con sus dedos toda la raja y los sacó introduciéndolos en nuestras bocas. Luego mordisqueó el lóbulo de mi oreja y continuó bajando por el cuello, acariciándome con la barba, hasta llegar al escote. Metió su mano izquierda en el sujetador y me sacó el seno derecho que empezó a lamirme mientras con la otra volvió al pubis. Junté las piernas para que no me introdujese los dedos en la vagina y empezó un experto movimiento circular alrededor del clítoris. No sé si su comportamiento hubiese sido tan correcto, dentro de los límites por mí establecidos, de haber sabido que todavía era virgen. He podido detectar que, en la época que estamos viviendo, aún hay muchos hombres que sacralizan en exceso esta particularidad. Sujetaba el pezón con los dientes para después succionarlo y estimularlo con su lengua mientras yo ya era toda un ascua. Agarré demasiado fuerte su miembro duro por encima del pantalón y se retiró, en un reflejo instantáneo, al hacerle daño. Le sobé con fuerza y, no sin cierta dificultad, conseguí bajarle la

cremallera, salvé el slip, acunando sus testículos en la palma de mi mano. Los acaricié cuando noté que empezaba a resoplar; le retiré el prepucio descapullándolo sin dificultad a pesar de no tener agrandada la fimosis, en el comienzo de un vaivén que inicié despacio pero con firmeza. Cuando alcancé el primer orgasmo aceleré el movimiento suplicándole a la vez que no parase. Ahogué un grito con el segundo y él emitió un sordo ronquido al correrse. Tenía un pene duro y ardiente pero no demasiado grande lo que permitía que pudiese trajinarlo mejor, sin que por otro lado, y debido a mi inexperiencia, pudiese evitar el desparrame del semen contra la pared y mi ropa. Parece ser que el desbordamiento del primer mandatario americano fue por la vía oral lo que situaba las manchas en lugares diferentes. Supongo que como mi compañero no era Bill Clinton, ni yo Mónica Lewinsky (completamente desconocidos entonces), corrí al lavabo a mojar la tela para que no quedase cerco y nos fuimos tranquilos a sabiendas de no provocar ninguna conmoción. Tampoco yo estaba, ni estoy, tan sobrecargada de peso aunque mis curvas son ostensibles y me esfuerzo en que se perciban. No he caído ni caeré en la tentación de esas modas, generalmente dictadas por homosexuales, que pretenden hacernos a las hembras andróginas. Una mujer debe tener los mismos derechos que el hombre pero no tiene porqué parecerse a él. Me gusta el culo musculoso de un macho y ahí están las estatuas griegas que los embellecen lo cual no desmerece al de una mujer calipigia, como la diosa Afrodita la de las hermosas nalgas. Rubens y “Las tres gracias” son de otra época pero no así las pinturas y esculturas de Botero. Los dos extremos tienen su parcela en el mundo erótico pero a mi no me han atraído

suficientemente. Acabo de interrumpir el relato porque sonaba el teléfono y lo reanudo después de atender a una amiga que simplemente quería unos minutos de cháchara. Decía que había comprado una crema retardante y que desde que se la aplica, su marido no quiere ponerse de hinojos porque tiene mal sabor. No entiende el prospecto que viene en diecisiete idiomas, menos el castellano, pero le sugiero que lo más probable es que el unguento se lo deba unguir su colega. Recalco lo de colega porque son del dominio público sus predilecciones sáficas, de las que no debería renunciar, pero le priva mantener el estatus de esposa de hombre público que le reporta mayores beneficios económicos en una posición social alta. Una mujer pública es una puta pero un hombre público es el que se dedica a la política. Por un momento, y tal vez por la consulta, me ha recordado a una antigua vecina. Me hizo partícipe de sus secretos íntimos convirtiéndome por esta guisa en su asesora erótico-sentimental. Su historia es de lo más corriente, en realidad lo son todas, y nada que no se le pueda achacar a mucha gente. Aunque me desvíe de mi narración la voy a contar. Se trata de la anorgasmia y también del tener orgasmos y no ser consciente de ello. Nos hemos quejado reiteradas veces de lo mal que nos enseñaron y enseñamos a nuestros hijos para que puedan desarrollarse en el plano afectivo. Aprendemos a comer, andamos, subimos en bicicleta, nos limpiamos los dientes, las mujeres cocinan, planchan, cosen, dan de mamar a los retoños, controlan la economía del hogar si están casadas o solteras, friegan los platos, etc... y se abren de piernas cuando le apetece... al macho. Compañera te doy y no esclava por lo que no te hago la ablación del clítoris físicamente pero ignorarás para que sirve. **Dicho sea de**

paso, se trata del único órgano de la mujer cuya finalidad solamente es dar placer. Mi vecina, María, simplemente María como aquella novela, no lo sabía o mejor dicho nunca lo había podido comprobar. Su primera vacilación la tuvo cuando llegó a sus oídos la antigua controversia de si el orgasmo debía ser clitórico o vaginal. Cuando entendía llegado el momento, daba unos grititos, tal como lo había visto en una película porno junto a varios matrimonios reunidos, con la misma hipocresía que las actrices. No daba crédito a mis palabras. Le dije que mientras su marido necesitaba unos minutos de reposo para correrse por segunda vez, ella lo podía hacer 20 veces seguidas. Mi propio enojo hizo que me excediese en la cifra multiorgásmica pero no rectificué. Nunca hablaron de sexo. La penetraba, generalmente con dolor al no estar estimulada, en el mismo lugar, en la misma posición, espatarrada y mirando al techo, tal vez los mismos días y a la misma hora. Célibes y miembros de Acción Católica, algún día les confesaré que fui monja, apenas se besaron, apasionadamente nunca, ni se acariciaron. Los tocamientos fueron por encima de la ropa y el pecado directamente proporcional al grado de acaloramiento. Eran de misa y confesión semanal con los extras en el mes de las flores a María. Encontraba absolutamente normal desnudarse en el cuarto de baño y acostarse con la luz apagada. Y su marido que de soltera, en un alarde de imaginación llegó a decirle que era muy atractiva, hacía mucho tiempo que había perdido la inspiración. Ahora la llamaba “nena” o “mamá.” Tenía tres hijos y notaba el paso de los años, algunos kilos de más y los pechos, muy grandes, descolgados. Lo único que sabía de la masturbación era su grado de pecaminosidad, incluso en la

palabra misma, ya que “su verdadero nombre”, “vicio solitario”, resultaba concluyente. Todo lo que girase alrededor del sexo llevaba connotaciones de culpabilidad con efectos realmente devastadores. Tal vez mi compungida vecina, después de los tres partos, tenía el músculo pubocoxígeo distendido y su placer sexual mermado si no fuese porque de recién casada tampoco experimentó ningún placer. Quería discernir si se trataba de escasa o nula información, de alguna patología, de un marido inepto o un poco de cada cosa. Llegué a la conclusión, siendo benévola en mi diagnóstico, que no tenía ni pajolera idea, su vagina se había relajado y compartía su vida con un hombre de poca monta. La primera acción que debía tomar era aplicar, de inmediato, un anticonceptivo. El que fuese porque no se podía demorar por más tiempo ahuyentar el miedo y la ansiedad por sentirse de nuevo embarazada. Rechacé el de los ciclos programados que impiden hacer el amor en aquellos días en que las mujeres nos excitamos más fácilmente. El diafragma probablemente demasiado complicado para ella y no digamos para él. El de la marcha atrás, aún siendo diligente retirándose a tiempo el riesgo es muy alto con los flujos previos cargados de millones de espermias kamikazes. En el mejor de los casos si el compañero es estable y puedes determinar si la efusión del semen se produce de una forma rápida y potente o por el contrario, lenta y a golpes. La vasectomía, el pase del cónyuge por el quirófano sigue siendo el cuento de Caperucita por la supuesta merma de la virilidad. El alambre ese que coloca el ginecólogo, ni hablar. Nos quedaba el sufrido preservativo incluido el manual de instrucciones y la píldora que debía adquirir en las farmacias

con receta. Le proporcioné unos cuantos condones de diferentes formas y colores para que los fuese colocando en uno de mis vibradores que al finalizar las clases le regalé. Evidentemente había que rechazar de plano la prohibición de la Iglesia Católica contra los anticonceptivos y si su marido se ponía terco, amenazarle con que se buscara un agujero nuevo donde meterla que ella sabría apañárselas. Mi forma de decir las cosas, además de hacerle gracia, la afianzaba a medida que iban aumentando sus conocimientos, mostrándose cada vez menos recatada y pudorosa. Estaba rodeada de mucha mojigatería y beaterio pero poco a poco se fue zafando del lastre que la inmovilizaba. La hice desembarazarse de todos sus desodorantes íntimos limitando su higiene personal a los labios mayores con agua fresca y jabón. La vulva debe oler un poco a pescado, concretamente a marisco, como hacen los franceses con la caza que empiezan a considerarla cuando, después de siete días colgada a la intemperie, se les resiente el olfato. Perfume suave detrás de las orejas, entre los dos hemisferios del culo hasta llegar al ano completamente limpio siempre, debajo de los pechos y en el bosquecillo del pubis; los sobacos rasurados y frescos; las uñas de las manos y los pies pintadas de rojo. Repito, de rojo. Los labios de carmín, cara maquillada y el cabello largo y aparentemente desordenado. La lencería de lo más fina posible y muy atractiva con encajes y adornos negros y rojos sangrantes. Por supuesto valen otros colores siempre que sea transparente y reducida. Ligueros. No abandonarse nunca y estar en permanente estado de revista a la espera de cualquier emergencia o imprevisto. Ya no sé por donde ando. ¡Ah, sí!. Me he desviado un poco al tener que abarcar tantos campos, pero

vuelvo a coger las riendas con la autoestimulación. Primero tuve que explicarle lo irracional de la Iglesia al catalogarla como sucio pecado y demostrarle que ejecutarla no producía granos ni verrugas, acidez en el estómago, ceguera congénita ni tampoco debilitaba el corazón. Nada tenía que ver con las enfermedades mentales y no era un vicio oculto que aflorase a lo largo de nuestras vidas. Se trataba de un acto placentero, muy estimulante, que lo practicaba todo el mundo a solas o acompañados y que dependiendo del entorno, de tu estado de ánimo, las circunstancias que te rodeen, de tu salud, de tus problemas, del tabaco, del alcohol, de las drogas o de tu ciclo menstrual puedes practicarlo una o dos veces al día o una o dos veces al mes. De nuevo tuve que recurrir al truco del espejo. Nunca me pregunté cómo me había metido en tamaño berenjenal pero tal vez debí hacerlo. En determinados momentos no sabía como salir del atolladero pero yo misma encontraba la solución de inmediato tirando “por la calle de en medio”. Ella debía apreciar su sexo, amarlo, sentirse a gusto con él y además que le proporcionase placer. La imagen que tenía no podía ser más nefasta: sucio, olía mal, su proximidad al otro orificio por el que defecaba, sangre menstrual, tampones y dolor, sufrimiento en el coito, más sangre con placenta y niños llorando. Tétrico panorama por el que sentirse atraída. Le dije a María que aprovechase las horas en que se encontraba a solas en casa para quedarse desnuda. Completamente desnuda, sin ropa alguna, insistí ante su mirada de asombro. Y que delante del espejo más grande que tuviese ejecutase todas las posturas que se le ocurriesen, para que sus ojos la fuesen reconociendo. Luego debía restregarse con las manos como si estuviese en la ducha repartiendo el gel por todo el

cuerpo. Especialmente en los senos, las ingles y la raja del culo. De pie, entre ambas piernas abiertas, colocaría otro espejo en el suelo mirando al techo. De ese modo apreciaría su horcajadura desde un ángulo insólito. Luego en cuclillas para que se le abriese totalmente la vulva y sentarse como si se besara con otra clónica. La tele apagada, el teléfono descolgado y empezar las caricias alrededor de los pezones si era necesario con los dedos mojados en saliva. Cuando se pusiesen duros apretarlos suavemente varias veces, acudiendo con una de las manos a la entrepierna para acariciar los labios, el clítoris y la vagina, ejecutando aquellos movimientos que más gozo le fuesen produciendo. Si observaba que permanecía demasiado seca en su interior debía utilizar abundante saliva o un lubricante artificial como la vaselina que nunca debe faltar en el botiquín de una casa donde viva alguna mujer. Como si se tratase de un medicamento debía repetir estos ejercicios dos o tres veces al día. Faltaba mucho camino por recorrer pero cada cosa a su tiempo. Teníamos que llegar al apartado del vibrador que le regalé, al seguimiento de sus orgasmos y a ver que hacíamos con su marido o si se buscaba un amante complaciente. Volviendo al tema, paralelamente continuábamos con aquellos capítulos que se quedaron a medias como era el de la ropa íntima, que en el momento de la elección debe predominar su aspecto seductor más que el práctico. Una faja, sobre todo la de cuerpo entero, resulta tan excitante como un señor con sombrero, camisa, corbata y calcetines. Sin embargo un corselete, aún sirviendo casi para lo mismo y lo pueda utilizar una joven rellena o la de escasos atributos ya que enaltece las tetas y el culo apretando la cintura, se ha convertido en una prenda típicamente erótica.

Ensalzado a lo largo de su historia y también prohibido por razones morales, el Emperador José II, rizando el rizo, lo declaró de uso exclusivo para prostitutas. Casi nunca veremos una bragueta abierta pero de lo que sí debemos estar seguras es del éxito de nuestros semivestidos o semidesnudeces que al menos la abultarán. Todos los autores no opinan lo mismo. Así Robert Herrik (*Los ropajes sólo nos engañan y adulan*) dice: “*Fuera las sedas y las batistas. No quiero escenarios ni telones: dadme a mi señora como es. Vestida con su simple desnudez: pues mi corazón, igual que mi mirada, se rinde a la carne, no a la indumentaria.*” Y Gonzalo Torrente Ballester, en (*Crónica del rey pasmado*): “*El cuerpo de Marfisa había quedado medio al descubierto: mostraba la cabellera, la espalda, la delgada cintura, el arranque de las nalgas. El Rey la miró: con sorpresa, con estupefacción.*” Continuando con las citas, esta otra de Christopher Logue : “*La muchacha se quita el vestido. Los focos revelan su atractivo. Sus arrecifes de coral con olor a almizcle.*” ¡Que bonito! La ceremonia de quitarse la ropa, sin ser el espectáculo del “strip-tease”, en un entorno intimista conlleva una fortísima carga de erotismo. Recuerdo aquella antigua película *El Graduado* (Charles Webb) donde, en un momento álgido, se desarrolla esta conversación: “*Ahora me voy a desnudar*”, dijo ella pasando un dedo por el borde del sombrero. “*¿Te parece bien?*” “*Claro*”, dijo Benjamín. (**Dustin Hoffman**) “*Bien. ¿Quieres... quieres...?*” “*¿Qué?*” “*¿Quieres que me quede aquí sin hacer nada?*” preguntó él. “*No sé qué quieres que haga*”. “*¿Por qué no miras?*” dijo ella. “*Bueno. Vale. Gracias.*” De alguna manera evoco mi fantasía con aquel bello alumno, y un diálogo parecido, aunque sin palabras.

La comunicación fue a través de miradas ardientes, gestos lentos, provocativos y el descubrimiento parcial de la piel. Es evidente que a todos nos gusta observar. Revistas, películas y en la vida cotidiana, los hombres dirigen sus ojos hacia los pechos y culos de las mujeres, y nosotras a las braguetas antes que a la cara o cualquier otra parte del cuerpo. Yo mantengo mucho la mirada con ellos y analizo el rictus de su boca ya que ambos son una fuente de mensajes. El cuerpo entero siempre está hablando. Simplemente debemos saber interpretar aquello que nos está diciendo constantemente. A veces los mensajes son en voz baja y otras a gritos, sin llegar, me parece a mí, al ¿en tu casa o en la mía?, de los jóvenes de ahora. El juego amoroso pierde su encanto; la seducción y el coqueteo desaparecen. Somos mucho más permisivos y menos hipócritas que nuestros abuelos, con aquella doble moral donde ni tan siquiera se podían mostrar las pantorrillas, enfundadas en medias opacas de grueso tejido, que ya entraba a formar parte de la vestimenta de prostíbulo. Debían echarle mucha imaginación al erotismo incluso en el de los momentos más íntimos. El otro extremo, el desnudo integral per se, tampoco produce demasiadas emociones tal como se puede apreciar en las playas naturistas, salvo a los reprimidos, que además suelen ser sus más acérrimos, intransigentes y furibundos enemigos. En un coche aparcado junto a una parada de autobús, un muchacho sentado detrás del volante se masturbaba a plena luz del día mientras hojeaba un ejemplar de la revista Playboy. Yo, que andaba paseando por la acera, me detuve al verle y apoyándome en una farola, me quedé observándole. Se dio perfectamente cuenta de mi presencia y continuó con su tarea ignorándome olímpicamente. Me puse

muy caliente y crucé las piernas con fuerza. Humedecí las bragas. Le llegó el espasmo con fuertes convulsiones accionando el claxon, involuntariamente, en una de ellas. El destino quiso que llamase la atención para que todo el mundo supiese que había alcanzado su meta. Nadie se dio cuenta. El único espectador fui yo. Arrancó el coche y le vi partir sin dirigirme una sola mirada lo que en el fondo me dejó algo confusa y decepcionada. No pretendía nada de él pero había sido en cierta manera su confidente y merecía una sonrisa de despedida. Me di un baño al llegar a casa con agua caliente y eso me excitó más. Terminé introduciéndome en la vagina el mango del cepillo de las fricciones. Cuando acabaron las contracciones me saqué aquel improvisado consolador, era la primera vez que lo utilizaba, y conté las burbujas que estallaban en la superficie del agua. Este episodio había ocurrido años después de tener solucionado el problema de mi virginidad que espero abordar en estas páginas. Bien, regreso con María. Durante el proceso masturbatorio era aconsejable controlar la respiración, que debía ser muy pausada al principio incluso intentando emitir algunos sonidos o palabras, mejor si eran procaces, y que, mediante un “in crescendo”, acabaría con el estallido de la carcasa del final de la fiesta. De todos modos, le advertí, que aún siendo maravillosa la sensación que percibiría no era comparable con la que le podría producir su marido, o en su defecto cualquier hombre o mujer, amorrado a su pilón. Otro aspecto a tener en cuenta simultáneamente sería el recordar aquellos sueños o fantasías inconfesables que más la complacieron. Agachó ligeramente la cabeza como si estuviese avergonzada, probablemente por haber puesto el dedo en la llaga, por lo que me apresuré a decirle

que aquello formaba parte de la consustancialidad del ser humano y no debería tener el más mínimo sentimiento de culpa. Antes de empezar a contarme nada quiso aclararme que a ella no le atraían las mujeres especialmente. Que llegó a tener dudas, pero nunca había experimentado nada especial en sitios con afluencia de mujeres y sin embargo notaba un hormigueo ante la proximidad de algún hombre. Estando en la cola de unas rebajas se pegó a su espalda un individuo de mediana edad colocándole el miembro en su trasero y notó su calor y la presión que ejercía pero no se atrevió a protestar por no hacer el ridículo. Tenía la boca seca y la invadió una sofoquina poniendo sus mejillas al rojo vivo cuando se dio cuenta que aquel hombre acaba de correrse. Con gran esfuerzo se separó antes de que la mancha que le apareció en la bragueta le ensuciase el vestido. El otro sin perder los nervios se tapó con una bolsa de plástico que llevaba en la mano. Le pregunté si ella movió el culo durante la excitante sesión y me respondió que se había quedado petrificada. Le dije que la próxima vez debía aprovechar mejor las cualidades de aquel culo maravilloso que provocaba orgasmos entre la multitud. Su fantasía empezaba en el departamento de lencería de unos grandes almacenes, concretamente del Corte Inglés. Le encantaba la ropa interior delicada y muy fina pero nunca se atrevía a comprarla. Se daba una vuelta, más que tocarla acariciaba la ropa de las afamadas marcas y terminaba comprándose las bragas de toda la vida, las que van desde la cintura hasta medio muslo. Se le acercaba solícita una joven dependienta rubia peinada con cola de caballo. Le decía que la ayudaría y escogiendo detenidamente varias prendas entre el género expuesto la acompañaba a los probadores. Elegía uno muy grande con

varias perchas, un sillón y un espejo de enormes proporciones. Luego, me contaba, la chica me ofrecía un minúsculo tanga negro para que me lo probase. Las normas higiénicas aconsejan hacerlo por encima de tu propia ropa pero ella insistió en que me lo quitara todo. Lo más curioso es que no sentía ninguna vergüenza al quedarme totalmente desnuda delante de ella. Me vi en el espejo y me encontraba atractiva con mis grandes pechos respingones, mi redondo trasero y el monte de Venus plagado de hebras de azafrán. Al colocarme la pieza, que apenas me cubría el pubis, introdujo sus dedos rozándome la vulva y colocó la cinta en la canal de mis nalgas. ¡Sorprendente!. La exclamación la digo yo. Me acarició los senos con suma delicadeza y los enfundó en dos pequeñas cazuelas de seda transparente con volantes de encaje. Cuando me lo sujetó a la espalda parecía que estuviesen a punto de saltar por los aires. Me encantaba. ¿Qué le parece?. Magnífico. No tengo palabras para poder expresar lo que siento. Lo entiendo, respondió sin dejar de acariciarme por todo el cuerpo y haciendo que girase sobre mí misma delante del espejo. Mientras yo me miraba extasiada, con la boca abierta, se arrodilló junto a mí y juntando las dos manos rezó un padrenuestro y un avemaría. Luego se santiguó y se puso de pie otra vez. Me cogió el rostro y con una leve inclinación de cabeza depositó sus labios entreabiertos en los míos. Me besó apasionadamente como nunca nadie lo había hecho antes. Con suma destreza sacó mis pechos de su cuna y sin dejar de acariciarlos se dio un fuerte masaje en sus mejillas con ellos. Empezó a chuparlos indistintamente poniéndome los pezones de punta. Intenté colocar mi mano entre los botones de su blusa y conseguí llegar a uno de sus senos, suaves y tibios, pequeños

y redondos con las areolas hinchadas dando al pecho la forma de pera. Sin la menor brusquedad se apartó de mí haciéndome sentar en el sillón de cuero. Me abrió las piernas y separó con sus dedos la tela del tanga, introduciéndolos hábilmente por la puerta sagrada de la vulva en el templo de mi vagina, palpando sus paredes en busca del punto G. (Me aclaró que esto de la letra erótica lo había oído en una tertulia hacía poco y decidió incluirlo en su fantasía.) En realidad estaba sofocada pero no sabía discernir si pronto me vendría un orgasmo, si lo había tenido ya o en que fase del proceso me encontraba. Excitada, caliente, mojada y confundida. Entraba en el probador otra compañera sin haber llamado antes. Comienzan a quitarse el uniforme las dos. La que acababa de entrar llevaba la misma ropa interior que yo me estaba probando y la otra absolutamente nada. Se abrazaban y se besaban efusivamente. Desconsolada, de pie, miraba con tristeza lo que hacían al sentirme de alguna manera abandonada, pero sobre todo aturdida, al no entender lo que estaba pasando. Observaba con extrañeza que estaban haciendo lo mismo que acababa de ocurrirme a mí: la besaba, la acariciaba, jugaba con los senos y la sentaba en el sillón de cuero, le separaba la tela del tanga dejando al descubierto una vulva, ¡idéntica a la mía!, pero ahora la penetraba porque la dependienta que me había atendido era de cintura para arriba mujer y del ombligo para abajo un hombre con pene y testículos. Una ola de fuego me subía desde el pubis a la garganta y desde el ano, dando pequeños saltos en las vértebras, hasta el cuello. Viéndolas copular me excitaba como si estuviese loca y gritaba igual que ellas cuando alcanzaban el orgasmo al unísono. Una de las veces, al volver a la realidad, me encontré las sábanas manchadas

de la sangre que había derramado al aparecerme la regla durante el sueño. Y no creas, me decía María, que me sentía frustrada, todo lo contrario, repito y repito mi fantasía y me encuentro relajada lo que me hace pensar que es posible que llegue a correrme sin ser plenamente consciente. Otra fuente a la que podríamos recurrir, le dije, eran las películas porno, de las que solamente había tenido la oportunidad de ver una y donde el comentario de su marido, más o menos hipócrita, no fue nada favorable. También las revistas que le prestaba para que las pudiese disfrutar aunque fuese a escondidas. Le proporcioné una relación de libros. Debía conseguir alguno de ellos y hacérselo llegar, distraídamente, a las manos de su pareja. La tengo por ahí. Quizás la incluya en este relato. Le regalé un vibrador advirtiéndole que yo no era muy partidaria de un uso excesivo de este gratificante artilugio. Prefiero el contacto humano ya sea por mi misma o por mi compañero o compañera. Gran invento pero su mecánica velocidad puede contrastar con la mas reposada de los músculos y provocar, a la larga, frustración o repudio. Como todo en esta vida, en la que siempre hay una primera vez, su complacencia debe adaptarse a las necesidades de cada una y a la destreza que vayas adquiriendo en su manejo a lo largo del tiempo. Y en el último término está la cámara de video que te permite ser la protagonista de tus juegos. Pero sigo insistiendo, sin querer entrar en polémica, en la maravilla del sexo oral y lo extraordinario del sexo anal. Creo que ya he citado al escritor Frank Harris, y probablemente lo vuelva a hacer, porque describe como nadie sus experiencias en este terreno. Extraigo de una de sus obras lo siguiente: *Se había quitado la bata y tenía sólo un camisón. Un instante después mis manos recorrían su cuerpo encantador y estaba en la*

cama, encima de ella, que se movió a un lado, apartándose./
-No, hablemos- dijo./ Comencé a besarla, pero acepté./-
Hablemos./ Para mi estupefacción, dijo: /-¿Has leído Nana,
el último libro de Zola?/-Sí- contesté./- Bueno- dijo-, ¿Sabes
lo que la chica le hizo a Nana?/- Sí-contesté, con el corazón
desfallecido./ - Bueno- continuó-, ¿por qué no me haces
eso? Tengo un miedo espantoso de quedar embarazada. Tú
también lo tendrías en mi lugar. ¿Por qué no amarnos sin
temores? / Un momento de reflexión me dijo que todos los
caminos llevan a Roma, de modo que asentí y pronto me
bajé entre sus piernas./ -Dime cómo darte más placer- dije,
y abrí suavemente los labios de su sexo, poniendo sobre él
mis labios y la lengua contra el clítoris. No tenía nada de
repulsivo. Era otra boca, más sensible. Apenas la había
besado dos veces, cuando se deslizó más abajo por la cama
con un suspiro, susurrando: / -Así. Es maravilloso./ Así
estimulado, continué. Pronto, su botoncito se había
hinchado tanto que podía tomarlo entre mis labios y cada
vez que lo chupaba su cuerpo se movía convulsivamente.
Pronto abrió más las piernas y las levantó, para permitir
que me acercara al máximo. Entonces cambié el
movimiento, lamiendo el resto de su sexo y metiéndole la
lengua tanto como podía. Sus movimientos se aceleraron y
su respiración fue haciéndose cada vez más espasmódica, de
modo que cuando volví al clítoris y lo tomé entre mis labios,
chupando mientras metía y sacaba mi dedo de su sexo, sus
movimientos se hicieron más violentos y de pronto comenzó
a gritar en francés: / -Oh, c'est fou! Oh, c'est fou! Oh! Oh!/
Súbitamente, me levantó, tomó mi cabeza entre sus manos y
apretó mi boca contra la suya, como si deseara lastimarme./
Un instante después, mi cabeza estaba otra vez entre sus

piernas y continuó el juego. Poco a poco descubrí que si frotaba su sexo con el dedo mientras le lamía el clítoris, le daba un placer extraordinario, y después de otros diez minutos de esta deliciosa práctica, gritó: / - ¡Frank, Frank, espera! ¡Bésame! Espera y bésame, no puedo soportarlo más. Estoy exasperada y quiero morderte y pellizcarte./ Por supuesto, hice lo que me decía y su cuerpo se fundió contra el mío mientras nuestros labios se unían./ -Querido- dijo-, te amo tanto y qué bien besas. Era otra boca más sensible, dice Harris en su relato, y cuando lo lees una y otra vez no puedes dejar de sentirte identificada con su personaje, (*Tengo un miedo espantoso de quedar embarazada*), que grita y ¡lo más curioso!, habla en francés. Se me abren las carnes y me pongo cachonda hasta el extremo de, a veces, tener que estimularme. Frank Harris debió ser un maestro en el arte del cunnilingus. Copio otro pasaje: *Ella se sacudió la bata y en un santiamén le había levantado el camisón y la depositaba sobre el lecho. Se había cuidado y no estaba demasiado gorda, pero su cuerpo no podía compararse con la figura adorable de Grace. De todos modos, tenía que ganármela y me incliné de inmediato para conquistarla, besando su sexo. Dos minutos después, se había corrido ya tres veces, con cientos de ¡Oh! Y ¡Ah! y exclamaciones entrecortadas./ -¿Tú esposo te besó ahí alguna vez?- pregunté. / -Nunca, nunca -dijo-. Me poseía con frecuencia, pero siempre había terminado antes que yo comenzara a sentir. Tú me excitas muchísimo, y además, me das un placer inmenso. Con los papeles cambiados, también yo le pregunté en cierta ocasión a mi amante si le había besado ahí alguna vez a su mujer. No debe extrañarnos si pensamos que tan solo hace unos años la masturbación femenina era un auténtico tabú.*

Partiendo de esa premisa y sin olvidar el concepto, como ya dije anteriormente, de suciedad, pecado y mal olor, mirar “ahí abajo” a una mujer y además tocar, resultaba totalmente impropio. ¿Cómo se podía pensar, ni remotamente, en chuparlo? Hemos aprendido a darle la vuelta y convertir todo aquello en un verdadero placer para hombres y mujeres, respetando primero nuestros genitales, acariciándolos, consiguiendo mediante la masturbación el orgasmo y finalmente lamiéndolos, saboreando la miel de nuestras secreciones. Nos volvemos locas chupeteándole el pene a los hombres y tragándonos el semen pero ahora también nos revolcamos de placer cuando una lengua masculina nos recorre minuciosamente la vulva. El beso íntimo se ha convertido en un protagonista y toda mujer que lo ha podido experimentar alguna vez ya no puede prescindir de esa formidable caricia que le permite alcanzar orgasmos antológicos. Y no debemos olvidar la estimulación simultánea del otro orificio próximo que la cultura sexológica nos ha hecho apreciar en todo su valor. Soy una mujer con un gran poder de fabulación y muy propicia a las fantasías, sobre todo las eróticas, haciendo que vuele la imaginación en cualquier circunstancia. Eso me ha hecho percibir fácilmente en el cine o en la vida real aquellas situaciones que, la censura, la moral, las llamadas buenas costumbres o simplemente las no autorizadas para menores de dieciocho años, se desarrollan dentro de un planteamiento moralizante, pero que en realidad conllevan una fuerte carga erótica como son el destape de las botellas de champán y la espuma desparramándose. Tampoco me ha importado dar el primer paso, ni tomar la iniciativa, dirigiendo con firmeza todos los movimientos y las preguntas involucradas en esos

actos. Pero aún siendo un tópico debo repetir que en la mayoría de las veces la realidad supera a la ficción. Todavía cohabitaba con mis padres cuando una mañana bajando junto a un vecino en el ascensor, nos quedamos parados entre dos plantas. No se había marchado la luz pero aquel antiguo elevador tenía esos caprichos con alguna frecuencia. Lo acababa de recoger en su planta cuando al poco de iniciar la bajada se detuvo y ambos nos miramos incrédulos pero tranquilos. Al entrar en el pequeño habitáculo, recién lavado y perfumado, con el primer café del día ingerido que le había preparado con esmero su afable esposa y en la puerta del descansillo le despidió con un veloz beso y el mensaje “que no te canses cariño”, noté como una suave descarga eléctrica en mi bajo vientre. Le recibí con una sonrisa de oreja a oreja y un “buenos días, Ramón” que se apresuró a contestar algo turbado. “Mal empezamos el día” fue la segunda frase al pararse la máquina y a la que respondí “míralo por la parte positiva”. Era evidente que yo no podía haber previsto aquella situación pero por otras razones mi aspecto matutino era fulgurante. Se lo noté en su mirada, que no sabía hacia donde dirigirla, y en un cierto nerviosismo ante nuestra inevitable proximidad. En estos momentos soy capaz, observando detenidamente a las personas, de descifrar su grado de satisfacción sexual. A pesar de tener cerca de veinte años más que yo, le encontraba atractivo. Tal vez porque le hacía sentirse tímido creyendo que adivinaba sus pensamientos, por otra parte evidentes. No manteníamos una gran relación de vecindad lo cual no nos permitía conocernos demasiado, pero estaba segura que yo era la protagonista de sus fantasías masturbatorias. En mis elucubraciones me preguntaba cuando habría sido la última

vez y si algún gesto, palabra o determinado vestido le ayudaría a mantener mi imagen para las próximas ocasiones. Saqué el pie de uno de mis zapatos de tacón alto y le pedí, por favor, que me lo pusiese. No lo dudó ni un instante y se arrodilló, con una sola pierna, delante de mí. Me cogió por el empeine y con suavidad acercó su rostro y lo besó. Aunque en principio pueda parecer un acto de humildad tal como lo viene haciendo el Papa durante la Semana Santa en el Lavatorio de Pies a doce pobres recordando a los Apóstoles, el acto de rozar los labios en los pinreles también es una estimulación erótica. Producen con el sudor los mismos ácidos que los genitales y de igual atractivo para el olfato sin olvidar esa postura de sumisión de carácter masoquista. Me gustó tanto el gesto que inmediatamente me sentí mojada y separé los muslos para que pudiese apreciar mejor mis interioridades desde su privilegiada posición. Me subí la falda con las manos hasta el mismo ángulo de la entrepierna sin dejar de observarle mientras le hundía la mejilla con mi afilado tacón. Sin separar los labios de mi piel fue subiendo por la parte interior de la pierna hasta alcanzar el vértice inferior del triángulo de suaves rizos. El calor de su aliento me quemaba. Recogí a un lado la diminuta tela del tanga negro y con las dos manos alisé mis pendejos y separé los labios exteriores dejando mi vulva abierta como una ostra nacarada de reflejos iridiscentes. Hundió su rostro en mi sexo iniciando con su lengua una exploración total en el interior, de arriba hacia abajo, de derecha a izquierda, con movimientos circulares y perpendiculares que me hicieron estremecer moviendo mis caderas como una posesa. Empezó a succionar mi botón con tal fuerza que creí me lo iba arrancar. Me puse un puño en la

boca para hogar mis gritos llegando a clavarme los dientes. Era tan grande el placer que empecé a embestirle con el pubis, apoyándome con los hombros y la cabeza, doblé mi espalda como si fuese un junco y acabé espatarrándome del todo con lo que los embates contra su rostro fueron más violentos. Los dedos agarrotados de su mano izquierda me apretaban fuertemente una nalga a la que parecía querer arrancar o separar de su otra mitad. Con la lengua me alcanzó el ano y sufrí un nuevo estremecimiento. Lo lamió ruidosamente, impregnándolo con su saliva, intentando introducir también su lengua. La misma sensación me obligó a contraer los músculos imposibilitándoselo. Regresó al clítoris y en el preciso instante que volvía a relajarme metió un dedo en mi esfínter lo que me hizo proferir un hondo gemido. Metió un dedo más como última hurgonada sin dejar de chuparme toda la vulva. Un orgasmo siguió a otro siendo incapaz de contabilizarlos. Se me nubló la vista y detrás de un espasmo me vino otro hasta quedar extenuada. Una sucesión de estallidos como una cadena de explosiones incontroladas de placer. ¿Has besado ahí alguna vez a tu mujer? Le pregunté recobrando las fuerzas mientras regresaban a su sitio mis cinco sentidos. No, me contestó. Pues no sabe lo que se pierde, respondí. Me arreglé un poco el pelo y coloqué mis ropas en su sitio en el preciso instante que el ascensor se ponía de nuevo en marcha. Le miré, le sonreí y solo supe decirle: Ramón, eres todo un hombre. Me devolvió la sonrisa mientras pisábamos el patio, cerca ya de la calle, y se despidió con: Y tú una gran chica. Rebusco entre mis papeles y encuentro un fragmento de Trópico de Cáncer de Henry Miller que me viene como anillo al dedo: *“A lo que voy es al momento en que, según dice, se*

arrodilló y con esos flacos dedos suyos le abrió el coño. ¿Recuerdas eso? Dice que ella estaba sentada con las piernas colgando de los brazos del sillón y de repente, según dice, tuvo una ocurrencia. Eso fue después de haber echado ya dos polvos... después de haber soltado el discursito sobre Matisse. Va y se arrodilla, ¡tú fíjate!, y con los dos dedos... sólo con las puntas de los dedos, fíjate... va y abre los petalitos... tris-tris... como si nada. Un ruido pegadizo... casi inaudible. ¡Tris-tris! ¡Dios, he estado oyéndolo toda la noche! Y después va y me dice, como si no fuera eso bastante para mí, va y me dice que hundió la cabeza en su peludo chocho. Y cuando hizo eso, que Dios me ampare si no le colgó ella las piernas alrededor del cuello y lo dejó así encerrado. ¡Ahí sí que me mató! ¡Imagínatelo! ¡Imagínate a una mujer fina y sensible, como ésa colgándole las piernas alrededor del cuello! No solamente eso, sino que en el paroxismo del momento arqueas el cuerpo como una ballesta, tensa y rígida a punto de dispararse, con los pies entrelazados, apretando con los muslos la cabeza apasionada, ciega y sorda, golpeándola en el rostro con embates a toda furia. Cuando pierdes el control no te basta con la caricia más o menos intensa de una lengua salvaje, pretendes que te penetre la nariz, la cara, la cabeza, los hombros, el cuerpo entero como una absorción aberrante y te abres como si fueses a partirte en dos mitades. Si en el juego amoroso, previamente, has sido ensartada por el tercer ojo con el adminículo lúbrico adecuado, se produce una sinergia de infinitas sensaciones que te hace levitar con el agitar de cien mil élitros de cantáridas batiéndose al mismo tiempo en lo más profundo de tus entrañas. Distinto es el placer cuando se lo proporcionas a otro ó a otra, pero de similares

repercusiones. Un falo mórbido resulta apasionante cuando inicia el proceso de engrandecerse motivado por tus caricias, los sonidos y las posturas obscenas. Llegado a un punto deseas fervientemente que penetre por el esófago y te atravesase de arriba abajo como un rayo. Necesitas engullírtelo y no te importaría lo más mínimo convertir el acto en una ceremonia de antropofagia si en tu interior no hubiese una alarma que te avisase de lo inútil de esa acción que te impediría para siempre volver a utilizarlo. Es una idea que no puedo apartar de mi mente siempre que hago una felación. Ese irrefrenable apetito que te empuja a convertir el flamante órgano sexual en bolo alimenticio, queda totalmente anulado por el sentido de la supervivencia o el egoísmo de usar reiteradamente aquello que te produce tanto placer. Entiendes, aunque no compartes, esos crímenes pasionales donde el enloquecido amante cercena el apéndice exultante ante el temor o la sospecha de tener que compartirlo con otros. Lo que voy a transcribir pertenece a una obra de Anaïs Nin :”*Al día siguiente de este episodio, Marianne repitió su actitud de exaltada adoración, su éxtasis ante la belleza de aquel sexo. De nuevo se arrodilló y oró ante el extraño falo que sólo reclamaba admiración. Otra vez lo lamió, haciendo llegar estremecimientos de placer al cuerpo desde el sexo; volvió a besarlo, encerrándolo entre sus labios como un maravilloso fruto, y de nuevo él tembló. Entonces, para sorpresa de Marianne, una minúscula gota de una sustancia blanca, lechosa y salada, la precursora del deseo, se disolvió en su boca, por lo que acrecentó la presión y aceleró los movimientos de la lengua./ Cuando vio que él se derretía de placer, se detuvo, intuyendo que, tal vez, si ahora se apartaba, él podría hacer*

algún gesto para consumir el acto. Al principio, no hizo ningún movimiento. Su sexo se estremecía, y se le veía atormentado por el deseo. Pero luego, para sorpresa de Marianne, se llevó la mano al sexo, como si fuera a satisfacerse a sí mismo./ Marianne cayó en la desesperación. Apartó la mano del hombre, tomó su sexo en la boca otra vez, con sus dos manos rodeó sus órganos, y le acarició y succionó hasta provocarle el orgasmo. / Él se inclinó, agradecido y tierno, y murmuró: -Eres la primera mujer, la primera mujer, la primera mujer...” Observad que siempre hay una genuflexión como preámbulo del rezo de unas preces a la carne creciente que tanta admiración nos produce. Anaïs describe como le mira extasiada “*poseída de un frenético deseo de él*” lo cual no implica la menor idealización, aunque insista, “*Y, por encima de todo, el sexo en constante erección, suave, pulido, firme, tentador.*”

Simplemente forma parte de nuestros más recónditos deseos. Resultaría demasiado prosaico que la escena se redujese a un simple cambio de nivel para que ambos órganos, aprovechando la coyuntura, se ayuntasen. No basta con intentar engullir la pieza saludable, es necesario saborear, desde la primera gota *blanca, lechosa y salada*, el licor que destila ese magnífico e insuperable alambique. Te bailan los ojos cuando lo miras, lo acaricias y al metértelo en la boca hecha agua, lo escuchas y lo hueles, mientras excitas las papilas del gusto y sufres fuertes contracciones en la vulva y el ojete. “*He estado pensando cómo darte más placer.* (dice Mrs Mayhew, ese personaje de Frank Harris) *Déjame probar. Querido, amo tu semen. No lo quiero en mi sexo; quiero sentirte estremecer, así que lo quiero en mi boca. Quiero beber tu esencia y lo haré...- y uniendo la acción a la*

palabra, se bajó en la cama y tomó mi sexo con su boca, comenzando a frotarlo arriba y abajo hasta que mi semen salió en largos chorros, llenándola mientras ella tragaba ávidamente.” Explícito y contundente ese “*quiero beber tu esencia y lo haré..*” Elixir, licor, ambrosía, jugos, néctar, manjar de dioses con todos los adjetivos y epítetos imaginables sólo comparable a los fluídos emanados del santuario rosado femenino. La Molly Bloom del Ulises de James Joyce, piensa, y así lo refleja su autor, sin puntos ni comas. La mente es una sucesión y una amalgama de pensamientos, frases y palabras sin orden ni concierto. Dice en un pasaje: “*...por qué no son así todos los hombres eso sería un buen consuelo para una mujer así la bonita estatuilla que compró él yo la podía mirar todo el día la cabeza con rizos largos y los hombros el dedo levantado para que una escuchara eso sí que es belleza de verdad y poesía muchas veces me daban ganas de besarlo por todas partes también su cosa tan joven y tan bonita ahí sencillamente no me importaría metérmela en la boca si nadie mirara como si ello mismo te pidiera que lo chuparas tan limpio y blanco parecía él con su cara de niño y bien que lo haría yo en 1/2 minuto aunque se me fuera para abajo un poco como qué es sólo como sémola o rocío no hay peligro además estaría tan limpio comparado con esos cerdos de hombres me figuro que nunca se les ocurre lavársela de un año para otro la mayor parte de ellos nada más que eso es lo que hace que les salgan bigotes a las mujeres...*” Cuando yo empecé a escribir estas “memorias de andar por casa” pretendía que fuese una carta íntima dirigida a mí misma y sin proponérmelo eliminé los “punto y aparte”, como dándole cierta interioridad, pero con la anarquía que

mis propios recuerdos aportase. Creo que antes de la República algún autor (¿Corpus Varga ó Vargas Vila? No recuerdo bien. También Joyce como acabo de apuntar y Cela con su “Cristo versus Arizona”) ya lo hacían de este modo. En realidad no me importa, porque me siento muy cómoda con esta forma de relatar mis experiencias, reflejando sentimientos, anécdotas y pensamientos, en un batiburrillo mezclando cosas que a veces resultan inconexas o lo parecen. Su lectura puede ser cargante por lo farragosa, cuando a primera vista no aparecen diálogos, de ahí que la letra sea algo más grande de lo normal y relaje la vista. Conforme fui avanzando hecha un lío, consideré viable la trayectoria de la narración sin pretender ser original, ni mucho menos plagiar a nadie. Entiendo que la escritura, así como la lectura son unos medios de expresión artísticos y por lo tanto sujetos a la creatividad aunque, bajo mi punto de vista, manteniendo las mínimas reglas del juego. Tal vez con mi forma de hacer viole algunas de estas reglas y también es posible que, al eludir algunas normas gramaticales queden suplidas en mi soliloquio por su rico y fascinante carácter intimista. Una mañana apareció María por mi casa. Generalmente las primeras horas del día eran las más propicias para las confidencias. La invité a tomar café y me di cuenta que estaba un poco nerviosa dando rodeos y sin centrarse con un tema concreto. Disimulé siguiéndole la corriente mientras iba pensando que era lo que quería decirme y le producía aquel desasosiego. Pasaba de un lado a otro con temas como la Iglesia, el pecado, los hijos, la intransigencia y la forma de vida, mientras yo no dejaba de minimizar con la intención de que se sintiese más segura sin el menor resquicio de culpabilidad, aludiendo a lo difícil de

la relación de la pareja, la comunicación y los traumas que impedían muchas veces exteriorizar tus sentimientos, ocultando las emociones, que te permitían ser feliz y libre. Pasaron sesenta minutos cuando le pregunté cual era la causa real de su preocupación y quedó unos instantes meditando. Hacía días que su hijo Andrés de diecisiete años presentaba un aspecto pálido y ojeroso que la tenía sobre ascuas. Había hecho un análisis de la gente con la que se rodeaba pero no tenía suficientes datos que le permitiesen sacar la más mínima conclusión. Temía que estuviese metido en la droga o algo parecido. No sé muy bien a qué se refería con lo de “algo parecido” pero no la interrumpí. Finalmente y aunque reconocía que no había obrado bien, espío a su hijo por el ojo de la cerradura de su habitación, el fin parece que justificaba los medios, quedándose anonadada por lo que vio. Desnudo en su cama olía una prenda, que luego resultaron ser unas bragas suyas usadas, mientras se masturbaba. El semen había manchado la sábana que el chico se apresuró a meter en la lavadora. Posteriormente, una inspección ocular, junto al tacto y el olfato de la madre sabuesa se lo confirmó. Andrés, le dije, ha descubierto que eso que le cuelga entre las piernas sirve para algo más que para mear y lo estaba experimentando. ¿Cuál es el problema? Deberíamos hacer algo, ¿Deberíamos?, pensé, para que mi hijo no pierda la virginidad entre los muslos de una furcia que le pueda contagiar cualquier enfermedad o el SIDA, buscarle otra solución. Viéndola venir solamente se me ocurrió contestar: ¿Y? Y... tú eres la única que puede ayudarnos. Advertí el matiz del plural. ¿Cómo? Continué haciéndome la ingenua. Tú verás. No, yo veré, no. ¿Cómo? ¿Qué puedo hacer yo? No lo dudó ni un instante:

¡enseñándole! Vamos a ver, María, yo te puedo explicar ciertas particularidades fisiológicas, algunos modos y maneras de actuar en la intimidad y no pasa nada, pero ten en cuenta que Andrés podría ser mi hijo. Se da la circunstancia que no lo es, respondió. Y además, añadí, sólo tiene quince años. Diecisiete cumplidos. Para el caso es lo mismo quince que diecisiete, continúa pudiendo ser mi hijo. Miro fijamente por encima de estas líneas y las palabras se juntan formando una mancha negra. Algo me dice en mi interior que debo ser sincera: la idea me cautivaba. Sólo pensarlo me producía un repelús. Pero mi excitación llegó casi al límite cuando, sin darle mayor importancia, señaló que en el lote entraba también Javier su otro hijo de dieciséis años. Rehusé la oferta, con la boca pequeña, y le prometí que me lo pensaría detenidamente. Le mentí porque en aquel momento ya tenía tomada la decisión. Sin especificarlo, las dos dimos por sentado que no se trataba de unas clases teóricas más o menos explícitas, si no de follar clara y llanamente. A partir de ese día estuve con un regomeyo en las entrañas, probablemente producido por los nervios, amortiguado por lo apasionante y excitante de la experiencia. Fingió en aquel momento caer en la cuenta de que había traído un vídeo para enseñármelo, torciendo ligeramente el labio en un mohín de complicidad. Lo pusimos en marcha mientras ella me iba dando explicaciones. Era una película comentada igual que hacía mi madre con las de Sissí, que se sabía de memoria y repetía los diálogos en voz alta de tantas veces como las había visto. Creí, me dijo, que podía ser bueno aplicar las técnicas que me habías enseñado haciendo un pequeño ejercicio sin poner a priori en antecedentes a mi marido. Me coloqué un salto de cama negro transparente y

unas bragas rojas de encaje. Situé la cámara en el trípode exactamente enfrente de donde iba a estar yo colocada, sentada encima de la cama con las piernas abiertas y dobladas. Cuando llegó, tenía previsto que estuviésemos solos, le llamé desde la habitación que había iluminado suficientemente con luz del exterior a través de los postigos de la puerta del balcón que da a la calle y las dos lamparillas de cada una de las mesitas de noche. No sé si boquiabierto sería la expresión adecuada pero en una más gráfica podría decir que se le quedó cara de auténtico gilipollas. Le ordené que se colocara detrás de la cámara, mirase por el objetivo y apretase el botón cuando, después de pronunciar el nombre de la película, gritase: acción. Con cierta parsimonia, aunque la puesta en escena ya la había preparado concienzudamente, me fui poniendo unas medias negras que solamente dejaban al descubierto un trozo de muslo en la parte superior, blanco y reluciente, hasta la costura irregular por el encaje de las bragas. Me recosté sobre la almohada colocada previamente, encogí las piernas ofreciendo una espectacular visión de mis bajos fondos y cité el nombre de un cuadro de Dalí como título del cortometraje: *La joven virgen autosodomizada por los cuernos de su propia castidad*. Acción. Se encendió la lamparita roja colocada en la parte superior de la cámara de vídeo y yo inicié una sesión masturbatoria. Apareció su imagen tal como la acaba de describir con una ligera oscilación, seguramente por el nerviosismo del marido al comienzo de la grabación. Se levantaba con una mano la negligé para acariciarse un seno redondo y blanco marmóreo y con la otra escudriñaba en su entrepierna separando la tela de rojo intenso dejando al descubierto parte del sexo que en el largo prolegómeno se

había hidratado profusamente. Empezaron los gemidos creo que un poco prematuramente, probablemente exagerados, mientras aumentaba el ritmo, la agitación de sus dedos entrando y saliendo de la vagina cuando el zoom acababa de convertir un plano general en un primer plano de la vulva enardecida y viceversa en clara referencia al aumento de las pulsaciones de su cónyuge. Estábamos las dos sentadas en sendos sofás mirando la televisión cuando me percaté que algunos de esos sonidos provenían de mi lado y no de los altavoces. María tenía los ojos semicerrados, la boca entreabierta y respiraba con dificultad. La cogí por los hombros, la levanté y luego la tumbé en la alfombra del salón delante de las imágenes que estábamos viendo. Le abrí las piernas y le levanté la ropa. No llevaba nada debajo. Tenía el pubis dorado como la panoja del maíz y la piel blanca y pecosa. Le embadurné toda la zona con sus propios jugos y le introduje con firmeza un vibrador de dos cabezas y mando a distancia en ambos orificios. Accioné el interruptor y ella agarró el artilugio con fuerza para evitar que se le saliese revolcándose de placer en la alfombra. Sentada en el sofá presenciaba toda la escena así como la película cuya protagonista era la misma, representando el mismo rol y en una secuencia muy parecida. Me introduje la mano entre mis bragas y comencé a acariciarme de lo caliente que me había puesto al contemplar aquel maravilloso espectáculo. Los jadeos fueron escandalosos cuando prácticamente alcanzamos las “tres” el orgasmo al mismo tiempo. Mi satisfacción era plena y por partida doble. Por un lado haber conseguido que aquella mujer que se mostraba ante mí sin el menor pudor hubiese llegado al éxtasis en un gran alarde imaginativo fuera de su entorno.

Por el otro que yo formase parte de este acontecimiento. Ella había sido la protagonista asumiendo plenamente su sexualidad eliminando cualquier tabú, libre de la menor inhibición y dirigiendo todos sus actos hacia esa meta de involucrar totalmente en sus fantasías al marido pasivo. Era la forma de engrandecer y ampliar los límites de su erotismo, oculto y prohibido durante tanto tiempo. Ya no tiene que esperar que a su hombre le apetezca montarla y coincidiendo con el ciclo favorable dejarla en estado de “buena esperanza”. ¡Vaya eufemismo más cursi! Ahora ella elabora sus propias estrategias, coordina las posibilidades, define los conceptos y arrolla con sus aplastantes argumentos cualquier posibilidad de reproducción por el orificio ad hoc, utilizando los conocimientos y la fantasía que le proporcionan sus propios sentidos en aras de conseguir el mayor placer. El más frío y refinado de los machos sucumbe al arte del alivio sexual. Tal vez estén cambiando los papeles y los hombres incluso prefieran permanecer impávidos mirando las estrellas o el techo de las habitaciones como durante tantos años lo hemos venido haciendo las mujeres. Ya no nos penetran. Nosotras abrimos nuestra puerta y conducimos hábilmente al peregrino que nos visita sentándonos a horcajadas sobre su vientre. Y decidimos y hacemos que pierdan el control con la amenaza de nuestros senos campando a sus anchas por encima de sus narices y la incertidumbre de que puedan atraparlos para poder chuparlos con la misma gula y ansiedad de su propia infancia. Llegó el momento de que nosotras tomemos la iniciativa. Se acabó la espera para que te saquen a bailar, te lleven al cine, te inviten a un restaurante o a un hotel y tengas que responder negativamente para no dar la imagen de chica fácil o como

decían los chicos, de putón verbenero. Nos pusimos el diafragma, luego utilizamos los condones que dadas las circunstancias deberíamos seguir llevando en nuestros bolsos, a pesar de la píldora, junto a la tarjeta Visa. Y aunque Ovidio en su “Arte de amar” dijese: *Qua venit ex tuto, minus est accept voluptas. Un placer sin riesgo satisface menos*, debemos ser prevenidas y elegir cuidadosamente a nuestros partenaires. Ya no tenemos que esperar a que nos hagan gozar sexualmente, ahora somos nosotras las que marcamos la pauta, dominamos y damos placer. Seductoras, buenas amantes, audaces, eróticas, maternales pero también agresivas. Y ella lo ha entendido muy bien. Sabe, es consciente que todo su cuerpo es sexo y debe sacar el mejor partido posible. El hombre necesita que le acunemos, que le amamantemos en un ejercicio de retroacción que lo traslade al útero de donde salió pretendiendo volver para satisfacer sus anhelos de supervivencia colmando sus ansias con el desahogo sexual. Luego se marcha y nuestra gran particularidad reside en el hecho de conseguir su regreso constantemente creándole esa necesidad imperiosa de volver al mismo punto de partida. Para ello debemos utilizar nuestro cuerpo cargándolo de sensualidad y sexualidad de la manera más inteligente posible. Si Petronio dijo: *“Raram facit mixturam cum sapientia forma”* “Raramente van juntas la belleza y la sabiduría” es porque no conocía lo suficiente a las mujeres. Sin menospreciar el pene por el hecho de haber simbolizado el poder sexual, como hicieron hace algunos años ciertas feministas, ya que se mantiene como una importante fuente del placer sexual de las mujeres, aunque no la única. El descubrir las inmensas posibilidades eróticas del cuerpo

femenino creo que ha sido el verdadero éxito de nuestra lucha. Ese abultamiento piloso de la entrepierna coronado por un sombrero de astracán que durante años fue la magnífica puerta de la catedral ha dejado de ser la única abertura por la que el hombre necesita penetrar en el recinto sagrado de nuestro tabernáculo. Nuestras sublimes sinuosidades, de tan encontrados efectos, lo mismo pueden obnubilar tragándole en la oscuridad de la fiebre del deseo, transportarle flotando en el aire sobre una nube a través del universo de un dulce letargo depositándole en los brazos de Morfeo con el aturdimiento y la embriaguez de una “muerte aparente” después de su paso por esa especie de batalla de las Termópilas (puertas calientes). Necesitan entrar en nosotras, libar de nuestras mieles, sorber nuestros licores envueltos con el manto de la sexualidad en su constante afán por retornar al seno materno. A muchos hombres les gusta sentirse dominados durante la refriega sexual, probablemente porque saben que pronto volverán al rol que la sociedad les tiene asignado. Quizás mi paso por el convento me haya dejado un cierto resentimiento contra esa institución tan patriarcal como es la Iglesia y necesite, de alguna manera, dominar al hombre-amante, aunque luego tenga que acunarlo haciéndole de madre. No obstante he podido comprobar a lo largo de mi vida que a muchas mujeres nos excita enormemente el hecho de ejercer un cierto poder sobre el hombre aunque, como ya he dicho, tengamos que actuar y comportarnos después, maternalmente. Esto implica el que ciertas mujeres confundan los conceptos y “adopten” a sus hombres de por vida. Tu compañero nunca debe ser tu hijo por mucho que te comportes como si fueses su madre biológica. La igualdad

de sexos no debe implicar ser como ellos. Saldríamos perdiendo. Debemos exigir los mismos derechos sin perder un ápice los rasgos, virtudes y particularidades de nuestra feminidad. Lo que se ha dado en llamar “**el eterno femenino**”. Por encima de todo esa sexualidad debe dejar de estar latente y pregonarla a los cuatro vientos, acompañarnos diariamente en todos los actos ya que forma una parte indivisible de la propia naturaleza femínea. ¿Por qué fingen algunas mujeres el orgasmo? Unas no saben lo que es, nunca lo experimentaron y actúan con mayor o menor éxito en cada polvo como si se tratase de una representación teatral; otras no quieren dejar en evidencia al compañero o marido recién escurrido, levantando acta notarial de la chapuza que les acaban de hacer. También cuando se produce el ya tan habitual “gatillazo” intentando ser comprensivas con frases como: “No te preocupes que eso le pasa a cualquiera”, “Trabajas demasiado y estás estresado”. Aquí en realidad lo que se piensa es que bebe y fuma demasiado pero no es aconsejable ponerlo de manifiesto. O tal vez alguna guarrindonga se te adelantó y ha llegado a tu casa completamente aliviado. No empieces a oler su ropa ni a buscar manchas de carmín. Hay mucha competencia competente. Tampoco mires en los bajos de los asientos del coche en busca de alguna prenda íntima femenina. Pregúntate si estuviste a la altura de las circunstancias poniendo en la tarea toda tu sabiduría y tu poder de seducción. Los hombres son muy machistas pero el más potente no le aguanta a la más frígida tres asaltos. Sin embargo les gusta creer que son los que dominan el cotarro y que con sus artes marciales nos elevan al estrato de mujeres multiorgásmicas. Son ellos los que quieren estar dentro de ti,

y presumen de hacerlo, pero olvidan que la llave de la puerta la tenemos nosotras. Airean que alguna “se amorró al pilón”, al suyo, pero ninguno osa decir ni pío de una comida de coño. Tampoco que le metieron un consolador por el ano. Es poco masculino y menos aún reconocerlo, a pesar de que hoy en día pocos hombres se escapan de estas prácticas que además les entusiasma. Afortunadamente no dejan de ser las batallas que fuimos ganando con nuestro esfuerzo y nuestras armas, las que nos proporciona el cuerpo, con sus redondeces, protuberancias, hendiduras, olores, sabores y el tacto aterciopelado de la piel. Y el arte y la imaginación imprescindibles en todos los actos de nuestra vida pero mucho más en los lances amorosos. Hemos intercambiado los papeles y en mi caso dejé atrás la niña sumisa, católica, casta, pura, monja o soltera para vestir santos y me he convertido en una mujer sexualmente activa, con independencia elegida libremente, autonomía económica, la que da el primer paso si es necesario, desinhibida, algo procaz, agresiva, transgresora, con sentido del dominio sexual pero cariñosa, dulce, atractiva, seductora, mi única droga es el sexo, lujuriosa, lasciva, libidinosa, también romántica, vital y apasionada. Decía Savonarola que *“la fuerza no estriba en poseer un gran cuerpo, sino solamente en el espíritu”* y Aldous Huxley que *“la carne no es jamás opaca del todo; el alma se muestra a través de sus muros”*. Chupar una polla además de un placer, incluso estando de rodillas, es un auténtico acto de dominación. Marcas el ritmo, succionas y lames a tu antojo ante la desesperación del hombre por llegar al clímax suplicando que te des más prisa y embistiéndote cuando se da cuenta que eres tú quién decide cuando debe correrse. Nunca soples a un pene

tumesciente aunque te entren unas ganas irresistibles de hacerlo para hincharlo como un globo, por que puedes producirle una infección. Y al brotar la espuma se te inunda la boca de esa lava que su volcán lanza intermitentemente, caliente y algo salada, se desliza por tu garganta como un delicioso jarabe y la que se desborda te resbala por la comisura de los labios chorreando sobre tus pechos como gotas de licor candente. Cicerón en *De finibus*, decía: “*Non enim paranda nobis solum; sed fruenda sapientia est.*” “*No basta adquirir la ciencia, es necesario también usarla.*”

Algunas de mis descripciones se las debo a mi amiga Beatriz durante las sesiones fotográficas, que se casó con un médico estando trabajando todavía en el Banco y al poco tiempo la trasladaron a una sucursal nueva en otra ciudad donde vivió alejada de él una temporada. De temperamento ardiente necesitaba con cierta frecuencia desahogo físico y emocional siendo muy difícil que alcanzase la saciedad. Acudió a mí como confidente y tuvimos que elaborar un plan de emergencia a la espera de la llegada de días mejores. A pesar de nuestra gran amistad nunca mantuvimos relaciones sexuales si bien compartimos los más íntimos secretos. Lo primero que hice fue regalarle un consolador, como a mi vecina, de tamaño medio, fabricado en látex de color rojo cristalino y un diámetro que podríamos calificar de aceptable. De la base por donde se colocaban las pilas salía una especie de pájaro carpintero con las alas plegadas al cuerpo y un largo pico construido con la forma adecuada para estimular el clítoris durante la vibración. También disponía de un pequeño recipiente de goma parecido a las perillas de las lavativas para expeler e introducir dentro de la vagina, la boca o el ano cualquier líquido que semejase al

esperma con solo apretar un botón en el momento adecuado. El artilugio permitía hacerlo de una tacada o distribuir su contenido por dosis. El siguiente paso se nos ocurrió mientras elucubrábamos otras opciones y consistió en intentar enviar una foto erótica a su marido por su onomástica. Aunque se tratase de una imagen artística, un desnudo, debíamos hacerla en la intimidad y no conocíamos a ningún fotógrafo. Ahí fue cuando empecé. El primer negativo de estas características se lo hice a ella forzada por la necesidad de llevar a cabo esa idea. Me prestaron una cámara de las de apretar un botón cuando se enciende una lucecita y disparé un carrete de treinta y seis fotogramas. Pero fue la bombilla sobre la cabeza que aparece en las viñetas de los tebeos cuando tienes una gran idea la que se me iluminó. Resultaba tan excepcional su figura que hubiésemos caído en la ignorancia más absoluta de no haber sabido aprovechar la oportunidad. Con el tiempo, llegó a ser mi modelo predilecta y la que he retratado más veces. En cierto modo se convirtió en mi musa de donde partió la idea del trabajo que actualmente estoy realizando. Di el primer paso con esa inocente plasticidad donde el cuerpo nunca se perfilaba completo, ocultando parcialmente la epidermis. Insinuaban más que enseñaban sin la menor profundidad de campo y la uniformidad luminosa del flas frontal de la misma cámara. Por último llegamos a la conclusión de que faltaba el intercambio epistolar. Sugerí que las cartas debían expresar sentimientos y emociones subidos de tono, espontáneos, sinceros, íntimos y sin trabas. Evidentemente con la mayor carga erótica, cruzando esa hipotética raya de lo pornográfico que fuese capaz de levantar el ánimo del hombre más deprimido. Claro que pensamos también en el

teléfono, la línea caliente no es un invento de ahora y hasta es probable que lo utilizase alguna vez para tal fin, su propio inventor el Sr. Bell. Sabíamos de muy buena tinta que una folclórica famosa, durante sus giras por España llamaba a su novio “repe” de una luminosa ciudad mediterránea todas las noches cuando regresaba apresurada al hotel después de cada función, y era escuchada con singular nitidez por un cúmulo de gente difícil de precisar. Desde el vigilante y el recepcionista del edificio hostelero hasta una caterva de individuos “colgados” de la línea en las más dispares de las actitudes: ensimismados, comiendo un bocadillo, excitados, curiosos, semidormidos o simplemente hastiados por lo repetitivo de la audición que se prodigaba mucho más que sus propias canciones. El guión siempre era el mismo: recriminación de la artista por no dar la cara abiertamente, apaciguamiento del novio, lloriqueo y seudocabreo de pérdidas en las timbas clandestinas por parte de él, la promesa de la reposición en cuanto amaneciese a cargo de ella y acto seguido mimos, caricias sonoras, silencios prolongados, suspiros, descripción de ropa íntima y tocamientos, (ella acostada en la cama y él sentado junto a la mesa de juego; ella con los ojos encandilados a punto de correrse, él con la mirada turbia sin apenas poder guipar del humo de la maría y el güisqui). El primer “round” se saldaba con un gran orgasmo de la poderosa y ardiente cantante con gritos mezclados de interjecciones, palabras malsonantes e insultos. Al otro lado del hilo se percibía que el golferas seguía manteniendo el puro entre los dientes y profería algún sonido gutural sin preocuparse de que no pareciese una actuación. Vuelta a empezar de la folclórica fiel que necesitaba tres o cuatro asaltos más para quedar satisfecha a

lo largo de las próximas dos horas. El atractivo consistía en que en la mente de todos aparecía la cara y el cuerpo (vestido primero y luego en cueros) de la exuberante mujer, mientras escuchaban el frotamiento del micrófono del teléfono sobre su vulva con el chasquido de la acuosidad de sus jugos. Era muy excitante pero estaba con la pareja equivocada. El tiempo lo confirmó. No se trataba exactamente de recato, pero el hecho de pensar que podía escuchar tanta gente, como en el verídico caso que acabo de contar, nos hizo apartar, no descartar, la idea. En realidad mi amiga no era famosa ni identificable por su tono pero saber que alguien aguza las orejas te resta espontaneidad, al menos hasta que te acostumbras. Otra cosa es que tú decidas ser el centro de atención, la protagonista para un público más o menos visible. Al final rechazó todos estos argumentos y sucumbió al hechizo de la voz en directo pero no le dio tiempo a prodigarse. Estábamos en las misivas que tan buenos efectos produjeron. Ni que decir tiene que la primera carta la escribimos ex aequo las dos. Ella me la envió, corregí, añadí pimienta, quité y se la devolví. Finalmente llegó al destinatario previsto. Quedó así: “ *Amado mío: Me paso los días extrañándote deseando volver a tu lado, sentir tus caricias, tu aliento en mi piel, tu olor, tu calor, tus besos y tu saliva caliente cubriendo todos mis poros como un sutil y transparente vestido que resalta mi desnudez. Te necesito como el aire que respiro. Creo que esta frase es de una canción pero no te puedes imaginar como la siento. Me excito constantemente con tu solo recuerdo y esperando tus caricias noto cierta agitación como si me faltase oxígeno. En un piso compartido no siempre tienes la intimidad que desearías pero la aprovecho al máximo para tocarme y así*

poder aplacar el deseo que siento por ti. Jamás pude imaginar que te echaría tanto de menos. Es que me vuelvo loca y temo que mis gemidos y gritos puedan oírse a mil leguas de aquí. Es posible que mi subconsciente pretenda que lleguen a tus oídos al ser tú el origen de mi placer llenándome la mente con infinidad de recuerdos. Hoy en el Banco me puse tan caliente que tuve que encerrarme en los lavabos y masturbarme porque no pude esperar la hora de llegar al apartamento. Y en estos momentos he metido mi mano en el tanga y creo que no voy a poder acabar la carta. Estoy tan mojada que parece que me haya hecho pis y la boca se me hace agua solo de pensar que te la estoy chupando. Como aquella vez en el coche cuando éramos novios que calé el vestido y manché el asiento.

.....Estos puntos suspensivos tan largos son la representación gráfica de que me ha llegado el orgasmo. En realidad me he corrido tres veces y se me han empapado las bragas. Tengo una idea: Me las voy a quitar y tal cual están, sin lavarlas, te las voy a enviar para que no se te olvide mi olor, las coloques en la almohada junto a tu nariz y sientas la sensación de que estoy a tu lado toda la noche. Recibe un beso donde más gusto te de y todo lo que desees de tu nena. Bea. Escríbeme pronto. Me he limpiado a conciencia y en profundidad con la prenda íntima. Naturalmente la contestación no se hizo esperar y llegó a vuelta de correo: “Mi querida Bea: Anonadado, sería la palabra, me has dejado con tu carta, algo confuso pero tremendamente lúdico a la vez aunque parezca una incongruencia. Excitante también sería adecuada pero de todas maneras, maravillosa. Comparto totalmente tus sentimientos y solo deseo tenerte a mi lado para poder besarte como tú dices,

magrearte y penetrarte por todos los orificios de tu cuerpo. Llevo puesta tu prenda como una reliquia y me siento muy cómodo con ella. Es como si estuviese dentro de ti. Espero con verdaderas ansias tu nueva carta. Recibe un beso también donde a ti más te guste. Ramón.

No supe de esta respuesta hasta algunos meses más tarde cuando Bea conoció a otro hombre y su marido se fue a vivir con un futbolista que jugaba en un equipo de Segunda División. A veces las cosas no son tan fáciles o tan sencillas como parecen a primera vista. Nunca le llegó a enviar la foto que le hice y que conservo con verdadero cariño. No terminaba de encontrar mi camino después de haberlo intentado con diferentes trabajos, cuando surgió esta idea de la fotografía. Hacer retratos de bodas, comuniones y carnets de identidad no me subyugaba en absoluto pero el desnudo de Bea me aclaró la mente. Primero aprendí la técnica y realicé pequeños trabajos para revistas y publicaciones. Resultaba enormemente curioso que cuando miraba a través del objetivo a mis personajes (me especialicé en el retrato) siempre los veía desnudos. Les sobraba la ropa y me los imaginaba en cueros con la total seducción del cuerpo aún a los más alejados de los cánones de belleza establecidos. Como había dicho Aldoux Huxley de la carne, que no era jamás opaca del todo, se trataba de penetrar en el interior como los rayos X y sacar a la luz todo lo bueno y hermoso que llevamos dentro. Pensaba, y ahora lo confirmo, que algunos recién casados preferirían hacerse la foto tradicional de la boda completamente desnudos, pero eso no era posible dentro del estamento social donde nos desenvolvemos y no es que esté mal visto si no que ni tan siquiera se plantea. Una madre embarazada de ocho meses, que sigue siendo atractiva

y erótica para su compañero o marido, le gustaría tener un magnífico y tal vez irrepetible recuerdo de su estado de gravidez. ¿Dónde acudir? En un antiguo almacén de cereales monté mi estudio sin el menor problema de espacio. El techo, lleno de tragaluces me permite trabajar muchas horas con luz diurna y dispongo de un anexo convertido en jardín con fuentes, flores, árboles y un gran estanque con peces y plantas acuáticas, como escenario natural. Siempre que puedo utilizo negativo en blanco y negro. El cromatismo de una película de color imita la pureza del arco iris siendo a veces preferible utilizar pinturas que conviertan la foto en una ingenua cromolitografía. En muchas otras tienes la duda pero al final encuentras el camino acertado. En cierta ocasión, teniendo a Bea de modelo, quería retratarla con una corona blanca de flores sobre su cabeza y un gran velo del mismo color, medias blancas con ligüero a la cintura y nada más. Entonces llevaba el pelo negro y larga melena. Tiene la piel clara, ligeramente morena, los pechos grandes y firmes, redondas caderas y piernas largas y torneadas. Pensé en B y N, luz de día pero lloviendo. Podía provocar una lluvia artificial y oscurecer el cielo con un filtro pero decidí darle un gran paraguas negro, sacarla al jardín junto al estanque, utilizar un tele y eliminar la profundidad de campo. No era invierno pero hacía fresco si estabas en cueros por lo que después de todos los preparativos, de darle un café bien cargado y taparla con una gruesa manta la saqué fuera y resultó fantástica. Repetí la escena maquillándole generosamente el rostro ensangrentándole los labios con un carmín fuerte y ligeros toques sonrosados en las aréolas y pezones. Aquí utilicé diapositiva. Aunque la temperatura exterior era la adecuada para estimular los pitones briosos,

no faltaron voluntarios que se prestaron incondicionalmente, incluso se llegó a montar un pequeño sorteo, entre la gente del equipo, para determinar quien sería el afortunado ejecutor de tan delicada, sugerente, atractiva y erótica tarea. Me gustó la composición y aprovechando el mismo “set” llené la vejiga de la modelo de agua mineral para hacerla miccionar profusamente. Apreté el disparador y la Nikon actuó como una ametralladora en el preciso instante que brotaba de su entrepierna el chorro dorado. Clic-clic, clic-clic, clic-clic. Es una gran profesional y sabe sacar partido en cualquier circunstancia. Otro día nos pidieron alguna foto para una especie de homenaje a Marilyn. No tenía nada en los archivos que me convenciese y recurrí a ella. Utilizamos una peluca rubia que en realidad es su color natural y la falda plisada blanca en la boca de salida del aire del metro. Esa era la foto, pero sin bragas que ya nunca las volvió a usar desde aquel cruce de cartas con su exmarido y aunque en la memorable escena la bella artista sí las llevaba puestas, prescindía de ellas con cierta frecuencia guardándolas en el frigorífico. El impacto quise que se produjese maquillando el vello púbico de la modelo de por sí rubio y casi totalmente rasurado. Pedí a la esteticista que lo oscureciese e incluso le pusiese algún postizo que resaltase entre las dos blancas columnas de alabastro cuando las faldas empezasen a volar por la fuerza de los ventiladores imitando un respiradero del metro de Nueva York. El generoso busto, a su aire pero, cubierto por el mismo entallado vestido atado en el cuello y la espalda desnuda. También el sujetador fue para ella una prenda prescindible. Clic-clic, clic-clic, clic-clic. No siempre trabajas con profesionales pero a veces la espontaneidad de los neófitos clientes puede dejarte agradablemente

sorprendida. Una pareja de novios me pidió un mural para la cabecera de su cama de unos dos metros cuadrados aproximadamente. La hice apaisada y en B y N. Se me ocurrió un contraluz rabioso con los dos desnudos, perfectamente dibujadas sus siluetas por una gran fuente de luz detrás de ellos. La chica tenía una larga melena y senos portentosos que vistos de perfil se remarcaban perfectamente. El con barba, detrás de ella, mucho más delgado, lucía un poco menos con su órgano desinflado. La idea surgió del propio chico que estimó mucho más atractivo aparecer con el pene erecto en posición de penetrarla por detrás y con las manos apoyadas en sus hombros. Con todo el equipo preparado les di unos minutos de intimidad para que alegrasen aquel miembro e inmediatamente hacer la foto. Clic.clic. Ni que decir tiene que salió perfecta. Tuvo tanto éxito que por mi estudio pasaron prácticamente todas sus amistades solicitándome pósters similares. Algunos de estos clientes eran muy jóvenes y me recordaban mi corta etapa como profesora en un colegio privado después de haber abandonado la casa de mis padres. Conseguí la plaza por mediación del cura amigo de mi madre que era socio cooperativista junto al claustro de profesores en un centro docente donde acudían niños y niñas desde primaria hasta el acceso a la universidad. Daba clases de lengua pero mi trabajo consistía básicamente en hacer sustituciones lo que me permitía entablar relación con alumnos de diferentes edades aunque sin poder realizar un programa concreto. El sacerdote como era obvio se responsabilizaba de la religión y en algunos cursos impartía historia, dibujo y matemáticas. Seguía sin gustarme pero él insistía en consolidar una amistad. Tenía derecho a participar en las reuniones,

indistintamente de cooperativistas o profesores (eran los mismos y yo la única asalariada) con voz pero sin voto. Una chica de dieciséis años, que solo por su aspecto parecía tener veinte, quedó embarazada. El tema fue tratado solapadamente porque el autor del desaguizado resultó ser, según los rumores, uno de mis compañeros, miembro de la Obra, con hijos alumnos y casado con una de las profesoras del centro. La conformista reacción de la esposa me hizo albergar la sospecha de que el marido actuaba de tapadera (?) y que el verdadero artífice era otro. La llevaron a una clínica privada donde abortó sin que ni tan siquiera lo supiese su propia familia y esa misma tarde el cura celebró una misa de acción de gracias en el colegio. Un día sustituyendo al que daba Física a los más mayores, se me cruzaron los cables y convertí la clase en un consultorio sexológico. Jamás tuve alumnos que prestasen mayor atención a lo que les estaba explicando, participando activamente sin dejar de hacer todo tipo de preguntas. Muchos ya habían tenido su primera (y alguna más) experiencia en este terreno pero resultaba sorprendente lo poco que sabían. Les pareció una hora muy corta y me pidieron que continuase otro día. La noticia corrió como la pólvora y pronto llegó a oídos de los jerarcas que pusieron el grito en el cielo y me echaron de patitas a la calle. Me marché muy satisfecha con el afecto de los alumnos y no volví a ver al cura hasta pasado un tiempo que visité la casa de mis padres. A pesar de haberme independizado y tener mi propio apartamento, a petición de mi madre, continuaban en mi poder el juego de llaves de mi antiguo hogar. Quería recoger algunos de mis libros que todavía no me había podido llevar y antes de meterme en la cama después de

disfrutar una romántica salida de sol a la orilla del mar, decidí acercarme. Deduje acertadamente que estarían durmiendo y entré con sigilo evitando hacer ruido pero no debí ser lo suficientemente silenciosa porque oí cierto cuchicheo. Me acerqué a la habitación de mis progenitores para tranquilizarles con mi presencia y comprobé que todavía estaban acostados pero ya despiertos. Mi madre ocupaba el centro del lecho flanqueada de un lado por mi padre y de su Director Espiritual por el otro, dije un “buenos días” que también podía ser un “perdón, podéis continuar”, y un “adiós”. La señora Soledad se lo había sabido montar muy bien y fue la primera vez que me sentí orgullosa de mi madre aunque su amante continuase cayéndome mal. Creo que me entendió porque respondió: Adiós nena, ¿has desayunado ya?, en la despensa tienes galletas de las que a ti te gustan y café. Supongo que de haber conocido algunos de mis amigos, a mi madre tampoco le hubiesen complacido. Hacía unos días, que para realizar unos pagos había acudido a mi antiguo banco, pero en otra sucursal, y me encontré con la agradable sorpresa de que mi ex compañero Ernesto, con el que había tenido un escarceo amoroso en la sala de las fotocopiadoras que acabó en contienda erótica, era el apoderado de esta agencia. Estaba más atractivo cuando llevaba barba pero lo encontré muy sexy y sus labios posándose sobre mis mejillas muy cerca de la boca para depositar ambos ósculos, no eran tan castos como aparentemente pudiesen parecer. Entreabiertos noté la caricia de su lengua en los tres o cuatro segundos más de los que se necesitan para cumplir el trámite que establecen las normas básicas de la educación y la cortesía. Todavía no había transcurrido una semana cuando, por teléfono, me

invitó a cenar. Quedé momentáneamente sorprendida al preguntarme si me importaría que fuese con su mujer Puri, (todos los nombres que aparecen en este relato son reales) pero reaccioné con prontitud para que no se me notase la más mínima inflexión en la voz que delatase mi contrariedad después de haber aceptado su invitación. Era menuda, con el pelo color caoba, perfectamente maquillada y muy simpática. Mis recelos iniciales se transformaron casi al instante en atracción y empatía. El restaurante de cuatro tenedores estaba ubicado en el entresuelo de una gran casa del barrio antiguo con los techos y las puertas de las habitaciones, muy altas, donde cada una de ellas había sido convertida en un pequeño comedor de gran intimidad sin cambiar absolutamente nada de su estructura y configuración. La cena empezó con unos entrantes variados de exiguas cantidades y servidos en platos floreados de grandes proporciones donde la exótica novedad eran unos menguados filetitos de carne de canguro traídos directamente desde Australia. Estábamos solos en el recinto y aunque disponíamos de mucho espacio, la Puri se sentó a mi lado con la inicial intención de poder cuchichearnos mirando de soslayo a su marido que teníamos enfrente. Nos reíamos de si el macho ibérico era tan potente como presumía frente a la “que cuando besa es que besa de verdad” y el singular tamaño del miembro reproductor de los negros, uno de los cuales ella había tenido la oportunidad de trastear. Mientras hablábamos su mano derecha se movía por mi muslo y por encima del vestido, acerqué mi pierna a la suya pero lo pensé mejor. Pedí disculpas y salí por el pasillo en busca del lavabo. Después de orinar me limpié cuidadosamente con papel higiénico y puse unas gotas de perfume en mi mano

que restregué cuidadosamente sobre el pubis procurando que no me cayese ninguna gota en los labios. Guardé las bragas en el bolso, no llevaba sujetador, y me retoqué el carmín y las mejillas. Procuro casi siempre ir con vestidos o faldas, no me gustan demasiado los pantalones aunque a veces los encuentre muy prácticos, sobre todo cuando has descuidado un poco tu depilación, generalmente durante el invierno. En mi ausencia el camarero había traído el vino, una botella de Remírez de Ganuza que Ernesto estaba escanciando en nuestras respectivas copas. Brindamos y tomamos ligeros sorbitos paladeando ese excelente elixir de Baco cuando de repente ella se abalanzó sobre mi juntando sus labios con los míos transvasando a mi boca su trago. Luego introdujo su lengua mientras me acariciaba un pecho. Estiré una pierna, con el pie descalzo, intentando alcanzar la bragueta que tenía enfrente y noté la verga dura libre de sus ataduras como pájaro fuera de su jaula. Adoptamos un cierto aire de formalidad cuando entró el camarero con un recipiente de hierro lleno de sal gruesa, a más de ochenta grados, sobre la que fuimos colocando pequeños filetes de buey que, después de darles un par de vueltas, engullimos. La Puri retiró mi plato y se sentó en la mesa a horcajadas delante de mí. Tenía una vulva pequeña pero perfecta semirasurada con un casquete en el Monte de Venus en forma de corazón. Entre sus labios mayores sostenía uno de los pedazos de carne a una sola vuelta que casi tenía el mismo color sonrosado. Hundí mi rostro entre sus muslos y la empecé a mordisquear por los lados hasta alcanzar el centro. Se había quitado la blusa y oculté sus pequeños senos con mis manos sobándolos enérgicamente. Le quité el filete con los dientes para introducir mi lengua que la hice vibrar en su interior

mientras ella no cesaba de gemir y mover las caderas convulsivamente. Con un brusco movimiento se dio la vuelta y quedó a cuatro patas encima de la mesa con el culo y la vulva hinchada en mis narices. Le lamí el esfínter y fui bajando lentamente recorriendo ese corto espacio que lo separa del sexo hasta hacerme de nuevo con él y continuar donde me había quedado. Unté dos dedos con el chocolate de los profiteroles y se los introduje por el ano. No el sabor ni el olor, pero sí el color, parecía una incontinencia fecal. Luego le abrí con mis dedos la vulva, le metí el pitorro del spray de la nata y apreté. La inundé por dentro y por fuera, dio un fuerte respingo y acabó corriéndose. Ernesto cogió el testigo y continuó degustando los dulces sabores a chocolate y nata de la entrepierna de su mujer mientras yo metía una de sus tetas en mi boca y le acariciaba con la lengua el pezón. Se levantó al tercer orgasmo y se puso a lamer los testículos de su pareja que me había ensartado por detrás al inclinarme hacia delante poniéndome eminentemente receptiva con mi culo, las piernas ligeramente abiertas y mi sexo derramando jugos que ya me resbalaban por los muslos. Las fuertes sacudidas movían los testículos en un vaivén que la obligaba a tener que alcanzarlos cada vez. Se derramó dentro de mí pero le animé a continuar sin bajar el ritmo con mis gritos, gemidos y movimientos de caderas hasta que me llegó el orgasmo y él se corrió de nuevo. Me había quedado a medias pero su órgano empezaba a desfallecer por lo que tuve que apretarme fuertemente con la mano y a intervalos los labios a la altura del clítoris para seguir estimulándolo y llegar al segundo éxtasis. Mientras tanto mi amiga había recogido la lefa que se le desparramaba por el conqueorino a Ernesto y la que me había dejado a mí me resbalaba por las

piernas separadas a la vez que ejercitando los músculos de la vagina lo expulsaba todo, incluso algunas ventosidades. Finalmente brindamos las dos con el néctar salado y cálido. En el lavabo procuramos asearnos y atusarnos lo mejor que pudimos intercambiándonos lápices de labios y pincelitos de rimel para estar un poco presentables en la discoteca. Una vez allí dejamos que nuestro hombre se perdiese nada más entrar, para nosotras tener una cierta autonomía y poder despistarnos cuando nos apeteciese. Ernesto salió desbocado como un almizclero en celo buscando su cervatilla. Puri se enrolló con un negro, probablemente lo tenía ya previsto, y me hizo señas para que no me separara de ella, cogiéndome de la mano mientras nos dirigíamos al lavabo sin poder precisar si se trataba del servicio de señoras o el de caballeros. Había poca luz. Creo que no era el que nos correspondía aunque nada más entrar vi a una chica con las faldas en la cintura y las bragas bajadas hasta las rodillas, escondiendo el culo y sacando la pelvis, lo contrario que los hombres cuando se la sacan, meando en una taza para hombres. Detrás de una puerta entornada pude distinguir a un chico apoyado en la cisterna del váter, con los tejanos y los calzoncillos en el suelo, mientras otro con el pelo cardado a lo afro lo sodomizaba. Mi amiga ya acunaba entre sus manos el miembro circuncidado del moreno que algo cargado de alcohol y droga parecía tener dificultades de erección. Acudí en su ayuda y entre las dos conseguimos que la carne creciese lo suficiente como para llegar a la conclusión de que se trataba de una buena pieza. Mientras ella parecía deglutir la cabeza de melocotón tragando continuamente, quizás el negro se estuviese orinando, yo le di un fuerte mordisco en el tronco cerca de su base, junto a

los testículos, que le hizo lanzar un fuerte grito. La reacción fue tan violenta y rápida que se le hincharon las venas espectacularmente alargando su músculo más de cinco centímetros, lo que produjo a la Puri fuertes arcadas que la hicieron vomitar encima de una morena que estaba en el suelo sentada a su lado y se había pasado de la raya. Fuimos en busca de Ernesto para marcharnos a que nos diese un poco el aire y lo encontramos, en un rincón de la sala, con una rubia a horcajadas en sus rodillas. En realidad estaba de espaldas y la tenía insertada a punto de llegar al orgasmo, con movimientos suaves como la cámara lenta del cine, mientras por debajo del suéter le acariciaba los pechos a dos manos. La chica respiraba con dificultad, cruzaba la mirada y empezaba a poner los ojos en blanco sin cesar en su coitolalia: No pares... no pares... más... metémela más... no pares... no pares.... sigue....sigue....así...así...no pares. El, inmerso en la tarea, y a punto de perder los sentidos, no se percató de nuestra presencia. De allí nos fuimos a ver la salida del sol sin descartar la posibilidad de darnos un baño en la playa desnudos. Ya sé, creo que debo volver atrás y acabar la escena. Si fuese la tele aquí vendría la tira de anuncios. En un libro normal tal vez otro capítulo o al menos punto y aparte. Lo hice adrede. Como una especie de broma. No lo puedo dejar sin terminar de contar. No pasó nada. ¿Se corrieron? Me preguntareis. ¿Puri los interrumpió? ¿Tuvo un ataque de celos? ¿Cogió la Puri una bolsa de patatas fritas, sopló y luego la reventó con las dos manos en la oreja de su marido? No. No pasó nada de todo eso. Nos pusimos alrededor, se nos unieron otros dos más, y empezamos a corearlos con palmas y palabras de aliento: ¡más...más...más...más!. No se dieron ni cuenta hasta el

momento de la turbación, que les llegó pronto, y nos miraron como bichos raros. Antes de cruzar la puerta de salida camino de la calle un chico se me acercó y me colocó un papel en la palma de mi mano cerrándomela después. Al principio rehusé creyendo que era droga pero luego me la metí en un bolsillo sin leer, al darme cuenta de que se trababa de una nota. No puedo recordar la hora pero todavía era noche oscura cuando sentí en todo mi cuerpo un ligero escalofrío de la brisa del Este y me arrellené junto al conductor. Detrás estaba colocada mi amiga en medio de los dos palmeros que se habían adherido a ella como lapas mamando, igual que los cerditos recién nacidos, de sus diminutas pero bellas ubres. Ernesto aprovechaba los cambios de marcha para acariciarme el muslo izquierdo hasta que colocó la tercera para no tener que utilizar la palanca y puso su mano en mi coño. Abrí las piernas todo lo que pude, las bragas seguían en mi bolso, y pronto me noté inquieta en el asiento. Empecé a rezumar mis jugos parte de los cuales recogí con mis dedos que luego le di a chupar. Tuvo que aminorar la velocidad para no dejar de remover sus dedos dentro de mi vulva abierta, mojada y excitada lo que me provocó casi al instante un fuerte orgasmo. Con su ayuda, levantando un poco el culo del asiento, pude bajarle la cremallera pero desistí en hacerle una mamada por la dificultad de meter la cabeza debajo del volante. Restregué mi mano por la entrepierna y untada con mis excreciones lubricantes empecé una lenta y profunda masturbación subiéndole y bajándole la piel, descapullándole el glande que parecía la cabeza de una libélula gigante hasta que empezó a hipar y a vomitar su glutinoso jarabe a intervalos cortos sobre el volante. Mientras, en el asiento trasero, la Puri se

corría reiteradas veces por la succustupración de sus acompañantes que le estaban dejando los pezones en carne viva de tanto chupeteo y se afanaba en acompasar sus manos asidas con fuerza a las dos vergas, con el mismo movimiento que en la práctica del esquí de fondo, subiendo una mientras bajaba la otra, acelerando el ritmo cada vez que sufría fuertes contracciones en su vagina. La salida del sol cada día, además de un bello espectáculo, siempre es diferente. La mar estaba en calma chicha, no corría ni una brizna de viento, ni un soplo de aire y, aunque parezca un tópico, parecía una balsa de aceite. Amanecía y ya estábamos descalzos los cuatro en la arena mojándonos los pies con el vaivén de las pequeñas olas, mirando el horizonte cuya línea se enrojecía por momentos. Sin ponernos de acuerdo nos desnudamos rápidamente y nos metimos en el agua. Se me pusieron los pezones muy erectos y a Ernesto le hizo mucha gracia. Me abrazó y yo junté mis piernas alrededor de su cintura que dentro del agua no le suponía ningún esfuerzo soportar mi peso. Tenía el pene flácido y desmadejado del ajetreo de aquella noche de excesos, que unido al contacto con la frescura del líquido salado acabó encogiéndose de forma preocupante de no haber sido por los atenuantes que justificaban su estado. Me reí abiertamente y le gasté alguna broma con mi postura tan erótica y receptiva restregando mi abierta vulva por sus partes sin el menor deseo sexual. Entonces me besó con pasión metiendo su lengua en mi boca haciéndola vibrar como si tuviese un enjambre de abejas dentro, lo que me dejó desconcertada sin saber reaccionar. El trío, un tanto alejado, desapareció de mi ángulo de visión. El morreo fue tan intenso que varios días después todavía tenía los labios insensibles, como adormecidos. Apareció la lóbido

y el miembro se le fue hinchando en la misma puerta abierta de par en par del vestíbulo de mi templo, que ya había sido ahoyado meses atrás. Lo pesqué con la mano y lo conduje por el sendero de gloria que su congénita ceguera no le permitía encontrar, alojándolo cómodamente dentro de mi cálido aposento. Me penetró hasta la empuñadura y tuve la sensación placentera de estar flotando con la ingravidez del líquido amniótico dentro del útero materno. Con evidentes signos de cansancio alcanzamos la orilla y nos vestimos pero antes tuve que ponerme en cuclillas para expulsar, como si de una micción se tratara, el agua que me había entrado en la vagina. Me sorprendió, relativamente, que le hubiese ocurrido lo mismo a la Puri, quién unos metros mas allá adoptaba la misma postura que yo. No era probable que estuviese orinando pues lo primero que hace todo bañista en el mar cuando se mete en el agua es aliviarse, a diferencia de las piscinas que debes pasar antes por el lavabo. Nos fuimos a dormir cada uno a su casa pero a mi se me ocurrió pasar antes por la de mis padres que todavía permanecían en el lecho junto al cura de la parroquia tal como ya expliqué. Afortunadamente queda muy lejos aquella frase de Rudyard Kipling: *“En el mundo sólo existen nueve historias originales que sean divertidas, ocho de las cuales no pueden explicársele a una dama”* El famoso autor murió en 1.936. Lo más sorprendente es el grado de hipocresía que, ¡todavía hoy!, impregna nuestra sociedad. Hace más de cien años (julio de 1.879) nació en Inglaterra un periódico de carácter erótico titulado *The Pearl (a Journal of Facetiae and Voluptuous Reading)* y desapareció en diciembre de 1.880. Su editor explicaba por qué decidió llamarle *“La perla (un diario de lecturas ingeniosas y voluptuosas)* en una columna

que mañana, más de ciento veinte años después, podríamos volver a leer en cualquier revista de la misma temática:

*“...con la esperanza de que cuando llegue a los olfatos de los cerdos hipócritas y moralistas del mundo éstos no lo pisoteen ni sientan la tentación de despellejar al editor, sino que unos pocos de ellos se suscriban en secreto. Quisiera dar ánimos a estos cerditos más receptivos diciéndoles que lo único que tienen que hacer es guardar las apariencias yendo regularmente a la iglesia, haciendo donaciones de caridad y mostrándose en todo momento interesados por acciones filantrópicas de aire moralista, poseer un carácter respetable y digno. Si son lo bastante listos para que no los descubran, estudiar y disfrutar a escondidas de la **filosofía de la vida** hasta el final de sus días y ganarse un epitafio glorioso y santo para su tumba cuando finalmente el diablo los atrape.”*

Parece que dentro de aquel variado menú sexual su especialidad se centraba en los sugestivos temas de los culos y de las vírgenes. Aprovechando la coyuntura, rebobino y me detengo en la membrana íntima que me había mantenido virgen durante tanto tiempo, refiriéndome exclusivamente al hecho de permanecer con el himen intacto. No es, ni mucho menos, algo que preocupe especialmente a las jóvenes de hoy en día pero las de mi generación nacimos con esa herencia traumática y vivimos obsesionadas pese a que, a veces, su “pérdida” pudiese estar motivada por acciones muy alejadas de la cópula carnal. Se han dado casos de mujeres con varios alumbramientos que seguían con la ternilla intacta, así como deportistas sin cópula alguna que se les rompía en un esfuerzo. No sé si todavía los ginecólogos auscultan a las púberes por el ano cuando la mayoría debe estar utilizando los tampones en sus

ciclos menstruales tan cómodos, limpios e inodoros en lugar de la tradicional compresa. Una famosa bailarina declaró a los medios, algo desilusionada, que hubiese preferido que su desvirgue se lo hubiese producido un apasionado marido, ¡y bien hecho!, que un espectacular salto en el Lago de los Cisnes o del Cascanueces. En realidad a mí me ocurría lo mismo a pesar de la vida un tanto licenciosa que llevaba, la placentera concupiscencia de la carne y el reiterativo coitus per anum, preservando contra viento y marea la entrada a mi catacumba. Había dejado colgada de mi activo “pequeño órgano eréctil”, que en cierta ocasión un amigo bautizó como la “pipa” y otro la “pepitilla”, una señal de tráfico que indicaba dirección prohibida. En el fondo soñaba con el famoso amorcillo en forma de niño y su pililita pegadita entre las piernas, alas, venda en los ojos y el carcaj y las flechas, una de las cuales pretendes se te clave en el corazón. Llega a mucha más gente la noticia de una desfloración de un himen angiomaso, rico en vasos sanguíneos, con fuertes hemorragias, que los muy finos y delgados que se desgarran con un fuerte resfriado de estornudos y toses, o simplemente apareciendo por el vestíbulo sexual una cabeza de albaricoque sonrosado. Tampoco trascienden los robustos y gruesos que producen atresia himeneal, incapaces de ser atravesados por el más gallardo de los miembros o el vibrador más sofisticado teniendo que intervenir el cirujano con una ligera incisión. Lo cierto es que la desfloración es un hecho irrelevante, magnificado por la Iglesia que te ordena sea consumada por el hombre amado, previo paso por el altar, y que se supone será delicado y sobre todo hábil en esa primera penetración que te debe producir una ligera molestia junto a un insignificante derrame, en contraposición al

machista desvirgador, para el que cada cata es un trofeo que desearía colgar en las paredes de su habitación como la cabeza de un Mihura o los colmillos de un elefante africano, y que alcanza sus objetivos sin la menor consideración, ni afecto, guiado simplemente por los más elementales instintos. Aún así, el mismo hecho, no dejaría de llamarse “hacer el amor” aunque a primera vista parezca un contrasentido. Existen muchísimas definiciones sobre el amor, casi nunca concordantes, en la historia y la mitología. Amor, sexualidad, pasión, romanticismo y tradición son conceptos que se barajan a lo largo del tiempo perdiendo, o al menos cambiando su significado, cuando la mujer empieza a conseguir parcelas que hasta después de la segunda guerra mundial le habían estado vedadas en su carrera por la igualdad de los sexos. Los anticonceptivos, el divorcio, la vida laboral y el “descubrimiento” por parte de la mujer de su propia sexualidad. No era verdad que el hombre amara menos que la mujer y deseara más. Debía enamorar al mayor número de mujeres posible e ir haciendo muescas en las cachas de su simbólico revólver, cuando ellas solamente podían apagar su fuego con una sola manguera, después del “mujer te doy que no esclava” que tantas veces resultó ser falso. Hoy en ciertas sociedades están mal vistas aquellas señoras que no tienen ningún amante, aceptan los dos sexos y algunas mujeres se casan con otras en la misma iglesia que algunos hombres se matrimonian con sus novios. Falta mucho camino por recorrer pero vamos socavando los cimientos machistas sin que ellos se percaten porque somos más osadas e inteligentes haciéndoles creer que seguimos estando a sus pies. Lo cual no deja de ser cierto si pretendemos hacer regurgitar un falo, al que adoramos,

colocándonos de rodillas pero lo introducimos, ya no nos penetran, cuando, a horcajadas sobre el abdomen masculino, marcamos la pauta. Hemos convertido al hombre en objeto, se volvieron las tornas, metiéndolo en un escenario y haciendo strip-tease, lanzándole cualquier tipo de insolencia, grosería o piropo sin el menor arrebol en nuestras mejillas. Por el contrario, nosotras ya no aceptamos la más mínima incorrección de ningún mentecato que puede oírse lo que no le iba a gustar. Les hicimos meter el hocico en nuestra entrepierna, deshechando tabúes y prejuicios, se vistieron con nuestra ropa interior (recuerdo el escándalo de un vídeo con el jeta del director de un periódico de tirada nacional adornado con indumentaria glamurosa haciendo el gilipollas) y aceptaron con sumo agrado el anilinguo (Leopold Bloom, protagonista del Ulises de Joyce ya lo aplicaba como una de las formas de su satisfacción sexual conyugal) pasando a continuación a la sodomización manual o con cualquiera de los artilugios utilizados para la complacencia femenina. No es viril ver un hombre de potentes atributos con un consolador metido en el ojo plisado aunque una hermosa rubia de larga melena le esté lamiendo el glande. Solamente es aceptado e incluso aplaudido en el mundo gay si además es otro homo quien le hace una manuela o una felación. En aquel entonces yo continuaba con mi dilema dentro del marco de una vida rica en experiencias pero con ese rescoldo amargo de “tener un problema” por resolver, de fácil solución, pero que mis inhibiciones psicológicas complicaban. Sentía cierta prevención por los hombres corpulentos, a priori bruscos y zafios. Una relación sáfica podría también proporcionarme un desenlace satisfactorio pero lo impedía la idealización que tenía mi subconsciente

del intrínseco acto. Tenía que ser una amalgama de los dos conceptos, es decir, por un lado me gustaba que fuese un macho pero por el otro que tuviese una sensibilidad y delicadeza capaz de apreciar el “tesoro” que le ofrecía actuando en consecuencia. Se trataba de conseguir esa química entre dos seres que los fusionase y que, para aclararnos, podríamos calificar como amor. Sí, sí, amor físico, amor romántico que ciega la mente, zarandea los instintos con ese sofoco que nace en la garganta, baja por el pecho al estómago, por el abdomen a la entrepierna, cruzando el musgo de tu colina y hace que tu sexo lata como un pequeño corazón incrustado dentro de tu vagina acelerándose con los estímulos como un ciclista en el sprint cerca de la meta o subiendo el Tourmalet. Benavente decía: *“No hay sentimiento que valga; el amor es una ocupación como otra cualquiera.”* Y Marañón: *“Los niños no pueden comprender que el amor sea una refriega física; ni muchas mujeres tampoco, por lo menos hasta muy entrada su vida.”* Sublimamos los sentimientos e idealizamos a nuestros jóvenes prometidos hasta que la abrumadora cotidianidad nos conduce al mismísimo complejo de Brunilda, relegando a un segundo o tercer término a ese marido que ha frustrado todas tus esperanzas e ilusiones. No ha triunfado en la vida, te prohibió que trabajases y para conseguirlo te cargó de hijos, es un gran bebedor, juega, te pegó unas purgaciones, se droga y cuando viene soplado te da una somanta de palos para descargarse de sus filias y fobias. Se ha liado con una maestra de la guardería donde llevas a los niños y cuando, harta de todo y por una de esas cosas de la vida invitas a café al cobrador del Ocaso, descubres lo que es un orgasmo. ¡Demasiado para tu “body”! Decía Oscar Wilde: *“La única*

diferencia entre un capricho y un amor eterno es que el capricho dura un poco más.” No fue tan descabellada la primera idea cuando llegué a la conclusión de que mi “solución” debía ser culto, educado, limpio, elegante, delicado, intuitivo, cariñoso, dulce, tierno, apasionado, erótico, sano, pornográfico, sensible, epicúreo y... hermafrodita. Un intersexual podía reunir todas estas cualidades y saciar mis anhelos haciendo que desapareciesen mis titubeos y dudas pero sobre todo el miedo a una cosa tan irrelevante como era mi desfloración. Sensual, voluptuoso y que estuviese dispuesto a llevar a cabo esta insólita experiencia. Lo verdaderamente difícil era encontrar semejante espécimen y no por su sexualidad ambivalente sino por las muchas cualidades que debía poseer. Si lo miras bien cualquier hombre no deja de ser un intersexual rudimentario. Repasando concienzudamente mi círculo de amistades y conocidos no era capaz de ver una salida hasta que, agotadas las posibilidades, la “casualidad” vino en mi ayuda. Estando una noche con unos amigos en casa de Bea divorciada, se les antojó jugar a las prendas después de la cena. El típico divertimento de cartas que va desnudando a los comensales que utilizan la vestimenta como pago de sus fallos. El que pierde se quita el suéter, la blusa, la camisa o el sostén continuando las partidas hasta que no les queda ni una sola pieza. Luego, el ganador mejor colocado da órdenes concretas para ejecutar en ese instante al que está en peor lugar mientras se van sirviendo bebidas alcohólicas desinhibitorias que aumentan la osadía, el desenfado y el atrevimiento envolviéndolo todo con una invisible pátina de erotismo. Me da la sensación, nunca se lo pregunté a mi amiga, que esa reunión estaba más preparada de lo que a

primera vista pudiese parecer. Marina, una de las invitadas, compañera de apartamento en su época de desplazada, casi no tuvo tiempo de sentirse como “señora de” pues, con solamente tres meses de matrimonio ya se había divorciado. Separado. Era una morenaza muy joven con unas medidas de infarto, y que según “radio macuto” (Bea), su marido, literalmente tuvo que huir del acoso que sufría constantemente por parte de su esposa, auténtico animal sexual de elevada concupiscencia, por una mera cuestión de supervivencia. Mas que caminar, se deslizaba, rozando con sus pechos, manos, muslos y nalgas cualquier ser humano sin discriminación de sexo, religión, raza o edad como un gato de Angora restregándose libidinosamente con su largo pelo. Al verla no podías dejar de evocar la memoria de aquella Marilyn que movía todo su ondulante cuerpo con una sincronización musical resaltando en cada momento una de sus partes, como instrumento solista de la orquesta sinfónica; sus glúteos, de una belleza singular, subían y bajaban con el movimiento de las caderas, prolongándose por los muslos hacia el tobillo pinchando el suelo con aquellos zapatos de tacón de aguja. Las soberbias glándulas de su repisa parecían engalanadas en permanente fiesta obligando con su paso, a todos los espectadores hombres y mujeres, constante atención. Consciente de sus facultades un día dijo: *”Nunca he entendido muy bien esto del símbolo sexual pero, puesta a ser símbolo de algo, prefiero serlo del sexo y no de ninguna de las otras cosas para las que se han encontrado símbolos hasta ahora.”* Si yo tuviese que describir de un modo gráfico la personalidad de Marina diría que era: fuego. Se quedó muy pronto en cueros, tal vez una de las primeras perdedoras, mas porque llevaba poca ropa

que por su penuria con la suerte. Tuve un fugaz encuentro con ella en la cocina donde acudí, creo recordar, a por agua que era la única bebida que faltaba en la reunión. Estaba sentada encima del banco con un pie apoyado en el canto y el otro en el respaldo de una silla. Se había sacado un pecho espléndido del vestido, sin tanga ni sostén, con el hombro desnudo por un tirante bajado y se acariciaba el pezón mientras con la otra mano se introducía un lustroso pepino en la vagina. Lo sacaba y lo metía acompasadamente con un ritmo cada vez más rápido sin inmutarse lo más mínimo cuando me vio entrar. Con la voz entrecortada y la respiración agitada me pidió que la besara entreabriendo los labios temblorosos. Le titilaban los ojos cuando la morreé y noté que su lengua, como un falo infantil erecto, pretendía llegar a mi garganta. Se corrió tres veces seguidas y expulsó los gases sonoros (pedos vaginales) cuando extrajo la fruta cilíndrica de sus entrañas. Sin dudarle un instante me empujó con suavidad contra el frigorífico y se arrodilló delante de mí bajándome las bragas mojadas, luego me separó las piernas, con las dos manos peinó mis pendejos y dejó al descubierto mis labios menores en los que hundió su rostro. Mezcló su saliva con mis zumos y con una destreza fuera de lo común me hizo el homenaje de un cunnilingus al que sucumbí rápidamente cuando al juntar los muslos noté que se estremecía como si su metabolismo hubiese recibido una gran descarga de sensualidad. La maestría de sus exploraciones en mi dobladillo y su nuevo orgasmo me turbaron instantáneamente. No se de donde había sacado Bea a dos de los invitados: Mauricio y Mario. Eran gemelos, de facciones angulosas, que sin llegar a ser culturistas poseían unos chasis capaces de provocar el piropo femenino. No le

importó demasiado a Marina su mediana estatura, algo bajitos, cuando desde el primer momento determinó que su sitio estaba entre los dos hermanos. Se movía como pez en el agua moviendo la cola, resbalando sus manos y su mirada lánguida del uno al otro hasta que el acaloramiento pudo más que ella y tuvo que acercarse a la cocina para un desahogo de emergencia. Ángela llevaba un embarazo de siete meses y su marido Adrián, también: no hacía más que mirarnos lascivamente a las demás. Y por último estaba Néstor, demasiado guapo para ser masculino y algo duras las facciones, incluida una incipiente nuez, para ser una mujer. Muy evidente su sexualidad contradictoria. Beatriz había querido impactarnos con la presencia de un intersexual, vestido de hombre, al que le unía una gran amistad y cierto cariño. Tardé algún tiempo en darme cuenta que no había sido tanta la casualidad y que prácticamente todo obedecía a un plan preconcebido a partir de mis confidencias íntimas con mi ex compañera del banco. Evidentemente la primera impresión era acertada pero Néstor tenía su faceta de actor que le permitía parecer un cortés, fino y correcto caballero, con la voz educada y ocultando cualquier gesto o afectación que delatase esa mitad femenina que poseía. Solo al final se convirtió en una mujer agradable de caracteres sexuales contrapuestos que se llamaba Nicole como nombre artístico. Con el tiempo, a casi todos acabé retratando. He utilizado esta palabra conscientemente y no la de “fotografiar”, porque me gusta más y creo que con ella expreso todo lo que quiero decir de cada criatura. Asumo aquellas palabras que escribió el pintor erótico Hans Bellmer en su obra publicada en París en 1.957 donde pretendía *“revelar escandalosamente el interior que siempre queda oculto tras las sucesivas capas*

de la estructura humana.” Es la anatomía convertida en imagen que revierte en la figura impresa con una somatología que reverbera sentimientos y emociones. Como siempre me han gustado los espejos que te duplican, triplican o multiplican llegué hasta el extremo, en alguna ocasión, de salir yo misma reflejada detrás del trípode mirando a través del objetivo de la Nikon como esa conciencia que todo lo ve y que llevamos dentro. Una serie de imágenes enmarañadas alrededor del personaje como un fiel reflejo de sus propias inquietudes, de sus deseos y en definitiva de sus complejas emociones. Antes de dar a luz Angela vino a mi estudio. Resulta pretencioso llamar de este modo aquel habitáculo de mis primeros pasos porque en realidad era un lugar multiusos como las navajas de los excursionistas. Quería tener un recuerdo de esa fase de su vida tan peculiar aunque a primera vista la belleza de su cuerpo pudiese calificarse de particular. Era bello. Tenía los pechos hinchados, un vientre espectacularmente redondo y debajo se veía el felpudo negro, abundante, que todavía no había querido rasurarse porque a su marido le ponía a cien. No se le había desfigurado lo más mínimo el rostro ni tampoco le habían aparecido varices en las piernas por lo que decidí usar muy poco maquillaje aprovechando, como hago siempre que puedo, la luz natural que me entraba por aquel viejo gran ventanal. Me había montado el laboratorio en el lavabo y por un problema de espacio y el tamaño de las cubetas, no podía hacer ampliaciones mayores de treinta por cuarenta. En casos excepcionales utilizaba la bañera como zona húmeda para el positivado aunque resultaba muy complejo. No puso ninguna condición, dejándolo todo en mis manos, incluso le gustaba que las fotografías fuesen en blanco y negro. Insinuó

la posibilidad de que en una de las instantáneas saliese con su marido y me pareció muy acertado. La tenía fijada en su mente por lo que resultó la mar de sencillo. Me limité a preparar el encuadre, trípode, la luz y donde debían colocarse. Sujeté un fondo negro mate a la pared y arrimé una mesa rectangular cubierta con el mismo papel convirtiendo el espacio lleno de intersecciones angulares en un auténtico agujero oscuro. Adrián de cúbito supino con los pies en dirección a la cámara; Ángela debía posicionarse con las piernas abiertas sentada en el vientre de su marido dándole la espalda. Coloqué un 35 milímetros que me produciría una fuerte distorsión, buena profundidad de campo y una gran nitidez en la imagen sin un mínimo de grano hasta el máximo que me permitiese la película con la luz de que disponía. Era en este momento cuando se desnudaron. Preparé una silla y fueron colando su ropa sin demasiado esmero. A él le hice acostar sobre la mesa con el miembro laxo y decidimos que la penetración debía ser por la puerta de atrás (coitus per anum) para que la vulva apareciese en primer plano. Mientras ella le hacía una felación a su marido, advirtiéndole que no se esmerara mucho para evitar contratiempos, yo le apliqué vaselina en el ojo negro. Con los dedos tan resbaladizos alcancé su clítoris notando que su vulva expelía secreciones producidas probablemente por el mero hecho de experimentar cierto morbo antes de ser fotografiada de esa guisa o tal vez por las relamidas al báculo que tenía en la boca, lo que me parecía un tanto prematuro. Lo cierto es que se corrió al instante asida fuertemente a la polla que no paraba de succionar a pesar de mis advertencias. Pronto vomitó el engrudo peguntoso alcanzando al cabo de un buen rato una segunda

erección aceptable y una penetración anal. El resultado fue muy espectacular. Conseguí efectos sorprendentes con la luz produciendo sombras duras que se perdían en un profundo abismo. Delante la abundante pelambreira adornando la vulva en cuyo interior aparecían algunos claros suaves bajo esa inmensa bola del mundo, reluciente y omnímoda. Surgiendo por debajo un decapitado pene tumefacto con dos testes adheridos y asentados en los muslos que se perdían por los lados. Aproveché el precalentamiento para disparar algunos fotogramas que han pasado a formar parte de mi archivo. Clic-clic, clic-clic. Cumplido su deseo empecé mi tarea creativa. Me colgué la cámara al cuello y consulté el fotómetro de mano desde diferentes ángulos. Me tumbé en el suelo boca arriba y Ángela se puso de pie con las piernas abiertas de modo que del cuadro salían las elefantisíacas piernas como dos columnas faraónicas que se juntaban en el sexo veloso, la gran esfera reluciente y a lo lejos su diminuta cara sonriente. Me ayudé con algunos focos uno de los cuales hice coincidir en su culo para que algunos rayos se perdiesen entre los muslos y me impactasen directamente. En la espalda coloqué otro y un último detrás de la cabeza le producía un nimbo similar a la aureola de las imágenes. El hecho de que la Virgen María tuviese un niño sin haber mantenido contacto carnal alguno, marcó la pauta de la concepción sin placer. En la naturaleza siempre fue evidente el orgasmo masculino pero no así el de las hembras. No era necesario que una mujer lo tuviese para quedar embarazada por lo tanto se descartaba por completo cualquier relación sexo-placer. La Iglesia se encargó de mantener en secreto, con la obligación de confesar, los desahogos placenteros femeninos pecaminosos si los hubiere. La virilidad del

hombre quedaba probada cada vez que eyaculaba pero la mujer debía callar su “desfallecimiento” si lo alcanzaba, y tachada de furcia si presumía haber tenido más de uno. En realidad en una penetración de las que podríamos llamar convencionales, el clítoris queda algo alejado del pene que ajetreado en su responsabilidad reproductora no está por la labor de estimularlo. La naturaleza es sabia por lo que cabría deducir que esa tarea debe formar parte de la responsabilidad de otro órgano. Aquel objetivo me daba una imagen de por sí muy distorsionada pero también una buena profundidad de campo lo que me permitía que su cara estuviese dentro de foco. Quería que el rostro vibrase como en el momento que se derramó la semilla en su interior iniciando ese proceso deformativo en una conjunción de la reproducción-concepción con el placer sexual. No tienen que ir disociados aunque no permanezcan intrínsecamente unidos. La descarga emocional del orgasmo, liberando tensiones, nada tiene que ver con la reproducción o su posible impulso por perpetuar la especie. Por algo la sabia naturaleza ha capacitado a ambos, hombre y mujer, de la posibilidad de tener orgasmos incluso en el caso de la mujer antes de la menarquía y en el climaterio. En definitiva se trataba de mantener el encuadre mientras se excitaba y apretar el disparador de la cámara cuando se corriese. Con el tiempo descubrí que en ese preciso momento algunos semblantes arrugan el entrecejo, fruncen el ceño, en un rictus que oscila entre el dolor y el deleite. Puede que convenga recordar lo de la pequeña muerte con que a veces se designa la contracción pélvica. Hubo que recurrir a la autoestimulación pues el montaje impedía cualquier otra fórmula, si bien Adrián colaboró magreándole los pechos hinchados y chupándole

uno de los oscuros pezones. Ángela resultó ser muy hábil pero hubiésemos fracasado con la retirada prematura interrumpiendo la estimulación, de no ser por su facilidad en alcanzar repetidos espasmos. El motor de la Nikon me permitió en pocos segundos conseguir más de treinta fotogramas diferentes. Cli-clic, clic-clic, clic-clic. Con aquellos medios tan escasos el resultado no pudo ser mejor. Volviendo a la reunión pronto empezó a caldearse cuando al tercer fallo, Marina, que ya se había quitado los dos zapatos, preguntó, como no llevaba sostén, si el tetamen valía por una o por dos jugadas. Unánimemente el jurado decidió que tratándose de una unidad par, debía considerarse como doble oportunidad, por lo que se descolgó un tirante dejando al descubierto el hermoso ejemplar que había visto en la cocina. Cada uno se fue despojando de sus ropas mientras iba transcurriendo el juego sin que nadie la pudiésemos alcanzar pues con dos jugadas fallidas más se quedó completamente desnuda. Tampoco llevaba bragas. Hasta aquí la situación quedaba de este modo: Marina en cueros vivos; Bea con suéter y falda, prefirió desprenderse primero de la ropa íntima; Mauricio en calzoncillos, es decir slip, calcetines y zapatos; Mario camisa, corbata y slip; Ángela blusón hasta la rodilla; Adrián suéter y slip; Néstor sujetador y bragas negras; y por último yo con medias, ligero y sostén. Me había olvidado las bragas en la cocina. Era lencería con mucho encaje de color rojo y toda bordeada con una costura negra. En la primera penalización Marina debía bailarnos la “danza de los siete velos onánica” es decir con una masturbación en la culminación del rito, dejando a su entera improvisación cualquier otra particularidad. Bea sacó un montón de pañuelos del segundo cajón de la cómoda, de

colores y dibujos muy llamativos, para que escogiese los que más le gustasen. Eligió siete como era de rigor y empezó a contonearse cuando comenzó a sonar una música lenta que Néstor había puesto en el tocadiscos. ¡Era el himno “Pange lingua”! Al principio no lo reconocí pero resultó inequívoco al iniciar el coro la quinta estrofa con las palabras “tantum ergo”. Nos quedamos embobados por la cadencia de sus movimientos, tan sinuosos, pronunciando todas sus curvas con una salacidad impropia de su amateurismo. Abandonó el banco y hoy se dedica al mundo del espectáculo incluso ya hizo sus primeras apariciones, con bastante éxito por cierto, en películas de contenido pornográfico. Los velos, pañuelos, fueron cayendo sobre nuestras cabezas al ir desprendiéndose de ellos mientras realizaba esos movimientos lascivos que hacían crecer la carne de las entrepiernas masculinas. Se introdujo el último en la ranura del sexo y la reguera del nalgatorio con los pies muy separados como si quisiese partirse en dos mitades. Depilada completamente con el pubis como las dunas del Sahara y los labios mayores sonrosados y gordezuelos, invitaban ser acariciados. Abrió con las dos manos los repliegues internos anacarados igual que las puertas de un santuario indio y me lo ofreció, fúlgido, colocándose a menos de un palmo de mi cara. A esa distancia podía percibir perfectamente el olor a marisco fresco de su vulva que expelía cantidad de flujos. La ninfa, la ondina, la diosa mojada emergiendo de aguas profundas, en las que me sumergí inmediatamente. Se había puesto en cuclillas encima de la mesa donde nos estaba ofreciendo el espectáculo y yo me incorporé pasando mis manos por debajo de sus nalgas sin dejar de lamerle profundamente. De arriba abajo, por toda su vulva, deteniéndome

momentáneamente en el clítoris que succionaba con deleite. En ese momento noté unas manos que me desplazaban el sostén hacía arriba y luego me aprisionaban los senos sobándolos sin la menor contemplación. Abrí las piernas y saqué el culo hacia fuera cuando noté la agradable palpitación de una verga que pretendía zafarse de su envoltorio y acceder a uno de mis aposentos. A tientas conseguí bajar el slip y agarrar fuertemente el árbol braguetal ardiente y tumefacto, empezando un cinco contra uno, con el fin de que las primeras lágrimas fálicas hiciesen de lubricante al iniciar la embestida cuando lo dirigiese a mi sol negro evitando la penetración “more bestiarum” para la que todavía no había llegado el momento. Entró constreñido pero eufórico y tuve que soltar unos segundos mi presa abriendo la boca cuando recorrió mi espalda una gran sensación de frío-calor, luego de absorción, desfalleciendo, con el vacío subsiguiente por los vaivenes de mi ocasional beneficiado al que no supe identificar. Como era de esperar perdí el norte y solo he conseguido recordar los hechos por algunas versiones que me llegaron de varios participantes, recuerdos vagos y confusos con deducciones que podríamos afirmar permiten reconstruir los hechos con cierta fidelidad. Me encontraba plena, algo sofocada con los muslos mojados de mis secreciones resbalando por las piernas y una gran efervescencia que iba poco a poco “in crescendo”. Bea de pie en el sofá, apoyando su trasero en el respaldo, se arremangaba la falda para que Angela, inclinada y con las manos en el asiento, le acariciase con la lengua el interior de sus muslos, la pelvis, las ingles, dejando en su largo recorrido un rastro de saliva similar a las babas de los caracoles. Mauricio le subió el blusón hasta la espalda

y le buscó la rendija entre aquel bosque encantado de arbustos pelilargos que se esparcían por buena parte de ambos hemisferios, blandió su aguijón de calva testa y lo humedeció con un limpio escupitajo antes de introducirlo. La llegada del intruso fue recibida con tal agrado que las opíparas caderas ya no pararon de moverse hasta que se llenó el tarro de espuma luego de una colosal cabalgada. Por su parte Adrián pretendía libar de los senos de Marina, yendo de uno a otro, mientras el felator de Néstor aplicaba en su glande toda una sofisticada técnica con el “aleteo de la mariposa”, “el remolino de seda” y la traca final de la gran mamada. Durante el juego, cuando le tocó descubrir sus pechos, nos quedamos estupefactos por su venusina perfección, gastándonos la broma del problema que tendría si se quedase “embarazada” al no llenárseles de leche, como a nosotras, sino de pelargón. También sentíamos curiosidad por cual sería el comportamiento con su otra mitad masculina, si esa sexualidad confusa le permitiría tener erecciones y eyacularía o su péndulo solamente servía para el resto de las necesidades fisiológicas. Marina que nunca se saciaba de sexo, era una fantástica máquina de follar, nos sacó de dudas, y su proceder lo que a mí me hizo abrir los ojos esperanzadoramente. La besó por todas partes, le lamió las axilas, las ingles, la regata de los glúteos, los pezones, detrás de las orejas mordiéndole los lobulillos, despacio, lentamente pero muy lóbrigo, hasta recalar en la almeja pulida y brillante donde se esmeró a fondo. Había dicho, probablemente con un trasfondo de amargura traumática y cierta veneración, que “la mujer nunca es fea por donde mea.” Le veíamos hacer pero nuestras miradas apenas se separaban de su bajo vientre esperando con curiosidad que se

produjese el gatillazo algo por otra parte la mar de corriente en hombres de probada virilidad. Durante un buen rato siguió pareciendo un nido con el pene mórbido igual que pájaro recién nacido pero empezó a cambiar mostrándose altanero cuando Marina entró en una fase multiorgásmica sin parar de mover las caderas y dar saltos sobre su espalda en un solazamiento de ensueño. Había adquirido la turgencia necesaria para iniciar la penetración y poder trotar. Le colocó un cojín en los riñones, alzó sus piernas abiertas sujetándolas por los tobillos y con altanería, ligeramente levantada la cerviz, introdujo el diosecillo del amor en la capilla rosada del anillo vulvar. Marina se volvía loca de placer y no paraba de gritar: ¡amor mío, amor mío, no pares, no pares, amor mío...! Bea me aseguró que aquella noche Marina tuvo dieciocho orgasmos seguidos porque ella misma los había contado. Después, completamente serena pero exultante, confesó haber sido una experiencia irrepetible y por supuesto la mejor de su vida. Era una versada y sabía lo que decía con pleno conocimiento de causa. La calificué como “llama inextinguible” por su gran voracidad con el sexo pero en esa ocasión Néstor consiguió saciarla. Los gemidos reavivaron las lúbricos haciendo que el flirteo continuase y yo a pesar de haberme limpiado repetidas veces seguía estando muy mojada cuando la mano de Mauricio se posó sobre mi abertura mientras me besaba en la boca apasionadamente. Ya estaba empalmado al acariciarle los testículos y noté que separaba las piernas pero al instante dejó de besarme y se amorró al pilón bruscamente. Deduje que quería satisfacerme plenamente influido quizás por la lección que nos acababa de dar un ser andrógino rompiendo los esquemas a todos. Se le atascó

algún resorte machista en su interior y pretendía transformar en entusiasmo y arrebatamiento el estupor que nos dejaba tamaño desenfreno o un fuerte pánico se le había apoderado solo de pensar en la posibilidad de que le gustase y pudiese empezar un proceso lento pero irreversible de amaricamiento. Fuese lo que fuere me puso de nuevo en celo con flujos que mezclaba con sus babas haciendo que moviese inquieta mis caderas. Pero algo dentro de mí no me satisfacía al haberme asignado el papel de sujeto pasivo. El cotarro lo manejaba yo y a mi antojo, sin la menor injerencia. Y no es que no me gustara que me chupase el coño pero debía hacerlo cuando yo se lo ordenase. No antes ni después. Me miró con cierta extrañeza y algo decepcionado al cogerle por los hombros y ponerlo de pie con su miembro eréctil a la altura de mi cuello. Me coloqué un almohadón en mi culo para estar un poco más alta y comenzar un masaje rítmico mamario. Era un miembro hermoso con el prepucio entero cubriendo totalmente el glande que yo hacía emerger desplazándole la piel hacia atrás con mis turgentes senos y que él empujaba como intentando encontrar el ojal que no había. No quería que la cinepimastia que le estaba haciendo como una auténtica coima le produjese el vómito de animalitos espermáticos por el caño, antes de hacerle pasar un auténtico calvario dando un frenazo en las mismas puertas del paroxismo y luego continuando. Tendría que suplicármelo cuantas veces fuese necesario para que llegase a ser tan condescendiente que le permitiese despacharse. Ya no son necesarios los cilicios, los ayunos ni los flagelos del convento para mortificar la carne que en su punto álgido de concupiscencia, cuando crees tocar el cielo con la mano, se encuentra huérfana de

estímulos y caricias sucumbiendo en el abismo. De nuevo el ángel de la lascivia te recoge con sus alas y te eleva presto a esa cima voluptuosa del orgasmo. Me resultó del todo imposible el resistir meterme aquel gallardo ejemplar en mi boca, que se me hacía agua con solo pensarlo, tragando la saliva constantemente. Cuando notaba demasiado hinchadas las venas lo sacaba y lo restregaba suavemente contra uno de mis pezones que de inmediato, muy agradecido, respondía a las caricias con otra erección. El juego pudo más conmigo cuando empezó a palpitarme la vulva y decidí llegado el momento que el géiser derramase sus aguas termales dentro de mi boca. A Néstor se lo confesé aquella misma noche y aunque al principio mi petición le pudo parecer una idea extravagante se sintió halagado y aceptó mi propuesta de desfloramiento aunque ambos decidimos que aquel no era el día ni el lugar adecuados. A lo largo de la semana siguiente en varias ocasiones tuve una fantasía, la misma con ligeras variaciones, que me dejó un poco perpleja. Convertí mi desvirgamiento en un episodio multitudinario aunque por otra parte deseaba la más estricta intimidad. Filmar el acto para luego proyectarlo en doscientos cines a la vez como “La Película” con la rotura del himen en “sensorround” y el derrame al technicolor. Que todo el mundo lo viese pero que yo no estuviese físicamente allí. El escenario era una plaza de toros o también un coso romano donde los leones se merendaban a los cristianos o las cristianas atadas a un palo esperando el ataque de las fieras salvajes y los gritos encendidos de los que ocupaban las gradas. Estoy convencida que la visión en mi adolescencia de la película ¿Quo vadis? tuvo algo que ver en esto con un Marco Vinicio (Robert Taylor) montado en su cuádriga entrando

triunfalmente en Roma y la insípida cristiana (Deborah Kerr) de lechosa piel, atada a un poste esperando ser devorada por los leones poco apetitosos con semejante menú. Sola, en medio de la arena, cubierta por una transparente túnica como única vestimenta y veinte mil o cien mil espectadores ávidos de sangre. Y nunca mejor dicho. Por los toriles, nunca me quedaba muy claro si el coso era taurino o romano, aparecía una bestia de afilados cuernos y más de quinientos kilos de peso que movía el rabo mientras con las patas delanteras se tiraba arena a sus cuartos traseros a punto de arrancar como un tren de alta velocidad. Emprendía una acelerada carrera hacia donde yo me encontraba indefensa mientras la muchedumbre gritaba al unísono: ¡Fóllala! ¡Fóllala!. Entonces me quitaba esa especie de camisón transparente, me soltaba el pelo aflojando una cinta y me quedaba completamente desnuda y depilada sin un solo pelo o vello en el cuerpo aparte de la cabeza. La gran mole producía una nube de polvo que avanzaba hacia mí a toda velocidad y acababa dispersándose sin que hubiese ocurrido nada. No quedaba el menor rastro de la bestia ni del público, apareciendo a mi lado Néstor, con una cinta en el pelo, túnica corta, una clámide azul y grandes alas blancas sin desplegar a sus espaldas. Se suponía que yo debería estar atada al poste pero mis muñecas estaban libres cuando me tumbaba en el suelo lo más receptiva posible y el pseudoángel comenzaba a volar a mi alrededor posándose encima unos segundos para acabar esfumándose en el aire. Se volvía patente la presencia del público y Néstor ahora vestido de torero, con el brazo derecho levantado, giraba sobre sí mismo saludando al respetable que gritaba enfervorecido agitando pañuelos, mirando al palco presidencial en solicitud

de las dos orejas y el rabo que terminaban por concederle a pesar de lo sorprendente y decepcionante de su faena. La transmisión de pensamiento pudo ser la razón de la coincidencia al elegir un lugar público más o menos tumultuoso, por la que Néstor había programado que la consumación del acto se produjese en el mismo escenario donde él actuaba por las noches, después de la función, cuando se hubiesen marchado todos. No descartaba incluso la posibilidad en un futuro de montar un espectáculo, o un sketch, con título tan disparatado como: *“Aventuras y desventuras de una joven virgen que perdió la doncella con su consentimiento a manos, no exactamente, de un dudoso Adonis, de aparentes escasas prestaciones, pero muy eficiente, en el propio teatro de su vida ante un rijoso público exigente y lujurioso que pretendía que la obra permaneciese en cartel durante un año, remendando el descosido cada día si fuese preciso”*. Puede parecer raro pero varios días antes de la cita empecé a ponerme algo nerviosa. Tuve que serenarme con la suficiente tranquilidad de espíritu y poner en orden mis ideas. Una total falta de información, la educación sexual que esta sociedad desquiciada nos negaba a las mujeres (también a los hombres) permitiendo las escenas más escabrosas en el cine con todo lujo de detalles salpicando con la sangre hasta el patio de butacas y un mutismo asombroso, pecaminoso, por el desgarrar, no siempre, de esa fáfara en la entrada de la vagina. Los embarazos a menores analfabetas sexuales por parte de todos los estamentos de la sociedad, incluido el eclesiástico, eran y son patentes sin olvidar los abortos clandestinos, vejatorios, perseguidos y castigados. Yo, que he formado parte de esta legión de chicas, sufrí en mis

propias carnes esa educación jesuítica, el mirar hacia otro lado, donde hasta la palabra menstruación estaba relegada, mal vista. Había que decir la “regla”, “me ha bajado” o “no me ha venido” y siempre en un cuchicheo. Nadie se paraba a pensar en la angustia de esa todavía niña que en un alarde de temeridad lograba confesar: “Tengo la regla pero me parece que estoy embarazada; ¿puede ser?”. El bulo se propagaba convirtiéndose en dato científico por el amante efebo intentando tranquilizar a su decepcionada pareja después del coito: “La primera vez nunca te quedas.” “Y si lo haces de pie, tampoco.” Muchas preguntas quedaban sin respuesta porque nunca nos atrevíamos a formularlas, produciéndote desasosiego, malestar y una gran preocupación que no te dejaba dormir. ¿Si te bañas en una bañera donde haya eyaculado un chico te puedes quedar embarazada.? ¿Hay riesgo de embarazo en el coito anal? Por lo menos esta respuesta yo sí la tuve clara desde el principio. ¿Cuánto tiempo tiene que durar la relación sexual? “Yo no tengo orgasmos con los chicos, ¿soy normal?” “Un médico dijo que hay muchos días en el ciclo de la mujer que no produce ovulaciones y por lo tanto una no se puede quedar embarazada” Ni tan siquiera nos han enseñado que gran parte de la población mundial, debería llamarse Ogino en su honor. Tampoco nos dijo nadie que el himen no es una barrera que impide la entrada del pene, hace mucho daño al romperlo y puedes desangrarte, cuando hay mujeres que nacen sin él y algunas llegan al paritorio con esa membrana intacta. Vives con la incertidumbre de tantas obsesiones y paranoias. El amor, la pasión, el afecto, las caricias, las palabras susurrantes al oído, los mordisquitos en el lóbulo de la oreja, los lisonjeos, la ternura, los arrumacos, las dos

bocas juntas esgrimiendo las lenguas como floretes en una justa sexual, el galanteo, el ligero temblor de una mano que salvando la presión del sujetador te acuna el seno, la otra, perdida en la entrepierna buscando la entrada al vestíbulo del templo protegido por la carpa envolvente de una prenda de suave tacto y la espesura de un monte que lleva el nombre de la diosa Venus, son capítulos importantísimos de nuestras vidas que debías descubrir por ti misma, así como el calor preocupante, luego sofocante, después relajante del primer orgasmo que te deja la cavidad pelviana como un hormiguero superpoblado con la entrada inundada. Tampoco entiendes la tensión de tu chico que se ha derramado manchando los tejanos porque no has conseguido alcanzar tu objetivo, más complejo que el suyo, con tu torpe mano peregrinando por la bragueta en busca de un hueco por donde introducirla. Pero ante la adversidad, tu tenacidad y persistencia dan sus frutos y el muchacho no se puede aguantar más. Nadie te explica por qué ocurren todas estas cosas y más tarde descubres las facetas de hacer el amor con las piernas desmesuradamente abiertas para que no te duela la penetración y luego no puedes quitarte las agujetas en una semana por culpa de ese ejercicio reservado a los competidores olímpicos. Siempre en la posición pasiva, esperando que alguien llegue y encima (utilizo esta palabra muy conscientemente) que te lo haga bien. Pero ellos, los activos, no lo tienen mucho mejor. Les han dicho, han oído desde que eran pequeños que a las mujeres hay que: follárselas, picárselas, jodérselas, tirárselas, zumbárselas, cepillárselas, calzárselas, machacárselas, chingárselas. ¿Cuál de todas no significa violar? ¿Qué métodos o técnicas implica cualquiera de esas acepciones?. Lo había decidido

yo y todo estaba previsto con arreglo a mis deseos por lo que debía sentirme satisfecha. Estaba contenta es cierto, pero en el fondo intentaba que no se me pasase por alto ningún detalle eligiendo para cada cosa la opción más favorable o atractiva. Por ejemplo: ¿Qué ropa me pondría? Debía ir lo más elegante posible. ¿Resultaría morboso presentarme como esa virgen cuarentona del cine que se llamaba Doris Day, prototipo del antierotismo, donde en todas sus películas aparecía una cama sin deshacer, se descorchaba una botella de champaña desparramándose la espuma abundantemente y ella se agarraba al cuello de la ampolla la mar de contenta? ¿Joyas? Las imprescindibles. ¿Ropa interior? La más sexy. ¿Perfume? No demasiado abrumador, la mezcla de olores podía resultar desagradable. Fragancia del campo, natural, aromas de flores frescas, aunque tal vez en un espacio tan abierto debería cargar un poco las tintas de los efluvios. Zapatos negros de tacón alto y la melena desordenada dentro de un orden. Pedí turno en la peluquería. Las uñas pintadas, los pies también y el vello rasurado. Nunca fui demasiado peluda pero yo misma me hice las piernas a la cera y me retoqué las cejas. En las axilas jabón y hojita de afeitar desechable. Me precipité, luego manos expertas me dieron un repaso. Por último me faltaba el musgo del bajo vientre. Es importante conocer los gustos de tu compañero de viaje porque en el sexo todo es posible, pero en esta ocasión con el handicap de tener que vérmelas con un ser ambivalente mitad hombre, mitad mujer, y el consiguiente riesgo de la rivalidad que pudiese surgir entre ambos. Hoy conozco algo de la variedad en las preferencias masculinas lo que tal vez influya en la indecisión que siempre tenemos las mujeres que cuando estamos gruesas queremos adelgazar, las que

tienen los pechos grandes desean reducirlos y con los senos infantiles, llenarlos de silicona. ¿El culo considerable o pequeño? ¿Alta o bajita? ¿Rubias, morenas o pelirrojas? ¿Peludas o barbilampiñas en el arco de triunfo? Parece de Perogrullo pero sobre gustos no hay nada escrito. A mí generalmente me gustan los hombres, que sin darle la razón a Darwin sobre la descendencia del mono, se le parezcan algo. Los culturistas me dan grima y hasta me producen rechinar de dientes con los musculitos y la piel tan fina. Como decía la del chiste: tanta dinamita para tan poca mecha. Y no es que yo sea partidaria de los falos mentulados que te puedan dejar baldada y dolorida durante una semana, con las piernas arqueadas y sin poder sentarte con naturalidad. La medida adecuada se podría establecer en el badajo afectivo que al ser engullido con la ansiedad propia de la obnubilación reprimes el antropofágico deseo inconfesable y te roza la úvula antes del inicio de las arcadas. Es cuestión de equilibrio entre el yin (principio femenino) y el yang (principio masculino) para conseguir la perfecta armonía, el tamaño idóneo para una cópula placentera, el anillo vulvar ajustado como una alianza (sin apretar para no ahogarlo, ni demasiado suave para que no se escape) pero con la mucosidad suficiente para que pueda entrar y salir desenfadadamente. He copiado el axioma del pajarito, cambiando la mano por los músculos constrictores de la vulva, cuando le haces una paja a un hombre. Incluso ensalivándote la palma o una pasada por la canal para desplazar con suavidad con los dedos embadurnados, de arriba abajo, el prepucio protector. Puede llegar a caerte la baba como si gulusmeases, o morderte el labio inferior cuando el movimiento uniformemente acelerado alcanza su

límite. En el supermercado compré gel y un paquete de Gillettes pero cuando me coloqué frente al espejo no supe por donde empezar. No me atreví. Era la primera vez que me afeitaba esa zona delicada y quería hacérmelo bien. Consulté con la peluquera y me dijo que ese tipo de trabajos entraba más en el ámbito de la esteticien, que si bien ellas en alguna ocasión habían aplicado un tinte en semejante zona a una novia, había sido en plan de broma. Me envió a casa una amiga suya. Hoy mantenemos una estrecha relación y trabajamos juntas en el estudio cuando la clienta o la ocasión lo requieren. También hemos rasurado a hombres. Vino Elena enfundada en una falda tubo, blusa de generoso escote que lucía un collar de perlas cultivadas de una sola vuelta, el cuello doblado hacia arriba, peinado de peluquería y el rostro perfectamente maquillado como una estrella hollywoodiense. Llevaba un maletín y una bata profesional, perfectamente planchada, colgada del brazo. Le facilité una percha para que pudiese colgar su ropa y la conduje al cuarto de baño. Para que no tuviese que trabajar inclinada tuvimos que improvisar una camilla y decidimos que fuese la mesa del comedor colocando dos gruesas mantas y una almohada. El desahogado guardapolvo era blanco, algo transparente, un palmo por encima de la rodilla y tres botones de la parte de arriba y dos de la de abajo desabrochados. Normalmente se coloca encima del vestido pero la falda que traía resultaba demasiado molesta y se la quitó. A través del tejido se le marcaban las dos piezas íntimas y lucía un bello escote que llegaba hasta el suelo con solo inclinarse levemente. El sostén y el tanga eran azules y la cubrían como una sucinta segunda piel. Congeniamos inmediatamente y entre las dos nació una gran amistad que todavía hoy perdura. Recorrió

cada milímetro de mi cuerpo eliminando esos pelos que crecen en solitario en las zonas más insospechadas y ese vello que solo puede apreciarse al contraluz, como la piel del melocotón, aplicando en cada punto crema hidratante haciendo que desapareciese cualquier imperfección. Un paño blanco me cubría desde el pubis hasta unos pocos centímetros por debajo del sexo, el resto se había convertido en el campo de operaciones. La zona oculta quedó relegada en último lugar, incluso por detrás del propio rostro que fue sometido al martirio de extraerle las impurezas de los poros, uno por uno, meditante las uñas de dos dedos forrados con kleenex. Me alivió el escozor de la cara aplicando un líquido gélido que cerraba las oquedades y bajaba la inflamación de la piel. Sobre la marcha me iba dando pequeños masajes que me producían somnolencia, bien con sus propias manos o apoyándose en la técnica de un vibrador de cabezas intercambiables, hasta que se detuvo en los senos frotándolos con crema revitalizadora. Recuerdo que hizo un ligero elogio de mis pechos a los que según ella no era necesario emplear ningún producto para reafirmar su consistencia, tan solo alguna crema que alimentase la piel. Se esmeró con tal delicadeza y entusiasmo que el masaje terapéutico se fue convirtiendo en el despertar de la libido y la inequívoca señal de los pezones enhiestos y duros. Pese a todo permanecía inmóvil con los brazos extendidos junto al cuerpo, los ojos cerrados y las piernas ligeramente entreabiertas. Notaba su perfume y sobre todo su aliento en mi semblante y me percataba que no dudaba en cada pasada de sus cálidas manos rozar suavemente mis dos mameloncitos. Pegaba su cuerpo a la mesa quedándole el bajo vientre a la altura de mi mano que con el guardapolvo

abierto rozaba sus bragas de seda y no lo dudé ni un instante, giré la muñeca y coloqué la palma abierta directamente en su sexo. Iba recordando lo que habíamos hablado durante la primera parte de la sesión, antes de iniciar la fase de silencio y concentración para una mayor relajación. Elena estaba casada y también ella sabía apreciar la sensación de acunar un pene mustio, sin menospreciar cuando lo besaba, lo apretaba o lo frotaba entre sus pechos sin poder evitar que la rociara. Notar que va aumentando de tamaño dentro de tu boca hasta hacerse duro como una piedra y sentir los empujones en tu garganta porque ya no puede aguantar más esperando que llegue ese final que tú vas alargando con bienintencionada perversidad. Alguna vez se había dormido chupándolo. Era como tener ese objeto engañosos de la infancia toda la noche, que inconscientemente succionaba de vez en cuando mientras en su entrepierna experimentaba el mismo placer subyugante. Al de su marido le había puesto nombre, Pepito, que era decía, salvando las distancias y el tamaño, como mamar en el seno materno. Manolo llamaba a su coño “Mi taberna” por aquello del sitio donde se emborrachaba, dejando la nariz metida dentro durante el sueño porque los efluvios fermentados, mucho más alucinantes que los producidos por las bebidas alambicadas, le dulcificaban el reposo tastándolos con su lengua. No se olvidaba de las arracadas, que vaciadas, ofrecían ese tacto agradable y suave de la fáfara que no dejaba de ser la telilla de los huevos. Me contaba que en cierta ocasión y en pleno ajetreo sexual le acariciaba los testes con ligeros tirones de la piel escrotal a su marido cuando a bote pronto le preguntó si ella sabía qué parte del hombre era la más importante que Dios había creado. La respuesta resultaba la mar de fácil por

su oportunidad pero no lo entendió y llevada por las embestidas de que era objeto apuntó por esa lanza que la penetraba. Craso error pues si el Supremo Hacedor no coloca "los cojones dentro de una bolsa los hombres tendríamos que llevar un testículo en cada mano." El autocarcajeo no vació los vasos sanguíneos de su batuta, si bien acrecentó los vaivenes con movimientos compulsivos mucho más fuertes. Apoteósico el orgasmo múltiple como nunca lo había tenido antes y que estuvo a punto de convertirla en una "recordwoman". Con su marido no tenía problemas aunque últimamente se había empeinado en la idea de sodomizarla. En sus choques amorosos ya nunca le daba la espalda para evitarle la tentación de ensartarla, no al estilo "more bestiarum" si no por el ojo arrugado. Ignoraba la causa de esta negativa que no debía tener su razonamiento en la sensación de suciedad ya que su compañero disfrutaba como un enano disoluto cepillándosela durante el ciclo menstrual incluso en alguna ocasión padeciendo una ligera dismenorrea algo dolorosa, lo que no fue óbice para montarla repetidas veces. ¿Temía que le hiciese daño? ¿Pensaba como yo, aunque refiriéndose a la otra puerta, que algo tan grueso no podía entrar sin ninguna molestia en un orificio tan pequeño? ¿O eso era cosa de furcias? Cuidado porque las azafatas del amor cada día tienen como clientes más maridos insatisfechos por las negativas a sus requerimientos de sus santas esposas. Absorta en mis pensamientos pero con unas sabias manos sobándome las tetas había introducido mis dedos en su vulva retirando a un lado las bragas mojadas desde hacía un buen rato. Yo permanecía con los ojos cerrados manteniéndome a la expectativa intentando adivinar cual iba a ser el siguiente

paso. Alargué el brazo y con el dedo índice alcancé su ojal que continuaba constreñido. Lo acaricié volviendo repetidas veces y poco a poco se le fue distendiendo, separó más las piernas cuando empecé a oír el zumbido del vibrador notándolo subir por el interior de mis muslos. Desapareció el paño que me cubría y el pequeño disco lleno de prominencias de caucho temblaba entre mis ingles, moviéndose con lentitud por el pubis, por encima de los labios en un constante cosquilleo que me producía un placer inenarrable. Se posicionó definitivamente en mi sexo subiendo y bajando, deteniéndose cada vez más en el clítoris que se empinó desafiante. Noté como empezaba a jadear y gemir cuando mi exploración se hizo selectiva introduciendo dos dedos en su vagina y frotando su clítoris con el pulgar. Nos corrimos inmediatamente las dos a la vez y todavía en el período ascendente se subió a la mesa, después de quitarse toda la ropa, poniendo sus rodillas junto a mis hombros y su vulva abierta derramando jugos encima de mi boca. Sentí el tintinear de las “majoricas” entre sus firmes senos que rozaban mi vientre y su vigorosa lengua examinando a fondo mis interioridades. Comenzó a mover sus hermosas y redondas nalgas cuando intentaba abrirle las dos mitades, unté mi dedo en sus flujos y se lo clavé entero antes que ella me mordiese, sin llegar a producirme fuerte dolor, en el monte de Venus. Ambas conseguimos tres orgasmos seguidos. Se nos acabó por completo el pudor y ya no nos pusimos ninguna ropa hasta que se marchó. Continué acostada pero los pies encima de la mesa, las rodillas levantadas y muy separadas con el fin de que el nuevo campo de operaciones quedase totalmente despejado. Me puso delante un espejo para decidir entre las dos cual debía

ser el resultado final de un rapado exhaustivo y una orla en la parte superior. Empezó con las tijeras y un peine recortando los pendejos dejando el resto de pelo muy cortito. Ya tenía otro aspecto. Le parecía muy fácil porque mis labios mayores están recluidos formando una concavidad y donde se juntan una raja, la hendidura del amor, sin los gruesos repliegues semejantes al costurón de un cirujano desaprensivo. Por su parte inferior, ligeramente separados, son como la boca de un delfín, redondos y abultados. Extendió la espuma y con suavidad fue deslizándose, una y otra vez, la hojita de acero inoxidable por la delicada piel dejándola a su paso de un rosado subido. Arriba, continuó con una fina línea que después ensanchó formando un corazón de curvas simétricas. Aplicó profusamente crema en toda la zona comentando la teoría del semen como el mejor producto para la regeneración de tejidos tanto externos como internos. Sabía de la placenta que se utiliza en la fabricación de cosméticos y de las propiedades terapéuticas del olor corporal masculino en la etapa menopáusica femenina, pero no tenía constancia, salvo el boca a boca, de las hazañas de tantos millones de pequeños animalitos. Medio en broma le respondí que era en ese momento cuando empecé a comprender las fotografías y películas pornográficas donde, condición sine qua non, el chico acababa derramándose pero en la boca o en el rostro de la protagonista, que por no ser tan patente su orgasmo y para dejar constancia de haberlo alcanzado plenamente, optaba por recibir jubilosamente la lluvia de platino. Precisamente ahí era donde radicaba el poder del macho en detrimento del sexo débil que aún siendo capaz de llegar al éxtasis con cifras de dos dígitos generalmente en el ejercicio de sus apetitos

onanistas más que en el cuerpo a cuerpo con el sexo llamado fuerte, siempre acababa como una perfecta simuladora o simulatriz. Es cierto que desde muy jovencita, la mujer, empieza a obsesionarse con las arrugas y acaba sus días sin habérselo podido quitar de la cabeza. Además del gran negocio de los potingues la sabiduría popular se las ingenia aplicando, sobre todo en el rostro, las cosas más insólitas: cerveza, leche desnatada como una mascarilla durante la noche, yogur, semen (ya lo dije), casi todas las frutas frescas en rodajas o en papilla y el orín, a ser posible de mujer embarazada, probablemente porque en la India lo utilizan para curar enfermedades ingiriéndolo. El día elegido era un lunes que el establecimiento, una especie de café-concierto, permanecía cerrado por descanso del personal. Néstor me recogió con su coche, un Alfa-Romeo, en la puerta de mi casa y sentí un escalofrío cuando le vi asomar impecablemente vestido de hombre. Traje de chaqueta gris con chaleco del mismo tejido, corbata, camisa azul celeste con gemelos de oro (al menos me lo pareció), zapatos negros brillantes, impoluto y perfumado por Jean Paul Gaultier. Buenas noches querida, dijo besándome en la mejilla, ¿qué tal estás?. Llevaba días preparándome con esmero especialmente con la ropa interior que estrenaba para tan señalada ocasión. Combiné algunos colores eligiendo unas braguitas, casi tanga, de puntilla color de rosa, que resaltaba chispeante detrás de un ligero de talle alto, completamente transparente y de color tabaco a juego con el sostén del mismo tejido acabado en triángulo donde empezaban los tirantes. Las medias negras de costura que exhibían las auténticas chicas Pin Up. Debía emanar feminidad por todos mis poros y una sensualidad arropada

por el diseño de la desnudez con la plácida sensación de ir in púribus. Por contra no sirvió de nada la selección del vestido, que amablemente sugirió mi amante debía sustituir por otro de la guardarropía del pequeño teatro, después de haberse enterado por mi amiga Bea de mi pasado monjil. Entendía que el hábito, sin renunciar a la lencería, le daría al “espectáculo” un tono morboso acorde con las circunstancias. No le pedí que se calzase la taleguilla de torero, como le había visto en mi fantasía, porque su “disfraz” me parecía suficientemente excitante y en consonancia con el rol que debía desempeñar. Escogí un collar de plata, algo barroco con incrustaciones de piedras color rubí que no hubiese desentonado en el cuello de mi bisabuela. Los pendientes de cinco centímetros de largo y una pulsera, completaban el juego. Me quité el reloj por no saber la hora y porque ese equilibrio básico de la estética no fuese enturbiado por un objeto discordante que estuviese pidiendo a gritos toda la noche desasirse de la muñeca. Al final consideré que el perfume debía ser muy embriagador. Acerté. La sala permanecía completamente a oscuras y el escenario con una cálida y acogedora iluminación. Un único decorado con una mesa, mantel, velas, vasos, platos, etc.. y una cama con sábanas de color verde. Por el equipo de megafonía se escuchaba el “Claro de luna” de la Suite Bergamasque de Claude Debussy incluso dentro del modesto camerino donde me estuve cambiando de ropa, pero en cuanto formé parte de la escena y me aproximé al proscenio para vislumbrar la sala vacía se oyó una calurosa ovación que me sorprendió haciéndome retroceder unos pasos. Cesaron los aplausos y volvió a sonar la música cuando apareció él por el foro. No se puede estar en dos sitios a la

vez, dijo, perdona mi retraso, pero el hecho de preservar al máximo nuestra intimidad me impidió contratar al técnico de sonido y al electricista. Siendo tan agradable el detalle lo que más me gustó fue la delicadeza, el rigor y la seriedad con la que sabía conducir todo aquel proceso, que aún pudiendo parecer una chuminada para mí era de vital importancia. En un santiamén preparó la mesa con la cena que había traído precocinada y antes de darme cuenta ya estábamos brindando haciendo que chocasen nuestras copas de espumoso cava. Me parecía increíble estar comiendo con aquel ser maravilloso, educado, culto y correcto que cuando actuaba se transformaba de un modo tan radical. Soy un buen actor, decía. Aquel público le exigía que fuese, sicalíptico, procaz, grosera (sin pretenderlo he utilizado el género femenino) e incluso soez esparciendo sal gorda por doquier con chabacanería y mucha ordinariez. Chin, chin y formuló un deseo: Espero que mi actuación de esta noche sea memorable y guardes un recuerdo entrañable. A pesar de sus grandes dotes interpretativas le noté ligeramente preocupado con algún destello de tristeza. Su gran moderación en todo no impidió que mientras iba transcurriendo el tiempo se explayase desahogándose con esos secretos íntimos que nos descargan el alma. En cierto modo no dejaba de ser una insólita declaración de amor. No era homosexual, sentía y pensaba como una auténtica hembra, con un chasis (sic) que lo evidenciaba, salvo aquel trozo de más que la madre naturaleza le había adjudicado por error y que su carnet de identidad le recordaba constantemente. Guapo, barbilampiño, de blanca y suave piel, labios carnosos, ojos rasgados, pechos generosos y duros que no habían sufrido el menor tratamiento ni

operación, caderas suaves, largas piernas y un horrible badajo (sic) entre las piernas. No soy un acaponado, insistía, mi corazón es el de una mujer... acomplejada. Un antiguo proverbio dice: Es una locura amar, a menos que se ame con locura. Lo he asumido como meta inalcanzable. Tengo un cutis terso, pero me falta esa gran arruga, la única que siempre es bella y forma una parte indisoluble de la idiosincrasia femenina: el coño. Generalmente sus partenaires dentro y fuera del escenario siempre eran hombres, salvo honrosas excepciones (mi caso) y tenía mucho éxito. Pero no se podía enamorar, los escarceos amorosos, los encontronazos sexuales, los roces, magreos y tocamientos eran otro cantar. Lamentaba no haber tenido estudios superiores para haber sido Psicólogo o Psiquiatra que le hubiese podido despejar muchas de las incógnitas del hombre en el cotidiano devenir, con sus graves frustraciones, desencantos, desengaños y algunos con un gran sentimiento de culpabilidad. Han llorado en su regazo, amamantado en sus pechos... En cierta ocasión se sintió tan excitado por la glotonería del amante succionándole un pezón ruidosamente que tuvo una erección y la pudo aplacar, al aflorar su vena maternal acunándolo cuando se le quedó dormido sin despegarse de la teta. Otro se vestía con su fina lencería, como una fantasía hecha realidad que su mujer nunca le permitió llevar a cabo, condenándolo a perpetuidad a la más estricta castidad llamándole desviado (sic) y pervertido. Te lo puedes tomar a broma, dijo, como Dawn French: *“A mi los hombres me parecen divertidísimos. Si yo tuviera una de esas cosas que cuelgan embutida dentro de los pantalones, me pasaría el día sentada en casa mirándola, muerta de risa.”* Seguro que no pensaría lo mismo si ese supuesto

hubiese sido realidad. Resultamos del todo imposible con nuestra ambigüedad. Sí, se explicaba, yo sé como tratar a los hombres y hacer que se sientan a gusto conmigo, incluso que alguno se enamore de mí, pero te garantizo que saldrían corriendo si les propusiese en matrimonio. Salvando los escollos administrativos con sus grandes vacíos legales. Yo hice la mili a pesar de que, en el reconocimiento el capitán médico constató mi dualidad, además de mis quejas y protestas. Prevaleció la prueba evidente de los testículos y el pene sin evaluar los aspectos psicológicos o el resto de signos ginandroides. Tuve mucha suerte cuando el comandante... (mejor no diré su nombre) me cogió a su servicio. Podía haberme visto con mis huesos en una prisión militar o en la cárcel acusado del “vicio homosexual” castigado por la ley franquista de vagos y maleantes. También era aficionado a la literatura, se escribía sus propios skets, creo que yo le he dicho antes, relatos, cuentos y hasta una novela inconclusa. Me pidió permiso para contar en una historia lo que aconteciese aquella noche incluyendo una anécdota que había ocurrido cuando en el mismo lugar había un teatro. Una vedette de extraordinaria figura falleció haciendo el amor. Se trataba de una estrella del mundo de las variedades, de rasgos agitanados, muy morena, ojos vivos de un negro profundo y unas medidas antropométricas de escándalo, como el que se montaba en el patio de butacas cada vez que salía al escenario a cantar y bailar. Por respeto omito su nombre. Su atractivo se circunscribía, aparte de su gran belleza, a las curvas tan prolijas de toda su anatomía. El lascivo cimbreo de su figura abultaba las braguetas de los reprimidos espectadores que a la salida desembocaban en tropel, para un desahogo de emergencia, en las casas de

tolerancia, prohibidas pero consentidas como un mal menor para apagar la efervescencia de los rijosos pecadorizos españoles. Apareció desnuda en la cama de una modesta habitación en la posición del misionero, con un señor que le hacía el amor y ambos envenenados por el monóxido de carbono producido por la combustión de un brasero de carbonilla. Nada hubiese sucedido de haber sido verano. A Néstor no le parecía romántico el lugar donde ocurrieron los hechos y apostaba por trasladar la acción a un camerino del mismo teatro y no salirse del mundo de la farándula que le dejaría esa impronta en la hipócrita moral de su tiempo, dándole coherencia al relato. El señor en cuestión era un alto cargo de los estamentos políticos del momento que la vox pópuli se encargó de propagar como militar o falangista. Elucubrando coincidimos que el personaje fuese un obispo auxiliar o un juez fascista del TOP (Tribunal de Orden Público) de tan infausto recuerdo de los que también se habían dado casos, obviamente silenciados y no publicados en los papeles, que les confería un carácter fabulístico. Lo que no emitía el NO-DO (Noticiarios y documentales cinematográficos al alcance de todos los españoles) o publicaban los periódicos no había sucedido. Y todos tan contentos. Aquí paz y allá gloria. Me contaba que prácticamente no pisó el cuartel durante todo el servicio militar obligatorio, estando rebajado de guardias y servicios, vistiendo el uniforme en contadas ocasiones. Su trabajo consistía en llevarle a la mujer de un comandante, del que le había nombrado asistente, todos los días los chuscos que horneaban para la tropa y que le entregaba puntualmente el furriel sin proferir la menor queja o protesta. Magnífica escuela de aprendizaje para un muchacho de su edad y

características, que no acrecentó su ajustada virilidad, como se suponía ocurría cuando se licenciaban, pero inició el camino de la vida, de su vida, con paso más firme y seguro. Al principio se mostró muy reacio a los requerimientos de la esposa castrense, haciendo lo más ostensible posible su lado femenino lo que sorprendentemente para él produjo el efecto contrario. Era una señora de mediana edad y estatura, bien conservada con una adicción al sexo fuera de lo común. Vivía de un modo electrizante convirtiendo su entorno en un mundo plagado de erotismo y salacidad. Llegado el momento de la verdad, completamente acorralado, tuvo que confesarle abiertamente, por si no se había dado cuenta, su condición de intersexual exagerando sus dotes femeninas aún a riesgo de parecer exótico. No fue suficientemente disuasorio pero lo que más miedo le dió fue aquella sensación de bienestar que le producía la proximidad de la mujer impidiéndole la más mínima resistencia. Habitualmente llevaba poca ropa quedándose desnuda en pocos segundos. Tenía la piel muy blanca, de no tomar nunca el sol, completamente depilada y sus partes delicadas, aréolas, pezones, la vulva de un agradable color sonrosado, los grandes labios con la misma textura pringosa y forma que la parte inferior del caracol que apoya en la superficie para desplazarse. Él permanecía estático sin saber como reaccionar mientras ella le desnudaba con cierta habilidad. Era evidente que sentía una gran curiosidad por ver lo que se iba a encontrar debajo de aquellas ropas, sonriendo con cara de satisfacción al desabrocharle la camisa y aparecer los dos senos, todavía adolescentes, firmes y duros, perfectos, como también ella los había tenido. Le bajó los pantalones y los calzoncillos al mismo tiempo en busca de esa sorpresa que le

encantó. Nunca le habían atraído especialmente los miembros descomunales quizás porque casi todos sus amantes eran bisoños, que le iban como anillo al dedo a su vagina. Le besó ardiente en la boca y lo tumbó en su cama colocándose encima. Néstor seguía sin saber que hacer, dejando que la mujer llevase la iniciativa en todo momento. Lo que no se imaginaba era que aquel chico de compleja naturaleza estaba perdiendo su virginidad por momentos. Recuerda que notó como su falo se endurecía durante un instante pero luego se sintió muy mojado sin saber lo que había ocurrido con exactitud. A ella no le importó, estaba acostumbrada a estos asaltos tan cortos pero era reiterativa e insistente en el juego amoroso para que fuesen largos con sus correspondientes tiempos muertos, recreándose y reanudando el juego. Desde que era niño, con pleno uso de razón, soñaba con tener lo mismo que tenían las niñas para hacer pis y escondían dentro de unas braguitas que alguna vez también se puso él pretendiendo que aquello acabase escondiéndose dentro de su cuerpo. Pasaban los años y en lugar de menguar, el paquete se fue desarrollando aumentando su sentimiento de anormalidad y de desprecio hacia sí mismo. En realidad él siempre se definía con el género femenino pero yo me resisto, utilizando el masculino, hasta que termine con mi caso. Inmediatamente se dio cuenta, no en vano su amplia experiencia con pelusos, del asombro y veneración que le causaba el ver su sexo sonrosado. Levantó la persiana para que el sol inundase el dormitorio y ese primer descanso lo dedicó a la docencia, mostrándose abiertamente, haciendo que lo tocase, lo oliese y saborease sus zumos que se derramaban. Contaba Néstor que una ola de calor y placer le envolvió cuando

aquella mujer se corrió por primera vez para él, de modo que sin sacar la lengua de su vulva se cebó en ella hasta completar varios calambres seguidos. Nunca lo hubiese sabido sino lo repite entusiasmada, ebria de satisfacción, por el insospechado resultado de aquel primer encuentro.

¡Cuatro veces!, ¡cuatro veces!, decía, ¡has conseguido que me corra cuatro veces seguidas!. Se quedó estupefacto cuando oyó que llamaba a la criada (así las llamaban entonces) e intentó cubrir sus desnudeces con la sábana. Ya la he oído, señora, enhorabuena. Gracias Paulina, saca de la cómoda la lencería. Permanecía totalmente relajada mirando de reojo a Néstor que no sabía dónde esconderse mientras la chica se iba desnudando sin recato pero en la más anodina de las aptitudes, como algo que hacía todos los días más de una vez. Joven, morena, cabello corto muy oscuro, algo bajita, con pechos firmes y abundantes, amplias caderas y la vulva oculta por un espeso vello corto, sin retocar acabando en un pubis escasamente poblado. Los glúteos redondos y duros. Era una joven de carnes muy prietas. Primero se puso unas medias negras, luego bragas de seda y el sostén de una talla inferior que hacían que los senos surgiesen por arriba intentando saltar. ¿Qué le parece, señora? Muy bien, sigamos. No daba crédito a lo que veía y menos todavía cuando las dos mujeres se le acercaron con ropa interior femenina en sus manos y la intención de colocársela. Por lo visto fue una experiencia inenarrable el verse delante de un espejo con aquellas prendas delicadas y sintiéndose tan cómodo que jamás se lo hubiese podido imaginar. Una a cada lado lo condujeron al lecho haciendo que se tumbara y mientras Paulina sin el menor esfuerzo, separando ligeramente la prenda sacaba de su delicado escondite el

recogido miembro y lo introducía en su boca con gestos precisos de consumada felatriz, Carmen le lamía los testículos intercambiándose el chupa.chup cuando alguna lo requería. Me confesaba que si las caricias le habían estimulado, una parte importante fue debido a la complacencia que le producía aquella vestimenta. Cuando fue evidente la erección, Carmen se arrodilló sobre el colchón con las piernas abiertas, apoyando la cara en la almohada y levantando el culo todo lo que pudo exponiendo su sexo a una fácil y profunda penetración. Paulina como ejemplar mamporrera condujo al adonis hacia la casa rosada, sin dejar de chuparle los testes animándole a que empezasen las embestidas que no se hicieron esperar. Como tampoco tardó en llegar en el segundo movimiento del vaivén, la expulsión y el escurrir sobre la grupa ardiente de la señora, el licor glutinoso que la criada se apresuró a limpiar con su lengua continuando por el ojo ciego y siguiendo un poco más hacia abajo en una exploración exhaustiva que la hizo volver a alcanzar el clímax gritando como si estuviese loca. ¿Quién negaría que un orgasmo no te hace perder la razón aunque sea momentáneamente?. Hace bastantes años se editó en Francia un disco donde el cantante explicaba las diferentes motivaciones femeninas cuando llegando a la cúspide del placer las mujeres gritaban desafortadamente. Algunas necesitaban pregonar a las vecinas que habían dado el primer paso en la creación de su sexto hijo; otras dejar constancia de la presencia de un amante después de anunciar a bombo y platillo la ausencia del marido en viaje de negocios provocando la envidia de las que debían conformarse solamente con su cónyuge; también las que pretendían dejar en evidencia a las solteronas

obligatoriamente castas, a las anorgásmicas y a las malmaridadas. Y finalmente los bramidos de la folladora recalcitrante, del chumino compulsivo, de ese auténtico animal sexual como era Carmen, que chillaba por puro placer. Pero fue unas semanas más tarde cuando en plena efervescencia sexual, con vibradores, cremas y mermeladas, apareció de improviso el comandante dando un fuerte portazo haciendo patente su presencia. Quedé completamente paralizado, me contaba, pero reaccioné en décimas de segundo saltando de la cama en busca de mi ropa con la intención de desaparecer de aquel maldito lugar. ¡Tierra trágame! Las dos mujeres me agarraron de un brazo, y la esposa, supongo que para tranquilizarme, insistió en que no debía preocuparme que “solamente” se trataba de su marido. Supongo que eso acabó fulminándolo mientras por su mente desfilaban acontecimientos previsibles: acababa de descubrir un atajo para que sus huesos se consumiesen en una celda de cualquier prisión militar, en el mejor de los casos si antes, y lleno de agujeros de bala, con los costurones del forense de turno y el traje de madera, no lo cubrían de tierra para que alimentase malvas en una fosa común. Intentó abrir el socorrido armario que se le resistió optando por meterse debajo de la cama en el momento en que el militar irrumpía en el dormitorio hecho un basilisco, dándole un empujón a la criada y cogiendo por el pelo a su mujer, gritando, desencajado y los ojos fuera de sus órbitas: ¡puta!, ¡más que puta!, ¡hija de la gran puta! ¡Yo no fui el que mató a Manolete! ¡Te enteras!. La mujer gimoteando le respondía: ¡Debiste llamar por teléfono antes de venir a casa!. Contestaba: ¡Yo no tengo por qué llamar a nadie! ¡No sabéis lo que vale un peine! ¡Os voy a pelar a los tres a cero!.

Bueno, no estaba nada mal si no pasaba de un rasurado total de la cabeza como ese actor que se llamaba Yul Brynner y que resultaba tan erótico. La bronca continuó con ese rifirrafe hasta que se fue apaciguando sin que la sangre llegase al río. Paulina se levantó del suelo sin la menor emoción y se puso a recoger los restos de la batalla completamente desnuda y sin ningún recato en una actitud eminentemente rutinaria. Todo había sido una pantomima, continuó diciéndome, interpretada muchas veces con la variante del actor invitado que en esta ocasión era yo, y con la única finalidad de satisfacer los caprichos del matrimonio que necesitaban de aquellas representaciones para que no se apagase la llama de sus deseos sexuales. Esta vez has estado un poco distante, le reprochó el marido, te ha faltado enfatizar ciertas frases. Paulina bien como siempre en su papel de asustada comparsa pero la próxima vez le daremos texto para que su participación sea algo más activa. Carmen se justificó alegando que sería conveniente alertar o poner en antecedentes al visitante por que corrían el riesgo de que alguno la palmase de un infarto. El se negaba al perder espontaneidad la escena donde la única realidad era precisamente el absoluto desconocimiento de la trama por parte de ese personaje “invitado” y su terrible estupor. A Néstor todavía le temblaban un poco las piernas y temía que una vez comenzase el juego de nuevo le resultase imposible conseguir una erección decente. El comandante se había empalmado y se la estaba metiendo a Paulina que conocía a la perfección su papel. A cuatro patas sobre la cama recibía por detrás muy lubricada la llegada de su nuevo huésped mientras le lamía el coño a Carmen recostada sobre la almohada y esparrancada. Su jefe le hizo una seña, ven

muchacho no tengas miedo, para que se acercase y subiese al lecho, se colocase de pie, encima de Paulina quedando el asustado pene a la altura de su rostro. Se lo metió en la boca con recelo sin dejar de embestir sobre las nalgas de la criada, chupándolo con auténtica fruición lo que provocó una reacción gallarda del miembro que dejó pasmado a su propio dueño. Del ejército no salió hecho un hombre como se presuponía debía ocurrir pero si con la sensación del transcurso de una importante época de su vida con infinidad de experiencias que le marcarían el resto de sus días. Tuvo la delicadeza durante la cena de no preguntarme absolutamente nada sobre mi vida, sabía perfectamente la razón por la que estábamos allí y procuró hacerme la velada lo más agradable posible con chistes, anécdotas y pasajes de su adolescencia. Mostré cierto interés por las cosas que había escrito y me prometió que me dejaría algún texto para que lo leyese a cambio de darle mi sincera opinión. Nos hizo gracia que estar en una especie de teatro, ataviada con un hábito requería que él se vistiese de Don Juan Tenorio. Se le ocurrió que cuando escribiese la historia, llenaría el local de espectadores que con el pago de su entrada se hubiesen comprometido a guardar silencio en una total oscuridad y donde los protagonistas ignorarían que estaban siendo observados. He constatado con muchas de mis amigas y conocidas que lo peor de un polvo es el tiempo que transcurre desde el orgasmo hasta que te has vestido y pisas la calle de nuevo. La actriz sueca Liv Ullmann decía: *A veces es mejor sentirse sola al despertar estando sola, que sentirse sola al despertar estando acompañada.* Yo también experimenté ese vacío alguna vez, la amargura de estar rodeada de mucha gente y no tener a nadie, como si todo a tu

alrededor fuese agua que baña tus pies, firmes en la tierra de un islote deshabitado. Es la factura que pagas, apaciguados los sentidos y estos te vuelven a la cotidiana realidad, con tus horarios rígidos, la monotonía de las mismas calles, de los lugares comunes, el quehacer diario, las responsabilidades tuyas y las que debes asumir para que no se te hunda el barco. Néstor me recuerda una frase anónima: *Toda mujer espera al hombre de su vida, pero, entre tanto, se casa.* Quería que me relajase, algo que probablemente por la vía del romanticismo no hubiese conseguido, no estaba enamorada de él, pero poco a poco nos fuimos encontrando cada vez más distendidos. La recién casada en la mañana siguiente a la noche de bodas se esmeraba cocinando por agradar, o vete a saber si por sorprender, al recién estrenado marido, con los huevos revueltos, las tostadas, el café, la mantequilla, pero todo, absolutamente todo se le chamuscaba lo que hizo que el novio exclamase resignado después de una insufrible noche: ¿Tampoco sabes cocinar, cariño?. O aquellas venerables monjitas que después de ser atracadas por unos bandidos las interrogaba la policía para recabar datos y mientras la Madre Superiora hacía balance una joven novicia intervenía: Y nos querían envenenar. Después de varias interrupciones el comisario le dijo: A ver, explíquese. Uno de los malhechores no hacía más que incordiar al mandamás: Déjalo ya jefe, les pegamos unos polvos a estas y nos vamos. Me hacía reír y empezaba a tener calor por lo que me descubrí la cabeza y me desabroché varios botones del hábito. Escogió los chistes que tenían una cierta ingenuidad, no eran evidentemente de su repertorio teatral mucho más subidos de tono, lo que resultó otra más de sus delicadezas. Con frecuencia me

llamaba querida y lo que en un principio me sonaba a un cumplido terminó gustándome por la gran variedad de tonos que utilizaba para decirlo, cariñosos y tiernos. Por segunda vez me desprendí de los hábitos aunque en esta ocasión de un modo simbólico, me tumbé en el lecho preparado en el centro del espacio escénico, con mis exóticas y eróticas prendas íntimas cuando empezó de nuevo a oírse la música ambiental que en esta ocasión era Chopin y su Nocturno nº 2. Los discos no pertenecían al atrezzo del local nocturno, los había escogido él de su colección particular. Puedo recordar entre otros: El Gran Vals Brillante de Chopin, la Obertura 1812 Op.41 de Tchaikowski con El baile de los cisnes, el vals y el adagio, la danza rusa de Cascanueces, etc... Sonaron ininterrumpidamente, uno detrás de otro, y alguno tal vez dos veces, eso no lo puedo precisar, lo que sí recuerdo perfectamente fue el último, una especie de fervor patriótico que estuvo muy bien, en lo que podríamos llamar apoteosis final. Hubiese dado lo mismo la Obertura 1812 con los cañonazos, el volteo formidable de campanas y los coros, pero también quedó luciente sin ser tan espectacular, solemne ni fastuoso, más moderado, entrañable y folclórico. Se quedó en mangas de camisa, sin corbata, con los pantalones impecablemente planchados marcando la línea y los zapatos negros de tacón cubano, con la altura intermedia entre los femeninos y masculinos. “En el amor hay dos cosas: cuerpos y palabras.” No recuerdo quien escribió esta frase, dijo Néstor, ni el alcance que le quiso dar, pero la asumo completamente. Alabó cuidadosamente cada parte de mi cuerpo, acariciándolo con suavidad, desprendiendo a su paso cualquier corchete, botón, tirante o lazo, rozando con sus labios cada milímetro de mi piel, marcando con la lengua

determinados puntos concretos como las agujas de un acupuntor. Un piélagos de sensaciones que lo mismo me producía calor cuando me acariciaba los senos, que me ponía la piel de gallina lamiéndome las axilas. Apoyándome en la espalda y los pies levanté el culo para que pudiese quitarme las braguitas sin dificultad. Las sacó y se las acercó a la nariz aspirando profundamente, luego se desnudó de cintura para abajo y las restregó por todo su sexo antes de ponérselas. Me cogió el dedo gordo del pie derecho y lo chupó provocándome un estremecimiento. No salía del asombro al comprobar hasta que punto me estaba excitando metiendo mis dedos en su boca y luego entreteniéndose en la corva. Subió con destreza por los muslos en dirección a las ingles esparrancándome lo que provocó que mi concha se abriese como los pétalos de una flor. Su gran maestría, la adoración, la idolatría y la veneración que sentía por el sexo femenino hicieron que me anegase con los flujos, algo salados y ácidos, convirtiéndolos en manjar de dioses. Mojó el dedo índice en la ambrosía y me lo fue insertando poco a poco en el orificio próximo al santuario. Subía y bajaba con inusitada destreza masticando mi botón del amor cada vez que elevaba el rostro. Gozaba y creo que gritaba del placer que me estaba produciendo, animándome a proseguir sin detenerse y para que aumentase la velocidad en su repetitivo recorrido. Los cortos segundos se me hicieron larguísimos y cuando alcancé el clímax no podía parar en mis enloquecedoras y dulces convulsiones, doblando el cuerpo como un arco tensado, dándole fuertes empujones contra su cara que no abandonaba mi sexo agarrado a mis nalgas con una mano y un dedo de la otra hurgando y explorando en el interior de mi ano. No fui demasiado consciente de lo que ocurrió en los

siguientes minutos cuando me encontraba en ese punto de constante y álgida exaltación con el acaloramiento y el ardor de un profundo arrebatamiento. Parece ser que mi fogosidad le había excitado hasta el punto de producirle una erección, noté la salida de su dedo y como me levantaba las piernas separadas apoyándolas sobre sus hombros, iniciando una serie de envites sobre mi trasero que, utilizando de nuevo la tópica expresión, me volvió loca. Me aseguró que la penetración fue lenta y sin el menor obstáculo con la gran ayuda de la viscosa acuosidad de mi gruta que facilitó en grado sumo la entrada de su verga. En ese preciso instante me encontraba muy lejos de la realidad aún a sabiendas de que estaba siendo poseída, perdido el control, mermados los cinco sentidos y enardecida. Los impactos orgásmicos se sucedieron encadenadamente hasta que empecé a sentirme desfallecer, con el miembro trémulo sobre mi vientre explayando el semen impulsivamente. Entonces sonó “España”, del compositor francés Chabrier, nada más terminar la “Barcarola” de “Los cuentos de Hoffman” de Offenbach. Todo un lujoso colofón para una rutilante, además de fascinante, noche de estreno. Amainado el temporal llegó la calma y la frustración al comprobar la ausencia de cualquier vestigio de sangre y no haber experimentado el menor dolor, ¡todo lo contrario!, cuando mi virgo salió aleteando con plena conciencia de su insignificancia y pusilanimidad. Preservado, protegido, resguardado como paradigma de la pureza y la castidad huyó subrepticamente, con cautela y nocturnidad en medio de la inflamada reyerta, avergonzado, tal vez, por aquella insulsa desfloración. Le besé en la boca en señal de agradecimiento y medio en broma le dije que se había portado mucho más

que como un hombre. Me entendió perfectamente y dijo: Te contesto como lo habría hecho mi idolatrada Marilyn, *“No me importa vivir en un mundo de hombres, siempre y cuando pueda ser en él una mujer.”* Y como estamos de citas recuerdo otra que decía: *“El hombre tiene un sexo, la mujer es un sexo.”* Néstor a veces me sorprendía dando muestras de poseer una vasta cultura aunque según pude constatar reiteradas veces casi siempre en torno al terrible problema de su ambigua sexualidad que le atormentaba constantemente. *“El hombre y la mujer se complementan el uno al otro, pero el hombre es un soberbio y no se deja complementar.”* La frase se la atribuyó a Lili Álvarez. Cuando he llegado a este punto me he planteado si debía continuar explicando algo más la vida de este ser adorable, dejarlo para más adelante, para el final o simplemente obviarlo. En realidad después de aquella noche memorable nuestros caminos se bifurcaron y muy de tarde en tarde sabíamos el uno del otro a pesar de que nuestra amistad permaneció inalterable hasta el final. Me llegó retrasada la noticia, así como la de su ingreso en la penitenciaría y siempre a través de amigos comunes o conocidos de otros. Se sometió a la exéresis de los testículos y la amputación del pene, modelaron una vulva disépala a la entrada de una falsa vagina, que sin llegar a ser ninguna virguería, yo no se la llegué a ver, la dejaron bastante satisfecha. La intervención quirúrgica se la hicieron en el extranjero y no tuvo graves problemas de adaptación al estar psicológicamente muy preparada. Por fin, aquel trozo de carne que le colgaba entre las piernas, le había desaparecido después de años arrastrándolo como una pesada carga. Esa sexualidad confusa, ambivalente y contradictoria que tanto la había

hecho sufrir quedaba, con la ayuda de un tratamiento con hormonas femeninas, definitivamente dilucidada. Se enamoró de un modesto constructor, cinco años mayor que ella, bigotudo, cejijunto, rudo, tosco, grosero e inculto haciendo valer una vez más el aforismo de que el amor es ciego. Nunca pudimos llegar a comprender cuales pudieron haber sido las motivaciones que le indujeron para llevárselo a vivir con ella abandonando a la mujer y a sus dos hijos. Centenares de veces habría soñado con tener una familia, ser ama de casa con un marido al que mimar dándole todo su cariño, que era mucho, e incluso, ¿por qué no?, adoptar un niño algún día. Lola Flores, decía: *“Al final el hogar es el hogar. No es cama todo en la vida.”* A ciertas edades una debería ir dejando de lado los cuentos de hadas y pasar por este mundo con algo más de pragmatismo, aceptando que los niños puedan venir de París o que los traiga la cigüeña pero sin creérselo a pies juntillas. No podemos sustituir los Reyes Magos por Presidentes de República pero en cuanto se acabe la cabalgata hay que guardar los trajes plegados en los baúles de la guardarropía hasta el año siguiente. Una chica de poderosos pectorales que anunciaba un sostén aseguraba que quería casarse porque era algo que deseaban todas las mujeres. Pero el consejo sabio lo dio una gruesa actriz americana llamada Shelley Winters: *“Si alguna vez quieres casarte con alguien, ve primero a almorzar con su ex mujer.”* Transcurrieron las semanas con cierta normalidad hasta que Lorenzo, que así se llamaba el constructor, empezó a destaparse. Bebía, jugaba, consumía drogas de vez en cuando y frecuentaba los puticlubs nocturnos como cliente habitual. Ella tuvo que comprarse unas gafas de sol muy grandes para poder salir a la calle y no llamar la atención con

los ojos amoratados de las palizas que le propinaba cuando llegaba de madrugada completamente ebrio. De nada sirvieron las denuncias en la comisaría de su barrio que para mayor inri los propios policías la llamaban el “Travesti” cada vez que aparecía por allí. Otro tópico sería decir que su vida se convirtió en un infierno pero quizás ninguna otra palabra pueda describir el horror y el dolor de una existencia plagada de acontecimientos violentos casi siempre en sus propias carnes. Prefirió el psicólogo al cura que evitó que se desbaratara al tiempo que se le iba endureciendo el corazón. Aguantaba con cierto estoicismo y mucha templanza los chaparrones, mientras se producía un fenómeno de introversión encerrándose en sí misma y protegiéndose con una coraza de las influencias exteriores buscando denodadamente una solución. Le llegó el día que en la cocina apareció, detrás de la botella de butano, una cucaracha. Consiguió el producto en la droguería de la esquina y con inusitada paciencia, sangre fría, rencor y odio se lo fue administrando a pequeñas dosis en casi todas las bebidas pero básicamente en el café donde no alteraba prácticamente nada el sabor. Al compañero sentimental se le fueron mermando las facultades físicas, resquebrajándosele la salud sin que los médicos fuesen capaces de diagnosticar la enfermedad, que presentaba un cuadro clínico tan desconcertante. Murió y no se pudo aclarar que pariente, tal vez la ex esposa, puso una denuncia para que se exhumase el cadáver y le hiciesen la autopsia. Carmina fue ingresada en prisión pero no en la de mujeres si no en aquella donde cumplían condena los hombres que es lo que rezaba que era ella en su carnet de identidad. El escarnio, los abusos y las violaciones fueron el pan nuestro de cada día lo que propició

que se negase a comer y perdiese las ganas de vivir. Con los cordones de sus deportivas se ahorcó. Resultaba obvio a todas luces que se trataba de una mujer, que provocó un mare mágnum entre la población carcelaria, ante la mirada bizca de la administración. Fue acosada, perseguida, sodomizada, violada con la permisividad de los propios funcionarios que incluso llegaron a participar en algunas de las muchas vejaciones, creándose en todo el recinto un caldo de cultivo que germinó con una reyerta en el patio donde uno de los internos le clavó a otro un cuchillo debajo de la tetilla izquierda que lo dejó fulminado en el acto. El grave delito se saldó con otro cargo más para el preso que enarboló el arma blanca y reclusión en una celda aislada para Néstor (Carmina) donde acabó con su vida y con todas sus angustias. La nota de prensa denigrante, indigna e injusta decía más o menos que un homosexual había alterado la normalidad del centro penitenciario exacerbando a la población reclusa con un altercado que acabó con la muerte de un interno y con la suya propia. Les faltó añadir, como hacen casi siempre sobre todo si se trata de algún personaje famoso, lo de “reconfortado con los santos sacramentos y la bendición apostólica de su santidad”. ¡Vaya mierda! Me resisto a quitar la exclamación. Corin Tellado dice que ella nunca escribe groserías en sus libros, depende como se mire, pero lo de Carmina es que clama al cielo y puedo asegurar que me estoy conteniendo con todas mis fuerzas. Es triste que en las obras de creación ciertos personajes deban acabar siempre de forma violenta y nunca con lo que se suele llamar un “desenlace feliz”. Simplemente es un reflejo de la realidad. Me negaba a contarle incluso me planteé inventarme esa parte de su historia con muchas rosas o

simplemente dejarlo olvidado al finalizar la música de Chabrier. Me pareció injusto maquillar o eludir sus desventuras y he decidido contarlas, sucintamente eso sí por la amargura que me embarga, aunque solo sea por hacerle un pequeño homenaje a su memoria. Está enterrado en un nicho, que, ironías de la vida, pagaron los propios reclusos a escote y donde el empecinamiento burocrático continuó con su obstinación poniendo debajo de la fecha de nacimiento y del óbito: “Néstor”. Hace unos meses contraté a un marmolista, al principio se negó alegando que era ilegal pero acabé convenciéndole, para que en su lugar pusiese Carmina con letras doradas y una foto de color, esmaltada, que erradicase cualquier género de dudas. Así quería que la llamasen aunque en el escenario fuese Nicole. Me sublevaba el pensar que en aquel mismo cementerio había una fosa común alicatada como una cocina surrealista, donde una vez finalizada la guerra civil, la santa cruzada, fusilaron indiscriminadamente a un grupo de personas, alrededor de cincuenta, entre ellas a una mujer embarazada llamada Vicenta que durante muchos años constaba, por orden gubernamental, como Vicente en un azulejo de quince por quince centímetros. Resultaba tremendamente indignante que tantos años después continuasen usurpándonos la identidad. Volviendo a mi trauma cualquiera puede imaginar el gran fiasco que tuve cuando pude serenarme y analizar paso a paso el desarrollo de los acontecimientos después de todo ese tiempo de total abstinencia vaginal con un miedo terrible a esa cosa tan insignificante. ¿Temor a qué? Mi cerebro fue tejiendo alrededor del mito de la doncellez una serie de elucubraciones como si llegado el día del rasgado de ese pétalo se tuviesen que tambalear los cimientos más

consistentes. Y luego va y no ocurre absolutamente nada. Nada que pudiésemos catalogar como extraordinario o fuera de lo normal. Ni tan siquiera lo que habitualmente suele acontecer, salvo la excepción del famoso caso de una paloma blanca que ocupó momentáneamente el lugar que le correspondía a San José con la Deípara y se las arregló de otro modo evitando el pequeño derrame con alguna ligera molestia o escozor. No lo sé. Si en el momento de la inserción hubiesen coincidido los cañonazos finales de la Obertura de 1812 siempre me hubiese quedado la duda de los decibelios producidos por la Orquesta Sinfónica o cuantos eran achacables a mi desfloración. Así de supina era mi ignorancia totalmente inmersa en la estolidez. Los días siguientes a tan fausto acontecimiento me dediqué al sano ejercicio de la autoestimulación por medios mecánicos, es decir, de nuevo ante el espejo, depilada concienzudamente por manos expertas, profesionales, tenía ante mis ojos un panorama inédito y una gama de vibradores y consoladores que por su número, me refiero a cantidad de unidades, ya se podía considerar como una modesta colección. La última adquisición, con cabeza en los dos extremos para compartirlo con una amiga complaciente, (en realidad todos los seres humanos somos intersexuales primordiales o rudimentarios) era fosforescente lo que te permitía un dominio total del artilugio en plena oscuridad ideal en alguna faceta de los juegos amorosos. Por ser la primera experiencia, (recuerdo una frase de Bea criticando a una compañera del banco diciendo que era tan puta que había nacido sin himen) después de mi desfloración elegí el Benjamín, un juguete perfectamente reproducido de un adolescente, de ligera curvatura y un tope al final simulando

el escroto. Muy práctico para evitar el que sintiéndote animada lo empujes con demasiado ímpetu y se pierda en tu interior teniendo que recurrir a urgencias para que te lo extraigan. Aunque me pregunté si yo podría ser una de esas que nacieron con la carencia del pellejito al no haber tenido evidencias notorias de lo contrario y que tal vez el ginecólogo podría sacarme de dudas, no le di la menor importancia al considerar que se trataba de una nimiedad. Primero lo ensalivé, no estaba preparada y tenía la vulva completamente seca, y luego me lo introduje con suavidad. Era la primera vez que ejecutaba y observaba en el espejo aquel ejercicio lo que hizo que me excitara muy pronto alcanzando un orgasmo al momento. Me gustó y todas las noches antes de dormirme lo repetía, con la luz apagada y cambiando el utillaje como si me encamase con un novio diferente. Evitas lo que decía Charmian Hughes: *¿No te sientes fatal cuando tu mejor amigo se acuesta en tu cama en calzoncillos prometiéndote que no pasará nada, y no pasa nada.?* O Gloria Steinem: *Una mujer sin hombre es como un pez sin bicicleta.* El problema de las mujeres es que siempre acabamos enamorándonos de ellos y solo deseamos que nos lleven al altar, poder decir compungidas detrás de un velo el sí quiero para que nos echen arroz en la cabeza. Algunas terminan llegando a idéntica conclusión, no recuerdo quien lo dijo, al convencerse que lo más cómodo era quedarse toda la vida con el mismo marido por la poca diferencia que hay entre unos y otros. O la famosa actriz que se casó y divorció una docena de veces, Zsa Zsa Gabor: *Divorciarte sólo porque no quieres a un hombre es casi tan estúpido como casarte sólo porque le quieres.* Es mucho más complejo que todo eso y aunque a primera vista pudiese

parecer que lo tomo con cierta frivolidad soy muy consciente de que los sentimientos a veces resultan terriblemente complicados. Por muy extravagante que nos parezca el argumento de una novela siempre nos sorprende más la cotidianidad de nuestro entorno. Me parece que lo he repetido varias veces pero nunca serán suficientes. Con cierta frecuencia solicito los servicios de mi amiga Elena, la esteticista, que me prepara a los clientes para una sesión fotográfica desde la perspectiva de maquillar una realidad y a través de determinados mecanismos, luces, focos, sombras, decorados, objetivos distorsionantes, conseguir el máximo de falsa naturalidad. Ella es el vivo ejemplo que confirma mi teoría. Matrimonio feliz donde los haya, con una niña fruto de su relación y una situación familiar que podríamos considerar como notable, pero un día el marido tiene un desliz con una chica más joven que su mujer, por aquello de libar en otro local especializado en dispensar bebidas espirituosas, Mi taberna 2, con la particularidad, nada extraña por otra parte, de que la muchacha a partir de ese preciso momento comienza un proceso, a plazo fijo, de gestación. Por medio de la futura madre soltera es sabedor que el título de progenitor le ha sido adjudicado a su novio, a él le habría correspondido el calificativo de amante que, asegura, es el verdadero padre de la criatura. Miel sobre hojuelas. Todo transcurre dentro de la más absoluta normalidad hasta que, unos días antes de su boda, anticipada por su avanzado estado, ella le deja mojar de nuevo en su tintero y sincerándose, probablemente en agradecimiento por el buen comportamiento en las tareas propias de la reciente cópula, le confiesa su inequívoca aportación fifty-fifty en el desmedido aumento del perímetro de su vientre. Pocas

semanas después de la boda nació la niña y al marido de Elena se le congestionó la vena paternal y le confesó a su mujer que en un momento de debilidad su “Pepito” se había inflamado en otra falla. Puesta en antecedentes de los pormenores, la primera vez sólo había metido la puntita y la segunda de pie y de mala manera en el banco de una cocina, aceptó las disculpas del cónyuge por aquel ligero traspiés. La incipiente promiscuidad le afectó a la memoria y tan solo meses más tarde cuando Elena consintió por vez primera, después de mucho insistir, que la sodomizara, recordó que ese había sido el inicio de la relación con la madre de su segunda hija. El siguiente paso fue reclamar su paternidad ante el asombro de un juez que confesó su extrañeza ante el primer caso que se le presentaba donde no se intentaba eludir el problema sino que, además, se insistía en acapararlo. El resultado de las pruebas médicas del novio ultrajado, posteriormente esposo, que evidenciaron su impotencia para engendrar, dejaron las cosas en su sitio. Claro, de aquella manera y sin dejar de mirarlo desde una perspectiva surrealista, ahora Elena es madre de una niña y media, por esa parte que le corresponde como bien ganancial de la aportación al núcleo familiar de una paternidad extramarital de su consorte. Y todos tan felices a la espera de comer perdices. Tengo que darle la razón a quien dijo que “una mujer es una mujer hasta el día que se muere, pero un hombre sólo es un hombre mientras puede.” No quiero confundir con mis palabras intentando defender a las mujeres en menoscabo de los hombres. No es eso. Mi admiración por ellos es palpable y tengo una permanente perentoria necesidad de su compañía y, ¿por qué no? de su amor. Detesto los machistas pero prefiero que sean

masculinos sin molestarme cuando les aflora ese rasgo femenino que llevan dentro, muy lejos del azucena que va por la vida destilando furor uterino. Me gustan los de pelo en pecho, así, literalmente hablando, limpios, aseados y pulcros que sean capaces de mantener una conversación donde no se hable de fútbol. Atentos y cariñosos, repito, car-ri-ño-sos. ¿Qué pasa? Que huelan a hombre, no a humanidad, con algún perfume fresco, con barba corta que raye como el papel de lija, manos grandes que sepan acariciar y estar en el lugar adecuado en cada momento multiplicándose como esa diosa hindú que tiene muchos brazos. Atractivos pero no guapos, viriles pero no agresivos, tiernos, amables y con sentido del humor. Algo paternales y con pinta de héroe vulnerable capaz de rescatar a su princesa de las garras del malo de turno. Trabajador, responsable, valiente pero no inconsciente que pueda ser arrastrado a cualquier aventura. Honesto, humano y por encima de todo buena persona algo que no debe confundirse con la estulticia. En definitiva me gusta el hombre sencillo, con ideas propias e independiente, dominio de sí mismo, inteligente, culto y que sepa sonreír. A besar ya le enseñaré yo. Y que me quiera y me respete por lo menos como le pueda considerar y amar yo a él. He vuelto a perderme saltando de un lado a otro sin respetar la mínima cronología dando rienda suelta a ese batiburrillo de historias inconexas que la mente nos depara. El resultado arrastra errores, repeticiones, elipsis temporales y obviedades instintivas. Subsantaré dentro de mis posibilidades estos defectos hasta que llegue a época reciente con los recuerdos más frescos. Elena trajo una amiga suya al estudio. Honorable clavariesa de las fiestas de San Vicente con los atavíos propios de la cofradía a la que pertenecía. Semanas

atrás le fue impuesta la insignia que la señalaba con semejante distinción y era el momento oportuno de hacerse un gran retrato que perpetuase el acontecimiento. El día elegido vino directamente de la peluquería al estudio donde la estábamos esperando las dos. En la sala de maquillaje mostró cierto recato para desnudarse, quedarse con la ropa interior y ponerse la bata preparada al efecto y usada en estos menesteres que también Elena se colocó, mientras le daba unas cuantas instrucciones sobre el colorido y el tono que debían pecar por exceso para contrarrestar los focos que los matizarían. Preparé un fondo azul cielo sin poder eliminar de mi cerebro esa pizquita de perversidad que todos tenemos buscando el encuadre que favoreciese al máximo el resultado del trabajo. Coloqué una silla de respaldo alto y asiento de madera que la hiciese mantener la espalda rígida aguantando la mantilla sin obligarle a doblar la cabeza. Busqué en mis archivos una diapositiva de un querubín regordete que proyecté sobre el telón como si se tratase de la abeja Maya para sentar a la clienta de lado con un rosario y un devocionario en las manos en un gran plano medio. La camilla de la esteticista es como un confesionario o mejor aún como el sofá del psicoanalista con la particularidad de que en unos instantes te produce tal relajamiento que se te desata la lengua. Quería evitar que le viésemos el cuerpo lleno de magulladuras y moretones producidos en las íntimas sesiones sadomasoquistas. Un día le dijeron que la única forma de dominar las pasiones era castigando la carne. Nada de grasas ni comidas copiosas, alcohol, tabaco, picantes, ingestiones muy parcas, flagelaciones, cilicios como aquel taparrabos que tejó con esparto y le produjo un orgasmo en cuanto se lo puso. Los merecimientos que habían motivado

la entrega del galardón se circunscribían al hecho de ser la esposa de un concejal. Este a su vez le ponía los cuernos con otra miembro del consistorio perteneciente a urbanismo y también de la misma cofradía de damas de San Vicente cuyo marido estaba liado con un señor de Badajoz que se dedicaba al secado, curación y venta de jamones. Descubrió la infidelidad de su cónyuge in fraganti y tácitamente los tres firmaron un pacto de mutua agresión, ayuntamiento, que para eso eran del mismo municipio. La expropiadora y expoliadora de terrenos continuó con su rol de ama pero a partir de ese momento por partida doble. El ensañamiento por su parte, verbal y también físico, los dejaba hechos unos zorros. La teja sobre la cabeza aguantaba una gran mantilla negra de blonda y el vestido del mismo color sin escote hacían que su rostro y manos blancas sobresaliesen con fuerte impacto. Le quité el misal y en su lugar coloqué un gran crucifijo con un cristo al que habían coloreado exageradamente la sangre y una corona de espinas que confeccionamos con las púas lacerantes de los cactus gigantes del jardín. Pero esa no era la foto que yo quería hacer y entre Elena y yo la convencimos de que accediese a posar para otro retrato que si bien no podría exponerlo a la mirada de cualquiera, dejaría boquiabiertos a sus amistades más íntimas. Es curioso lo poco que tuvimos que insistir. Accedió a la primera sin saber todavía de que se trataba. De nuevo en la camilla pero completamente desnuda para resaltar lo máximo posible todas la señales y marcas e incluso añadir alguna moradura, rasguño o herida de forma muy visible aunque dentro de un orden. Es decir sin exagerar la nota. No en el rostro de ojos pintados, largas pestañas postizas, labios rojos perfilados y pómulos sonrosados.

Tenía un bonito cuerpo con sinuosos meandros que le producían el exceso de unos diez kilos de grasa repartida equitativamente. La coloqué de pie, sin ninguna pieza de ropa pero con la teja y la mantilla que le cubría los hombros y le caía por detrás hasta las corvas. Utilicé luz natural saliendo al jardín junto a un monstruoso cactus en el que mediante un pequeño truco parecía apoyarse con una mano sobre las púas gigantes sin pincharse. Pese a la generosidad de sus pechos y la proximidad a la cuarentena los mantenía bastante firmes con una pronunciada curva en el vientre enlazando con otra del pubis donde lucía su bosque negro y pelilargo al que le aplicamos una buena dosis de brillantina. Un collar en el cuello con largos pinchos como los que se colocan para repeler las agresiones caninas y con la mano izquierda sosteniendo una bandeja de plata debajo del pecho contrario con una rudimentaria ratera disparado el muelle y agarrada al pezón. Una cadena de gruesos eslabones en la cintura a modo de cíngulo y un extremo colgando hasta el tobillo donde una soga ataba los dos pies. Dudé un instante si poner alguna prenda de piel pero fotográficamente no me resultaba tan convincente como el atrezzo utilizado. Llevo algún tiempo intentando que me consigan un cilicio, de los que usan los del Opus Dei, que consiste en una faja metálica con clavos y una disciplina que es un látigo de cuero con varias puntas de hierro, pero no es nada fácil. Disparé los fotogramas que consideré oportuno, clic-clic, clic-clic, clic-clic, pero volví a cargar la cámara y me la colgué al cuello prescindiendo del trípode, cuando me percaté de la gran carga erótica que invadía todo el plató y que no había detectado ensimismada en mi trabajo, porque incluso varias veces apreté el disparador con un objetivo zoom que me

permitía pasar del enfoque, en este caso el ombligo como punto central y equidistante, de un primer plano a otro general con una velocidad muy lenta, algo que ya había experimentado en otras ocasiones con resultados espectaculares. El centro de la foto quedaba perfectamente enfocado y de ahí partía una estela de movimiento mezclando los colores. Elena había desatado los pies de la modelo y colocado entre dos arbolitos (*Prunus Pissardi*) con hojas de un granate oscuro y flores blancas a la llegada de la primavera, sujetándola por las muñecas. Soltó el artilugio que le aprisionaba el pezón y la besó apasionadamente en la boca. Los movimientos sinuosos de su cuerpo, con las piernas separadas y los brazos en cruz, no eran de protesta. Se retorció desde hacía rato del placer que le proporcionaba aquella puesta en escena muy en consonancia con sus afinidades sexuales. Clic-clic, clic-clic, clic-clic. Se oía el motor de la Nikon y la apertura y cierre del diafragma mientras yo me movía de un lado para otro aprovechando la coyuntura con unas fotos que pasarían a engrosar el patrimonio artístico de mi archivo. Con la cuerda que le había quitado empezó a darle unos suaves azotes en las nalgas aumentando la fuerza de los golpes a medida que ella se lo iba pidiendo. Cuando casi los tenía en carne viva se corrió. Clic-clic, clic-clic, clic-clic. Pero mi experiencia más creativa se desarrolló en la confección de un dossier para Marina que entró avasallando en el mundo del espectáculo. Evidentemente ni cantaba ni bailaba pero con el cuerpo que tenía no le hacía ninguna falta. Sabía moverse como nadie con la suficiente lentitud y una fuerte carga de erotismo que encendía las pasiones de todos los hombres y de muchas mujeres. Empezó sin el menor esfuerzo como strip-tease y

pronto la llamaron del cine porno donde hoy empieza a ser muy conocida. En el trabajo utilicé casi todos los objetivos de que disponía, diferentes negativos e incluso, en plan experimental, película de infrarrojos donde hay que tener en cuenta el desplazamiento visual, con este material sensible tan especial, debiendo ajustar el enfoque para evitar la doble imagen, o dejarlo adrede y conseguir sorprendentes efectos. Andrés, mi ayudante, se pasaba el día intentando disimular las erecciones mientras estuvimos trabajando para ella. Llevaba algún tiempo conmigo a requerimiento de su madre María, mi vecina, para que le enseñase el oficio, después de haberle tenido que iniciar, en buena lid, junto con su hermano Javi en la pubertad. Y no era para menos. Pretendí sacar el máximo provecho de cada pose intentando plasmar la hipersexualidad que emanaba de todo su cuerpo utilizando la perspectiva, el escorzo, la oblicuidad, exagerando, deformando la figura con el gran angular de 16 mm. Preparé concienzudamente un “story board” plasmando en cada dibujo hasta el más mínimo detalle sobre todo aquellas cosas que no están pero que luego aparecen en la foto rompiendo estrepitosamente el equilibrio o dando un cante que ni el Plácido Domingo. Preparé a la modelo psicológicamente ensayando los movimientos que debía ejecutar en cada cuadro. La pose estática es para imitar a las efigies griegas, ahí es nada, pero yo quería mucha vida y erotismo. Las Majas de Goya rebosan sensualidad tendidas en el lecho, completamente vestida o sin ninguna prenda que la cubra, como aquellas maravillosas fotografías, la mayoría de autores desconocidos, que en la Francia de principios del siglo pasado algunos artistas plasmaron en un sugestivo blanco y negro, con modelos de ligera adiposidad y láctea

piel. El sonido que producen las cuerdas de un instrumento de arco al pellizcarlas con los dedos, en forma de pizzicato, las percibes en tu mente como las ondas concéntricas de una vibración. El trémulo del orgasmo se puede retratar usando una velocidad lenta, para que la foto salga movida, como ocurría con las antiguas cámaras que carecían de ese mecanismo. Puedes conseguir la congelación de la modelo masturbándose, disparando diez fotogramas por segundo con flash estroboscópico, que sin lugar a dudas dará la sensación de agitación sin que por ello se vea mermado el enfoque. También la película de infrarrojos, salvando las distancias, distorsiona los colores por completo, produce una doble imagen cuando efectúas el disparo incorrecto, es decir si prescindes de utilizar el dispositivo que ajusta la diferencia entre realidad y ficción que no están en el mismo plano. Elena se esmeró maquillándola sin dejarse un solo centímetro por aplicarle tratamiento. Hice que le colocaran uñas postizas en los dedos de las manos, pintadas de color fucsia como las de los pies, y los labios rojos sangrantes que al final dan muy bien. Antes de meterle mano en las ingles y los pendejos de la vulva preparamos un primer plano, con el 135mm, del monte abultado, los muslos separados, estirando con su mano izquierda un pellizco de pelos y con la derecha sujetando unas tijeras en actitud de cortarlos. Organizamos el trabajo con un orden pragmático ya que algunas fotos, como esta, debíamos hacerlas antes que la que preparamos después, cuando ya se había rasurado selectivamente la zona. Tumbada y con el ojo puesto en el visor de la cámara en la que previamente monté un 35mm, encuadraba y procuraba meter dentro de foco cerrando lo máximo que podía el diafragma sin que la velocidad fuese un obstáculo. Le

pusimos una minifalda y debajo un tanga. Estaba colocada con un pie a cada lado de mi cara mientras Andrés me iba dando la lectura del fotómetro de los puntos que yo le indicaba, subiendo la tela recogida en la cintura para evitarme molestas sombras por delante que me erraban las mediciones. Mostrando el pubis en actitud de desafío las dos nalgas se le juntaban formando una gran M con el sexo que se dejaba ver al apartar con un dedo la fina tela de su prenda interior. Solo faltaba que agachase un poco la cabeza para que pudiese captar su sonrisa de picaresca complicidad. Clic-clic, clic-clic, clic-clic. Se agrandó los pechos. No le pude apreciar la menor señal indicativa de una intervención quirúrgica y sonrió cuando le pregunté cómo lo había hecho. Tal vez con algún tratamiento hormonal pero lo cierto es que su escarapate había aumentado considerablemente. Las modelos anoréxicas promocionadas en el mundo de la alta costura por diseñadores, la mayoría, homosexuales que prefieren mujeres que se les asemejen, no tienen cabida en el mercado del sexo donde son resaltadas las curvas, hasta extremos insospechados, levantando la moral y la libido. Sus medidas casi perfectas, contra lo que pueda parecer, se vieron realizadas por el incremento en el perímetro de sus glándulas mamarias sin que el resto de su cuerpo quedase afectado, permaneciendo con las mismas proporciones. Esos centímetros añadidos y las dobles penetraciones elevaron su cachet. Marina tenía la aréola más grande que yo había visto nunca, se aproximaba mucho a la mitad del seno pero tan bien marcada que parecía estar hecha con un compás y nada que ver con las mías a las que ya consideraba exageradas. Elena suavizó el tono marrón oscuro cuando, al mirar a través de la cámara ahora en el trípode, consideré que

predominaba demasiado ese color tratándose de un primer plano donde la modelo simulaba sujetarse un pecho con la mano abierta, pese a su gran tamaño los tenía muy firmes, y con el dedo índice de la otra se acariciaba el pezón. En el visor aparecía su rostro con un incipiente grado de excitación, que conseguí aumentar animándola a seguir frotándose luego que Andrés embadurnase su pulpejo con vaselina. Clic-clic, clic-clic, clic-clic. Debía permanecer sentada en el mismo taburete para que no variase la distancia pero resultaba obvio que hacía falta algo más. No le tuve que repetir a mi ayudante dos veces lo que tenía que hacer aproximando su boca al sexo de la modelo que ya empezaba a expeler algunas secreciones cuyo olor le recordaba pasadas vacaciones en el mar y el hecho curioso de que los labios mayores de Marina tenían forma de pez teleósterio, de hipocampo, comúnmente conocido como caballito de mar. Inmerso en el laberinto de las marismas vulvares convirtió en deseos sus pulsiones orales con una adicción impropia de su corta edad y experiencia. Había aprobado el curso y necesitaba sacarse la reválida con buena nota, aplicando en el examen toda su sapiencia pero se le hincharon los testes y hubo de vaciar urgentemente, algo que la chica notó por la insistencia en profundizar sus exploraciones con la lengua. Marina se corrió una, dos, tres... veces. Clic-clic, clic-clic, clic-clic. Quería que la *strelitzia augusta*, de hojas parecidas a las del platanero con diferentes tonalidades de verde, hiciese de fondo integrada en una mini selva tropical colocando a Marina sentada delante con un abrigo de piel. Solamente la ropa íntima, tanga, medias negras, liguero y sostén sin olvidar los zapatos negros de charol. Uno de los pechos quedó liberado y la delicada tela del tanga desplazada

hacia un lado permitiendo apreciar una parte importante del sexo. Varios collares metalizados de color amarillo muy largos que le llegaban hasta el ombligo. Clic-clic, clic-clic, clic-clic. En el mismo lugar, pero en cuclillas con las asentaderas apoyadas en los calcañares, la misma ropa, el tanga hundido en su ranura y el sostén enrollado debajo de su colosal repisa. Clic-clic, clic-clic, clic-clic. Todos quedamos satisfechos con el trabajo que terminó al cabo de una semana. El último día Marina llamó a mi ayudante a la sala de maquillaje que hacía las veces de vestuario y en consecuencia de camerino. Sin mediar palabra, utilizando sus mejores artes le convirtió en una antorcha en tan solo unos minutos cogiéndole las manos y colocándose las en sus turgentes mamilas le pidió que apretase con todas sus fuerzas mientras ella le bajaba hábilmente la cremallera de la bragueta y le acariciaba los adminículos. Cuando apreció en el falo eréctil que su glande rezumaba se arrodilló y comenzó a lamerle la bolsa escrotal, luego las ingles acabando en una gran mamada como la experta felatriz que era. Con aquel precalentamiento tan efectivo fue muy rápida la eyaculación dentro de su boca sin soltar el miembro y recorriéndolo con los dedos apretados facilitando el drenaje linfático mientras duraba la expulsión a cortos intervalos. Engulló todo el jarabe relamiéndole cuidadosamente para que no cayese ni una sola gota. Le besó en los labios y le dijo que se lo debía. Cuando le vimos aparecer tenía algunas ojeras pero su aspecto, su semblante, era muy risueño y feliz. Yo había visto esa misma expresión con anterioridad. Recién cumplidos los dieciocho años de Javi, Andrés ya tenía diecinueve, acepté la petición de María, su madre, sin ser plenamente consciente de cual debía ser la pauta a

seguir. Ella los llevaba vigilando desde unos años atrás y me aseguraba que no consumían drogas, apenas bebían, eran buenos estudiantes y se masturbaban con asiduidad. Visité frecuentemente su casa cuando mi vecina me avisaba que estaban allí para mantener pequeños contactos y estrechar lazos. Alguna vez ella se ausentaba pretextando cualquier motivo lo que me permitía cierto margen de maniobra siempre que no estuviese la hija menor. Me ponía camisas con botones dejando sin abrochar algunos más de los debidos para mantener el recato establecido, sin sostén y a veces sin bragas, o simplemente con un vestido abierto por delante. Controlaba sus miradas y también el bulto de la entrepierna que me indicaba la temperatura que había en el ambiente. Hacíamos café y jugábamos a las cartas o veíamos la tele. Un día me dirigí al lavabo y dejé la puerta entreabierta, me remangué el vestido hasta la cintura y me senté en la taza para hacer pis. Esta fue una de las ocasiones en que no llevaba nada debajo. Entró Javi, no pude precisar si intencionadamente o hizo muy bien cara de sorprendido. Le dije que no se marchase que estaba acabando y me levanté reteniendo la ropa en mi cintura, le pedí que me acercase un trozo de papel higiénico y con las piernas separadas, haciendo una ligera flexión me limpié repetidas veces con un recorrido mas largo de lo necesario y una lentitud provocadora. ¿Quieres ayudarme? Balbuceó algo que se parecía a un “no sé”. Yo estaba ya muy caliente y sustituí el papel por su mano trémula para que explorase todos mis rincones y enseguida me noté muy mojada. Me excitaba de tal manera que ya solo deseaba correrme y saqué un seno para que me lo chupara, sin parar de frotarme con sus dedos, notando una ligera presión de sus dientes cuando

se escurrió lo que provocó que yo llegase también a la culminación. Le acaricié la cara y le besé con suavidad en los labios cuando le di las gracias. Se quedó tan desconcertado que me respondió: de nada. El primer encuentro con Andrés, ya dentro de los cánones de la tarea preconcebida fue en mi propia casa. Le pedí que me ayudase a colocar unos cuadros prestándome la taladradora, haciendo él los agujeros porque la máquina me daba miedo, y yo haría el resto. Acudió solícito, tal vez apercebido por su hermano o simplemente puesto en antecedentes, por la mañana temprano. Me pilló desprevenida al oír el timbre de la puerta preguntándome quién podría ser a esas horas, de todos modos acababan de dar las ocho, me coloqué un salto de cama blanco de seda cortito, cruzado por delante y atándolo mientras observaba a través de la mirilla. Titubeó al verme, probablemente cayendo en la cuenta de que aquella no era una hora correcta, pero le hice entrar imaginándome la noche que habría pasado esperando con ansiedad que llegara ese momento. Le pedí que fuese a la cocina e hiciese café para los dos mientras me duchaba. Pensé en lo fácil que hubiese resultado llevármelo directamente al dormitorio o incluso al baño, pero consideré que era ir demasiado deprisa quitándole todo el atractivo y la morbosidad que necesitaba para el desarrollo de aquella aventura con un mínimo flirteo del juego amoroso en la prueba iniciática. Actué con una falsa despreocupación dejando caer en el suelo del pasillo el salto de cama, a la entrada del baño, sin cerrar la puerta para que oyese el ruido del agua sobre mi cuerpo y poder verme reflejada en el espejo como un primer número de voyeurismo. Encima de la mesita de noche dejé “olvidado” uno de mis vibradores junto a las braguitas que me había

quitado cuando llegué a casa de madrugada después de una larga y agotadora jornada de trabajo. Manteníamos una trivial conversación en voz alta haciéndole repetir alguna respuesta alegando que no le había entendido con el fin de localizar su exacta posición en la casa. Me excitaba imaginar que descubriría mi artilugio sexual y que olía y besaba mis bragas usadas en el dormitorio o que se asomaba para ver como me enjabonaba. Regulé la alcachofa para que saliese el agua con cierta presión, la fui pasando por la entrepierna intentando que culminase en un orgasmo y que lo viese mi joven amigo pero creyese que no me daba cuenta. Me sentía observada y no dudé en exagerar los jadeos y en gritar cuando me corrí. Le llamé para que me ayudase a secarme con la toalla grande como si nada hubiese pasado y comprobé que se había manchado el pantalón y evitaba a toda costa el que yo me diese cuenta. Me volví a poner el salto de cama y le invité a que tomásemos café cuyo olor ya impregnaba toda la casa. “*Como Vd. quiera*”. Le pregunté desde cuando nos hablábamos de usted y acto seguido rectificó: *como tú quieras*. Antes de que se recuperara de su turbación ya me había tapado y estábamos los dos desayunando en la cocina, después de haber posado para él durante unos segundos completamente desnuda. Más que una conversación aquello se convirtió en un interrogatorio al estar preguntándole continuamente por su vida intentando ganarme su confianza. Poco a poco se fue explayando y sintiéndose más a gusto procurando mostrarme recatada para no desviar su atención. Le gustaban las chicas pero no tenía novia formal, aunque había una, Laura, con la que había salido varias veces. Era muy guapa, tanto como yo, se atrevió a decir entendiéndolo que a su manera me acababa de

lanzar un piropo, y creía que estaba enamorado de ella. No debió cuajar, o resultó una experiencia corta en el mejor de los casos, porque cuando se vino a trabajar conmigo no salía con ninguna chica. Evité profundizar en sus intimidades al ser demasiado pronto y noté como se esforzaba, eludiendo dar demasiadas explicaciones, aunque en ningún momento le insistí en que me aclarase cosas concretas. Los cuadros habían sido una excusa y creí conveniente, ante la premura de tiempo, no amortajar y aplazar su colocación hasta otro día. Ya le avisaría. Sabía que una corta espera le provocaría cierto desasosiego anhelando la llegada del nuevo encuentro sobre todo si le hacía una última pregunta. Estuve a punto de decirle si “todavía era virgen”. Ese “todavía” me pareció inadecuado y lo de virgen en algún subconsciente podía tener connotaciones machistas. ¿Has hecho el amor con alguna mujer? Le evité la respuesta añadiendo rápidamente y asumiendo por la expresión de su rostro una respuesta negativa. Eso lo subsanaremos pronto. María tenía encantado a su marido y al repartidor del butano, aunque a primera vista pueda parecer un chiste malo. Un joven fornido, subiendo bombonas por los pisos, de rostro poco agraciado según sus palabras, tenía hundida la barbilla y excesivamente larga la nariz pero también su pene con unas proporciones, explicaba, similares a las de los cachas de las películas y las revistas porno. La sacaba de quicio, descontrolándola totalmente, el olor a humanidad producido por las glándulas sudoríparas y la escasa afición por el aseo personal del proveedor energético, nunca mejor dicho, al que llamaba frecuentemente aunque las botellas estuviesen a medio vaciar. Quedaba afligida, quejumbrosa y pesarosa si llegaba más tarde de las once de la mañana porque

presuponía venía mermado de facultades por culpa del reparto, pero sobre todo de haber satisfecho antes los apetitos incontrolados de alguna mala pécora. Sic. Le preparaba café pero no respondía a sus evidentes llamadas de hembra en celo, insinuaciones, exposición a la luz de aquellos centímetros de epidermis no bronceados y en última instancia metiéndole mano directamente a través de la gran bragueta del mono anaranjado, agarrando con fuerza el trozo de carne desfallecido con la intención de estrangularlo más que de acariciarlo, cuando constataba palpablemente la realidad de sus presunciones, además del desaire que le había hecho. Le recriminaba la tardanza, lo que quería decir haber estado antes con otra, o que al amanecer, antes de partir hacia esa selva de voraces mujeres insatisfechas, su santa esposa le hubiese exigido el pago del canon correspondiente a ese día, según lo estipulado en el contrato firmado por ambos que se llamó “boda”, aunque solamente fuese como medida preventiva. Podía perfectamente sacar a colación el aforismo: más vale prevenir que curar. Y eso era lo que realmente hacía. Lo despachaba a gusto hasta el extremo de que se le doblasen las piernas al andar, dejándolo apañado para unas cuantas horas lo que unido al esfuerzo de subir escaleras durante todo el día cargado con treinta y tantos kilos al hombro, alejaba de su mente cualquier asomo de involucrar a su cónyuge en la tauromaquia. Le preparaba una copiosa cena, le dejaba dormir plácidamente y a la mañana siguiente, de nuevo, le hacía cumplir pródigamente. Sic. Mi vecina que estaba enamorada de semejante trabuco (sic) debía conformarse con las migajas que la precavida esposa les dejaba a las clientas es decir, un mástil terriblemente abatido, mermado de facultades y poco

preparado para nuevas batallas. Pero su ánimo no desfallecía y con esfuerzo y técnica conseguía muchas veces revitalizarlo, despertarlo de manera que fuese capaz de llevar a cabo pequeñas refriegas. Tan magnífico, decía, que en estado lastimoso no podía introducirse por completo en su boca y si conseguía que levantase la cerviz dirigiéndolo hacia el túnel del amor en la posición llamada “el bostezo” (ella acostada de espaldas y las piernas encima de los hombros de él) con la punta llegaba a tocar fondo sin que los testículos le rozasen apenas la vulva. Me dejaba sorprendida el cambio que María había experimentado. Lamentaba que aquello le hubiese pillado tan mayor y renegaba de todos los que la educaron tan mal con mentiras, medias verdades y mucha hipocresía. Creo que ya lo dije. Pero no era del butanero, ni de su mentulado falo de lo que quería hablarme una tarde que me había emplazado para contarme un secreto. Me enseñó un cuaderno de tapas duras y floreadas con un minúsculo candado aparentemente forzado o mal cerrado con todo el aspecto de tratarse de un diario. Eran las confidencias, intimidades y secretos de su hija Sonia que fue plasmando a lo largo de una etapa de su vida en aquellas hojas, que ignoro por qué malas o buenas artes habían ido a parar a las manos de su cotilla madre. Discutimos, en algún momento acaloradamente, sobre la autoridad moral que pudiésemos tener, aunque ella evidentemente ya lo había leído, para violar ese secreto de propiedad privada al que nadie nos había dado acceso. Aludió a la potestad genética y al hecho de velar por su hija mientras fuese menor de edad. Pero yo no pintaba nada. Sí que pintaba, era su asesora y por lo tanto, como un médico o un abogado, estando informada de los hechos me obligaba a guardar absoluto silencio

prohibida, sin la autorización expresa de la susodicha, su publicación, citando o no la fuente de procedencia, pero con acceso directo a su contenido íntegro. Bueno... No debo negar que sentía una gran curiosidad. Era evidente que conocía mejor a sus hermanos que a la chica, pero el hecho de que fuese mujer y todavía menor de edad con la juventud que yo había tenido me inducían a indagar en su vida. La letra era muy clara, bella caligrafía y escrita con pluma estilográfica. Sin tachaduras ni manchas y sorprendentemente muy pocas correcciones, generalmente motivadas por alguna falta ortográfica detectada a tiempo o rectificaciones sobre la marcha. En la primera página decía textualmente lo siguiente: “*Este diario pertenece a Sonia y queda prohibida su reproducción total o parcial sin el permiso expreso de su dueña sin indicar (tachado en el original) incluso indicando su procedencia. Y también leerlo.* Resultaba patente la inspiración en los copyrights de esta frase y su encantadora ingenuidad, cuya autora, cuando la escribió, debía sobrepasar los dieciséis añitos en un tiempo mensurado tan solo en minutos. Me emocionó hojear aquel manuscrito lleno de sinceridad aunque, sin el permiso de su autora, caeré en la tentación de reproducir y comentar algunas frases. No dudaría ni un instante en copiarlo totalmente sin quitar una sola coma, porque tenía enjundia suficiente, entidad propia, frescura, fuerza y vigor como para convertirse en una magnífica novela. Abrigaba la posibilidad con su consentimiento, aprobación e inestimable ayuda de llevarla a cabo si antes no decidía hacerlo ella misma. Poseía ignotas cualidades para el relato con un estilo joven y atractivo haciendo que su lectura resultase agradable. Empezaba con un alegato de intenciones y deseos: “*Escribo*

este diario, aunque lo haga de vez en cuando, para que se entere todo el mundo de aquello que me gustaría decir solo a una persona. O a lo mejor tampoco. Depende. Bueno, yo ya me entiendo. A lo mejor hay cosas que no le podría contar ni a mi mejor amiga pero sí a mi novio. O al revés.

Tachado en el original. *O viceversa. Cuando yo me muera no me importa que lo lea el que quiera y si tuviese una nieta la nombraría heredera universal de este documento a partir de ahora mismo. Y para que conste lo firmaré al pie de la página.*

Descartaba a sus padres y hermanos como interlocutores válidos y a la espera de encontrar la persona idónea dejaba constancia de su última voluntad en ese testamento hológrafo. Desde muy pequeña se metía las bragas por la raja (sic) frotándose de arriba abajo, rompiéndolas por delante, con el consiguiente mosqueo por parte de su madre. No recordaba como había empezado pero sí que debía ser muy pequeña. Con su corta edad pero precoz en muchos sentidos, las precisiones en el tiempo resultaban relativas cuando se refería a la niñez o la adolescencia. La sociedad, la etapa que te ha tocado vivir y tu entorno marcarán las épocas de tu vida como compartimentos, a veces estancos, que a todos nos gustaría reclasificar, si fuese posible, con otro orden. Tenía muy confuso el inicio consciente de su sexualidad, pensaba que se trataba de un momento concreto, exacto y procuraba hacer memoria llegando a la conclusión de que su recuerdo más lúcido se remontaba a la primera vez que su amiga Silvia y ella durmieron juntas. Resultaba difícil establecer una cronología porque no ponía fechas, simplemente decía “*esta mañana*”, “*hoy*”, “*ayer*” incluso al referirse a esa noche se preguntaba su edad poniendo un doce entre interrogantes. Luego añadía:

Nos pusimos a saltar en la cama dándonos almohadonazos sin parar de reír. Nos serenamos y nos dimos un beso en la boca. Lo habíamos visto hacer muchas veces pero a nosotras siempre nos besaban en las mejillas. O en la frente que es peor. No nos gustó eso de meterse la lengua. Daba cosa. La hermana de Silvia se lo había contado que lo hacía con su novio. Lo que sí nos gustó fue acariciarnos y amamantarnos los pechos. Silvia los tenía más grandes que yo pero decía que los míos eran más bonitos. Entonces no nos chupamos ahí abajo, donde yo ganaba a mi amiga porque me habían salido más pelitos. Se los enseñé y creo que le dio un poco de envidia. Para que no se sintiese mal le dije que tenía un culo muy sexual. Creo que debí decir sensual. Tener una hermana mayor resultaba ventajoso a la hora de ir descubriendo facetas con el mayor número posible de detalles. Habían accedido a ciertas publicaciones porno y los enormes cacharros de sus protagonistas les produjo tal estupor que dudaron, como nos ocurrió a muchas otras, ser aptas físicamente para tamañas penetraciones. Nadie les había explicado que no todos los hombres son iguales, en el largo y ancho sentido de la palabra, ni tampoco todas las mujeres. Ocasionalmente siguieron durmiendo juntas, indistintamente en una u otra casa, dependiendo de las ocasiones más propicias que lo determinaban. “Cuando le ví el chochito a Silvia y yo le enseñé el mío creímos que teníamos algún defecto físico al no apreciar el más mínimo orificio por donde debían entrar nuestros maridos. No nos planteábamos que lo pudiesen hacer, ni remotamente, nuestros respectivos novios. Le dije que hiciese pis para poder observar por donde salía y aún fue mayor mi decepción. A ella le ocurrió lo mismo. Sus preocupaciones

quedaron disipadas al revelarles su hermana que aquello se hacía grande. Se trataba de introducirse objetos cada vez con un diámetro ligeramente mayor. Primero el tampón más pequeño y luego aquellos que vayan dando la medida adecuada con el fin de llegar al tálamo nupcial perfectamente agujereada: mango del cepillo del pelo, zanahorias, pepinos, plátanos, botellas de cuello largo o esa manita minúscula de caucho con un rabo muy largo que se utiliza para rascarse la espalda allí donde no alcanzas con tus dedos, aplicándotela en el mismísimo clítoris como inestimable ayuda para alcanzar el orgasmo cuando tienes uno o los dos orificios ocupados. Después de esta experiencia escribía: *Una compañera del cole nos había dicho que si estabas mucho tiempo sin hacerlo, o sin meterte cosas, terminaba cerrándose y luego era mucho peor. Lo malo de todo esto es que nos lo creíamos. Me daba igual después de comprobar que era una chica normal, me crecían los pechos, me salían pelitos en el pubis y como no había ido todavía con ningún chico seguía siendo virgen. Yo no iba a hacer como la imbécil de la Ferrero que a los 16 años perdió el virgo con una (mierda) asco de tío como el Grifo. Con Silvia lo pasaba muy bien sobre todo cuando descubrimos los orgasmos. Debo cuidar el lenguaje, por eso quito lo de que es una mierda pero dejo lo de imbécil. A partir de este punto sus anotaciones son periódicas a veces relatando cualquiera de sus acontecimientos cotidianos o simplemente dando rienda suelta a su imaginación, elucubrando o filosofando. “Hoy he visto a Javi pelándose, (los chicos dicen haciéndose una paja) no es que le espiara, bueno sí, se supone que en un diario íntimo no se debe mentir, sería como engañarme a mí misma, creía que estaba solo en casa y al oír los jadeos me*

asomé a su habitación y estaba desnudo encima de la cama con una revista de mujeres desnudas en la mano y con la otra dale que te pego. La pilila de Javi no es muy grande, creo que si no fuese mi hermano me gustaría jugar con élla. Bueno, quiero decir follar. Mientras le miraba metí la mano entre mis bragas y comencé a masturbarme pero me fui de prisa al lavabo con una de las fotos de Julio Iglesias y me corrí. Luego me pasé la foto por mi coñito como si me lo besase. La tuve que tirar porque se manchó, menos mal que tengo muchas. Descubrió el consolador que yo le había regalado a su madre y lo utilizó alguna vez por detrás acariciándose simultáneamente el clítoris. Le encantó y puso en antecedentes a su íntima amiga diciéndole que había experimentado una “embriagadora sensación” así entrecomilladas las dos palabras extraídas de algún relato erótico. Confiesa masturbarse varias veces al día asumiendo que se trata de algo tan natural como el hacer pis (sic) o defecar recurriendo a sus fantasías o simplemente escuchando a su cantante favorito por no decir exclusivo. Sí, pero nada comparable a una felación en toda regla decía Silvia. Aquí su amiga se le había adelantado, o al menos eso era de lo que presumía, pudiendo tratarse de un farol al no darle ninguna explicación convincente. Recurrió a lo de “embriagadora sensación” pero eso ya lo había dicho ella antes. Una cosa así no podía despacharse con dos palabras, harían falta muchas más para poder describir una acción de tan amplia repercusión y un uso tan extendido. Tampoco le quiso decir a quien, argumentando que era un “secreto íntimo”. Demasiado enigmática con su mejor amiga para que existiese el menor atisbo de veracidad. En definitiva, no se lo creyó pero por si acaso elaboró un plan con su compañero de

pupitre Rodríguez. En realidad se llamaba Gutiérrez, aclara en sus notas, pero cuando llegó al colegio los compañeros se lo cambiaron porque ya había otro con ese mismo nombre. El chico, por lo visto no era muy agraciado, en lugar de ojos tenía dos guiones (sic) y las chicas no andaban por sus huesos. ¿Lo hizo por garantizarse la jugada? ¿Temía no poder ligarse a cualquier otro? No lo podemos saber porque evita su descripción aunque sí resalta otros valores: inteligente, buen compañero, buen camarada, buen colega... Le fallaron las primeras tentativas en el mismo colegio donde siempre aparecía alguien que estorbaba. ¿En tu casa o en la mía? Se trataba de resolver unos problemas de matemáticas y decidieron ir una tarde al domicilio de su compañero donde no les molestaría nadie. Sin el menor preámbulo, de sopetón, le preguntó si le habían chupado alguna vez el pene (sic). Siempre hay una primera vez, se ve que dijo ella un tanto sentenciosa aunque sin aplicarse el cuento. Dicho y hecho, le ayudó a bajarse los pantalones y le hizo sentar en el sofá, se arrodilló y se metió en la boca aquel órgano circuncidado que se había puesto erecto en cuestión de segundos. Solamente lo había visto en revistas y a su madre con el repartidor del gas embotellado pero nadie le había explicado que es lo que en realidad debía hacer. Se puso tan caliente mientras lo chupaba con agrado, como hacemos con los polos oyó decir a una compañera, relamiéndolos y succionándolos, que se introdujo la mano dentro de las bragas. Seguía rompiéndolas como cuando era pequeña, y se corrió antes que Dani. No me pasó desapercibido el matiz de llamarle por su nombre si hasta ese momento lo había hecho por el falso apellido y me hizo mucha gracia el final: “ *Nota: hacerle pedorreta a Silvia que*

no tiene ni puta (tachado en el original) puñetera idea de lo que es una mamada. Además el semen está más bueno que la Coca.Cola. Hubo un pique entre las chicas de su clase en la semana que por las noches lucía la luna llena. Los chicos aprovechaban la menor circunstancia para mirar las bragas y los escotes de las más provocativas. Sonia empezó a preocuparse en la elección de su ropa interior procurando que cada vez fuesen más llamativas ya que María no le permitía elegir tangas ni de otro tejido que no fuese algodón. Antes de entrar en clase se pasaba el bolígrafo separando sus labios mayores para que la tela se le introdujese marcándolos perfectamente con el grosor y la hinchazón de los bucales. Lo había visto en una revista y le pareció tan sexy que a pesar de la incomodidad lo tomó como costumbre. Luego era cuestión de sentarse en el borde de la silla y abrir mucho las piernas con la minifalda o la de tubo que se enrollaba hacia arriba. “Lo noto cuando empiezan a recoger del suelo lápices, bolígrafos, hojas de papel y se les abulta la bragueta. Solo de pensar que les estoy excitando me pongo muy cachonda y a veces tengo que bajar la mano y acariciarme. Es un peligro porque una vez fingí un desmayo cuando en realidad lo que tuve fue un orgasmo. Me masturbo muchas veces pensando con el profesor de Física, y aquel día al estar en la primera fila y percatarse de que no llevaba bragas, la primera y única vez que me las había quitado en los lavabos antes de entrar en clase, empezó a tartamudear, a decir cosas incoherentes y ya no pude apartar la mirada de su entrepierna. Ayer me llevó en su coche. Estaba nerviosa pero muy contenta aunque no tenía demasiado tema de conversación. Luego me animé al observar que a él le ocurría lo mismo. Me preguntó si

todavía era virgen y yo le contesté que eso quedaba ya lejos. No quería que pensase que era una estrecha calentapollas. Llegamos a un río y paró debajo de unos árboles. Entonces me besó en la boca y metió su lengua hasta mi garganta pero esta vez sí que me gustó. Tenía frío y calor y me entraron ganas de hacer pis. Junto a unos matorrales procurando no esconderme demasiado para que pudiese verme me subí las faldas y me agaché después de quitarme las bragas. No sabía dónde meterme y las guardé dentro del escote en medio de los dos pechos. Cuando me los chupaba cayeron al suelo del coche y al día siguiente las descubrió su mujer que le armó una bronca de padre y muy señor mío. Me senté con las piernas abiertas encima de sus rodillas y me penetró profundamente. Puede parecer ridículo pero hubo un momento en que pensé como se lo iba a contar a mi amiga Silvia. Me llenó el cuello de chupetones que me dejaron marcas por todas partes y durante más de una semana tuve que llevar un pañuelo para disimular las señales. Noté como un caldo ardiendo me inundaba las entrañas cuando se corrió y mis jugos empapándome todo lo de ahí abajo. Cuando me he relajado he pensado que algún día podía ser realidad y me he chupado el dedo pringoso saboreando el manjar como si fuese la eyaculación del profesor en mi boca. Disfruto con las fantasías de mi profesor igual que con las de Julio. Un día fantasearé con los dos juntos. Será guay. Se fumaba algún canuto y bebía sólo de vez en cuando porque no le sentaba bien. Se mareaba y le daba la vomitera. Hacía de canguro para ganarse una pasta y leía novelas lo más picantes posible. “Las tetas me dolían. Siempre sucedía lo mismo cuando reclamaban atención. Después de un largo besuqueo, Jeff me levantó el

jersey y me ayudó a quitármelo. Se abalanzó entonces sobre mis tetas, deslizando las manos por debajo del sujetador de raso y apretándome delicadamente los pezones entre los dedos. Una descarga eléctrica recorrió mi cuerpo, desde las tetas hasta el coño. Me aparté un poco para quitarle la camiseta. Quedé más que complacida por la espesa mata de pelo que lucía su pecho. Esto puso a Jeff todavía más caliente y disparó sus labios en busca de mis pezones. Mi coño rezumaba flujos e intenté calmarlo restregándolo contra las piernas de Jeff. Al cabo de unos minutos, nos quedamos los dos en pelota viva. Cuando le quité los calzoncillos, mis labios lanzaron un grito de admiración por el enorme instrumento que iba a tener el placer de tocar. Además, ya lo tenía a punto para solfear. Antes de que pudiera sacarle una nota a aquel clarinete, Jeff me empujó con suavidad para tenderme sobre el suelo, me abrió de piernas y se puso a comerme el chumino con deleite. Mis carnes se tensaron; su lengua era incansable y me provocó un orgasmo que no era de este mundo. Mis caderas se agitaban en el aire con cada una de las contracciones interminables de la vagina.” Cuando terminé de leer en voz alta este trozo de novela a mi amiga Silvia, sentadas encima de la cama, nos desnudamos, metí la lengua en su coñito y ella en el mío, saboreando su flujo que sabía un poco a delicioso Cola-Cao. No era como el de Dani, algo salado, pero muy sugestivo, caliente, excitante y con olor a manzana verde. Nos gustó tanto que volveremos a repetirlo en cuanto podamos. Parece que cuanto más froto mi botoncito más me gusta y deseo volver a hacerlo. Me masturbo una o dos veces al día y los domingos, sábados y festivos hasta cuatro o cinco. Doy rienda suelta a mis fantasías y el orgasmo me

llega muy pronto. Otras veces no son fantasías sino realidades que también me ponen muy cachonda. Mi compa Felipe, que en cierta ocasión nos dimos un morreo en la Biblioteca y me hizo una paja, me susurró al oído cuando estábamos dentro de clase que le regalase mis bragas para tenerlas como un recuerdo toda la vida. Insistió durante algunos días diciéndome que se masturbaría con ellas y formaría parte de todos y cada uno de sus sueños eróticos. Le dije que era un guarro y lo despedí con cajas destempladas aunque sentí en el bajo vientre un calor que me hizo juntar las piernas con fuerza para poder seguir caminando. Me fui directamente a mi casa y en el ascensor me corrí. Compré una caja de cartón y la llené de flores secas perfumadas donde introduje un tanga finísimo de mi madre que saqué de dentro de la lavadora con un olor penetrante. La envolví cuidadosamente después de haber introducido una nota que decía: “Por el buen rato que una vez me hiciste pasar”. Desde lejos Felipe no hacía más que aspirar por la nariz con la boca cerrada en un gesto de excesiva fragancia, apoyando su mensaje juntando el índice con el pulgar formando un cero y el resto de los dedos extendidos en inequívoca señal magnificente, cada vez que se percibía de su presencia. María se quedó de piedra cuando leyó que despertaba a su hija cuando follaba por las noches por el escándalo que producía últimamente. “Mi madre cuando se corre grita como una loca y muchas veces me despierta teniendo que masturbarme para poder coger de nuevo el sueño. Las dos amigas, probablemente después de alguno de sus encuentros sáficos, pactaron echarse un novio cada una para después intercambiárselo. Eso les gusta mucho a los chicos, decía. Y luego que los dos hagan un sesenta y

nueve para nosotras, mientras los estamos mirando o les metemos un consolador por el culo. Experimentaba cierto regusto pensando que un hombre fuese penetrado como ella porque eso hacía iguales a los dos sexos. Una de sus últimas fantasías la ubicaba en una discoteca donde actuaba como go-gó moviendo el cuerpo serpentinemente y contundentes golpes de efecto con la pelvis en clara referencia al movimiento brusco de una fuerte penetración en supuesta copulación virtual. El público, totalmente masculino, gritaba su nombre reiteradamente: ¡So-nia!, ¡So-nia!, ¡So-nia!. Permanecía en su tarima sin parar de contonearse como una monitora de aeróbic haciendo que todos se desnudasen a medida que ella se desprendía de su poca ropa y sin que dejase de sonar la música o lo que fuese. Hasta aquí siempre era lo mismo y solamente a partir de este momento era cuando sufría variaciones su fantasía dependiendo del estado de ánimo aquel día. Emulando a Mesalina, la mujer del emperador Claudio, que en una sola sesión se cepilló a más de cincuenta individuos ganándole la apuesta a una prostituta romana, se abría de piernas en el estrado y uno a uno iban entrando todos los asistentes debidamente empalmados hasta que el calambre del miembro les hacía regurgitar y salían sin demora para dar paso al siguiente. El acto onanista resultaba del todo imprescindible para que no se llenase la vasija en la primera embestida. Otro día se trataba de Cleopatra, la llamada Merichane en griego que además de yacer con varios mandamases antiguos y bañarse con leche de burra como de todos es sabido, en una noche se la chupó a más de cien legionarios. Aquí el desenlace era una piscina rebosante de cuajada procedente no del animal solípedo sino de homo sapiens salido. El último desenlace se trataba de un

tembleque generalizado, incluida la música, al llegar al clímax todos a la vez guiados por su propia masturbación y los fuertes gemidos que profería con el micrófono. La pista de baile pasaba a ser de patinaje sobre una capa de requesón resbaladizo o el moco segregado por una glándula pituitaria gigante. Siempre volvía a la realidad, recorrida satisfactoriamente, como las sevillanas en su Feria de Abril si después de visitar el coso taurino todas las tardes eran además consideradas plenamente esas mismas noches. Llegó el día aplazado para colocar el cuadro y me preparé para recibir adecuadamente a Andrés, después de comer, en la hora de siesta. Me coloqué un sucinto picardías transparente de color rojo, precioso, cuyas braguitas cubrían delicadamente mis partes íntimas, pudiendo apreciarse en todo su esplendor mi pubis depilado, en aquella ocasión, a flequillo. Medias negras y liguero rojo y negro a la cintura. Con el pulverizador me perfumé detrás de las orejas, debajo de los senos, en el Monte de Venus, en las ingles y en los sobacos rasurados. Me maquillé la cara, me puse rimel en los ojos y me pinté los labios de rouge pincelando perfectamente el contorno con un rojo más oscuro. Quedé agradablemente sorprendida cuando vi aparecer a los dos hermanos juntos con la caja de herramientas. ¿Les había dado vergüenza venir de uno en uno? ¿Simple casualidad? ¿Un hermano le había pedido al otro que le acompañase para sentirse más seguro? Pronto se les pusieron los ojos saltones al verme con tan excitante atuendo y aprecié un ligero abultamiento de sus braguetas. Andrés hizo el agujero con el taladro subido en la escalera de tijera que sujetábamos por ambos lados Javi y yo. Solícita me encaramé en lo alto para colocar el taco mientras mis dos vecinos miraban de reojo prudentemente

hacia arriba observando aquellas maravillosas vistas a las que tan poco acostumbrados estaban. Me agaché sin bajar ningún peldaño haciendo que mis pechos colgasen en el vacío campando a sus anchas con un ligero movimiento bamboleante para que me diesen un nuevo taco al perder el que llevaba. Bajé una vez colgado el cuadro de la alcayata y les besé a los dos suavemente en la boca para darles las gracias. Estaban indecisos sin saber muy bien que hacer y dejándose guiar por aquello que yo les iba diciendo. Me recordaban al Dustin Hoffman de El Graduado en la escena de la película cuando se quedaba encandilado mirándole las piernas a la señora Robinson, (Anne Bancroff) madre de su novia, que se estaba calzando unas medias negras. No era la primera vez que me ocurría esto. Le bajé los pantalones a Javi y le dije a Andrés que hiciese lo mismo con los suyos. Lo llevé al cuarto de baño y con delicadeza le saqué el pene turgente, lo apoyé en el lavabo mientras lo descapullaba y comencé una concienzuda ablución del miembro como si se tratase de un ritual purificador pero que no era ni tan siquiera una mera medida higiénica. Pretendía simplemente darles una lección práctica de aquello que debían hacer siempre y con mayor escrupulosidad cuando fuesen con una mujer. Detrás del bálano se les había acumulado cierta cantidad de esmegma maloliente y espeso, residuos de pasadas poluciones que nadie les había enseñado a eliminar. Repetí la misma acción con Andrés y luego se quedaron desnudos completamente. Incluso debían quitarse los calcetines. ¡Qué horror! Debo aclarar que yo iba dentro de mi casa dando taconazos con mis zapatos de diez centímetros de altura. Me quité las braguitas, me senté en el bidet al revés, es decir, con la espalda dando a la pared y uno a cada lado me fueron

lavando el coño con mucha torpeza, cierto temor o incertidumbre, pero con enorme delicadeza. La cama fue el siguiente paso. Nos tumbamos los tres y los enchufé a cada uno en un pezón. Les acariciaba la cabeza para que no se embalsasen, diciéndoles: ¿Verdad que no tenéis ninguna prisa? Mamaban como niños que eran, lo que les daba un mayor encanto y a mí me trasladaban a los cielos. Tuve que hacer un esfuerzo para separar a Javi y hacer que se bajase a la entrepierna. Me abrí los labios con los dedos y me lamió de arriba abajo. Levanté las piernas para que tuviese acceso al ano y lo acariciase con su lengua, luego hasta arriba del todo, descapullé mi pequeño pene y le dije que lo succionase, que lo chupase con fuerza como si me lo fuese a arrancar de cuajo. Creí que si alcanzaba un orgasmo les haría sentirse bien, algo más sosegados, menos impulsivos y serenos para poder aprender mejor la lección. Me corrí y mis calambres les hizo poner tensos durante unos segundos para continuar los lengüeteos y los chupetones con mayor ímpetu por mis continuas súplicas: ¡No paréis!, ¡No paréis! ¡Sigue!, Sigue!, ¡Más, más... de prisa! Los dos tenían sus miembros a punto de reventar. Me arrodillé en la cama delante de ellos y comencé una fallatio alternativa, iba de uno al otro, parando en seco cuando notaba que les llegaba el orgasmo. Gritaban desesperados. ¿Habéis traído los preservativos? No sabían de qué les estaba hablando. Formaba también parte de la lección. Saqué dos de la mesita de noche y les hice que se lo pusiesen el uno al otro bajo mis indicaciones y control. Unté mis dedos en un tarro de crema para la cara y me lo restregué por el esfínter, puse el culo en pompa metiéndome la polla de Andrés que estaba boca arriba para que Javi lo pudiese hacer por detrás. Los dos se corrieron enseguida. El tiempo

justo de entrar y regurgitar al primer vaivén. Me sentí recompensada cuando al salir, los dos me besaron en la boca y me dieron las gracias. Te queremos. Y yo a vosotros. Como ya dije anteriormente, ahora Andrés trabaja en mi estudio y nunca ninguno de los dos hemos hecho referencia a aquellos acontecimientos que pasaron a formar parte de nuestro peculio personal. Muchas veces baja la cabeza desviando su mirada cuando me percato de que me observa lascivo, entonces le acaricio el rostro, le beso en la frente, le abrazo presionando mis pechos sobre su cuerpo o las tres cosas a la vez. Hice mi primera exposición en Madrid provocando cierto revuelo con algunas fotografías especialmente seleccionadas para que causasen impacto. Una era un contraluz rabioso de un miembro orinando formando un arco reluciente. Otra una rubia de ingenua expresión con un enorme falo junto a su mejilla en el momento de la expulsión de una carga seminal. La cámara detrás de un grueso cristal que soporta un cuerpo femenino sentado, en un encuadre insólito, enfocando nítidamente la vulva distorsionada, en tamaño treinta por cuarenta ocupando sola el espacio de una pared blanca. Etc... Así hasta cuarenta fotos. En la prensa del siguiente día hubo para todos los gustos: desde pornografía pura y dura, inmundicias y groserías del peor gusto, hasta el “nos congratulamos que alguien se quite la máscara de la hipocresía y muestre lo que siempre habíamos deseado ver. Ha sido una joven artista la que ha plasmado con su objetivo algunas fantasías que nunca nos atrevimos hacer realidad”. El día de la inauguración regresé al hotel bastante avanzada la noche y cuando crucé el inmenso hall en dirección a los ascensores un grupo de “trabajadoras del sexo” dialogaban entre ellas sin descuidar

el horizonte, como en cualquiera de las modalidades cinegéticas, a la espera de la aparición del eventual cliente. Allí todo era muy grande: las salas para las convenciones, los restaurantes, los lavabos, los pasillos interminables que a esas horas permanecían en penumbra, iluminados solamente con lámparas de bajo consumo. Me pareció oír pasos detrás de mí, confirmados cuando en un susurro escuché repetidas veces: “Oiga, por favor”, “Oiga, por favor”. Una joven de voz dulce y vestida con cierta corrección buscaba la habitación mil cuatrocientas cuarenta y seis, que según ella no existía. Esta última afirmación me hizo desconfiar adoptando una actitud precavida, mirando a ambos lados del pasillo, esperando cualquier sorpresa. Dio la coincidencia que mi habitación era la mil cuatrocientas cuarenta y cinco lo que la situaba precisamente al lado y la comprobación iba a ser muy fácil. Unos metros antes ya había llegado a la conclusión de que en un ala del edificio se encontraban los números pares y en la otra los impares, pero no se lo dije. Una maléfica idea cruzó mi mente mientras constatábamos que la habitación que lindaba con la mía era la mil cuatrocientos cuarenta y siete y no la seis como un orden correlativo hacía suponer. Le mentí todo lo hipócritamente que pude: lo más probable es que el amigo que según ella le estaba esperando le hubiese dado el número equivocado. Fuimos juntas hasta el ascensor, llevaba más de media hora dando vueltas por la planta, dijo, y en cuanto desapareció me orienté en la dirección contraria donde se hallaban efectivamente los números pares, en busca del mil cuatrocientos cuarenta y seis. Llamé con los nudillos y al momento se entreabrió la puerta asomando la cabeza un apuesto joven. ¿Por qué has tardado tanto? Fue su inmediato

saludo agarrándome por el brazo e introduciéndome en la habitación. Le respondí “Buenas noches” y noté su desconcierto ante la falta de educación respondiendo instantáneamente con otro “Buenas noches”. Me he perdido por esos largos pasillos, ten en cuenta que no hay luz y apenas se ve. Estaba completamente desnudo y yo con toda mi ropa lo que, aunque parezca absurdo, me hacía dominar la situación. Pero tenía un problema, ¡más de uno diría yo!, y era que de un momento a otro pudiese aparecer mi joven amiga prostituta y descubriese que le había chafado el negocio. Sonó el teléfono y oí como contestaba que no se preocupase que ya estaba todo claro, que se olvidase. Parece ser que también él había llamado reiteradas veces a la recepción del hotel reclamando aquel servicio que no llegaba. Me miró de arriba abajo percibiendo como un gesto de aprobación, lo que aproveché, sin inmutarme lo más mínimo, para dar una vuelta a su alrededor y musitar: No está mal. Se quedó perplejo sin dar crédito a sus ojos y oídos, cuando añadí mientras me iba desvistiendo con falsa languidez: Al final y a la vista de los resultados habrá que dilucidar quien paga a quien. Temía, como así ocurrió, que me preguntase las tarifas por servicios especiales, aquellos considerados extras que según los prejuicios de cada trabajadora quedaban estipulados ateniéndonos también a las fluctuaciones en una economía de libre mercado, en función del cliente. ¿Cuánto debo pagarte si me homenajeas con un cunnilingus? Pon tú el precio. Entiendo que en justicia debería ser igual a una felación. Solo me quedaba por quitar las medias, el liguero y el tanga. Estaba tan confuso que su órgano había entrado en la fase de disfunción eréctil y viéndose su hombría mermada intentaba taparse el sexo con

las manos. Yo por el contrario me encontraba muy entera después de un largo día donde los únicos fluidos que había intercambiado, fueron robados en un pasillo del hotel donde se inauguraba la exposición con una morena pseudomodelo, actriz, locutora de televisión, senadora y en sus ratos libres meretriz de altos vuelos, es decir, la que no cobra en moneda de curso legal sino en prebendas, que me apalancó en un rincón y hundió su lengua en mi garganta para luego pedirme que un día debía hacerle una foto en una playa a la salida del sol follando con su Odin, un pastor alemán de cuarenta kilos de peso. Me temblaban las piernas cuando amaneció y mi compañero que acabó en los brazos de Morfeo completamente exhausto, seguía durmiendo mientras yo me iba vistiendo. Me escocía la vulva de tanto manoseo, penetraciones, lamidas, succiones y tenía los pezones ensangrentados. El no había salido mejor parado con el cuello lleno de moratones de tanto chupeteo, le rajé el frenillo del pene y lo pusimos todo perdido de sangre pero no se amedrantó e insistió a lo largo de toda la noche en que no la dejase menguar ni un momento. Con profundas ojeras abandoné la habitación sigilosamente, con las medias, el sujetador, las bragas y el liguero en la mano, después de escribirle una nota que decía: “Aunque te gané por KO, mereces la revancha. Vendré a buscarte, exactamente dentro de un mes, a la misma hora y en esta misma habitación”. Caí como un fardo pesado encima de la cama y me desperté en la misma posición a media tarde. ¿Era plenamente consciente en aquel momento de lo que escribía? ¿Tenía verdadera intención de acudir a la cita que yo misma proponía? ¿Por qué? Le di muchas vueltas durante los días que siguieron y encontré muchas razones que no me convencían. No quería

admitir que me había gustado mucho hasta el extremo de buscar una continuidad con esa fórmula de la cita concreta pero con la inseguridad, aún en el supuesto de que él pensase igual, de acudir al mismo lugar intentando repetir la aventura. Nada sabíamos el uno del otro. Durante los cortos espacios muertos que tuvimos, los dos eludimos hacernos preguntas, ni tan siquiera nuestros nombres, verdaderos o falsos, utilizando palabras como “cariño”, “amor”, “cielo”, cuando nos dirigíamos el uno al otro. ¿Estaba casado? ¿Tenía hijos? ¿A que se dedicaba? ¿Qué hacía aquella noche en Madrid tan solo, que tuvo que solicitar compañía femenina? Era culto, educado y una edad parecida a la mía. El hecho de no querer saber nada de él fue premeditado por mi parte así como el no aclararle la usurpación de personalidad. Supongo que por la suya también evitando cualquier pregunta que pudiese acabar siendo el inicio de alguna atadura con la respuesta. Solo había sido una aventura que desde el primer momento deseé que se repitiera. ¿También él? Lo sabría al cabo de un mes. ¿Pensaba ir? No valía la pena ya que lo más probable es que no fuésemos ninguno de los dos. Yo sí quería o mejor dicho, deseaba que él lo quisiese. En el mejor de los casos, si acudía a la cita, descolgaría el teléfono y solicitaría los servicios de la lumia de guardia. ¿Por qué debía esperarme a mí? ¿Qué garantías le había dado para que estuviese seguro de que acudiría? Entonces no lo quise reconocer pero los días se me hicieron larguísimos. Deseaba volver a verle y cuando iba por la calle miraba a todos los hombres esperando que alguno de ellos fuese él. No sabía donde vivía, a que se dedicaba, ni como se llamaba lo que aumentaba mi ansiedad mirando constantemente el reloj como si las horas fuesen las jornadas del calendario.

Recordaba los enormes cuadros del hotel con grandes manchas de negro, rojo y blanco que tan bien sabía mezclar el pintor aragonés Viola como las fotos que yo hacía disparando moviendo el zoom produciendo un barrido con la sensación de movimiento. El artista de voz aguardentosa y atabacada hacía los pedidos al droguero de su barrio por botes de veinte kilos, como los pintores de brocha gorda, y las escobillas por docenas para rellenar tantos metros cuadrados de lienzo. Precisamente una de las fotos más impactantes de aquella exposición fue la que le hice a Bea meando debajo de una farola en el Barrio Gótico de Barcelona vestida únicamente con un impermeable negro opaco y en cuclillas. Me ayudé con un foco indirecto y la luz del propio farol para que el ratio diafragma y velocidad me fuese favorable con el desplazamiento simultáneo del zoom. Clic-clic. Me busqué una excusa para mi misma que justificase mi presencia el día señalado en Madrid, la presentación de un libro, aunque luego no fui para no tener que encontrarme con ningún conocido. Me registré en el hotel mirando de reojo a mi alrededor evitando ser sorprendida y me asignaron una habitación en otra planta más abajo de la mil cuatrocientas cuarenta y seis. Me di un baño con sales aromáticas que me dejaron traspuesta y luego me rasuré con una maquinilla Lady System, los sobacos, las piernas y el sexo con su monte de Venus incluido aunque solamente era un pequeño flequillo en forma de triángulo equilátero encima mismo de la raja. Además de la ropa quería llevar algo diferente. Cambié el peinado, me había dejado melena larga y lisa en un tono profundamente negro, me pinté las uñas de los pies y de las manos, maticé el oscuro de las aréolas con los pezones sonrosados, los labios

rojos y crema hidratante por todo el cuerpo. Había estado tentada de ponerme en la vulva un gel retardante pero lo desestimé por el sabor amargo que suelen tener casi todos. En muchas ocasiones he utilizado el hielo y jamás me defraudó. Mi compañero tampoco fumaba y apenas bebía, como yo, lo que nos había permitido disfrutar del sexo a tope sin tener que recurrir a los afrodisíacos en una noche de amor sin preservativos, pero fui preparada y perfectamente dosificada con la píldora. Siempre los llevaba encima pero aquella noche tampoco quería utilizarlos. Metí en la maleta mi “Turbovibrador” de dos cabezas para la estimulación vaginal y clitoriana, de potente motor con un reóstato que permite aumentar o disminuir la velocidad a tu antojo. También el “Enano Saltarín” un minivibrador, 8,3 X 3 cm, fabricado en gelatina rosada de una textura sorprendente y potencia de gigante, de fácil penetración anal y un deleite verdaderamente escalofriante. El sostén sin cazoletas, con unas tiras negras alrededor de los pechos y un tanga en forma de concha de molusco de una sola valva cubriendo apenas mis abultados labios. Encima un picardías transparente rojo. Acudiría a la cita con un fino vestido muy escotado, que cuando me agacho sin las bragas se me adapta al cuerpo marcándome la raja del culo. Nada más debajo, en el cuarto de baño me lo quitaría y me vestiría con la ropa interior que llevaría en una bolsa, llegado el momento. Una duda me cruzó por la mente: ¿Habría venido? En el peor de los casos un “Vd. perdone, me he equivocado” y la ciudad es para mí. ¡Madrid la nuit! Intentaba tener respuestas para todas mis preguntas: ¿Y si acudía a la cita? Entonces, ¡ahhhh...! Solamente pensarlo me produjo un escalofrío y un ligero calambre entre los muslos. No pude esperar más,

faltaba una hora aproximadamente pero mi impaciencia iba en aumento. Debía dar un aspecto de serenidad, tranquilidad y hasta puede que algo de indiferencia. Como otras veces lo había hecho con tan buenos resultados. O no. Transcurrió un mes de espera, con dos aventuras esporádicas intentando desplazar esta idea sin conseguirlo y un comportamiento inusual por mi parte con los amantes de este intervalo. A uno lo envié con su mamá por querer follarme sin condón, yo llevaba en el bolso como siempre y no lo saqué, y el otro se puso encendido magreándome los pechos, tiró del hilo extrayéndome el Tampax poniéndolo todo perdido con la obcecación de embestirme a toda costa, caiga quien caiga, sin haber terminado todavía con la regla. Cogí tal cabreo que se me quitaron las ganas de aliviarle agitándole el manubrio por lo que encima tuve que oírme repetidas veces aquello de “calientapollas” y “estrecha”. Lo envié a “gambar loros” que ignoro su significado pero mi madre lo repetía cuando menospreciaba a alguien. No podía evitar las comparaciones de unos con otro, donde no había lugar a dudas, ni color, ni nada que se le pareciese remotamente. Opté por soñar despierta imaginando a mi hombre volando entre las nubes blancas montado en un cisne gigante como un Príncipe Azul encantado. No me lo podía creer que a estas alturas con mi escasa o nula afición a las cosas regias me pusiese cachonda pensando en la aristocracia aunque fuese de fábula. Nunca digas de esta agua no beberé ni este cura no es mi padre. Debían ser reminiscencias de los arcángeles, querubines, serafines, todos esos especímenes alados de sexualidad confusa que en una época de mi vida me acompañaron en mis ensoñaciones y que eran miembros de esa corte celestial de un Reino donde habían proclamado al jefe, Rey de Reyes.

Probablemente mi Príncipe debería estar ubicado en la presente época y sería con total seguridad miembro de la Obra. Tal vez numerario o Agregado. Ambos deberían ser solteros aunque los primeros plenamente disponibles viven en centros ad hoc. Los segundos pasan a Supernumerarios cuando se casan. El Opus ha llegado a ser el pólipo de Dios, según definición de algunas altas jerarquías eclesiásticas de la cuerda masónica o gay, por su desaforado expansionismo como premio al grandioso trabajo realizado de sacar de la UVI las finanzas vaticanas con una pasta gansa, dinero contante y sonante, ingresada de muerte con las heridas causadas por el arzobispo Marcinkus, el Banquero de Dios, y sus amigos accionistas mafiosos. La premura inusitada en elevar a los altares al Padre José María, Julián, Mariano Escrivá de Balaguer y Albás, Marqués de Peralta y fundador de la Obra forma parte del lote con que han sido agraciados en esa desvengonzada tómbola. Pero por más que lo intentaba no conseguía que mi Príncipe se aproximase al prototipo del ejecutivo que ofrece su trabajo cotidiano al cielo santificando todas sus operaciones de bolsa. Una penetración de un miembro de la Obra sería como si te follasen dos veces al mismo tiempo. O una penetración doble que tanto valdría. Pero mi Príncipe sería de los antiguos con uniforme y charreteras de oro, espada enfundada en su vaina uncida a la cintura y escarapela en el sombrero. Hablaría con mucha prosopopeya: “Permítame mi señora que de hinojos aproxime mis labios a los suyos de la entropierna y de este modo poder libar la miel de su colmena.” Procurando estar a su altura: “Permiso concedido para que vucencia penetre en mi recinto sagrado con sus belfos o cualquiera otra de sus partes pudendas o cartílago

aplicado al efecto”. Más que un Hospodar parecería un Príncipe de pacotilla extraído de un Don Quijote apócrifo. Con este ridículo juego me excitaba y conseguía clamorosos orgasmos masturbándome sin apartar su cara de mi mente. No quise coger el ascensor y subí andando por las escaleras respirando en profundidad con el fin de mantener la calma, llegué a la puerta y llamé con los nudillos, como la otra vez, dándome cuenta que en las habitaciones de los hoteles no hay timbres que apretar. Se abrió y una voz pastosa me increpó: ¿Qué quiere a estas horas?. “Vd. perdone, me he equivocado.” Portazo y un escalofrío me recorrió el espinazo de arriba abajo. Me quedé sin una sola gota de sangre en el cuerpo, confundida y terriblemente afectada por mi estúpida ingenuidad. Era de esperar. Si hubiese mantenido el corazón caliente pero la mente fría no hubiese llegado hasta el punto de creer que mi amante ocasional debía tener las mismas ansias por verme que yo a él. ¿Tal vez no haya podido venir? No aceptaba mi planteamiento erróneo como respuesta. Por una sola vez debí admitir la posibilidad de que no acudiese a la cita por los motivos que fuesen. ¿Y si tuvo un accidente? Los guionistas utilizan esta salida muy a menudo como recurso en sus películas pero a mí no me valía. Nunca le vería más. No sabía como se llamaba, donde vivía, a qué se dedicaba... Siempre me quedaba la opción de volver al mes siguiente. ¡Qué tontería! Estaba anclada en el suelo y no podía moverme. Levanté un pie, luego el otro y di un respingo cuando al alzar los ojos vi el número que había en la puerta de madera: el mil cuatrocientos treinta y seis. ¡Treinta y seis! ¡Era la habitación mil cuatrocientas treinta y seis, no la mil cuatrocientos cuarenta y seis que andaba buscando! Me había equivocado golpeando en otra puerta y

salí pitando por el pasillo arriba hasta detenerme en la correcta repitiendo varias veces el número sin dejar de mirarlo. Volví a sentir temor y antes de hacer nada se abrió la puerta y apareció una sombra en el umbral. Me dio un vuelco el corazón al detectarlo antes por el olfato que por los ojos. Era él, no me cabía la menor duda. Probablemente se encontraba a la espera, tan nervioso como yo, y salió de improviso después de oírme al otro lado del pasillo. No fuimos capaces de pronunciar palabra ninguno de los dos, se apartó a un lado para dejarme pasar y luego cerró la puerta. Nos fundimos en un fuerte abrazo y nuestras bocas se buscaron con ansiedad, con auténtico desenfreno. Nos fallaron las piernas y caímos sobre la alfombra sin separarnos. Sollozaba, vibraba, gemía, me resultaría muy difícil precisar detalles de aquel momento de total ofuscación donde la tensión del largo mes afloraba por todos nuestros poros con una fuerza inaudita, desesperada. Era necesario que pronto llegase el primer estallido que nos liberara de tanto retesamiento. Follamos, follamos sin parar de todas las formas imaginables interpretando cualquier gesto o insinuación como un deseo que cada uno debía satisfacer al otro. Me roció con esperma el cuerpo y yo le unté con mis jugos en una amalgama resbaladiza y excitante. Me penetró por todos los orificios hasta la saciedad. No me pude quitar las ojeras en tres días. Me puso el nombre de Eva, por haber sido la primera mujer de la humanidad y no aclaró si pretendía hacerme un cumplido insinuando que yo era la más importante de su vida, pero así lo quise interpretar. No deseaba hacerme empanadas mentales aceptando que tan solo con dos encuentros era imposible cualquier afirmación de este tipo cuando hay parejas que

estando toda una vida juntos no llegan a conocerse del todo. La cuestión era no hacernos ninguna pregunta de nuestras vidas respectivas, ni tan siquiera de los nombres propios. Después de esto lo más socorrido y obvio hubiese sido llamarle Adán pero no me gustó por el hecho de que también significase hombre desaliñado o sucio. Le llamaría Alex solamente por ser un nombre corto y el que sonara bien fonéticamente. Me acometió por la capilla opuesta reiteradas veces. Por su insistencia deduje que se debía tratar de una asignatura pendiente. En ningún momento me opuse ofreciéndole mi culo en las posiciones más favorables, dilatando y constriñendo los músculos con una técnica asombrosa que mi vasta experiencia en esa faceta me había proporcionado. Le hacía más feliz el que yo me corriese también cuando me penetraba por el ojo arrugado intentando frotarme el clítoris. Yo prefería que me apretase los senos y me hiciese daño en los pezones, apoyado en mi espalda, mientras yo me restregaba los dedos en mi vulva hasta llegar al orgasmo. Era el momento esperado para descargarse y a los dos nos gustaba que fuese dentro del propio tracto rectal, que a pesar de estar constantemente lubricado, con tantas idas y venidas, se me inflamó el plexo venoso completamente varicosos por dentro y por fuera. Era como si parte de la tumoración de su pene la hubiese traspasado a mi ano. Empezaron las molestias veinticuatro horas después con las almorranas en pleno apogeo y tuve que aplicarme un antihemorroidal que mantenía en mi botiquín para emergencias como esta. La gélida sensación de la pomada resultaba de lo más apasionante, sobre todo gratificante, que te permitía poder estar sentada sin la menor incomodidad. Debía llevar bragas porque manchaba un poco y podía

dejarme marca en los pantalones o el vestido. Quizás me haya excedido con estos pormenores tan vulgares o prosaicos pero forman parte de la parafernalia del amor, igual que los cubitos de hielo, tan eficaces en los prolegómenos y los imprevistos como cuando empezó a sangrarle el pene a Alex en nuestro primer encuentro. Me sentí muy orgullosa del papel tan importante que habían jugado mis nalgas en ese lance y a partir de ese día empecé a tomarlas en consideración poniéndome en las manos de Elena. Observé que eran de una redondez asombrosa, con una línea curva bajando por los muslos en prolongación con la pierna. En el interior de los dos hemisferios mi amiga Elena había conseguido eliminar cualquier bulbo piloso, así como los de alrededor del esfínter y el trayecto hasta la parte inferior de la vulva que se exponía abultada con un aspecto rosado cuando me agachaba ofreciendo ambas entradas expeditas a la libre elección de mi amante. El tacto, decía Alex, era como el de una sandía pulposa que según los expertos les producía sensaciones semejantes. La acuosidad, el color y el palpamiento eran factores determinantes para una eficaz eyaculación. Mis glúteos son firmes, con la carne apretada pero delicada en el momento de la amasadura y dóciles a la hora de separarlos suficientemente. Le ayudaba con mis dos manos a Alex hasta que conseguía penetrarme y en las embestidas notaba sus testículos rellenos de cargas seminales golpeándome en la otra puerta. También morenos con la piel igualada eliminadas las marcas del bikini gracias a los rayos UVA. Me marché sin deshacer el hatillo, con mis vibradores y la ropa interior dentro al no haber tenido la menor oportunidad de utilizarlos. Me mostré implacable con la nueva cita. Alex pretendió que fuese antes del mes y yo

insistí en que así era mejor sin saber muy bien por qué. Dentro de treinta días a la misma hora, en aquella habitación. Por un lado me daba miedo. Sí, creía que me estaba enamorando. Nunca tuve tanta necesidad de volver a encontrarme con el mismo hombre de ahí mi insistencia en seguir sin saber nada de su vida. Aquellas horas que estábamos juntos solo nos pertenecían a nosotros. Eran de nuestra exclusiva propiedad y donde nadie, jamás, tendría acceso. Pasase lo que pasase. Y sentía temor precisamente en que aquello no dejase de ser un sueño, una de esas fantasías que habitualmente tienes a sabiendas de que nunca se hará realidad. Alguna mañana al despertar tenía la sensación de que todo, lo de Alex, el hotel de Madrid, llegué a preguntarme ¿cuándo he estado yo en Madrid?, los megacuadros, aquellos interminables y oscuros pasillos, las prostitutas del hall, mi primera exposición, eran simplemente una quimera. Luego me llegaban flashes de la memoria, como destellos de luz, mamándole a Alex la polla ardiente, con las venas hinchadas a punto de reventar, gallarda, empenachada como ave del paraíso, y que me enloquecía haciendo que me agarrase fuertemente a su tronco para que nadie me la pudiese quitar. ¡¡Era mía!! Me atragantaba con sus enormes dosis pero no cedía ni un ápice cuando presentaba síntomas de desfallecimiento volviendo a la carga con más ímpetu si era posible para mantenerla en un priapismo constante sin darle la más mínima tregua. En mi obcecación la lógica detumescencia tras el orgasmo era un síntoma de ineficacia lo que hacía que redoblase mis esfuerzos para conseguir que aquel miembro no decayese haciendo trabajar la imaginación. En cierto momento una carraspera inoportuna hizo que recurriese a las vetustas y socorridas pastillas

Juanola que “aclaran la voz y refrescan la boca” actuando “contra la tos” dejando diluir en la lengua tres de esos rombitos negros a base de eucalipto y mentol entre otros componentes, lo que no fue óbice para que continuase con mi cometido reanimando el glande de Alex. No supe relacionar, hasta que el mismo me lo pudo explicar, una reacción tan insólita en aquella felación que no se diferenciaba de las otras mas que en esas pequeñas tabletas que disolviéndose producían en el miembro de Alex una fuerte sensación gélida en medio de una hoguera. Realmente fantástico. Yo no paraba de tener orgasmos, con mi propia mano, la otra seguía agarrotada, con las suyas explorando en mi vagina o con sus labios dándose la vuelta en un sesenta y nueve perfecto, estirándome con sus dientes del clítoris hasta hacerme gritar de dolor o de placer pues daba lo mismo, o hurgando en mis entrañas con su increíblemente larga lengua. Dentro de un mes nos volveríamos a ver en el mismo lugar. Tampoco acepté llamadas telefónicas. Entonces Alex sugirió que un día a la semana, a las once de la noche, en completa soledad cada uno pensaría en el otro comunicándonos mentalmente y nos masturbaríamos hasta quedar agotados. Sincronizamos nuestros relojes de pulsera para que el inicio fuese simultáneo, condición sine quanon y las ondas mentales se intercambiasen en un diálogo cuyos efectos podríamos comprobar en esos instantes. Tan larga espera resultaba demasiado cruel, decía, y estas sesiones onanistas la harían más soportable, sin que esto fuese obstáculo para repetirlas a cualquier hora y en los lugares más insospechados. Una mañana en el banco le dije a un empleado que me condujese al lavabo o a la sala de las fotocopias, acordándome de mi antiguo trabajo, porque tenía

una urgencia. Antes de que saliese de su asombro añadí: tengo que sujetarme la media que se me ha soltado del ligero y de paso me haré una paja. Atónito señaló con el dedo una puerta por la que me introduje. Era la habitación de las máquinas reproductoras. Saqué de mi bolso un consolador de viaje, es decir de tamaño reducido, sin protuberancias, completamente liso, dorado y muy deslizante. Lo humedecí con saliva y me lo introduje bajándome ligeramente las bragas. Era como el conductor nocturno que cuando se ve asediado por el sueño da una pequeña cabezadita de diez minutos y vuelve fresco a la carretera. La noticia se había propagado y todos los empleados, hombres y mujeres me observaron con algo más que curiosidad. Terminé mi gestión en la ventanilla correspondiente sintiendo sobre mi cuerpo clavarse como flechas las miradas de todos ellos. Salí moviendo las caderas, cruzando las piernas al andar y pisando fuerte con los tacones altos. Cumplí a rajatabla lo pactado. Hacía poco que había comprado por correo un olisbo cuya originalidad estribaba en tener una piel artificial de características similares a las del hombre. Constaba de dos partes, la interna bastante rígida y la externa suave y tersa a la que le aplicabas unos polvos antifricción, que te suministraba el mismo proveedor, para mantener el tacto siempre igual. El fabricante garantizaba total despreocupación ya que después de cada uso, aquella fantasía hecha realidad recuperaba su aspecto original como un amante infatigable y eterno. La forma de pene descapullado con su testiculamen incluido del mismo material, era *“lo único que necesitas para ser feliz el resto de tu vida”* según rezaba en la explícita publicidad de aquel folleto. Total discreción en el envío sin que en la parte

exterior del paquetito apareciese la más mínima indicación que pudiese hacer sospechar lo que albergaba en su interior. Contiene productos cosméticos, rezaba en una etiqueta. No solamente las tríbades, para las que existe una oferta fabulosa de estos artilugios soportados por arneses la mar de sofisticados, son potenciales clientas sino cualquier mujer, incluídas las casadas o emparejadas para sorprender a sus compañeros y maridos haciéndoles verdaderas virguerías a las que tan poco les tienen acostumbrados. Puedo parecer repetitiva pero las relaciones de las parejas homo o hetero, casi siempre empiezan deteriorándose encamados. Una buena ocasión para estrenar mi nuevo "compañero sentimental", pensé. Puedo asegurar, con pleno conocimiento de causa que salvo aquello de "*ser feliz el resto de tu vida*" que me parece un poco exagerado, la publicidad no era del todo engañosa, sin olvidar que el sexo no se encuentra ubicado en los genitales sino en un rinconcito del cerebro que se llama, creo, el hipotálamo. Lo dicen los médicos: la mayoría de las disfunciones sexuales son de origen psicológico. Si una mujer está sana, sin ningún problema orgánico, ginecológico, hormonal, etc... sus problemas se pueden circunscribir a la relación de pareja o a factores de tipo sociocultural . Ni el mentol, ni el bálsamo de tigre, ni la L-Arginina presente en las fórmulas de algunos fármacos urológicos, ni las cremas o los geles solucionan el problema a las mentes cerradas o a los compañeros retrógrados. Ya me volví a salir del tema. Está comprobado que ciertas materias debería soslayarlas. En páginas anteriores dejé constancia de mi poco sentido del humor, sobre todo del humor machista que consigue llegar a indignarme. Valga otro ejemplo. El otro día, mientras

deliberábamos en el estudio el proceso y la preparación de una sesión en el mismo plató, Elena contó lo que se suponía debía tener mucha gracia, como así fue, si exceptuamos la cara de perro que puse yo. Parece ser que las mujeres somos muy expresivas en el momento del orgasmo, ahí radica nuestra grandeza porque incluso fingiendo dejamos satisfechos a los hombres, y en función de esos elocuentes arranques, nos han clasificado de esta manera:

La Asmática = ¡Ah!, ¡Ah!

La Geográfica = ¡Aquí, aquí!

La Matemática = Más, más, más... (+ + + +)

La Religiosa = ¡Ay Dios!, ¡Ay Dios!

La Suicida = ¡Creo que me voy a morir!

La Asesina = ¡Si paras te mato!

La Propietaria = ¡Es mía!, ¡Es mía!

Grandes carcajadas, disimuladas cuando me miraban y un estallido después de escuchar las que añadí de mi propia cosecha:

La Incrédula = ¿Ya está?

La Conmiserativa = No te preocupes, le pasa a cualquiera.

La Doctora = De tanto fumar...

La Ingeniero = Parece una herramienta de microtecnología.

La Historiadora = Esto debe ser aquello de “quedarse a la Luna de Valencia”.

La Niña = ¿Por qué no me la chupas tú a mí primero?

La Charcutera = Si la tuvieses más gorda no me la querías meter por detrás.

La Doctora matemática = Empieza por el uno que ya llegaremos al 69.

La Maternal = Eso que te lo haga tu mamá, rico.

La Ecologista = ¿Dónde ha escondido la cabecita mi caracolito?

La Kiosquera = Igual que un minichupa-chup.

La Escritora nodriza o la Nodriza escritora = Acércamela y le daré teta a ver si la puedo recargar como las estilográficas y escribimos, al menos, un capítulo completo. Los hombres son como niños, egoístas y caprichosos que les crece la pilula pero el cerebro se les queda atrofiado lo que nos permite dominarlos con facilidad. Si ellos fuesen capaces de cuantificar lo poco que es necesario para que nos lleven al huerto, todos acabarían tiranizándonos. Siempre hay que dejarles ganar, o al menos que así lo crean, para que las cosas vayan medianamente bien. Si descubren que no es así llegan hasta la fuerza bruta, la violencia y los maltratos, la última forma que tienen de someter y que yo calificaría extrapolándolo al terreno doméstico, como la erótica del poder. Todas estas elucubraciones han venido motivadas por esa clasificación machista del orgasmo femenino. ¡Qué más quisieran ellos! Pero una vez tranquilizados los ánimos no hay nada tan sublime como el contacto cuerpo a cuerpo con un hombre. Reivindico también el roce con la piel femenina aunque en el fondo siempre subyazca el instinto competitivo. El compañero es nuestro propio complemento, somos la mitad de un todo que durante el coito forma el ente compacto e indisoluble, mucho más de lo que fisiológicamente pudiese parecer a primera vista. Yo necesitaba de él. Y lo que es peor, la vida se me hacía insufrible, los días, pero sobre todo las noches, larguísimas, por momentos perdía el apetito y el genio se me fue volviendo irascible. De nuevo contando las horas, tachando

casillas en el calendario, descuidando bastante mi trabajo y haciéndome una vez más las mismas preguntas: ¿Acudirá a la cita? ¿Y si le pasase algo y no pudiese ir? ¿Por qué no le pedí un número de teléfono? ¿Podíamos escribirnos aunque fuese a un apartado de correos! Ya lo aplicamos cuando Bea y su marido vivían en ciudades diferentes. La fórmula que habíamos elegido de un día a la semana encerrarnos como si estuviésemos juntos daba resultado pero a la mañana siguiente me levantaba con una profunda melancolía. Notaba un debilitamiento de la libido por una atonía generalizada que solamente recuperaba, incluso con mucha más fuerza, cuando me encontraba en lugares donde la afluencia de gente impedía, o hacía más difícil, poder satisfacer mis impulsos. Entonces me entraban unos ardores que necesitaba apagar urgentemente. Debía existir algún razonamiento psicológico que explicase esta forma extraña de actuar e incluso puede que tuviese un nombre para diagnosticar si se tratase de una alteración de la psiquis. A las doce de la mañana de un día radiante de sol me encontraba en la puerta de entrada de la Estación de Ferrocarril cuando experimenté dicha sensación. Era como estar orinándote y no poder aguantarte ni un segundo más. Entré en una de las cabinas que había delante, descolgué el teléfono con la mano izquierda manteniéndolo en la oreja como si estuviese hablando con alguien y metí la derecha debajo de mi falda por la cintura hasta alcanzar mi santuario, desplacé con los dedos las braguitas y comencé un lento proceso de acariciamiento con gemidos entrecortados y los estremecimientos propios en estas prácticas. Un río de gente pasaba de uno a otro lado a menos de un palmo del cristal donde yo me encontraba manoseando mi sexo y a plena luz del día sin que nadie se percatase de lo que

realmente estaba haciendo. Llegué a plantearme gritar en el momento cumbre pero no lo hice. También aprovechar la energía y transmitirla por el cable teniendo un interlocutor al otro lado. Lo haría la próxima ocasión si se repetía. Saqué mi mano empapada y me lamí los dedos en cuyo momento me di cuenta que un hombre mayor esperaba que yo saliese de la cabina para poder llamar él, eso creí, con una beatífica sonrisa en sus labios. Otra cosa que no entiendo, me sentí arrebolada. Necesitaba hacérmelo delante de mucha gente y luego me “avergonzaba” si alguien me descubría. Abrí la puerta de cristal pero no salí quedándome frente a frente con aquel señor de corta barba blanca y afable rostro. ¿Le ha gustado? Le pregunté. Mucho. ¿Le parezco una chica mala? Creo que eres encantadora. Pues se lo dedico. Gracias preciosa. Antes de marcharme me pidió un favor, quería olerme los dedos. No lo dudé ni un instante, metí de nuevo mi mano en la cintura y la empapé con todos los jugos que me resbalaban por un muslo. La saqué muy mojada y se la acerqué a la nariz. Repito, encantadora. Aspiró profundamente y me dio las gracias de nuevo. Nunca entendí el fútbol, ni me gusta eso de no sé cuantos tíos en calzoncillos corriendo detrás de un balón que es lo más antierótico que conozco. Tal vez por eso nunca fantaseé con el hecho de que pudiesen violarme en medio del césped veinticinco tíos, uno detrás de otro. Creo que los futbolistas son veintidós más tres los jueces. Sin embargo encuentro excitante a miles de hombres y alguna mujer, vociferando como energúmenos, insultando a un señor que corre de un lado a otro con un pito en la boca, poniéndolo como chupa de dómene desperdiciando tal cantidad de energía que si la empleasen con sus respectivas compañeras no existiría en el

mundo ninguna mujer insatisfecha. Tuve un deseo irreprimible y un domingo por la tarde me encontré en las gradas de un estadio, desde donde los jugadores parecían liliputienses y rodeada de hombres por todos los lados que gritaban, a veces al unísono, en medio de un susurro ensordecedor. Me encontraba enardecida por aquel enjambre humano que desprendía un olor tan penetrante a macho y al instante noté las bragas húmedas. Metí la mano por la cinturilla elástica de la falda y me froté insistentemente el clítoris. No necesité contener los gemidos ni los gritos, tan estentóreos, que después de tener tres orgasmos seguidos se me inflamaron las cuerdas bucales. Acabé con una ronquera que fui suavizando ingiriendo cantidades industriales de pastillas Juanola de las que ya nunca me separé, como resulta fácil de comprender, por esta experiencia terapéutica y por la otra con resultado tan afrodisíaco. Deberían venderlas también en los sex-shop. Todo a mi alrededor eran caras sonrientes y felices por lo que deduje debió ganar el equipo local. Se aproximaba el día del tercer encuentro con Alex y como la vez anterior me empezaron a embargar las dudas. No estará. Ahora ni me lo preguntaba, ya daba por sentado que no iría. ¿Y si tiene un accidente? Evidentemente no acudiría a la cita y si hubiese sido grave podría estar muerto. Me indigné conmigo misma por llegar a semejantes conclusiones. Desterré cualquier pensamiento y decidí ser muy positiva repitiendo todos los pasos previos que había dado el mes anterior con la salvedad de estar algo más nerviosa y adelanté la llegada varias horas. Tampoco llevaba mucho equipaje, una pequeña maleta y un bolso, que dejé sobre la cama en cuanto subí a mi habitación, esta vez dos plantas más abajo. Procuré no entretenerme. Después de

orinar, me lavé en el bidé y me cambié el tanga que llevaba puesto desde esa mañana. Me atusé un poco y metí en el bolso de mano la ropa íntima y los vibradores que no había utilizado en la cita anterior. Llamé al ascensor. Subía con un joven y dos chicas. Recién casados. Una era la novia, la otra su novia. Sí, así es, no me he columpiado. El chico tenía dos amores pero como en este país la bigamia no esta bien vista por los jueces, solamente una de ellas pudo ser inscrita en el Registro Civil en calidad de esposa o cónyuge lo que no impedía que el viaje de novios, el himeneo, lo hiciesen colectiva y solidariamente los tres. Puede felicitarlos. Muá, enhorabuena, muá en ambas mejillas a cada una y él se aproximó a la comisura de mis labios a pesar de haber ladeado ligeramente el rostro. No daban para más los dos pisos de trayecto. Salimos los cuatro de la cabina y nos separamos con direcciones opuestas por el luengo pasillo. Lo sorprendente es que no me quedé sorprendida. Es posible que en el primer momento no me lo creyese y continué mi marcha sin prestarle mayor atención a la anécdota, pero lo cierto es que se trataba de unos esponsales tripartitos. Estaba delante de la mil cuatrocientos cuarenta y seis y pensé: el caso es que no tienen aspecto de ser azafatas del amor, son demasiado... como diría... demasiado normales, muy corrientes. No se abrió la puerta, no había nadie. Mi primera sensación fue de desaliento pero reaccioné pronto al mirar el reloj. Me había adelantado más de cuatro horas. En recepción me dijeron que el cliente que hizo la reserva había llamado notificando que su hora de llegada sería posterior a las ocho de la tarde, tal como establecen las normas de hostelería debe hacerse en estos casos. En el hall me encontré a una de las casamentadas cargada con dos botellas

de agua mineral. En la nevera de la habitación solamente hay pequeñas. Sí, dije yo. Me llamo Ovi, de Ovidia, ya sabes, y la mujer de mi novio Loli. Mi novio se llama Manu, Manuel, ya sabes. Sí, repetí entrando en el ascensor. Vamos al mismo piso, apretó el botón antes de que pudiese rectificarle.

Bueno, pensé, esta máquina parece moderna y estos chismes tienen memoria electrónica, si aprieto el número de mi planta se detendrá antes. Error. Debía tener un mal día. ¿Por qué no vienes a nuestra habitación y te invitamos a una copita de cava? Siempre me pierde la curiosidad. Era la mil cuatrocientas veintiséis. Manu estaba en el lavabo y Loli que nos abrió la puerta se mostró encantada con mi presencia. No sabía que decir. Ponte cómoda, como si estuvieses en tu casa. ¡Huy que tontería!, añadió. Me arrellané en el único sillón que había y dejé mi bolso en el suelo. Loli solo llevaba un transparente deshabillé rojo y Ovi se quedó en un santiamén con un minúsculo tanga que apenas le cubría los dos labios. Los pechos muy firmes, no demasiado grandes, redondos, consistentes pero que no tenían aréola con unos pezones enhiestos algo más oscuros. Llevaban algún tiempo conviviendo los tres juntos en la misma casa y estaban encantados. La boda había sido un mero trámite para, mediante una extraña jugada, quitarle a la exmujer de Manu, más guarra que la Tana y vaga como ella sola, una injusta pensión compensatoria. Me lo notaron y no fue necesario preguntarles. Procuramos diferenciarnos las dos y no descartamos ser tres o cuatro de vez en cuando. Ves, decía Ovi enseñándome su sexo, completamente depilado. Pues Loli, señalaba la entrepierna de la otra, con un felpudo que da gloria. En la variedad está el gusto, añadió, mira que pelambreira. Efectivamente se trataba de un sexo y un pubis

superpoblado, con los pendejos enmarañados y muy tupidos. Sí, insistió, estamos muy satisfechas, ninguna de las dos pasamos hambre. Se refería al apetito sexual. Encargamos una cama a la medida para que cupiésemos holgadamente y cambiamos la ropa cada estación del año porque no nos cabe toda en el mismo armario. Y... no me atrevía a preguntar, dilo, dilo, no te cortes, ¿y no tenéis celos? En absoluto. Nosotras podemos hacérselo con quién queramos, por ejemplo contigo o con cualquier hombre y Manu también. De hecho tiene una amante que está casada y por eso no vive en nuestra casa. ¿Y el dinero? Todos trabajamos y lo que ganamos lo ponemos en un fondo. Cada mes lo administra uno de nosotros. En estos momentos, dice la Loli, yo soy la economista, y los gastos los voy pagando de ese fondo. En el Hotel hemos pedido una cama supletoria por si alguno se levanta a media noche al no poder dormir por las estrecheces. Las camas de los hoteles no están preparadas para estos casos, ¿comprendes?. Sí entiendo. De todos modos les ha entrado una pájara a los de recepción porque dijimos que éramos recién casados y.. y no les salían las cuentas. No sé, dijo la Ovi, nos caes muy bien, quédate esta noche con nosotros que lo pasaremos bomba. Quizás a Manu no le parezca tan acertada la idea. Más que a nosotras, ¡Manu!, llamó la Loli, ¿Sales ya, hijo? Un minuto, respondió desde dentro. Me gustaría, os lo aseguro, pero tengo un compromiso. Lo primero es lo primero. Brindamos con los botellines de Benjamín que había en la nevera y los tres se tumbaron en la cama. Hice ademán de levantarme y Manu me invitó a quedarme el tiempo que creyese oportuno, mirando o participando. Entonces imaginé la foto y les dije que visitasen mi estudio, cosa que hicieron al cabo de unos

meses, donde les retraté en grupo, incluyendo a Cristi, la amante casada, en una atípica foto de familia. A Manu lo vestimos de torero, montera incluida sentado en un gran sillón tapizado de rojo y alto respaldo, debajo de un palio de tela de seda como un baldaquino. No podía ser con otra ropa. A su lado, de pie, Cristina, vestida con un traje de novia blanco, de tres metros de cola, serpenteando varios escalones sobre los que permanecían sentadas de lado, el cuerpo estirado, Loli y Ovi completamente desnudas, pamelita de flores ceñida en la cabeza y los brazos apoyados en ambas piernas del diestro. El capote de paseo le cubría un hombro a la Ovi, el brazo, un pecho y parte de la nalga. Clic-clic. Quedé bastante satisfecha con el resultado, pero la repetí haciendo que la Loli variase ligeramente su posición quedando de frente a la cámara, en el mismo sitio, las rodillas ligeramente levantadas y muy separadas en una vista perfecta de su bosque encantado y encantador. Con un filtro de efectos especiales conseguí que el traje de luces centellease por todas partes pero quería resaltar de alguna manera el sexo de Loli que al estar tan poblado quedaba diluido como una gran mancha oscura entre los muslos. Elena acudió en mi ayuda portando un tapón de cristal de una licorera de caras geométricas perfectamente talladas, se lo introdujimos en la vulva para que lo sujetase con los labios en medio de esa maraña velluda, dejando asomar al exterior solamente la parte de arriba, suficiente para que produjese ligeros destellos que el objetivo captó perfectamente. Clic-clic, clic-clic, clic-clic. Otra “foto de familia insólita” la tuve poco después con una pareja de jóvenes recién casados que deseaban compartirla, como según parece hacían con todo, incluyendo a la madre política

del novio. Venían recomendados por un cliente que les aseguró que yo “hacía *aquellas* fotos que nadie era capaz”. Sic. Les pregunté si tenían alguna idea preconcebida y se limitaron a contestar que les gustaría tener una fotografía *diferente*. Recordé en aquel momento haber leído en un libro sobre la censura en la época de Franco, que un director, lamentablemente no recuerdo su nombre, consiguió meterles un gol a los estamentos que velaban por la salud moral de los españoles con una película con ese nombre, *Diferente*, que protagonizaba un bailarín, creo que argentino, llamado Alfredo Alaria, cuyo argumento transcurría dentro de los cauces homosexuales, entonces perseguidos por la policía, juzgados y condenados por las leyes a penas de reclusión. La suegra era una bella mujer de muy buen ver rozando la cuarentena, con unos pechos explosivos, de origen natural, sin intervenciones ni manipulaciones y los novios muy atractivos ambos. Delante de un fondo oscuro colocamos un sofá tapizado de cuero negro sobre el que se apoyaba, por la parte trasera, la madre de la novia de larga melena rubia, ojos azules y a la que maquillamos concienzudamente. Desnuda de cintura para arriba, ligeramente inclinada, dejamos que le colgasen los pechos libremente (110-60-90) sobre el respaldo del sofá en cuyos asientos permanecían arrodillados los novios, totalmente desnudos, chupando cada uno de sus diminutos pezones en aréolas del tamaño y redondez de una moneda grande. Quedaban sus respectivos glúteos en un primer plano con las colgaduras del chico y la raja hinchada y calva de la chica. No me gustaba la expresión de la madre e insté a los dos mamones a que se esmerasen en su función. Muy pronto cambió su primitiva tensión por otra más excitante. De todos modos tenía unas

facciones que enamoraban al objetivo recompensándola con creces en el resultado final. Clic-clic, clic-clic, cli-clic. Estaba en la habitación observando, decía antes de empezar con estas divagaciones profesionales, como discurrían los acontecimientos haciendo tiempo para acudir a la cita que había programado hacía un mes. Casi siempre suelo llevar una cámara encima pero en esta ocasión y de un modo muy consciente preferí prescindir de ella para evitarme la tentación de utilizarla cuando estuviese en la intimidad con la otra persona, que como yo, seguía prefiriendo permanecer en el anonimato. Por un lado sentías esa curiosidad malsana de saber algo de su vida pero por el otro, temías que alguna revelación truncase la emoción y sobre todo la total entrega que nos hacíamos mutuamente en aras del absoluto desconocimiento de ambos. No tenía buena luz pero con la película de 400 ASA el fotómetro, probablemente, me hubiese dado su aprobación. Es una constante en mi vida, desde que empecé con la fotografía, meter en un visor instantáneas sacadas del contexto de esa panorámica que nos proporciona constantemente la visión de nuestros ojos. Todo lo veo en sucesivos fotogramas, veinticuatro imágenes por segundo, pero de una en una, congelándolas y separándolas con un clic-clic perdiendo con ello la sensación de movimiento. Selecciono con cada recuadro lo más significativo de ese instante evitando que la atención del espectador se distraiga subyugado por lo fútil o anodino. Evidentemente soy yo quién decide el grado de insignificancia, lo que no deja de ser en el fondo una sutil manipulación. Nada más lejos de mi ánimo que el entrar en la antigua polémica, pero muchas veces me pregunto hasta que punto la ética más elemental nos permitiría llegar. Por

supuesto rechazo rotundamente la manipulación de lo que plasma el objetivo, como hemos visto demasiadas veces que hacen algunos periódicos retocando, añadiendo o quitando, personas u objetos de la instantánea que captó el fotógrafo con fines oscuros y partidistas. Ovi antes de tumbarse boca arriba en el lecho me guiñó un ojo en un inequívoco signo de complicidad, mientras la Loli se colocaba en posición contraria encima de ella, a cuatro patas hundiendo su rostro en el sexo abultado lamiéndolo lentamente y Manu la insertaba por detrás después de una corta búsqueda localizando la puerta sagrada en medio de aquella gran mata de pelo. Ovi se incorporó levantando la cabeza para alcanzar uno de los testículos bamboleantes intentando engullirlo con una fuerte succión. Abandoné la estancia cuando los tres estaban a punto de alcanzar el orgasmo sumidos en aquel gran torbellino de placer. Suspiré profundamente cuando me encontré de nuevo en el pasillo y también delante de la misma puerta a la que golpeé con los nudillos. Enseguida se abrió. ¿Preguntaste por mí en recepción? No exactamente, indagué si la habitación había sido reservada. Me fui directamente al cuarto de baño sin detenerme para nada. A pesar de la gran impaciencia que me embargaba tuve la suficiente sangre fría para acicalarme, perfumarme y colocarme la ropa íntima que tenía reservada desde hacía varios meses. Tal vez como ya lo tenía todo previsto y actué mecánicamente, tan solo habían transcurrido veinte minutos cuando los dos estábamos cara a cara. Noté en su mirada y en su sonrisa que había valido la pena el preámbulo, la espera añadida a esas cuatro semanas interminables. Pero no se acercó, se arrellanó en el sillón escudriñándome libidinosamente intentando con su magnetismo que las

prendas que cubrían parcialmente mi cuerpo se esfumaban a medida que él lo fuese ordenando. Movía mis articulaciones como si cada una de ellas actuase de motu propio, en un meneo pausado, de cámara lenta, impregnándolo todo de una pátina erótica que casi se podía tocar. Me humedecí los labios con saliva dejándolos entreabiertos dirigiendo mis manos a las zonas propicias para una autoestimulación, fingiendo, quizás no tanto como creía, que por momentos aumentaba mi grado de excitación. Mis pezones siempre han respondido con rapidez a las caricias, creo que ya lo dije, y enseguida se pusieron firmes, duros como garbanzos vislumbrándose y marcándose a través del deshabillé transparente. Se trataba de un strip-tease amateur con un solo espectador al que estaba consiguiendo encalabrinar, aunque no me había quitado todavía ni una sola pieza. Me puse delante con las piernas abiertas, saqué los senos y los apretujé como si intentase fundirlos en uno solo restregándolos con suavidad. Me día la vuelta y le planté muy cerca de su cara mi suntuoso culo con los dos hemisferios separados por la fina y sedosa línea del tanga que aparté despacio con un dedo. Lo enrollé por delante encallándolo en la angostura de mi vulva tumorada como la venda entre los dientes de un detenido sujeto a malos tratos y evitar que se oigan sus gritos en el exterior. Cuando la extraje para colocármela a un lado noté fluir mis zumos que probé en la mano mojada como una cata de excelente licor. La unté de nuevo y le metí tres dedos en la boca que chupó con verdadero placer y dijo: ¡Te quiero comer el coño!. Me senté en el borde de la cama y mientras con una mano me acariciaba un pezón, pellizcándolo de vez en cuando, con la otra empecé un recorrido de arriba abajo, abriendo los labios

a su paso hasta ceñirme concretamente en el botón placentero que parecía querer estallar cuando aumentaba la velocidad en aquel circuito cerrado de mi dedo enloquecido, como un tiovivo, en un giro antihorario. ¡Ven, corre, ven!, pude gritar, ¡Es todo tuyo!. Acudió en mi ayuda clavando su lengua en mi vagina sin que yo retirase el dedo que parecía querer salirse de su órbita. Abrí completamente las piernas con el espasmo mientras él seguía hurgando en mis interioridades y le apreté fuertemente la cabeza intentando que penetrase por aquella puerta tan estrecha. Lo deseaba con todas mis fuerzas, quería de un modo u otro podérmelo engullir como las serpientes constrictor con un animal de mayor diámetro que el suyo, poco a poco, primero la cabeza, luego los hombros, el cuerpo, las extremidades, en un proceso inverso al que un día otra mujer lo trajo al mundo. En algún momento se quedó sin poder respirar y se separó un instante para, después de coger aire, continuar lamiéndome las entrañas. Empujaba, empujaba con más fuerza cuando alcanzaba un nuevo orgasmo, momento en que él conseguía su mayor rigidez y yo empezaba aceptando la imposibilidad de absorberlo por la vía de la vagina, y a su vez, la opción de que me pudiese partir en dos mitades. No lo había conseguido pero necesitaba tragármelo, en un instinto de antropofagia, de posesión total, era absolutamente mío y por lo tanto debía hacerlo llegar a la matriz para conformarlo a mi antojo, modelarlo para luego expulsarlo lentamente por la vagina y sacarlo por la vulva, con la misma viscosidad de los recién nacidos, envuelto en una gran placenta de semen. Un orgasmo astronómico del alumbramiento fantasmagórico en una mágica noche de plenilunio. Me levanté con firmeza y le tumbé de un

empujón lanzándome a su entrepierna y agarrando fuertemente su miembro tumefacto, enrojecido, con las venas hinchadas y lo introduje en mi boca, enfebrecida como una posesa. Alcancé uno de mis vibradores, el mini de 8,3 x 3 cm de gelatina rosada y se lo introduje de golpe en el ano lo que le hizo darme un empujón alcanzándome con su órgano la faringe y las consiguientes arcadas. Me repuse al instante y apreté el botón de máxima velocidad en el aparato consiguiendo una penetración total. Gritaba en una mezcla de placer y dolor que no podía discernir. Al estallar me inundó la garganta y a duras penas pude engullir todo el néctar que manaba de aquella fuente sin correr un duro riesgo de atragantamiento. No podía parar y continué absorbiendo, estirando enérgicamente, a punto de desarraigar aquel tronco y devorar tan solo una minúscula parte del ser. Tuve que reprimir en varias ocasiones mis incontrolables deseos de propinar un colosal mordisco al miembro y arrancarlo de cuajo pero en el último instante era capaz de detenerme apoyada por mi desenfrenada glotonería que marcaba metas mucho más altas al pretender que el plato caníbal fuese de la bestia entera, no solo de su apéndice. Estaba convencida que por esa vía lo podía conseguir y solamente cuando al final de la tercera descarga empezó a tener síntomas de desfallecimiento me embargó el terrible presentimiento de que otra vez había equivocado el camino. Salté como una gata en celo y me puse en cuclillas sobre su bajo vientre dirigiendo con suma destreza, la empapada, jugosa y todavía gallarda lanza, al interior de mi vasija sagrada que se ofrecía completamente receptiva al visitante ilustre. Cabalgué sobre mi potro, me puse al trote, pasé al galope y pronto a galope tendido en una carrera

desenfrenada en busca del coito cósmico cuando los rayos del sol titubean en el ocaso a punto de hundirse en la oscuridad total. Mis pechos volteaban descontrolados como las campanas tocando a rebato y le grité que los cazase al vuelo. ¡Apriétamelos! ¡Apriétamelos! ¡Más! ¡Mucho más! Contra lo que pudiese parecer no me hacía el menor daño, o esa al menos era la sensación que yo tenía en aquel momento de arrebatamiento. Deseaba desprenderme de ellos por la fuerza bruta, descuajaringándolos o desraizándolos llegado ese instante tan sutil de cruzar la refinada línea que separa el amor de la muerte. Lo he comentado y leído repetidas veces pero nunca había estado tan cerca de poder aseverar con pleno conocimiento de causa que hacer el amor era una muerte dulce. El reposo, la paz, la tranquilidad, ese abandono total de tus fuerzas, la pérdida de los sentidos, no ves, no oyes, no piensas ni te mueves y si cierras los ojos puedes apreciar esa lucecita al final del túnel que tantas veces nos han relatado aquellos que pudieron regresar después de una muerte corta porque no les había llegado su hora. No tenía suficiente y le ordené que se los comiese. ¡Cómetelos! ¡Cómetelos! Me incliné lo suficiente para que pudiese introducirlos en su boca procurando que por los bajos no se saliese de mis adentros, posicionando mis nalgas con movimientos de cadera que ajustasen, lo máximo posible, mis anillos constrictores de la vagina al diámetro de la lanzadera que tenía dentro. Succionaba con auténtico furor, estirando los pezones hasta extremos inauditos, produciéndome tales estremecimientos que me mantenía en un permanente orgasmo. Pero yo le insistía: ¡Cómetelos! ¡Cómetelos! La posición no era la más propicia para que la espada permaneciese dentro de su funda y saltó

desenvainada, reluciente, pringosa, altanera, vibrante y desafiante como un David a punto de enfrentarse con Goliat, sin el menor signo asténico y asomando por la parte posterior de mis muslos, mientras mis dos globos le aplastaban el rostro al desplomarme sobre él. Reaccionó histérico con un muerdisorbe incontrolado que me volvía loca restregando mi sexo en su ombligo buscando desesperadamente aquel exuberante trozo de carne crecida que explorase en la profundidad de mis entretelas. Movía las caderas de modo que mi vulva abierta mostrase sus fauces como la boca de un león a punto de tragarse su presa intentando en cada subida y bajada atrapar el ofidio de cabeza micológica, sin poder conseguirlo al estar inmovilizada por aquellas manos de garfios acerados clavados en mis pectorales, impidiéndome deslizarme hacia abajo y conseguir mi objetivo. Lo más sorprendente era que ninguno de los dos terminaba de saciarse manteniendo en nuestro interior esa ansiedad que te pide más constantemente en contra de todas las leyes incluidas las de la propia naturaleza. Lo habíamos experimentado anteriormente aunque nunca habíamos llegado tan lejos. Es posible que también me lo hubiese parecido antes pero no recordaba tamaño desenfreno, semejante arrebatado descontrolado, ese furor permanente como si estando comiendo sin parar, cada vez tuviese más hambre. Conseguí un respiro y cambiar de posición cuando le dije: ¡Estoy vacía por dentro y quiero que me llenes hasta que nuestros fluidos se escapen por todos mis orificios! Tenía los pechos contusionados, magullados, entumecidos del acoso al que habían sido sometidos por parte de Alex que en su ceguera perdió la razón, sin que yo dejase de alentarlo. Continuaba incomprensiblemente

empalmado, me coloqué a cuatro patas para que me montase pero antes me introdujo en la vagina con suma facilidad el Turbovibrador de doble cabezal, hasta el mango, donde van las pilas, presionando simultáneamente el mismísimo clítoris, activándolo después de penetrarme profundamente por el ojo rayado. Notaba el golpeteo insistente de sus testículos en mi culo mientras su verga entraba y salía suavemente a pesar de encontrarse en el medio más ajustado. Sus embates eran firmes, acompasados pero sin detenerse ni un instante, con todo mi bajo vientre vibrando al máximo por el artilugio que sujetaba con mi mano y que repercutía en sus órganos sexuales de un modo ostensible. Las embestidas cada vez más seguidas hacían temblar todo mi cuerpo con el zarandeo de los encontronazos continuos. Llegar al paroxismo fue cuestión de escasos minutos montada en aquel brioso corcel que por nada del mundo quería que se detuviese. Noté la entrada en mi recto del abundante semen que vaciaban sus testículos por el conducto deferente, pero no era suficiente al temer, horrorizada, la inmediata detumescencia y el consiguiente derrame del líquido que pretendía fuese amniótico cuando lo tuviese, envolviendo a Alex, en el interior de mis entrañas.

¡Sigue! ¡Sigue, no pares! le gritaba mientras el vibrador me producía múltiples orgasmos de índole incalificable y me llenaba toda la zona de sangre que en principio calificué de anomalía menstrual pero que manaba del clítoris herido de tanto ajetreo. Alex cayó desplomado en el suelo víctima de una lipotimia y yo a su lado desvencijada, completamente descuajaringada, sangrando como si me hubiesen acuchillado. Entonces fue cuando percibí con toda su intensidad los sabores del olfato al inhalar los efluvios de

nuestras zonas sexuales por las fosas nasales dilatadas, como mi vulva, por los orgasmos. La lengua, que en teoría es nuestro principal detector del gusto, tiene su gran aliado en la nariz que es capaz de ampliarnos el gran abanico de sensaciones, hasta donde ese llamado segundo órgano sexual no puede llegar. Dulce, amargo, agrio y salado son los sabores básicos pero unos cinco millones de células amarillas ubicadas en el interior del apéndice nasal nos proporcionan una gran sensibilidad para apreciar los olores agradables y desagradables. Todo lo que sabe bien debe tener además un aroma atractivo. Los seres humanos expelemos nuestras propias fragancias a través de nuestros poros pero especialmente en las zonas erógenas. Cuando en la erupción de un pene el semen alcanza las papilas del gusto te ves inundada por una ola de placer indescriptible que traducido a términos prosaicos podríamos describir como: “Boca graso, elegante, sabroso, denso en boca y persistente...” los puntos suspensivos decían “excelente cosecha” porque en realidad las palabras están entresacadas mas que de la etopeya de un individuo, de las cualidades y características de un buen vino. “Aroma potente, rico en matices especiados, higos y nueces, frutas confitadas y fondos minerales de tierra húmeda y arena de playa”.” Aroma amplio y frutal, impacto gustativo redondo y sostenido, con una ligera acidez final muy grata.” “En nariz libera sensaciones a frambuesa, violetas y la infaltable nota a regaliz; en boca resulta ligero y sabroso.” ” Intenso aroma frutal y especiado, que en boca se muestra alegre, y si bien la estructura no es imponente, desvela un notable equilibrio.” “Aroma estilizado, de intenso impacto floral con gratas notas afrutadas; en boca es sabroso, no muy intenso, pero

equilibrado.” Degustar un buen semen resulta más gratificante que paladear el mejor de los caldos de crianza. Todos hemos dicho alguna vez que olía a limpio, a hierba, a paja o a estiércol. Las ingles de Alex, alrededor de los testículos, huelen a maíz, a desodorante, a colonia “for men” junto a todas mis segregaciones y efluvios. Y en general los hombres, sobre todo en la entrepierna, cuando cierras los ojos recorriendo con tu lengua y olfateando cada milímetro de su piel por todos los recovecos, arrugas, hendiduras y su humana probóscide, piensas en el musgo, la brisa del mar, los acantilados, la lluvia rompiéndose contra el paraguas, los paseos descalzos por la arena de la playa, las noches de luna llena observando el firmamento con los ojos en blanco mientras tu compañero te posee frenéticamente, la puesta de sol, las burbujas chispeantes del cava como si te bebieses las estrellas y el olor profundo a marisco en tierra firme. Me sentí tan embriagada que perdí el sentido. Muchas veces nuestras ensoñaciones y recuerdos van acompañados de olores, de melodías, de las estaciones del año, de recónditos lugares, de aventuras ocasionales o prohibidas, de besos robados y de cópulas en lugares inverosímiles. Fueron momentos irrepetibles donde a veces la moviola de tu memoria te suele jugar una mala pasada alegrándote con la evocación de aquel instante pero envolviéndote con el negro manto de la nostalgia y la añoranza. Olía a limpio, a verbena y a luz cenital, a pasión, a humedad de labios, a la *Sinfonía nocturna* de Wolfgang Amadeus Mozart enlazando con el *Rondo alla turca*, a batracio, a fotografía antigua, a menta, a cine de barrio de sesión continua, al ungüento Cañizares y a manzana verde, a agua de nafa, a mar, a espliego, a hierbabuena, a pólvora mediterránea, a estiércol, al

inconmensurable ruido de los caracoles masticando pan duro, a cándida desnudez, a tomillo, a romero, a la alfalfa recién cortada, a pan, a melocotón, a fritura de matanza, a ama de llaves, a chocolate, a micción nocturna junto a farola en barrio Gótico, a primer beso, a canela, a cirio Pascual de Semana Santa, a bragas usadas, a sórdido habitáculo y colchón de muelles irrecuperables de tanto concúbiteo comercial, a yegua, a suspiro, a jazmín, a bien, a tela marinera, a coyunda pormenorizada, a incienso y a oro, a eyaculación precoz, a polución nocturna, a lefa, a Vega Sicilia, a manuela ensalivada, a champiñón, a casquete con albañil y a sábana mojada. Me gusta el olor a hombre y todos aquellos aromas, imágenes, sonidos y percepciones que inevitablemente relaciono con el macho. Pero de Alex lo que más me atraía era su trasero, pequeño, firme, compacto y musculoso que hacía que sus embestidas fuesen antológicas. Su reducido tamaño me permitía poder abarcar lo suficiente cada hemisferio con mis manos y apretujarlos con todas mis fuerzas. Cuando era penetrada profundamente y me encontraba a las puertas de ese equívoco síndrome epiléptico intentaba arrancarle las nalgas a puñados produciéndole tal daño que intentaba huir empujando con la pelvis para abrirse camino en un recorrido que había tocado a su fin y me hacía sentir desfallecer. Nada que ver con el culo femenino, más prominente, con los hemisferios redondos y donde la propia estructura de la mujer, con la cintura reducida para resalte de sus caderas y las piernas, producen al andar un contoneo exagerado con los zapatos adecuados, en una combinación perfecta que lo convierten en poderoso emisor de señales eróticas. Consciente de su importancia cuidó con esmero mis glúteos y me aplico

cremas regeneradoras al menor síntoma de piel de naranja. A Alex también le agradaba y no solamente cuando insertaba su miembro en mi orificio arrugado que por sus proporciones se ajustaba mucho más produciéndole un placer diferente, sino por la caricia de mi piel sobre su vientre, el golpeteo de sus testículos en mi sexo y el sobar con sus manos toda mi voluptuosa redondez. Y además disfrutaba como un loco observándome. Yo procuraba ponderar mis movimientos con una desmesurada arlotía y un ritmo lento hasta que se le salían los ojos de sus órbitas. En una ocasión me recorrí la habitación del hotel varias veces con la sola vestimenta de mis zapatos de aguja, de los que difícilmente me desprendo, que proporcionan a los glúteos unas subidas y bajadas imposibles de superar y que toda mujer que se precie de ser sexy debería tener muy en cuenta. Con el agravante de que se trataba del par que mi zapatero había reducido un centímetro el tacón izquierdo con respecto al otro y a instancias mías, emulando una vez más a la perínclita actriz de Hollywood cuyo truco utilizó durante su vida con el resultado de haber pasado a la historia, entre otras cosas, por sus embriagadores y estrábicos movimientos de caderas. Luego a gatas, como un auténtico felino, repetí el mismo trayecto, mientras se masturbaba sin dejar de mirarme desparramando su aceite en mi rostro cuando llegué junto a él. Me enamoré. Le hubiese dado hasta la última gota de mi sangre si me lo hubiese pedido. Estaba loca por Alex sin saber absolutamente nada el uno del otro en un pacto tácito que mantuvimos hasta que... Vayamos por partes. Un día recibí una llamada. Hola, ¿sabes quien soy? No, no lo sabía, ni tan siquiera podía decir aquello de que su voz me parecía la de alguien que por supuesto debía reconocer. Le

proporcionaron mi número de teléfono en una de las galerías donde había expuesto, dijo, a pesar de que yo no lo autorizase incluso haciendo hincapié de que solamente diesen esa información en casos excepcionales. Se trataba por tanto de una de esas ocasiones. ¿De verdad que no me conoces? Sí, ahora ese acento me trasladaba lejos de donde estaba en kilómetros y en el tiempo. Sí, era... Soy Chupaflor, dijo con la voz entrecortada. Se me inundaron los ojos de lágrimas aunque no sabía por qué. Durante aquellos años nunca nos habíamos comunicado, ni por carta, ni por teléfono y aunque en muchos momentos había pensado con ella, me sentía culpable por no haberlo hecho. Soy Chupaflor repitió más apesadumbrada al no escuchar mis palabras. Un nudo en la garganta me lo impedía pero al fin pude decir: hola Chupaflor, cuanto me alegro de oírte. Durante unos minutos fue desgranando una serie de noticias que evidentemente desconocía. Murió la Madre Superiora en cama ajena de un infarto y el consiguiente escándalo que no llegó a la calle por la eficaz labor del arzobispado que consiguió que todo quedase de puertas adentro. Ella había colgado los hábitos para posteriormente casarse. ¿Sabes con quién?. Formaba parte de un colectivo dedicado por entero a la labor social y a la lucha permanente por la opción al celibato, el acceso de la mujer al sacerdocio y el matrimonio de religiosos. ¿Sabes con quién? Estuvieron hablando con el Obispo antes de su boda, celebrada en una iglesia donde había más de cincuenta miembros de la comunidad cristiana que se encontraban en sus mismas condiciones. Les escuchó con inmensa generosidad y les avisó de las dificultades de ese gran paso que iban a dar. Luego les bendijo. Era evidente el cambio surgido en algunos estamentos de la Iglesia a

partir del Concilio Vaticano II aunque muchas de sus expectativas hubiesen quedado en agua de borrajas con el Papa polaco y la curia pontificia en manos de miembros de la Obra. Y también en la misma sociedad que treinta años atrás los hubiesen condenado a la cárcel, tal como había ocurrido con muchísimos otros, o incluso en algún pueblo de fuerte raigambre nacionalcatólica, lapidados como reflejan las Sagradas Escrituras. Su marido, ¿sabes con quién? era un destacado miembro de la Federación Internacional de Monjas y Curas Casados Católicos (MyCCC) donde se encuentran afiliados más de 200.000 eclesiásticos entre hombres y mujeres. Trabajan en fábricas, oficinas, allá donde pueden, llevando el mensaje de Cristo a los barrios obreros que no se escandalizan con su presencia, que aprueban y aceptan como la cosa más natural del mundo. Las parroquias de alto standing, con una sólida financiación permiten a la Iglesia invertir en Bolsa o participar en proyectos que proporcionan pingües beneficios y sus fieles miran hacia otro lado cuando algún desviado sacerdote abusa de los monaguillos o los niños y niñas del catecismo. Sus conciencias ad hoc les aconseja girar la cabeza y aquí paz y allá gloria cargando las culpas a los rojos herejes y ateos, como antaño fueros los infieles. Sí que lo sabía o al menos me lo imaginaba, había contraído bigamia similitudinaria, tal como se denominan las bodas de clérigos. Ante su insistencia resultaba muy fácil adivinar que se había conyugado con el Director Espiritual del convento del que siempre guardé un grato recuerdo. Me inició de alguna manera en mi vida sexual pero siempre respetó mi virginidad que durante tanto tiempo fue lo que más me preocupó. Ante todo me pareció muy humano y se comportó como un

verdadero hombre en un entorno donde éramos demasiadas mujeres jóvenes despertando a la vida con la sangre caliente corriendo por nuestras venas. Posteriormente les hice venir a mi estudio en una hora donde todos se habían marchado ya. Solamente a Elena le pedí por favor que se quedara para ayudarme luego de ponerla en antecedentes. Al principio se resistieron a ser fotografiados pero después de observar algunas de mis creaciones colgadas de las paredes de todo el estudio accedieron muy gustosos. Me encantó que Chupaflor estuviese embarazada de siete meses con un vientre muy redondeado y los pechos ya de por sí grandes, completamente llenos. Sus aréolas eran enormes como platos de postre. La composición surgió sin proponérmelo, di por sentado que debía ser de aquella forma y ni tan siquiera me lo cuestioné. Como si hubiese estado archivada toda la vida en mi mente y en un momento determinado apretando un botón apareciese. Elena realizó un trabajo fantástico colocando alrededor del hinchado abdomen una simulada corona de espinas con la sangre ficticia goteándole, igual que en las manos y los pies clavados a un madero. Era una crucifixión en toda regla con el personaje completamente desnudo, el pelo impecablemente recogido y sujeto con una peineta de concha de carey de la que colgaba una larga mantilla negra de blonda. A ambos lados de la cabeza dos moños atravesados por largas agujas y dos minúsculas peinetas laterales a juego con la trasera. Como una auténtica fallera. A sus pies y arrodillado, el marido vestido de patricio romano con el cromatismo infantil de las postales al uso pero con casco rojo de albañil. Para contrarrestar los efectos negativos de los focos sobre las epidermis sugerí a Elena, que como otras veces, debía cargar las tintas del maquillaje

ya que dependíamos totalmente de la luz artificial. Me interesaba mucho que el rostro de Chupaflor fuese resplandeciente sin el menor atisbo de sufrimiento o dolor identificados únicamente en las extremidades sangrantes y en la barriga coronada de lacerantes espinas. Le pintó los labios de carmín y luego los resaltó en todo su contorno con un tono más fuerte. Clic-clic. Hicimos varias versiones de cara a futuras interpretaciones aunque debo confesar que en principio solamente se trató de satisfacer mi capricho. Clic-clic. En un fotograma le puse al patricio un bonete de seminarista y en otro un tricornio. ¡Es tan fotogénico el sombrero acharolado de tres puntas! Simplemente eso. Algo que ya había hecho en otras ocasiones aunque en contextos diferentes. Clic-clic, clic-clic, clic-clic. Me dejó bastante satisfecha. Ahora nos llamamos de vez en cuando para no romper la promesa que nos hicimos en el bautizo de su niña Alba, una criatura de ensueño. Todavía guardo la cajita, me dijo, y yo también, le contesté. He oído decir que los hombres se enamoran de las mujeres que tienen muchos orgasmos. No lo sé pero de lo que realmente estoy segura es de que muchos hombres se ponen cachondos cuando las mujeres nos corremos, con ellos, con otros, a solas o con otras chicas. Lo mismo podríamos decir de nosotras. Yo creo que me enamoré de Alex por que es el único hombre en mi vida al que he sido capaz de conseguir que alcanzase su máximo exponente. No tuve que seducirlo ni tan siquiera intentar convencerle de que tales o cuales eran mis auténticas virtudes, sencillamente nos encontramos en lo que a priori pudiese haber parecido un encuentro fortuito para una relación eminentemente física e incluso crematística, que se fue alargando por el deseo de ambos sin hacernos ninguna

pregunta el uno al otro. Fue un extraordinario ejercicio de libertad, sin el menor condicionante, ni trabas que nos impidiesen llegar a las puertas de la muerte conscientes de nuestra propia temeridad pero deseosos de prolongar todo lo humanamente posible esa explosión de placer en cadena llevada a su máxima expresión. El vigor y las fuentes de la creatividad de nuestras mentes liberadas de todas las ataduras que nos dejan firmemente anclados a la tierra sin permitirnos disfrutar del sexo que impregna todas nuestras vidas, fueron los exponentes que nos ayudaron a conseguir ese refinado epicureísmo de consecución de la enajenación transitoria del orgasmo tan eclesiásticamente pernicioso, como perturbador y revolucionario para determinados gobiernos. Un día Alex me dijo, por mi afán de ser penetrada por todos los orificios posibles, que en un libro se describían nueve formas de copulación diferentes. Lamentablemente él no lo había leído y no pudo enumerarlas pero decidimos asumir el reto, como una labor de campo, y experimentar cada una de estas posibilidades. Nos quedamos perplejos al repasar las que ya conocíamos y constatar que debíamos exprimir nuestra imaginación si pretendíamos alcanzar esa meta. Mientras le dábamos vueltas en la cabeza me vino una idea que expuse sin darme cuenta en voz alta. Dije algo así como que el poder de la mente era tan extraordinario que debía ser posible alcanzar el orgasmo sin ninguna manipulación. Es decir correrse sin tocarse y sin el concurso del otro. Me extrañó que Alex no se sorprendiese asegurando que hacía bastantes años, probablemente en París, un señor lo conseguía incluso delante del público, o sea, en un teatro. Acojonante, añadió. No recordaba o al menos le faltaban datos para poder afirmar si su actuación era en sesiones de

tarde y noche. Realmente fabuloso. Y ahora viene lo verdaderamente increíble: nosotros también lo conseguimos. Supongo que no habrá pasado desapercibida la pluralización del verbo, única forma de especificar que fuimos los dos aunque no lográsemos la simultaneidad. No fue nada fácil y evidentemente jugamos con ventaja, es decir, mientras uno concentraba todo su esfuerzo en conseguir un orgasmo sin tocarse, el otro intentaba estimularlo desde lejos, con lo cual la mente recibió la inestimable ayuda de la vista e incluso del sonido. Sentado en un sillón y con las piernas separadas le colgaba el miembro indolente con el fin de iniciar el experimento lo más relajadamente posible. Yo me quedé semivestida o medio desnuda, según se mire, tan solo con la ropa interior que había llevado en mi pequeño maletín y que realmente ocupaba muy poco espacio. Como ya expliqué anteriormente la elegí concienzudamente para estas ocasiones sin dejar el más mínimo detalle al azar. Me limité a pasear moviendo todo mi cuerpo, subiendo y bajando mis posaderas con los zapatos “trucados”. Le fui mostrando los gestos más obscenos que podía ir improvisando poniendo mi culo en pompa con el giro rotativo de las agujas del reloj, siempre me resultaba más cómodo hacerlo en esa dirección pese a ser ambidextra, calentando la atmósfera lo máximo posible. Después de varias tentativas el miembro inició un lento e inseguro proceso de reafirmación lo que provocó en mi interior una doble reacción. Por una parte aumentaba considerablemente mi temperatura mientras iba desempeñando el rol que me había tocado en suerte poniendo todo mi empeño, y por otra sentía una enorme satisfacción porque empezaban a ser evidentes los resultados. Consciente de que cualquier aliciente ayudaría a

llevar a buen término aquel experimento comencé una retahíla de gemidos, ligeramente exagerados al principio, a los que fui añadiendo palabrotas, tacos, improperios e insultos, al más puro estilo barriobajero, como novedad añadida a la prueba. Yo misma quedaba sorprendida de lo malsonantes que resultaban mis propias palabras y de los efectos tan positivos que producían. Tanto es así que me resisto a reproducirlas. Nunca antes habíamos utilizado semejante estratagema cuyo inicio había propiciado de un modo automático, inconscientemente, sin tan siquiera proponérmelo. Una vez me pidió Alex que lo atase a la cama fuertemente, de pies y manos, con las cuerdas más heterogéneas que teníamos a mano: su cinturón, mi tanga, el sostén y el cordón del teléfono. Me tomé todo el tiempo del mundo para excitarlo lentamente con el aliento, cubitos de hielo, una pluma de avestruz, con mi lengua, deteniendo las caricias cuando se encontraba a punto de alcanzar el éxtasis y prosiguiendo al instante sin dejar que decayese por completo su ansiedad. Fue una experiencia inenarrable. Ahora no sé por qué me he desviado... Bueno, lo cierto es que alcanzó la erección con inusitada rapidez permaneciendo completamente rígido, en su posición más gallarda, teniendo que hacer grandes esfuerzos para no abalanzarme sobre él. Me desabroché el sostén y empecé a magrearme los pechos como si los estuviese amasando, acerqué un pezón a la boca y lo lamí con mi lengua intensamente. Hacía ya un buen rato que me notaba la entrepierna mojada manchando ligeramente el tanga. Lo separé con un dedo y empecé una lentísima masturbación avasallando el clítoris sin la menor compasión. Entonces le provoqué: Ven si te atreves hijo de la grandísima puta, aquí tienes tu coño que te está esperando

y te faltan cojones para venir a por él. ¿Vas a consentir que se corra el solito? Eres un mierda que no vales para nada y tu verga te la puedes meter por el culo. Mira que jugoso está... y si no te das prisa a cualquier polla que pase por aquí le dejaré las puertas abiertas para que me atraviese.

Ven...corre...no ves que te necesito...ven hacia aquí... deja que tu pájaro vuele... No apartaba mi vista del pene esperando que se produjese el milagro del orgasmo mientras yo me encontraba más cerca de alcanzarlo deteniendo de vez en cuando las caricias a mi pequeño prepucio para distanciar al máximo dicho instante. A punto de llegar a mi propia desesperación observé como el órgano de Alex comenzaba a hipar escupiendo a intervalos el lechoso unguento y antes del último singulto ya me había acoplado introduciéndomelo hasta lo más profundo de mis entrañas retorciéndome como pocas veces me había sucedido por las fuertes convulsiones. La primera parte de nuestro procedimiento empírico resultó sorprendentemente positiva por lo que nos vimos animados a ejecutar la segunda, semanas más tarde. Le dije a Alex que en mis fantasías le imaginaba sodomizando a una bella muchacha, nunca le aclaré que se trataba de mi amiga Bea, tal vez por celos, ¿temía que si la conocía le gustase más que yo?, o porque nunca llegamos a tener la más mínima relación física íntima a pesar de nuestra gran confianza y amistad. Sugerí contratar los servicios de una trabajadora del sexo que nos facilitaría coronar con éxito esa segunda fase donde yo sería la convidada de piedra, la asistente estática y aparentemente pasiva. La seleccioné personalmente en el hall del hotel que está junto a la recepción y frente a los ascensores en base a los siguientes parámetros: joven atractiva con pinta de secretaria eficiente que acompaña al

jefe en todas sus convenciones por Europa, con amplias caderas, pechos generosos y verbo escaso. Le expliqué cual iba a ser su trabajo para que estableciese la tarifa correspondiente, que no solamente no discutí sino que de antemano la incrementé en un veinte por ciento, y la dejé a la espera de una llamada por mi parte a la recepción, para que subiese cuando Alex y yo lo estimásemos oportuno. Aceptó encantadísima asegurándome que no nos defraudaría. Establecimos que yo permanecería sentada en la cama, apoyada en el cabezal con los almohadones en los riñones y cubierta simplemente con un deshabillé transparente. No llevaría bragas. El recibiría a nuestra invitada completamente vestido desnudándose ambos paulatinamente mientras fuese avanzando el juego amoroso aplicando los criterios pertinentes en cada momento. Y así se hizo. Las habitaciones de los hoteles no suelen ser muy espaciosas y esta tampoco lo era, por lo que el campo de operaciones resultaba muy reducido. Las instrucciones que le había dado a Karen, ese era el nombre de guerra de nuestra amiga contratada, fueron muy concretas: se trataba de excitarme lo suficiente para que consiguiese el orgasmo con dos únicas condiciones, la de no tocarme para nada y que Alex la penetrase por la puerta trasera. Durante unos minutos me fui relajando con un ejercicio básico de autocontrol mental con el fin de empezar el proceso de excitación progresivamente enviando mensajes continuos desde el cerebro a los músculos encargados de la función sexual. No me permitió la menor sugerencia en cuanto al precalentamiento de Alex apelando a su gran profesionalidad y a que a ella nadie le tenía que enseñar como hacer bien su trabajo. No empezó con un morreo, como lo hubiésemos hecho casi todas,

evitando el rechazo de muchos hombres a que la sin hueso de una lumia habituada a recorrer los bajos fondos, hurgando en todos los recovecos, pliegues y repliegues, orificios y cavidades fisiológicos penetrase guerrera en su cavidad bucal. Le hizo sentar en la butaca, ella se arrodilló entre sus dos piernas separadas, le bajó la cremallera del pantalón y por encima del slip le sacó el pene somnoliento que empezó a besar con suma delicadeza. Uno a uno se introdujo los testes en la boca acariciándolos con la lengua y para cuando los dejó, el mandao ya se hallaba erecto. Le quitó los pantalones, los calcetines y los zapatos detalle que me encantó porque si existe algo verdaderamente desalentador es un caballero en bolas sin descalzarse. No me cansaré de repetirlo. Le dejó exclusivamente con el slip y aquel trozo de carne crecida que pretendía querer escapar de su ajustada camisa de fuerza. La sola visión del rotundo paquete y el abundante vello en el pecho viril de mi amante hizo que empezase a destilar mis propios licores. Durante los largos años, quizás no tantos, de experiencias por el sol oscuro y la estimulación clitorica, aprendí a constreñir el músculo pubocoxígeo con un absoluto control para apretarlo, mantenerlo en ese estado durante varios segundos con una fuerza que me permite un número muy elevado de contracciones en muy poco tiempo. Algunas mujeres por ignorancia o atrofia, otras por la relajación producida en la dilatación del parto no pueden disfrutar del coito vaginal, excesivamente holgada la cavidad y recurren al recto, a veces ayudándose con “calzador”, por la estrechez del conducto que si bien en la mujer debe ser acompañado de otros estímulos, en el hombre la satisfacción es plena por el añadido de las rotundas nalgas femeninas que golpea con sus

testículos. Mi dominio sobre el músculo vaginal no me produce el menor esfuerzo de tanto ejercitarlo y en esa ocasión resultó concluyente aunque antes no hubiese sido capaz de ponderarlo. Permanecía sentada en la cama, la espalda apoyada y las manos debajo de las nalgas con las rodillas levantadas y ligeramente separadas. Me constaba del gran influjo que ejercía mi sexo en la libido de Alex por lo que su visión resultaba del todo imprescindible para la buena marcha de los acontecimientos. Karen continuaba con su trabajo, se había sacado un pecho de la cazoleta amamantando a nuestro hombre sin dejar de manosearle en la entrepierna por debajo del slip impidiendo el más mínimo decaimiento. Ella a su vez se acariciaba la vulva en un inequívoco gesto de que su participación era total. Yo me iba notando cada vez más excitada, derramando jugos sin dejar las contracciones que por otro lado me producían un gran placer. Tenía que hacer grandes esfuerzos para no acariciarme el botón que lo notaba tieso, estirándome la piel, como una nueva sensación. Con gran sorpresa para todos, nuestra azafata empezó a temblar y a proferir angustiosos gritos, fuera de sí, en un orgasmo escandaloso agitando el miembro endurecido de Alex que empezó a escupir lava caliente lo que fue suficiente para que yo también sucumbiese con fuertes calambres y espasmos. Fue tan inesperado que cuando empezamos a volver a la realidad me di cuenta que Karen permanecía completamente vestida en contraste con nosotros que estábamos en cueros. Nos reímos los tres a carcajadas cuando se desabrochó totalmente el vestido y lo dejó caer en el suelo. Se quedó con una braga tanga de encaje y las patas de su araña negra saliéndose por todos los lados. Subió a la cama, me estiró de las piernas

para que me tumbara hundiendo su cara en mi sexo y con la lengua empezó a hurgar en mis profundidades. No olvidó alzar su culo considerablemente colocándolo a la altura adecuada para que Alex separando la cinta del tanga la penetrase de una sola acometida por la vasija marrón, momento que percibí por la contracción de todos sus músculos y la presión momentánea de su lengua dentro de mí. Alex bombeaba sin descanso y ella subió por el pubis hacia los pechos que empezó a chuparme indistintamente. Notaba los suyos bamboleantes golpear en mi vientre. Eran grandes y perfectos siliconados pero no lo parecían, con areólas sonrosadas y tan suaves de color que apenas se distinguían del resto de la piel ni tan siquiera los pezones, inexistentes con tan solo una diminuta hendidura como la cabeza de un alfiler y uno de ellos enrojecido por el succionamiento exacerbado de minutos antes. Con mis dedos le recorrí minuciosamente la vulva en todas direcciones pellizcándole el clítoris prominente que le hacía retroceder con cada apretón y el consiguiente encontronazo con la perforadora de Alex a pleno rendimiento. Su espectacular orgasmo nos envolvió de tal manera que nos sentimos arrastrados por ella en su vorágine y el escándalo consiguiente para nuestros vecinos de habitación que llamaron a la recepción alarmados por semejantes gritos, distantes bajo su criterio de las tradicionales lides amorosas y más próximos a hechos reprobables. Un nuevo punto de reflexión para los eruditos que marcan con una delicada línea el placer sexual elevado a su máxima expresión del misticismo trasnochado de flagelaciones sadomasoquistas. No nos salían las cuentas, sin hacer pequeñas trampas, de los nueve orificios o cavidades físicas por donde pudiese ser

penetrada. Desnudos, tumbados en la cama después de saciar copiosamente nuestros apetitos sexuales, intentamos reflexionar sobre la cuestión. Empezamos por la vagina, el recto, la boca, aceptamos juntar las tetas transformando la canal en un tubo similar a la paja cubana, pero esas cuatro soluciones distaban mucho de las nueve que señalaba el enigmático libro. Me acerqué a su sexo derrumbado y lo intenté introducir por uno de mis orificios nasales. ¿Qué haces? ¿Es otro agujero, no? Teniendo en cuenta que determinadas tribus de raza negra se caracterizan por la amplitud descomunal de sus narices aceptamos por unanimidad incluirlo en la relación. Pero solamente llevábamos cinco. Repetí el gesto llevándomelo a la oreja pero no encontré ningún razonamiento que justificase su inclusión en la desconcertante relación. Tras varios intentos consideramos la posibilidad de que una gran oreja y un pene escuálido pudiesen llegar a un entente. Ya eran seis. Recordé que un miembro entre los muslos sin entrar en los labios alcanzaba el orgasmo fácilmente tratándose de algún mozalbete impetuoso, acostumbrado a las poluciones nocturnas y a las manueles. Teníamos siete. La paja monjil con la polla en el sobaco y sin dejar de santiguarse. Ocho. Ya lo tengo, dijo Alex, llamamos a la vecina y llegamos a nueve, ¡o más!. Le di con el almohadón en la cabeza partiéndonos de risa. Hace tiempo que una idea me rondaba por la cabeza y después de varios meses todavía no he podido esquematizarla aunque ya voy trabajando en ella. Pretendo por medio de una larga serie de fotografías relacionar la sexualidad de la mujer, a lo largo de la historia, sin ser demasiado pretenciosa, con las vestimentas que obligada o libremente la marcaron a través de los años.

Evidentemente con o sin la intervención del macho. Espero que una vez encaminada pueda ir desarrollando mediante este frágil hilo conductor primario una estructura sólida que me permita expresar con claridad lo que pienso. Las curvas femeninas siempre son más resultantes en los encuadres que las angulosidades masculinas pero mi reto no es prescindir del hombre que forma parte del mundo erótico de la mujer, aunque sin ser exclusivo, con esos colgajos entre las piernas de antiestética apariencia. El miembro viril en posición paralela con respecto al suelo puede sacudirnos la libido pero nunca osaremos ponderar su belleza. Los artistas griegos debieron de opinar lo mismo y además de reproducirlos en su completo estado de reposo procuraban elegir los modelos con exiguos atributos. Yo he retratado muchas veces ese músculo maravilloso en plena distensión como dormitando entre las dos columnas de los muslos y casi siempre produciendo en los espectadores, principalmente en las féminas, una sensación de ternura, no exenta de cierta morbidez, por su aspecto suave y delicado. Esa expresión la conseguí plasmar del rostro de Bea, sentada en el suelo, desnuda, adorando un miembro marchito que aparecía delante de sus ojos tiernos. Coloqué la cámara en el culo del modelo que permanecía de pie y con las piernas separadas aplicándole hielo en los testículos para evitar una erección que parecía inevitable en aquel joven, con una mujer como Bea desnuda a sus pies. Por debajo de la regata del culo y al principio de su horcajadura encuadré el objetivo con un primer plano, algo desenfocado por la distancia tan corta, de sus símbolos de masculinidad colgando indolentes pero espléndidos y la cara ligeramente sonriente de mi amiga en un gesto de beatífica candidez. No me interesaba para nada

que las partes pudendas apareciesen nítidas pero sí su contorno, sobre todo las arracadas, pobladas de abundante pelambarrera, que peinamos cuidadosamente para que resaltase el negro vello sin alterar lo más mínimo su normal desorden. Clic-clic, clic-clic, clic-clic. La repetí diez veces con ligeras variaciones en la velocidad y en el diafragma eligiendo al final la que más me gustó. Solamente cambiando de posición la cámara realicé un primerísimo plano de Bea acunando con una mano todo el paquete masculino y depositando en el pene adormilado, al que seguíamos aplicando hielo, un casto ósculo rozando suavemente la fina piel con sus labios semiabiertos, rojos y brillantes. Clic-clic. Elena que siempre estaba al quite, había preparado un vaso con agua que previamente llenó con cubitos de hielo, como si fuese un Martini blanco, y varias veces acudió en mi ayuda sumergiendo el apéndice envanecido en el líquido helado, mientras yo tomaba mediciones con el fotómetro, cuando observaba que aquel trozo de carne se empinaba por las caricias subrepticias que Bea propiciaba al muchachito. Tuve que poner orden varias veces durante la sesión, que en algún momento derivaba al más puro cachondeo. Mi amiga, solícita, estimó que aquel capullo tan mustio necesitaba un buen riego para devolverle su lozanía. Al finalizar el trabajo se lo llevó a un rincón para aliviarlo, dándole un repaso con la sabiduría que la caracteriza, escurriéndolo a fondo. Durante aquellos mismos días que mi amiga Beatriz tenía libres y me los había dedicado por completo, di el primer paso a la idea que tanto tiempo llevaba metida en la cabeza, lo que también nos permitió intercambiar confianzas al permanecer juntas tantas horas. La vestimos de monja y la retraté de múltiples

formas. Resultaba obvio que mi paso por el convento propiciase plasmar inicialmente mi experiencia personal añadida a la creatividad artística, como prolegómeno de una larga serie que aún hoy, en la fecha que estamos, no he concluido. Se trataba de buscar el mayor número de contrastes y contradicciones en el personaje, para lo cual lo primero que hicimos fue maquillar a Bea exageradamente. Debíamos hacer resaltar los colores añadidos, sobre el blanco y negro fuerte del hábito talar, después de la matización que los focos del estudio producen en la piel. Incluso le pusimos unas largas pestañas postizas. Cortamos el vestido por el lado izquierdo hasta la cintura y calzamos esa pierna con una media negra rematada por una liga de color fucsia ribeteada de rojo. La acción la pusimos en marcha al empezar a subirse la media desde la rodilla y yo apreté el disparador del motor de la Nikon. Clic-clic, clic-clic, clic-clic. La secuencia fue impresionante con los gestos maliciosos de boca y ojos que tan magníficamente sabe expresar Bea. Yo la quiero, pero mi objetivo está enamorado de ella. Hicimos otro corte intentando que pareciese una rasgadura por delante desde el cuello hasta la cintura. Ella debía tirar con sus manos del tejido, como si lo desgarrase, provocando la liberación de sus maravillosos pechos. Tuvimos una primera dificultad con el crucifijo que le colgamos al cuello, por su gran tamaño. No resultaba estético que el brazo corto de la cruz quedase a la altura de los pezones, más arriba tropezaba con su barbilla por lo que tuvimos que alargar el cordón para que el INRI apareciese entre los dos senos. Ajustamos perfectamente todas las mediciones asegurándome de que Bea solamente pudiese moverse de izquierda a derecha o viceversa, pero nunca de

atrás hacia delante o al revés, y no me desenfocase. Preparé la altura del trípode a un plano medio y le di instrucciones para que en el momento de la simulada ruptura intentase, con ligeros saltitos en su asiento, que se le desbocasen los pechos. Necesitaba por encima de todo que el fotograma transmitiese una cierta violencia, algo así como un rechazo o ese típico “romper las ataduras” del inconformismo. Puse el motor en marcha y le di la señal. Clic-clic, clic-clic, clic-clic. No me disgustó el resultado pero cambié el objetivo por un zoom y repetimos la secuencia desplazando la distancia focal mientras disparaba manualmente fotograma a fotograma. Clic-clic. De este modo el efecto de movimiento es mucho más impactante al quedar enfocado un punto y el resto con fuertes estelas por la mezcla de colores e imágenes. Es una técnica que utilizo con cierta frecuencia y siempre me da muy buenos resultados. Evidentemente es imprescindible mantener una buena relación entre velocidad y abertura del diafragma en función de la sensibilidad de la película. No hay que olvidar el desplazamiento manual del zoom durante el intervalo que el objetivo permanece abierto. Creo que ya lo expliqué anteriormente. Debería repasar lo escrito para evitar ser tan repetitiva. No importa. En uno de los descansos, mientras tomábamos café, Bea me confesó que estaba enamorada. Yo le dije que también y ¡naturalmente!, nos pusimos muy contentas las dos. Después de la primera euforia vinieron los “peros”. Yo me adelanté explicándole mi caso y tal vez por que no le dio ninguna importancia al hecho de tener un amante del que no sabes absolutamente nada, o que al compararlo con su caso lo encontró tan insignificante, lo cierto es que me soltó de sopetón que su novio tenía veinte años más que ella. Para contrarrestar esa

parte negativa utilizó el argumento de que se trataba de un auténtico “gentleman”. Un tipo raro, elegante, pulcro, tanto en la vestimenta como en el lenguaje, culto, exquisito y de placeres muy refinados. En la forma de comportarse, no por su aspecto, se parecía a David Niven y no es una broma el que se llamase Hermógenes. Hermógenes de Pablo Tomassos, Tesorero. Funcionario de habilitación nacional en una pequeña ciudad de más de cincuenta mil habitantes cercana a la gran urbe. Encantado de conocerla, señora, me dijo cuando me lo presentó. Afortunadamente el tratamiento de señorita ha quedado relegado al mayor de los ostracismos por sus evidentes connotaciones machistas. Nunca llamaremos a un señor célibe, señorito, por lo que debemos aplicar la misma regla a las señoras en estado de merecer. A todo el mundo hablaba de usted, incluso a los niños, pero como lo hacía de un modo tan natural y educado nadie se sentía molesto por el tratamiento. Siempre iba de impecable traje, camisa de seda y pañuelo de colores al cuello con nudo de esmerada manipulación. Pelo corto peinado con raya a un lado y un recortado y fino bigotito. Vino Andrés a llamarnos para continuar y ella me susurró al oído: Tiene el síndrome de la uña doblada. ¿Cómo?, le respondí. Pero ya está “curado”. Quedé momentáneamente confundida sin tener la más remota idea de lo que me estaba diciendo pero la conversación no había terminado, simplemente se interrumpió. La siguiente toma requería preparar a la modelo de cintura para abajo con ropa interior muy sexy: braguitas rojas de blonda transparentes, liguero de cintura del mismo tono con puntillas de color añil como las medias. En principio quedaba muy subido el violeta y elegí suavizarlo un poco de azul hasta llegar al índigo que seleccionamos.

Debíamos encontrar el gesto adecuado que diese la mayor sensación de naturalidad, arremangándose por delante el hábito hasta la cintura, y enseñarnos sus inequívocas prendas íntimas con inocente picardía. Después de varias tentativas sin el resultado que yo deseaba nos encontrábamos un poco tensos y Andrés tuvo la genial idea de poner en el equipo de sonido la Obertura de Orfeo en los Infiernos de Offenbach que nos animó de nuevo al ver levantar las piernas a Bea, nada más escucharse los primeros compases, como lo pudieron hacer las mejores bailarinas del Moulin Rouge y su Cancan. Clic-clic, clic-clic, clic-clic. No era precisamente lo que andaba buscando pero me fascinó, me embriagó de tal manera la imagen con aquella música, que inmediatamente pensé en Toulouse-Lautrec pergeñando uno de sus famosos cuadros en el inefable cabaret parisino. ¡Y con una monja de modelo! Nos merecíamos otro descanso que acepté de inmediato para que le quitasen el sudor a Bea y Elena la retocase en los puntos donde el maquillaje hubiese sufrido más. Y debo confesar que también, o sobre todo, para aplacar mi curiosidad. Su inestimable novio había tenido la enfermedad de Peyronie. No debía ser muy grave ni contagiosa la dolencia de marras que, además de con cuenta gotas, me lo explicaba muy divertida. Es una cavernitis fibrosa. Puse cara de tonta y solo supe decir: ¿Y?. Se trataba del endurecimiento de los cuerpos cavernosos del pene que le producían una curvatura similar a la de la goma árabe. Ya empezaba a comprender. Evidentemente aquello era un gran handicap que dificultaba o impedía el coito. Aunque probablemente la tenía, en aquel momento yo no era capaz de encontrarle la gracia pero Bea sonreía contándomelo en un tono picaresco y malévol. Los cachondos mentales

llaman a esta irregularidad: estrabismo del pene. ¡Tiene bemoles! Intentaba imaginarme el dedo índice con la segunda o tercera falange doblada y darme una ligera idea del aspecto que podría tener el miembro de Quasimodo, el monstruo bueno de Nuestra Señora de París. Pero ya estaba curado. No se trataba de disfuncionalidad, el problema estribaba en la imposibilidad de llegar a ninguna parte en el juego amoroso con una mujer. Habían pasado los años pero él incomprensiblemente se mantenía en una asombrosa mentalidad joven que hacía patente su colorista vestimenta y conduciendo un Porsche rojo, con el curioso contrasentido de suscitar envidia por doquier al mismo tiempo que simpatía, siendo capaz de saludar todos los días con la misma exquisita educación a un ordenanza, al policía de turno, a cualquier administrativo que al mismísimo alcalde. No le suponía el menor esfuerzo preguntar a cada uno de los que iba saludando por las mañanas, por su padre, madre, esposa o hijos que últimamente hubiesen tenido el más mínimo problema llamando por su nombre a todos. O simplemente si su niña de once meses, María, ya comía mejor o su hijo Pedro todavía jugaba en el equipo de fútbol del colegio y como iban en la clasificación. No queríamos acabar muy tarde. Para las siguientes tomas Elena se había vestido también de monja. Debían darse ambas un apasionado beso en la boca en el preciso instante que Elena le retiraba la toga a Bea dejando al descubierto su larga cabellera rubia. Clic-clic, clic-clic, clic-clic. Dimos por terminada la jornada. Me encuentro en un punto de indecisión, ya que por un lado debo concluir mi relato, creo que me he extendido demasiado, y por el otro quisiera decir algo más de este sugestivo personaje. Lo mejor será poner el

punto final a este capítulo y abrir otro (nuevo libro), me quedan muchas cosas todavía por contar y tendría la oportunidad de extenderme, sobre todo con Hermógenes, sin la limitación de espacio que ahora tengo. Procuraré ser muy concisa y lo más concreta posible con dos temas como colofón a esta obra. Sucintas anécdotas, algunas presenciadas por mi misma antes de la muerte del novio de Bea y el descubrimiento de la identidad de Alex. Para esto debo remontarme a la época que padecía la curiosa enfermedad, un hombre de gran jovialidad, vitalista, algo mayor pero simpático y una desmesurada atracción por las mujeres, debió sentirse acomplejado e incluso deprimido cuando después de ligar con alguna chica, lo que parece ser solía ser muy corriente, nunca podía rematar la faena. Además de la imposibilidad de efectuar una penetración normal existía la posibilidad de que, al tacto o a la vista, su miembro produjese hilaridad con la guasa subsiguiente y las bromas de las que jamás pudo librarse. Como ya decía uno de los protagonistas de La Verbena de la Paloma: "Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad". Existía en aquel entonces un tratamiento, concretamente una prótesis, que implantaban en una clínica de la ciudad Condal, de un metal llamado Titanio, que hasta ahora se había utilizado en la fabricación de ciertos aceros muy especiales de las naves espaciales y en aviones. Eso garantizaba la rectitud del músculo junto a un complejo mecanismo de bombeo que lo elevaba a discreción y era a grandes rasgos la "curación" de la citada enfermedad pero con unos resultados tan sorprendentes como eficaces. Regresó eufórico de nuevo al trabajo orgulloso de su nueva "personalidad" con la curiosidad y el morbo de todos, sabedores de la noticia que

corrió como reguero de pólvora. En este país donde los eventos de la entropía son el pan nuestro de cada día, después de tantísimos años de represión, un acontecimiento como este fue “primera página” del “vox pópuli” mucho tiempo. No tardó en aparecer el primer epíteto: “Piu de Ferro” (Pijo de hierro) en clara alusión al Titano. A partir de ese instante la retahíla fue interminable: Titán, Varón Dandy, Viejo Verde, Gentleman, James Bond, Tom Jones... “Buenos días señor Hermógenes esta mañana le veo a Vd. hecho un Titán “ y “Vdes unos envidiosos y conformistas” replicaba sin inmutarse. Entre los compañeros hacían apuestas y siempre había uno que iba detrás cuando se dirigía a los lavabos. Se colocaba a su lado, meando en la taza contigua y con el reloj daba golpecitos en el mármol que separaba los dos urinarios. ¿Quiere verlo? Toque, toque y verá si está duro. No se a que se refiere señor Hermógenes. Yo no he dicho nada. Entonces se reía a carcajadas: Ja, Ja, Ja, tóquelo de una vez y convéznase. El segundo asiento de su coche deportivo siempre iba ocupado por una mujer, joven o no tanto, lo que provocaba la envidia de sus compañeros, máxime cuando todas, sin excepción se deshacían en elogios hacia su persona. Bea hablaba con apasionamiento y vehemencia de sus cualidades como ser humano y aunque cuando falleció ya no estaban juntos, se sintió profundamente abatida. La última vez que fui al hotel Alex no acudió a la cita. Me había dejado una carta que entregó a la recepcionista haciéndole una descripción sobre mi. ¿Conoce a un señor que se llama Alex? Me ha dejado este sobre para Vd. Me dio un vuelco el corazón y permanecí cerca de dos horas sin abrirlo. Finalmente me decidí y la fui leyendo detenidamente como intentando descifrar aquello

que no estaba escrito. Era una despedida triste, cariñosa, dulce y con mucho amor provocando que se me saltasen las lágrimas y algunas cayesen sobre el papel emborronando precisamente las palabras “te quiero” y “has sido el gran amor de mi vida”. Partía para “un largo viaje” y lo más probable era que nunca nos volviésemos a ver. Me la llegué a aprender de memoria de tantas veces como la releí quedándome dormida encima de la colcha y completamente vestida con el papel apretado contra mi pecho. Abandoné temprano el hotel y deambulé por las calles sin rumbo fijo cuando la ciudad empezaba a despertar. Pasé junto a un kiosco y de reojo algo me llamó la atención de la primera página de uno de los periódicos del día colgado con una pinza. Eran seis fotos de pésima calidad, tipo carnet, de un comando terrorista que la policía había desarticulado. Los ojos se me arrasaron de lágrimas cuando identifiqué a Alex como uno de los que aparecían en aquellas deplorables imágenes. Caminé durante horas y acabé extenuada sentada en un banco junto a un estanque. Durante todos esos meses que nos fuimos encontrando siempre me había preguntado e incluso a veces me respondía yo misma por la vida de Alex. Llevaba colgada al cuello una cadena de oro con una cruz de la que nunca se desprendía. ¿Cuál era su grado de religiosidad? Descarté que pudiese tratarse de un sacerdote por sus formas de comportarse pero llegué a pensarlo. No solamente por el signo externo cristiano si no por el hecho de ser ambos unas incógnitas recalcitrantes. Últimamente le había insinuado salir del anonimato hablándonos poco a poco de nuestras vidas pero eludía elegantemente tocar el tema. ¿Abogado, médico, profesor, político? Mecánico no, tenía las manos demasiado cuidadas. ¿Casado, soltero,

separado? En cierta ocasión en una frase había dicho, como simple aclaración, sin que fuese una rotunda respuesta a cualquiera de mis preguntas: “...y eso es así, aunque yo como no tengo hijos, no puedo opinar con conocimiento de causa.” Solamente significaba lo que acababa de decir: que no tenía hijos. Nada más. Hubo una escaramuza y dos de los activistas murieron. Un guardia resultó herido de gravedad. No se llamaba Alex. Parece ser una regla de oro que las historias acaben bien y a punto estuve de caer en esa tentación. Recordaba con insistencia a un Gregory Peck periodista y su amigo fotógrafo con aquella adorable princesa de Vacaciones en Roma, (Audrey Hepburn) que tenía un final amable y hasta cierto punto “lógico” marchándose cada uno por su lado asumiendo el rol que les había tocado vivir en esta sociedad. Tuve la tentación, repito, de que mi incógnito Alex fuese un príncipe de verdad por lo que no tenía más remedio que acudir al nuestro, al Príncipe Felipe, sin nombrarlo expresamente pero dejándolo adivinar. En una de las muchas recepciones yo acudiría como fotógrafa y le entregaría un sobre con nuestras fotos íntimas. Nos miraríamos a los ojos, sonreiría y me sujetaría la mano entre la suya diez segundos más que a los otros, mientras me diría que conocía parte de mi obra y le gustaba mucho. Gracias, señor. Espero que este reportaje también. Y adiós. Aparte de resultar un plagio y presuntuoso el hecho de que yo me pudiese haber ligado al Príncipe Felipe es que resultaba demasiada trola para que fuese medianamente creíble. En este caso, aún siendo nuestras citas clandestinas, debía corregir en todo el libro el concepto de incógnita para nosotros dos con un personaje tan importante y popular. En realidad le debía un respeto al Alex que yo conocía y que

nada tenía que ver con aquel que aparecía fotografiado en la portada del diario. Pero me surgió otra pregunta: ¿Debía contar a la policía mis encuentros secretos con Alex? No habría podido. ¿Me hubiesen creído si les digo que no sabía absolutamente nada de él?. Ni tan siquiera me busqué una justificación que atemperase mis escrúpulos. Tardé meses en recuperar mi estabilidad emocional. Debo dar por finalizado este capítulo de mi vida con un punto y aparte. El siguiente ya será otro libro.

Luis Viadel Cócera 2002